

Original de:


storytel

Disponible en audiolibro en [storytel.com](https://www.storytel.com)

LA MECEDORA

Lo que no sabes te salvará



ANNA HERNÁNDEZ

VERSATIL
narrativa

Lo que no sabes te salvará

Un asesino invisible. Dos policías. Un angustioso triángulo del que no pueden escapar. La cuenta atrás empieza con un secuestro. La tragedia se esconde en una casa perdida en los bosques suecos de Kalvträsk...



La vida de Nils Åkerman, inspector de policía en Östersund, Suecia, queda en suspenso el día que desaparece su hijo Axel, de tres años. El pequeño estaba a cargo de Elena Rius, una inspectora de policía española, amiga de la familia, que pasaba sus vacaciones con ellos. Mykola Solonenko no sabe quién es, pero debe raptarla para llevarse al niño.

Nils arrastra un oscuro pasado vinculado al sexo, al alcohol y a una pistola ilegal. Vive al borde de la locura por la desaparición de su hijo pequeño y de Elena, la mujer de la que se acaba de enamorar.

Elena lleva nadando a contracorriente desde que era una niña, en el seno de una familia de la alta burguesía catalana que lo que menos esperaba de ella es que se hiciera policía nacional.

Mykola no ha podido superar el horror de ver como su mundo se desintegraba tras la explosión de Chernóbil. Convertido en una persona de mil caras, es capaz de comportarse como un hombre que ama sin límites y tortura y mata sin piedad.

Una compleja investigación policial a escala internacional no será suficiente para desenmascararlo. Una sola mujer encadenada a un pilar, sí.

Una novela llena de acción que precipita al lector al abismo de las contradicciones y de las emociones desbocadas. Tan hipnótica como el balanceo de una mecedora...

Una historia inquietante. Demoledora.

A mi hija y a mi padre.

A mis fuentes.

A todas las personas que me han ayudado.

A España y a Suecia.

Y, muy especialmente, a Ucrania, con todo mi amor.

Prólogo

La oscuridad lo envuelve en la ceguera de la habitación que había sido su refugio. Ahora, la estancia solo acoge el horror de alguien desnudado por la muerte y dominado por las sombras. En silencio, llora mientras balancea en la mecedora a un niño inerte, que parece de trapo. Acaricia los rizos del pequeño despacio, como si temiera despertarlo. Sin esos rizos dorados, para él no habrá esperanza.

El negro profundo de la noche se transforma en un espectro que va engullendo el alma de la criatura.

—Mi niño, no te vayas. No me dejes, ángel mío.

No le cabe la pena dentro. No le alivia el llanto. Sí la venganza. La matará. Y a él, también.

No es consciente del tiempo que permanece balanceándose entre cuatro paredes, atrapado por la crueldad de un dolor que no le da tregua. En la distancia, oye voces que se acercan. Se aferra al cuerpecito. Lo mece con fuerza. Se levanta ahogado en sollozos. Entona una nana sin letra. El tarareo lo conduce al abismo. Las voces le dicen que deben enterrar al niño. Se lo arrancan de los brazos. Su cordura se quiebra. No está loco. Es un asesino.

* * *

Transcurre un periodo corto hasta el día del castigo. Va a buscarla a la casa del bosque. La asombra con su presencia. Le toma una mano. Le pide paso. Caminan hacia el salón. Él, ganando terreno. Avanzando. Ella, perdiéndolo. Retrocediendo. Le desabrocha la camisa lentamente, recreándose en los detalles. Su piel tiritando por el frío. El perfume a flores de su pelo. El eco de

falsas palabras de amor. Se pregunta si estará consiguiendo excitarla. Imagina el goteo en su vulva lasciva y el asco lo revuelve por dentro. Disimula. Finge el deseo. Sigue escondiendo su verdad tras unos gestos seductores y embusteros.

La tiene delante con los senos descubiertos, pero él fija la mirada en el cuello. Se sitúa a su espalda. Musita algo en su oído. La inmoviliza. Un cosquilleo de acero roza la yugular de la mujer. La mano experta no duda. La punta del cuchillo se hincan en la vena. Alcanza la arteria. Saja el cuello. Todo se vuelve rojo. Huele a hierro. Él canta. Ella se va muriendo.

Lo ve entrar en la casa. Aprovecha su desconcierto por el degüello. Lo derriba de un golpe en la nuca. Pisa sus gafas. Lo deja ciego. Hace jirones su uniforme. Lo destroza a patadas. En la cara. En los genitales. En el pecho. Lo estira en la mesa seminconsciente. Lo ata al tablero. Lo torturará de tres maneras distintas. Una por cada año del pequeño.

Anuncia el primer dictamen:

—Nunca más tocarás a un bebé.

Se concentra. Con diez seccionamientos le amputa los dedos.

Otra sentencia insinúa el segundo grado del martirio:

—No mirarás más a un ángel.

Acerca el cuchillo a sus ojos. Se lo hincan en uno. Se lo hincan en el otro. Le escupe. Canta. Para. Canta más. Acaba. Proclama el fallo final:

—Jamás volverás a desatender a un niño.

Empuña el mango del cuchillo de caza. Lo hunde hasta el fondo del corazón de su presa. Lo saca y lo hunde de nuevo. No cuenta las veces que arremete contra su vida para alcanzar el consuelo.

Se instala en la calma mirando a los muertos.

Empieza de cero. Se ducha. Se pone ropa nueva. Coge su bolsa de viaje. Enciende tres velas. Abre el gas. Espera al fuego. Cuando todo arde, emprende la carrera.

Noche desabrida. Hiel abierta. Va contra reloj. El tiempo vuela. Por mucho que corra, no puede escapar de su tristeza. Lloro. Corre. Lloro más. Corre más. Jadeo. Jadeo más. Lleva la muerte del niño clavada en su alma. Aúlla. Aúlla más. Es un lobo herido.

PRIMERA PARTE: LO QUE SE VE

1. Cosas feas

20 de febrero de 2014. Östersund, Suecia

Su hijo era inspector de policía y había hecho cosas feas, pero no como las que veía en la televisión. La patada de un hombre uniformado impactaba en un civil que yacía en el suelo. Un batallón de pies despavoridos desfilaba por encima del cadáver, pisoteando su último aliento. Los pasos corrían en estampida huyendo de la masacre que provocaban los francotiradores desde los tejados de los edificios. Los cuerpos de las víctimas iban desplomándose en el asfalto bajo una lluvia de tiros traicioneros. Disparos. Derribos. Sangre. Muerte. Miedo.

Las imágenes de los informativos se colaban en los hogares del mundo para mostrar lo que sucedía en Ucrania, en la Revolución del Maidán. El dantesco espectáculo encogió el corazón del señor Åkerman. El anciano se encontraba a tres mil kilómetros de distancia de aquello. Estaba en su apartamento de la calle Prästgatan, en Östersund, una ciudad de la provincia de Jämtland, situada en el centro de Suecia. A esas horas ya había cenado y miraba las noticias en la SVT, pasmado ante los acontecimientos que se producían en el corazón de Europa.

La televisión pública sueca exponía la brutalidad de la violencia en Kyiv. Contaban que, aquel jueves, los manifestantes volvían a ocupar la Plaza de la Independencia para denunciar la corrupción del país y reivindicar un acercamiento a Europa. Durante meses, las protestas se habían mantenido vivas en las calles. La represión había ido en aumento hasta alcanzar su punto álgido con la intervención de francotiradores.

El señor Åkerman se estremeció con la realidad de aquel pueblo del este.

Pensó que, por suerte, su hijo era policía en Suecia, un país del norte, más tranquilo. Un estallido lo sobresaltó cuando sonaron a la vez la campana del reloj de pared y el timbre del teléfono.

—Åkerman —contestó el viejo.

—Papá, soy yo. ¿Cómo estás?

—Mal, Nils. Uno no puede encontrarse bien con todo lo que pasa.

—No te entiendo, papá. Oigo una batalla campal de fondo.

El señor Åkerman apagó el televisor. El comedor quedó en un silencio salpicado por el tictac del reloj de cuerda.

—Hijo, qué carnicería la de Ucrania. ¡Hay francotiradores en Kyiv!

—Papá, no debes excitarte tanto.

—No te preocupes por mí. Dime, ¿has tenido alguna recaída?

—No. Volveré con Margareta y los niños. Nos veremos pronto y hablaremos de tus asuntos.

—No empieces con la cantinela de que me atiendan los Servicios Sociales. No quiero a esos funcionarios en casa.

—Me preocupo por ti.

—Pues no debes, hijo.

El señor Åkerman cortó la llamada y se sumergió en su butaca.

—¡Francotiradores disparando a la población! —hablaba solo—. A saber quién los manda. ¡No me fío de los rusos ni de los americanos ni de Europa! Nosotros, siempre en medio de sus guerras —cambió de tema—. Nils, eres lo mejor de mi vida, a pesar de lo que hayas hecho. Qué orgulloso estoy de ti. Mi hijo, inspector de policía en esta ciudad enterrada en la nieve. Ese ha sido el problema con tu mujer. Ella es del sur, es de Skåne, casi más danesa que sueca. Pero qué guapa es nuestra Margareta, siempre riendo y contenta, siempre de Skåne antes que sueca. Y tú, siempre serio y amargado. Sé que te pasan cosas feas.

Un ataque de tos frenó el parloteo del señor Åkerman y sus acertadas intuiciones. Como pudo, se apoyó en los brazos de la butaca para ponerse en

pie sin quebrarse las rodillas. Puso la televisión y se trasladó de nuevo a Ucrania.

El ambiente en Kyiv había empeorado. Así lo mostraba una secuencia de planos vestidos con música dramática. Barricadas de neumáticos. Coches llenos de agujeros provocados por impactos de bala. Un ataúd desfilando entre los manifestantes por la Plaza de la Independencia. Varios incendios. Una casa ardiendo en las afueras. Y otra en el bosque. Con las cenizas de una vivienda destruida por las llamas, acabó el resumen especial del Maidán en la SVT.

2. Con Dios

28 de febrero de 2014. Helsingborg, Suecia

Oraba frente al mar: «Dios mío, le hice tanto daño». Se quitó las gafas. «Ayúdame, Señor. No permitas que la destruya de nuevo».

El inspector de policía Nils Åkerman combatía sus remordimientos rezando. Pretendía conectar con la persona que fue antes del derrumbe, pero ya no la encontraba dentro de sus tormentos. Por debajo de aquello, continuaba abierto el primero de sus capítulos negros, donde la vida se le fue a pique por culpa de una pistola.

En el paseo marítimo de Helsingborg el amanecer era gris. Nils permanecía inmóvil, con las manos en los bolsillos del abrigo y la vista fija en el estrecho de Öre. Llevaba cuatro meses en Skåne, a más de mil kilómetros de su ciudad natal, Östersund, intentando salvar su matrimonio del naufragio que él mismo había provocado. Añoraba a su padre. Se le empezaba a hacer cuesta arriba no poder escuchar casi a diario las toses del viejo ni sus maldiciones. El inspector también estaba deseoso de reincorporarse al trabajo tras la excedencia. Echaba de menos enfundarse el uniforme y volver a las rutinas de los policías en el norte de Suecia. Apartó a un lado sus anhelos y empezó a caminar impulsado por el viento. Desde el paseo marítimo, siguió por la calle Drottningatan hasta alcanzar el edificio de sus suegros, frente al parque de Margaretaplatsen. Buscó las llaves. Tardó en encontrarlas. Le costó entrar en el inmueble, pero más aún, salir de su amargura. Subió las escaleras a pie, huyendo del pasado. Al abrir la puerta del piso, se topó con el presente. Las regañinas de su mujer, Margareta. La algarabía de sus tres hijos, Elias y los gemelos, Oscar y Leo. Y el reposo de su bebé.

El matrimonio entró en la habitación donde Axel crecía en sueños. Al niño, de cuatro meses, le han diagnosticado una hemofilia tipo A, de grado leve. Los médicos les aseguraron que podría llevar una vida normal, pero que debían tener más cuidado con los golpes y los cortes, puesto que costaría parar sus sangrados por la falta de factor coagulante. Margareta conocía bien la enfermedad porque era portadora, y su padre, afectado. Sabía cómo actuar. Sin embargo, la noticia cayó como una losa sobre Nils. A pesar de ser una patología hereditaria que transmitía la madre, el inspector se torturaba asociando la vulnerabilidad de su hijo a la forma en que fue concebido. Solo él era responsable de eso. Margareta había entendido que jamás podría redimirlo de su propia condena. Ella supo pasar página de aquel episodio, pero él continuaba anclado en lo destructivo. No estaba segura de que las cosas pudieran volver a funcionar entre los dos, pero cuando Nils la miraba a través de los cristales de sus gafas, la tristeza de sus ojos se apoderaba de su corazón femenino y deseaba que volviera a ser su marido.

Nils cogió al bebé en brazos y rompió el silencio de las dudas.

—En Östersund hará mucho frío, pero sabré recompensaros.

—¿Ah, sí? —Se sorprendió Margareta—. ¿Cómo?

—Con vacaciones en España —anunció—. He estado buscando destinos que no fueran Málaga o Alicante. Aquello está plagado de suecos. No serán tan aburridos como yo, pero a ti te gusta más el humor de los españoles. Iremos a Cartagena.

3. Inspectora

28 de febrero de 2014. Ávila, España

Cartagena iba a ser su destino, pero en aquellos momentos estaba en Ávila, con treinta y nueve grados de fiebre. «Con lo que me ha costado llegar hasta aquí... hasta muerta me hubiera presentado... es solo un virus», se dijo.

Elena Rius i Bastida siempre quiso ser policía. Con un terrible mareo, se preparaba para formar en fila en la Escuela Nacional de Policía. Iba a convertirse en inspectora. Ningún miembro de su familia la acompañaba en el acto, pero entre el público había personas queridas. El inspector jefe Francisco Lara; su compañera de carrera, la jueza Laia Martí; y sus amigos de Televisión Española, Vinyet y Xavier.

La felicidad no le cabía en el uniforme. La falda recta le estilizaba la figura. Alta, atractiva y musculada. Miss Cataluña en la comisaría de Cartagena. Así la llamaban sus compañeros. Desubicada, ambivalente y hermética. Así se veía Elena.

Creció siendo «la diferente» en su familia. «La preferida» para su padre. «La especial» para su madre. «La pequeña» para sus hermanos. «La rara» para sus hermanas mellizas. Nunca pudo comportarse como ellas. Acicaladas y serias, exhibían su estilo y su clase. A Elena no le iba lo de mantener las formas de la alta burguesía catalana, sino alejarse de ese mundo para dar rienda suelta a su propia complejidad. Para bien o para mal, siempre destacaba entre los Rius i Bastida, y no quería. No los echaba de menos ni sufría por estar alejada de ellos.

Se centró en la ceremonia. Tras dos años en la Escuela Nacional de Policía de Ávila y siete meses de prácticas en la comisaría de Cartagena, por fin había

llegado a una de las filas de los inspectores que estaban a punto de jurar su cargo. Todos formaban parte de la XXV promoción de la escala ejecutiva del cuerpo. Un año más, el polideportivo de la escuela se habilitó como escenario para el acto. Flores y banderas lo vestían de color. El público abarrotaba las gradas. Autoridades políticas, policiales, académicas y militares entregarían los títulos en mesas engalanadas. Los diplomas tenían la consideración de Máster Universitario del Ministerio de Educación. Los daban en mano comisarios principales y comisarios que ostentaban los máximos cargos en la Junta de Gobierno de la Policía Nacional, en la escuela y en la Comisaría Provincial de Ávila. Elena sí que se identificaba con aquellas normas.

La vida de más de doscientos hombres y mujeres de la Policía Nacional cambiaría con la jura de su cargo. Firmes y alineados, formaban en perfecta armonía. Pocas faldas rompían el patrón de pantalones. Una era la de Elena. Su figura emergía con elegancia, realzada por la gorra y el color azul marino del uniforme de gala. De repente, la mesa de las autoridades hacia la que tendría que desfilarse le pareció inalcanzable.

La ceremonia comenzó con el recuerdo a los compañeros fallecidos en acto de servicio. Un grupo de policías depositó una corona de flores en su honor ante el Ángel de la Guarda, patrón del cuerpo. Empezó la entrega de títulos. Cuando le tocó el turno a la fila de Elena, caminó segura hacia la mesa, que entonces se le antojó muy cercana. No sintió los efectos del virus. El comisario principal le tendió el título. No quiso que el diploma se le escurriera de la mano, enfundada en un guante blanco que la dejaba sin tacto. Pinzó el papel con los dedos para que no echar por tierra lo que tanto le había costado.

Regresó con la fila a su puesto. Cuando los inspectores recibieron el gesto del mando superior, lanzaron sus gorras al aire y estalló el júbilo.

4. Interés inconsciente

28 de febrero de 2014. Estocolmo, Suecia.

Entró al país en un transbordador procedente de Polonia. Muchos polacos subieron con él en Gdynia y, tras once horas de viaje, el ferri de Stena Line los dejó en Karlskrona, al sureste de la costa sueca. Cogió un tren buscando una ciudad para quedarse. Esa ciudad no sería Estocolmo, donde se bajó. Pasado un tiempo, iría al norte.

Ante su mirada se desplegaba el lago Mälaren. Caminaba por Djurgården, la isla verde, aunque en invierno aparecía cubierta de hielo. Pasó junto al Museo de Biología. Un camino a la derecha le despertó un interés inconsciente. Tomó el sendero y llegó hasta la puerta de hierro forjado de la Embajada de España. No conocía a nadie de ese país. Dio media vuelta y prosiguió su recorrido.

Llevaba algún dinero. Su documentación decía que se llamaba Łukasz Górski y que era polaco. Hablaba inglés, pero quería aprender sueco. Tenía una carrera, aunque no podía demostrarlo. Pronto descubriría que su experiencia profesional estaba muy solicitada en Suecia.

En los primeros días en Estocolmo se estaba permitiendo un capricho excéntrico hospedándose a bordo del Af Chapman, un barco velero de tres palos convertido en albergue. Atracado en la orilla meridional de la isla de Skeppsholmen, frente al Palacio Real, el buque le ofrecía un escenario ideal para el inicio de una vida como viajero. Sus camarotes de madera olían a salitre y a brea. En once metros cuadrados había seis literas. Debía compartir el baño. Sus escrúpulos, rigurosos en lo tocante a la higiene, lo violentaban. Para tranquilizarse, solía contemplar el Mälaren. Llamaba a la calma musitando una canción de Игорь Корнелюк. *La ciudad que no existe.*

...Día tras día, perdiéndome por el camino.
Voy a esa ciudad que no existe...
¿Quién me dice lo que me depara el destino?
Puede que sea algo que no debería saber.
Y es posible que después de muchos años perdidos
yo encuentre esa ciudad que no existe...

En una ciudad que ya no existía nació él.

5. Tacones lejanos

Un año después. 28 de febrero de 2015. Östersund, Suecia

La comisaría de Östersund estaba desierta. Nils Åkerman había convertido un sábado tranquilo en una jornada de quehaceres inventados. Oyó unos tacones lejanos. Eran inconfundibles. Ligeros como ella. La inspectora de Homicidios Ann-Marie Jonsson asomó su melena rubia por la puerta.

—Nils, ¿qué haces aquí?

—Trabajar.

—Embustero.

—¿Y tú, inquisidora?

—Deprimirme, pero no por ti.

—Mejor. —Se quitó las gafas.

—Ven aquí, soberbio.

Los dos policías se abrazaron. Tiempo atrás habían compartido mucho alcohol y mucho sexo. Ella supo poner freno; él, no. Ann-Marie se hundió en la desesperación por no poder tenerlo. Nils fue directo a su declive. Aquel episodio quedaba ya muy lejos.

—Vete a casa, Nils. O sal de ella.

—Todo va bien, Ann-Marie.

—No me mientas y llámame si necesitas algo.

—¿Para qué? Ya sabes cómo acabaríamos.

Ann-Marie abandonó el despacho. Nils remoloneó ordenando papeles para evitar coincidir con ella en el pasillo. Al coger el abrigo, la vista se le fue a la Biblia que tenía en la mesa.

«Perdóname, Señor. Sabes que me esfuerzo».

De la Biblia desvió la mirada hacia una foto enmarcada, donde estaba él con Axel. Había crecido mucho en un año.

Al salir de la comisaría, la calle Fyrvallavägen y la nieve lo estaban esperando. El blanco nuclear lo motivó a mejorar sus tiempos para el clásico sueco. En 2015 quería completar las cuatro carreras de la prueba: esquí de fondo, bicicleta, natación y atletismo. Llegó conduciendo al Östersunds Skidstadion, aparcó y sacó los esquís del maletero. Entrenó como si lo persiguiera la desesperación. Cuando terminó, fue a recoger a su padre para llevarlo a comer a casa.

Margareta los esperaba batallando con los niños y distrayéndose con alguien en su móvil. Cuando el señor Åkerman y Nils llegaron, tuvo que apartarse de Cris, ese alguien que se estaba convirtiendo en su mundo. Abrazó a su suegro con una calidez poco frecuente en Östersund y, con la ayuda de Nils, empezó a preparar las albóndigas para el almuerzo.

—Abuelo, ¿qué tal la ayuda a domicilio? —preguntó ofreciéndole un trozo de queso.

—Me tratan como si fuera inútil, Margareta —gruñó el viejo—. Cada día tengo que ver a esos enfermeros. Me obligan a comer lo que no me gusta. Me ordenan las cosas y no encuentro nada. ¡Hasta se meten conmigo en la ducha!

Nils había conseguido que su padre aceptara los servicios de asistencia que el municipio ofrecía a las personas dependientes para que estuvieran atendidas en casa. Desde que tenía apoyo, había mejorado su calidad de vida, aunque no su humor.

La comida de los Åkerman transcurrió divertida gracias a las impertinencias del abuelo, que comió más albóndigas de las que sus cuidadores le hubieran permitido. La familia compartió una agradable tarde de invierno, con Axel en el centro de todos los juegos.

Por aquel entonces, nadie los espiaba ni quería llevarse al niño.

6. Vodka cooler

28 de febrero de 2015. Cartagena y Murcia, España

Elena Rius llevaba un año como inspectora en Seguridad Ciudadana. La joven había logrado adaptarse a las convulsiones de su brigada. Su comisaría fue portada en los medios de comunicación por la detención de seis policías de la escala básica, acusados de presunta detención ilegal y presunto homicidio de un vecino del barrio de Las Seiscientas. El cadáver apareció flotando en la playa de Cala Cortina el 26 de marzo de 2014. Nada se supo de la implicación de los policías en el suceso hasta que, a principios de octubre, fueron detenidos por agentes de Asuntos Internos e ingresaron en prisión preventiva.

Cala Cortina, una pequeña playa natural a menos de cinco kilómetros de la comisaría de Cartagena, solía ser uno de los destinos de Elena para salir a correr. Desde la detención de sus compañeros, dejó de serlo. El caso originó un cataclismo en la comisaría. Cambiaron al comisario y reestructuraron todas las brigadas. A ella no la relevaron en su puesto, pero le asignaron una nueva función. El comisario entrante la nombró portavoz. La inspectora tuvo que manejar el ansia de carnaza de los periodistas sobre el caso Cala Cortina. Sin embargo, sus mayores dolores de cabeza le sobrevinieron con su nuevo jefe, Héctor Leal.

En el pasado, un idealismo romántico de la profesión la llevó a imaginarse investigando grandes casos. La realidad se había encargado de endosarle responsabilidades burocráticas de despacho. Para escaparse del trabajo, Elena cogía el coche y se plantaba en Murcia. Allí se dirigía ese sábado por la autovía A-30 en su Golf gris metalizado, cansada de su día a día, de los cotilleos y del comisario.

«Estoy harta de que me llamen Miss Cataluña. ¿Tendré yo la culpa de ser catalana y guapa? Mujer, policía, joven y lista, igual a trepa para los polis de la caverna. Encima tengo que escuchar que soy gilipollas».

Así la había definido el jefe, según le contó una compañera. Si el comentario hubiera sido de otro, a Elena le hubiera resultado indiferente, pero Leal la había herido profundamente. Nada que no pudieran arreglar cuatro vodkas *cooler*.

Ese sábado, como todos los anteriores desde hacía tres meses, Elena no tenía intención de hablar de su profesión en la coctelería de Carlos. Conduciendo de camino al local, se dijo que podía continuar engañándose pensando que iba allí porque el barman preparaba el mejor vodka *cooler* de la región, o podía por fin reconocer la verdad, que estaba loca por aquel personaje que superaba la actuación de Tom Cruise en *Cocktail*.

Entró en Murcia y aparcó junto a la plaza Santa Isabel. Tomó la calle Vinader y fue a pie a la coctelería, situada en la misma calle. Al acercarse a la puerta, se le disparó el pulso. La abrió con mano temblorosa. Tras la barra estaba Carlos, uniformado con camisa negra. El barman la recibió sudando, no por el género barato de la camisa, sino por sus nervios. También estaba loco por ella.

—¿Vodka *cooler* con Żubrówka?

Elena asintió. Carlos cogió una botella y vertió el alcohol a setenta centímetros del vaso.

—¿Me contarás hoy por qué siempre tomas un vodka polaco?

—No. Lo del vodka es cosa mía.

—¿No quieres compartir nada conmigo, reina del taburete?

—Propón algo más interesante, barman.

—Unas vueltas en moto cuando cierre.

Esa noche empezaron a compartir vueltas, sexo y mentiras. Todo aquello les haría soñar con un futuro juntos. Ninguno de los dos podía imaginar que acabarían despertando en una pesadilla.

7. Nosotros

28 de febrero de 2015. Umeå, Suecia

La calefacción le hacía olvidar el frío, pero no lo demás. Łukasz Górski se cobijaba del invierno en la biblioteca del centro cultural Väven. Desde los ventanales de la sala contemplaba el río. Las aguas del Ume estaban congeladas. Él congelaba su amargura volcando las emociones en un cuaderno. Escribía pensando en su mentor, a sabiendas de que jamás podría enviarle aquellas letras.

...Anatoliy, un año en Suecia es todo lo que tengo. No estoy seguro de que pueda vivir lejos de nuestra patria. No sé para qué me sirve una vida surgida de un invento, un trabajo, un sitio donde dormir. Nada de todo eso puede compensar lo que me falta. He conocido a un anciano húngaro. Tiene almacenados montones de calmantes. Yo podría dormirlo para siempre...

Aquel anciano se cruzó fortuitamente con Łukasz Górski en Umeladen, el parque de las esculturas. El viejo caminaba tambaleándose sobre la nieve. Łukasz le ofreció ayuda. Él no tardó en engancharse a su brazo. Los dos eran extranjeros y estaban solos. Aquel día dieron el primer paseo de los muchos que compartieron en Umeladen. El anciano explicó a Górski que, en el pasado, el parque había acogido las instalaciones de un centro psiquiátrico, y que cuando se construyeron casas en la zona, a nadie le resultaba atractivo vivir allí. Un empresario sueco organizó una exposición de esculturas al aire libre y trajo obras de artistas de diferentes países. Como la experiencia fue un éxito, compró algunas y las dejó instaladas en los jardines de manera permanente.

Aires nuevos llegaron al lugar.

A Łukasz le encantaba la historia de Umeå y sus cuarenta y cuatro esculturas. Las examinaba contándolas por orden. No podía escapar de aquellas cuentas, como de pequeño tampoco podía librarse de subir enumerando los ciento noventa y dos peldaños de una escalinata que hizo de su infancia un infierno. Su escultura preferida era *Nosotros*, uno de los dos trabajos que el barcelonés Jaume Plensa tenía en el parque. Le cautivaba que el artista hubiera escogido letras de ocho alfabetos, entre ellos el cirílico, para dar forma a un cuerpo de acero voluminoso y hueco mediante enlaces soldados, que dejaban ver su interior vacío. La oscuridad o la luz entraban por los espacios libres que dejaban las letras. Junto al cuerpo, Łukasz se sentía atraído por un enigma que no podía definir.

Hasta finales de 2015, Górski trabajó en Umeå ejerciendo su profesión, y visitó a menudo el parque de las esculturas y la biblioteca. También una casa que el anciano húngaro tenía perdida en los bosques del norte. Allí se despidieron una madrugada.

—Sé que no eres polaco —le dijo el viejo como si conociera su pasado—. Lee esta carta.

Él lo hizo. Poco después, tuvo que cerrarle los ojos para siempre. Lo enterró clandestinamente entre los abetos y huyó de Umeå.

8. Hematomas

4 de julio de 2016. Cartagena, La Azohía, España

Lo ve agitar las botellas. Vuelan entre sus manos. Están en la coctelería, felices. Enamorados. El taburete de Elena se derrumba. Carlos corre a auxiliarla. Una mujer llega antes. La llama zorra. Quiere matarla.

El despertador arrancó a Elena de la pesadilla. Se puso en pie y fue deambulando a la terraza. Las vistas daban al muro de la cárcel de San Antón. La prisión permanecía cerrada y afrontaba un futuro incierto, como ella. Se había estrellado con Carlos. Estaba casado.

No sabía de dónde sacaría fuerzas para afrontar el día junto al comisario. Debía acompañarlo a una comida con el concejal de Seguridad y el jefe de la Policía Local para coordinar la seguridad de las fiestas de Cartagineses y Romanos. Se vistió y salió con las gafas de sol puestas. Era una fanática del modelo Aviator de Ray-Ban.

De su casa, en Luciano Martínez Roca, a la comisaría, en Menéndez Pelayo, tenía diez minutos caminando. Bajaba por la Alameda de San Antón hasta Plaza España, donde giraba a la derecha por la calle de la comisaría. El mismo recorrido de todos los días. También un día más se colocó el uniforme en el vestuario y aguardó la llamada del comisario en su despacho, contemplando la Rambla Benipila y el estadio Cartagonova. Pero aquel no sería un día más, porque conocería a los Åkerman.

Llegó la llamada del jefe.

—¡Rius, suba!

Y llegó el anuncio en su despacho.

—Comeremos en La Azohía. A la vuelta, pararemos en San Ginés para

saludar a unos amigos suecos.

—¿Habla usted sueco, señor?

—¿Por qué iba a hablar una lengua minoritaria? Este matrimonio habla español, sobre todo ella. Usted use el inglés.

—¿Para qué? —La dejó perpleja con la orden.

—Para que vean que estamos preparados. Él es policía.

—¿Cómo lo conoció?

—Bañando niños en la playa. ¡Mis nueve y sus cuatro!

Antes de ir a La Azohía, pasaron por Mostacho, el bar de los policías situado frente a la comisaría. Se sentaron dentro, cada cual a lo suyo. Héctor Leal enfrascado en llamadas, y Elena mirando los relojes que colgaban de la pared. Sus manecillas marcaban las horas en distintas ciudades. San Francisco. Nueva York. Londres. Cartagena. Tokio. Sidney. «¿Cuál será mi lugar en el mundo?», se planteó. Su jefe le atropelló los pensamientos.

—Andando, Rius.

La inspectora salió de la ciudad conduciendo el Opel Insignia oficial del comisario. Enfiló la E-22. Circuló rápido, como rápido sucedería todo en su vida a partir de entonces. Comieron, negociaron con la policía local y pusieron rumbo a casa de los suecos. Para llegar hasta allí, dejaron atrás la curva de La Azohía, un pueblo pesquero frecuentado por el turismo, que conservaba un punto de sosiego. A la izquierda de la carretera, las palmeras acompañaban la línea de costa, con sus playas de arena fina y sus aguas cristalinas. Elena se sintió lejos del verano en el coche del comisario, que parecía una nevera con el aire acondicionado a todo trapo.

—¡Intermitente a la derecha! —ordenó Leal—. Esta es la urbanización El Pinar de San Ginés, donde veranean los suecos. ¡Aparque aquí! —La sobresaltó—. ¡Cuidado con el Seat! Es de un guardia civil retirado. Paco Sáez, un buen tipo.

La inspectora bajó del coche con el uniforme congelado. Se encajó las gafas de sol y se preparó para hablar en inglés. Su padre, el abogado Josep Rius,

quiso que llevara la línea internacional del bufete de la familia y la formó a conciencia desde pequeña. A los veinte años, Elena obtuvo el Certificado Proficiency, pero a los treinta no llevaba ninguna línea de negocio en el bufete.

Nils Åkerman los esperaba con Axel junto al muro blanco que rodeaba su chalé. Vio llegar a su colega, Héctor Leal, pero solo se fijó en Elena. Ella se quitó las Aviator y fijó el verde intenso de su mirada en el color violeta de los hematomas del niño. Nils quiso aclarar aquello, pero tuvo que esperar a las presentaciones.

—*Nice to meet you* —saludó Elena sin retirar la vista de Axel.

—*Do you speak English?* —Nils estaba ansioso por despejar las dudas del estado de su hijo—. Yo sé uno poco español. Margareta, más bueno. —Y pasó a justificar ante Elena los morados de Axel—. Es hemofílico —dijo en inglés—. Se le hacen hematomas con los porrazos.

Elena tendió las manos a Axel y el niño no tardó en irse con ella. Con las explicaciones de Nils y con el pequeño en brazos, empezó a sentirse mejor. Tres diablillos rubios llegaron empujándose. Margareta dispersó el alboroto. El encuentro del grupo se desdobló. En el jardín se quedaron Nils Åkerman y Héctor Leal. A la casa entraron Elena, con Axel pegado a sus talones, y Margareta, con la cara pegada al móvil.

Åkerman y Leal se pusieron al día de sus asuntos en la policía y trataron por encima algunos temas personales.

—Muchos dolores de cabeza me dan los nueve, Nils. El mayor me ha salido perroflauta. ¿Qué tal en Östersund?

—A Margareta le cuesta la vida allí, muy dura en la invierna. Está nerviosa. Dice que le pierdo cosas o se las cambio de sitio.

—¿Y qué pierdes?

—Nada. Todo está en su lugar. Es ella, que cambia y no se acuerda. Y dice que soy mí, que en casa no hay fantasmas.

Ambos policías continuaron hablando de delitos, Nils haciendo un esfuerzo con el español. Por contra, Margareta se empleaba con el idioma ante una

Elena impresionada por la corrección de sus expresiones. Las mujeres conversaron en la cocina acerca de todo menos de recetas.

—¿Estás casada? —preguntó Margareta tras consultar por enésima vez su móvil.

—No. Tenía pareja hasta hace poco, pero no funcionó.

—¿Estabas enamorada?

—Sí.

—¿Lo estás pasando mal?

—Bastante.

—Lo siento —sonó cálida—. Oye, el jueves es mi cumpleaños. —Quiso animarla—. ¿Lo celebras conmigo?

—No estoy para fiestas. —La inspectora pretendió esquivar el compromiso—. Seguro que te lo pasarás mejor con Nils.

—¡No! Es muy aburrido. Mejor que se quede con los niños.

Elena envidió la alegría de aquella mujer rubísima y guapísima, divertida y sin complejos. Decidió que celebraría el cumpleaños con ella.

El comisario irrumpió en la cocina.

—Rius, he invitado a Nils a la comida con Pablo Torres. ¡Vendrá usted a recogerlo!

Eran las seis en punto en San Ginés.

9. El diario

4 de julio de 2016. Östersund, Suecia

A las seis en punto, en Östersund, no había ni un alma en torno a la casa de los Åkerman. Introdujo la llave en la cerradura y entró. Empezó a examinar las habitaciones en un ritual de despedida, recordando cómo conoció al niño. Después de lo que pasó, sintió un vínculo especial con aquel ángel de rizos dorados y quiso estar cerca de él.

Le fue tan fácil hacerse con las llaves de los Åkerman como desaparecer de sus vidas sin levantar sospechas. Empezó siguiendo a Axel. Cuando supo sus hábitos y los de la familia, comenzó a entrar en el domicilio. Fue averiguándolo todo sobre la vida del pequeño. Pudo estar en su habitación, tocar su ropa, tener en las manos sus juguetes, oler sus peluches, apuntar bien la marca y la dosis de sus medicinas.

En uno de los registros dio con el diario de Margareta. A través de un relato directo accedió a la intimidad de la mujer y a las miserias del policía. Le afectó profundamente descubrir el modo en que Axel fue concebido. Fotografió cada una de las páginas para recordar que todo aquello había sucedido realmente. Durante su última visita a la casa, releyó algunos fragmentos:

Vuelve cada noche apestando a *whisky*. Hoy me ha amenazado con que puede follarse a la de Homicidios. Se ha masturbado y me ha obligado a tragarme el semen.

Ya no le gusta lo que hacemos en la cama. Las mujeres con las que va le han enseñado a practicar el sexo duro. Me ha amordazado. Me ha esposado y me ha embestido solo para hacerme daño. Se ha corrido y ha seguido bebiendo.

Dice que mi culo no le da placer porque me quejo. Pero es que me penetra como un salvaje y siento que me voy a romper. Me he comprado un consolador para el ano, para acostumbrarme a esas sensaciones extrañas. No sé qué hacer para que no se aleje de mí.

Se ha vuelto loco por el sexo anal. Nada que no sea eso le deja satisfecho. Me asegura que no necesita ir con prostitutas, que muchas mujeres quieren que se las folle así. A mí me obliga a hacerlo.

Estoy embarazada. No quiero darle otro hijo. Me voy con mis padres a Helsingborg. Pienso abortar. No quiero que el bebé que llevo dentro conozca a la bestia de su padre. No quiero que sepa que fue fruto de sus vejaciones. Quizás no lo fueron porque yo siempre intenté complacerlo, pero no lo conseguí.

No pudo seguir leyendo. Ya sabía lo que venía después. El derrumbe de Nils y su arrepentimiento. La rehabilitación del alcoholismo. Sus visitas a la iglesia. Un esfuerzo colosal para recuperar a Margareta. El perdón de ella. El niño enfermo como excusa para su reconciliación. Y el fracaso de sus vidas en la segunda oportunidad que se dieron.

—Axel no debió nacer en esta casa —sentenció.

Echó un último vistazo a la habitación del matrimonio. Abrió la mesita de noche donde sabía que el policía guardaba una pistola rusa. La vio y se sintió amenazado.

10. El huérfano de Pablo Torres

19 de julio de 2016. Cartagena, España

Hacía dos semanas que Elena había conocido a los Åkerman. La celebración del cumpleaños de Margareta resultó muy divertida para las dos mujeres. Desde entonces, había visitado a la familia con frecuencia. Había congeniado bastante con el matrimonio. Incluso la habían animado a viajar a Suecia en sus vacaciones.

Aquel martes, a la inspectora Rius le cundió el trabajo. Organizó una rueda de prensa para que Leal informara sobre la desarticulación de una red especializada en falsedad documental. Luego tuvo que salir volando para recoger a Nils y llevarlo a la comida en el restaurante Sacromonte, donde el pintor Pablo Torres presentaba a los medios uno de sus cuadros, dedicado a la Policía Nacional.

El caso de Torres resultaba excepcional. Nació con una hidrocefalia que le generó una discapacidad. A través del arte, encontró una forma de expresarse que estaba conquistando al mundo. Era un genio del dibujo y la pintura. En la comida con la prensa, Pablo destapó su obra en honor al patrón de la Policía: los Santos Ángeles Custodios. Un niño, que representaba a un huérfano, sostenía entre sus manos la gorra del uniforme de su padre, fallecido en acto de servicio. Todos los presentes quedaron consternados con la tristeza de aquel huérfano.

Muy lejos de allí, otro huérfano se enfrentaba a solas con su propia trsiteza.

11. El otro huérfano

26 de julio de 2016. Kalvträsk, Suecia

Él también era huérfano. Estaba de pie, junto a la ventana, con la mirada perdida en el bosque. Parecía *El geógrafo* de Vermeer. No sostenía un compás en la mano, como el personaje del lienzo, pero sí tenía algún cálculo importante en la mente. Saldría del país con el niño a mediados de octubre, antes de que la nieve bloqueara los caminos. Se sentó en la mecedora y se bebió una botella de Żubrówka. La evasión le jugó una mala pasada. Chernóbil.

El gran estruendo rompe sus sueños y acaba con ellos para siempre. Cree que el cielo está explotando. Oye gritar a sus padres.

—¡Lesya, mujer, tienes que llevarte al niño!

—¡No nos marcharemos sin ti, Igor!

—Conduce hasta Odesa sin parar. No hables de lo que pasa aquí.

El incendio se ve desde los balcones. La central nuclear de Chernóbil está ardiendo.

—Papá, tengo miedo.

—¡Apártate de ahí! ¡No te asomes!

El ingeniero Igor Solonenko arranca a su hijo de la ventana.

—¿Por qué te vistes, papá? —pregunta el niño asustado.

—Mykola, me tengo que ir. Vosotros vais a Odesa con los abuelos.

La esposa del ingeniero se tira al suelo de rodillas.

—¡Por favor, no nos dejes solos!

—Tengo que ir a la central y tú tienes que salvar al niño. Cada uno se debe a su responsabilidad. La mía es con la Unión Soviética. La tuya es con nuestro hijo.

Mykola acaba de cumplir seis años. No puede entender nada de lo que sucede, pero intuye que es algo terrible.

—Papá, tengo hierro en la garganta.

Igor Solonenko sabe que es el sabor de la radiación.

—¡Lesya, no cojas nada! ¡Márchate ya! ¡Salva a nuestro hijo!

Se vuelve hacia el pequeño y lo sujeta por los hombros.

—Y tú, Mykola, recuerda que eres lo más importante para papá. Cuando tengas un hijo, lo entenderás. Cuida de tu madre. Ella te necesita. ¡No llores y nunca mires atrás!

Apartó los recuerdos y bajó hundido a la hemeroteca del sótano. Agarró una caja rotulada. Чорнобиль, Chernóbil, escrito con letras del alfabeto cirílico. Contenía recortes.

26 de abril de 1986. 1:23h. Estalla el cuarto reactor en la central nuclear de chernóbil. Suecia, primer lugar donde se detectan las consecuencias de la catástrofe.

26 de junio de 1986. Gorbachov informa de lo que sucedió dos meses antes en chernóbil. Un ucraniano jamás se había sentido tan abandonado como aquel día.

Chernóbil, el principio del fin del comunismo soviético.

Prípiat rebautizada por los ucranianos como «la ciudad fantasma». Los evacuados vagan por el mundo sin pasado.

La explosión de Chernóbil supera en cuatrocientas veces la potencia de la bomba de Hiroshima.

Al principio, solo los bomberos lucharon contra las llamas. Posteriormente, el gobierno reclutó a seiscientos mil obreros de la geografía soviética para liquidar las consecuencias de la catástrofe. Sus cuerpos absorbieron dosis de radiactividad millones de veces superiores a lo admisible.

El sarcófago que contiene la radiactividad en Chernóbil hace aguas. Se construirá uno nuevo. ¿Llegarán las ayudas?

Datos tras Chernóbil: incremento del 29 % del cáncer de mama, caída de la natalidad en las zonas más afectadas por radiactividad, aumento del 60 % en la mortalidad en algunos puntos de la región, cien mil ucranianos afectados por discapacidad psíquica o física, incremento del 14 % de las tendencias suicidas en la población infantil, once mil cánceres de tiroides en niños, mutaciones genéticas en próximas generaciones.

Turismo de catástrofe. Rutas a Chernóbil y Prípiat.

Un videojuego para luchar contra mutantes afectados por radiación.

Ojeó aquellos dos últimos titulares y arrojó los recortes a la caja. La precintó. Ardería en el fuego.

SEGUNDA PARTE: LO QUE NO SE VE

12. La partida

25 de agosto de 2016. Östersund, Suecia

El tiempo se le había pasado tan rápido que le pareció un enredo del ilusionismo. Llevaba casi un mes en Suecia. Elena estaba sentada en el parque, pensando en lo absurdo de su existencia. Axel jugaba entretenido en el tobogán, un poco alejado de ella.

«Unas vacaciones trampa... Eso es lo que he vivido... Todo por escapar de Carlos... ¿Y para qué? Para estamparme de bruceas con los líos de Nils y Margareta... Venir hasta el culo del mundo para esto... El niño... Qué bonito es. Me recuerda tanto a mis sobrinos».

Para él, Axel también era muy lindo. Había llegado la hora de llevárselo, aunque estuviera siempre en medio aquella desconocida llamada Elena. Salió de su escondite. Avanzó con pasos silenciosos hasta el banco. Ella, de espaldas, intentó volver la cabeza, pero no llegó a tiempo, porque ya le estaba aprisionando el cuello.

La estranguló hasta el punto exacto en que el riego sanguíneo dejaba de llegarle al cerebro. Languideció en sus brazos y perdió el conocimiento. La trasladó al coche y la introdujo en el portaequipajes. Le retiró las gafas de sol y la acabó de noquear con un golpe en la cabeza. Ejecutó cinco pasos, contándolos mentalmente.

«Uno: cinta americana en la boca. Dos: trapo empapado de sedante sobre la nariz. Tres: brazos a la espalda. Cuatro: bridas en muñecas y tobillos. Cinco: cacheo».

Comprobó que no llevaba ni móvil ni monedero. Solo las llaves de los Åkerman. Cerró el maletero. Puso las llaves y sus gafas en la guantera. Echó

un vistazo a los alrededores. Nada. Nadie. Se fue acercando al tobogán para coger al niño. No podía entretenerse, pero tampoco quería ser brusco en su encuentro después de tantos meses. Se agachó al lado de Axel y le habló en sueco. Le mostró unas gasas enrolladas y un pañuelo, como hizo la primera y única vez que lo había atendido.

—Vamos a cortar la sangre. Ven, Axel.

El niño lo miró tranquilo. Él tomó su mano. Caminaron hasta el coche. Una vez dentro, le introdujo en las narinas las gasas impregnadas en sedante y se las tapó con un pañuelo humedecido en un calmante más suave. Extendió la tela hasta la boca. Inmovilizó su cuerpecito acunándolo contra su pecho. Fue entonando una nana sin letra. Mientras el niño se iba atontando, bajó una parte del respaldo del asiento trasero. De un maletín sacó dos jeringas. Las cargó y se las inyectó a sus pasajeros. Los vidrios tintados lo ampararon en todo el proceso, aunque afuera no había nadie. Recostó al niño en el portaequipajes sobre Elena, rodeándolo de almohadas. Incorporó el respaldo del asiento, aunque no del todo, para que entrara el aire y pudieran oírse los movimientos. Escaneó el parque. Nada en el banco. Nada en el suelo. Nadie entre los pinos. Se pasó al asiento del conductor y arrancó el motor.

A las dos y diez, circulaba por Litsvåguen en dirección norte. A la derecha dejó el Östersunds Skidstadion, donde tantas veces había espiado cómo se entrenaba Nils Åkerman. Aquello ya formaba parte del pasado. Volvió al presente para tomar la E45. Conduciría por la autopista hasta Dorotea. Entonces cogería carreteras secundarias hasta Lycksele, y desde allí, carreteras cada vez menos transitadas hasta el indicativo de Kalvträsk. Tenía por delante casi cuatrocientos kilómetros de viaje. A las ocho llegarían al bosque. Cada kilómetro que lo alejaba de Östersund lo acercaba más a la idea de que regresaba a casa con su ángel. Se felicitó por haber rescatado al niño de unos padres que no podían cuidarlo. Pensó que a él tampoco lo habían cuidado.

13. Perseguido por la escalinata

1989. Odesa, República Socialista Soviética de Ucrania

La abuela observa al nieto. Cada mañana lo ve estirar las sábanas y las mantas de la cama hasta que quedan sin una sola arruga. Lo oye contar los cuadros de la colcha. No le ha dicho nada a su hija. Bastante tiene ella con la pena que arrastra.

—Mykola, pero si ya te había hecho yo la cama —dice la vieja acariciándole el cabello—. Vas a llegar tarde a la escuela.

—No quiero ir, abuela. —Sufre—. No me despeines, por favor. —Sufre más por el alboroto del pelo.

—¿Por qué no quieres ir al colegio? Eres muy listo.

—Tengo que cuidar de mamá. —Se peina de nuevo.

—Mamá está bien. Hoy no ha dormido, por eso ahora debe descansar. Venga, a la escuela —lo apremia—. Hay que estudiar.

El pequeño entra a la habitación de su madre. La cortina cerrada lo cubre todo de oscuridad. El olor a vodka impregna el ambiente. Lesya está borracha. El niño se le acerca y la besa en la frente. Con un pañuelo, se limpia los labios del roce.

—Vendré a comer contigo, mamaíta.

Mykola Solonenko tiene nueve años y odia ir al colegio. Piensa que al volver, todos se habrán ido de casa. Por las noches sueña que se quema la vivienda con sus abuelos dentro y que él y su madre tienen que viajar en coche muy lejos. Los ancianos son dos esqueletos calcinados que corren detrás del vehículo. El niño deja de mirar por la ventana para no verlos. Entonces descubre a la calavera que va a su izquierda, apoyada en el asiento. Los

huesos le hablan con un timbre de voz conocido. Cuando identifica a su padre, despierta asustado. Nadie lo consuela.

De camino al colegio, el pequeño Mykola tiene que pasar por delante de la escalinata de Odesa, uno de los símbolos de la ciudad, para él, maldito. Los ciento noventa y dos escalones le ordenan: «Baja y sube contando». Los diez descansillos lo amenazan: «Si te equivocas, deberás volver a empezar». Tiene que bajar y subir contando los peldaños cada vez que va o vuelve de la escuela. Presiente que si no lo hace así, sucederá algo horrible. Los escalones y los descansillos se vengarán de él matando a su madre.

Aquella escalinata está endemoniada para el niño. Si la otea, aparecen solo los descansillos. Pero cuando la mira desde abajo, ve solamente los escalones. Las formas de la escalera bailan ante los ojos verdes de Mykola.

Está en la parte alta de la escalinata, en una pequeña plaza sobre el bulevar Primorsky, al lado del monumento al duque de Richelieu. Toma fuerzas junto al noble francés, primer alcalde de la ciudad. El alcalde mira al Mar Negro. El niño, al gris del suelo. Mykola comienza a bajar sabiendo que al final lo esperan el puerto y la soledad.

El pequeño Solonenko crece rodeado de fantasmas que no son buenos. Cuida de su madre. Estudia. Quiere a sus abuelos. A veces, pregunta por su padre, pero siempre le responden lo mismo, que está en el cielo. «¿Cuándo volveremos a Prípiat?», quiere saber el niño. Nunca obtiene respuesta. Aquella ciudad ya no existe. Como el ingeniero Igor Solonenko, ha sido sepultada por la radiación de Chernóbil.

Mykola no soporta la ausencia de su padre ni ver el derrumbe de su madre. No sabe qué hacer para ayudarla. Escapa de su dolor refugiándose en un comportamiento obsesivo. Pone la mesa siguiendo siempre los mismos pasos. Limpia hasta el último rincón de la casa. Se lava tres veces al día. Se peina con la raya al lado, rectísima, perfecta. Viste impecablemente. Toda la pulcritud exterior contrasta con lo que va creciendo en su interior. El daño del abandono. El desarraigo. El desamparo. El aislamiento. Pero ese día se olvida

de todo, hasta de bajar y subir la escalinata. Su madre le ha prometido que irá a buscarlo a la escuela y que darán una vuelta en el tranvía. La está esperando en la puerta del colegio. Ella no llega. Todos los niños se han ido ya a casa. Entonces la ve aparecer por la esquina. Lesya se tambalea.

—Mamá, estoy aquí —la llama feliz el niño.

El director de la escuela la observa. Busca algo que decir para escapar de la situación.

—Buenas tardes, señora Solonenko. Mykola es un estudiante muy inteligente. —El niño lo escucha atento—. Destaca en clase por encima de la media. Siempre está entre los mejores alumnos.

El pequeño continúa escuchándolo contrariado. No quiere estar entre los mejores. Quiere ser el mejor. De repente, Lesya comienza a chillar en medio de la calle, poseída por el odio.

—¡Es brillante como su padre! Lo lleva en los genes —proclama a los cuatro vientos—. Es hijo del ingeniero Igor Solonenko, a quien nadie ya recuerda en la Unión Soviética. ¡Gracias a mi marido todos vosotros estáis vivos! —Se vacía hablando al vacío—. ¿Qué patria entierra a sus héroes en el olvido? —Rompe a llorar—. ¡Aborrezco esta mentira llamada Unión Soviética! ¡Aborrezco vuestra patria! Ya no es la mía.

El director intenta mantenerse alejado de ellos. Lesya y Mykola han visto muchas veces ese gesto esquivo, el que provoca la repulsión inconsciente hacia los desgraciados de Chernóbil. La mujer estalla encendida por la cólera.

—¿Por qué no se acerca a nosotros? ¿Cree que podemos contaminarlo? —Alza aún más la voz. Crece su rabia—. ¡Nos fuimos la misma noche de la explosión! —Grita desde el abismo—. ¡No trajimos la radiación a Odesa!

—Por supuesto, señora Solonenko. Lo sabemos. Debe calmarse.

—Nos tiene miedo. Lo veo en sus ojos. No quiere estar a nuestro lado por si le contagiamos. —El hombre se va retirando—. ¡No somos monstruos!

El director ya no está con ellos. Lesya se tira al suelo desquiciada. Se da un golpe fatal en la cabeza con el bordillo de la acera. El niño corre junto a su

madre. El segundo abandono que va a sufrir en la vida se precipita.

—Vamos a casa, mamá —pide suplicando—. Vamos, mamá. —Le da golpecitos en la cara—. ¡Despierta!

El niño tira de Lesya hacia arriba, pero no puede moverla. Su padre se la está llevando al cielo.

—¡Mamá! —la llama desesperado—. Mamá. —La zarandea sin fuerza.

Lesya clava los ojos en el niño. A Mykola no le gusta aquella mirada. Recuerda que tiene pendiente bajar y subir la escalinata.

—Mamaíta, por favor, mamaíta, quédate conmigo, no me dejes, mamaíta mía. No me dejes solo.

Pero Lesya ya está muerta y la infancia del niño muere junto a ella.

14. Desconcierto

25 de agosto de 2016. Östersund, Suecia

A las tres menos diez de la tarde, antes de salir de la comisaría, Nils Åkerman llamó a Elena Rius desde Fyrvallavägen, pero ella no cogió el teléfono. El nudo de nervios que el inspector llevaba en el estómago se le deshizo junto a su ilusión por escuchar la voz de Elena. Otra voz de mujer sonó en su despacho.

—¿A que no me llamabas a mí? —entonó resuelta Ann-Marie Jonsson.

—Sabes que no.

Nils recogió del perchero su americana de lino gris y se ajustó el puente de las gafas. Sus prisas no pasaron desapercibidas para Ann-Marie.

—No me gusta el azul de tus ojos cuando se vuelven huidizos. ¿Me vas a decir a quién llamabas?

—Esta mañana tuvimos que intervenir en Eriksberg. —Nils recurrió a la mentira a medias para contestarle—. Disputa entre vecinos por cortar mal los setos. La cosa llegó a las manos. No tengo buen cuerpo.

—Lo que te pasa no tiene que ver con peleas por unos setos.

—¿Y con qué crees tú que tiene que ver lo que me pasa?

—Con la española con la que sales a correr por Östersund.

—¿Estás celosa?

—Claro que no. Me gusta verte ilusionado, pero estás casado.

—Eso díselo a Margareta. Yo no he hecho nada todavía.

Al llegar a casa, Nils comprobó que Axel y Elena no estaban. Vio el móvil de

ella junto a la televisión, cargando la batería. Lo cogió tentado por echar un ojo a su contenido. «¿Pero qué hago? Estoy enfermo», se recriminó soltando el aparato como si le hubiera mordido. Se puso el chándal y se calzó las deportivas. Salió a correr por el entorno del estadio y por la torre Arctura, donde la tarde anterior había estado con Elena, disfrutando de las vistas de la ciudad al lago Storsjön.

Regresó a las cuatro y media, pero en casa todo seguía igual. No habían regresado. Se duchó con una sensación de desazón. A las cinco, llegó Margareta con Elias y los gemelos.

—¿Dónde están Elena y Axel? —preguntó enfrascada en su móvil, sin ser consciente de que Nils no dejaba de caminar en círculos.

—No sé donde están. Llamé a Elena antes de las tres y no me cogió el teléfono. Lo dejó aquí, cargando. Han comido en casa. He visto los restos en la cocina.

—Habrán salido a dar una vuelta. —Margareta despegó los ojos de la pantalla del móvil—. ¿Quieres un café?

—No. Voy a ver si me los encuentro.

Nils intentó ponerse la americana a trompicones, pero no atinaba a meter el brazo izquierdo por la manga.

—Espera, hombre. —Su mujer quiso ayudarlo—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—No lo sé. Tendrían que estar en casa. Llama a la guardería para confirmar que Elena fue a recoger a Axel. Y a mi padre. Igual han ido a visitarlo y se han entretenido por el camino.

El inspector miró la pantalla bloqueada del móvil de Elena. Había mensajes sin leer desde la una y media. «¿No es demasiado tiempo?», se cuestionó angustiado.

En la guardería le confirmaron a Margareta que Elena había recogido al niño a las doce. El señor Åkerman no sabía nada de su nieto ni de la inspectora. A partir de ese momento, Nils y Margareta empezaron a distribuirse las primeras

tareas de una búsqueda inquieta.

—Quizás estamos exagerando —dijo Nils sin creérselo.

Margareta se dedicó a llamar a los compañeros de la clase de Axel, por si estaba con algún amiguito. Fue a los parques a los que solía llevar a su hijo. También recorrió el trayecto de la guardería a la casa e indagó en la urbanización, donde unos pocos vecinos vivían dispersos, cada uno metido en sus asuntos.

A las seis y media de la tarde, Nils llevaba más de una hora dando vueltas por Östersund, enseñando la foto de Elena y del niño por bares, restaurantes y parques. También avisó a sus compañeros de patrulla por si los veían por la ciudad. «¿Habrá pasado algo?», se planteaba desde su instinto de policía. «¿Quizás han tenido un accidente?». Fue a preguntar al hospital, a la entrada de Emergencias por Fältjägargränd, pero tampoco obtuvo respuestas. Al salir de nuevo a la calle, el sol insistió en abrumarlo con sus rayos, aunque él ya estaba suficientemente atosigado por el torrente de interrogantes que erosionaba su cabeza. «¿Qué habrá sucedido? ¿Se les habrá hecho tarde? ¿Se habrán perdido? ¿Habrá ocurrido algo malo? ¿Me estoy volviendo paranoico? Elena sabe que cenamos a las seis».

A las siete de la tarde, Nils entraba por la puerta de la comisaría. Era consciente de que en los casos de desaparición, sobre todo con niños, había que actuar rápido. Ann-Marie lo estaba esperando.

—Gracias por venir, compañera. A mi hijo le ha pasado algo. Lo sé.

—He llamado al comisario. Viene de camino.

—Igual estoy montando un espectáculo para nada, Ann-Marie.

—Bueno, pues entonces te criticaremos durante un tiempo. Pero si estás en lo cierto, cuanto antes nos pongamos a trabajar, mejor.

El comisario Erik Andersson entró por la puerta con aspecto cansado. Entre las siete y las ocho de la tarde, el tiempo en Östersund transcurrió a una velocidad de vértigo. Los minutos corrían al son de las órdenes que Andersson

dictaba a los efectivos policiales a través de su Apple Watch. Una patrulla fue a registrar la casa de los Åkerman. Nils sabía que era bastante habitual que los niños se escondieran en los lugares más impensables de los domicilios, pero nunca si estaban acompañados por un adulto. Los agentes interrogaron a Nils y a Margareta como si tuvieran algo que ver con la desaparición de su hijo.

El comisario dio instrucciones para empezar una búsqueda intensa por la ciudad y sus alrededores con el personal de servicio. Se pasaron las fotos de Elena y Axel por WhatsApp a todos los policías por si alguien podía ayudar a localizarlos. También se enviaron fotos a los profesores de la guardería de Axel y de la escuela de Margareta, y a las familias. Muchos ciudadanos de Östersund ya estaban enterados de que buscaban a un niño de tres años y a una mujer de treinta, española y policía.

Tras el registro de su casa, Nils regresó a la comisaría con la patrulla. El comisario le habló con semblante sombrío.

—Åkerman, debes denunciar la desaparición para que se activen los protocolos y podamos disponer de más recursos.

—A eso vengo.

Nada más interponer la denuncia, Nils Åkerman quedó oficialmente apartado del caso. El frenético reloj del comisario marcaba las ocho y media en Östersund.

15. Trampilla y balanceo

25 de agosto de 2016. Kalvträsk, Suecia

Su viaje transcurrió en una tensión serena. Solo paró dos veces para ajustar la sedación y comprobar el estado del niño y el de ella. Condujo respetando los límites de velocidad según los tramos. Se los había ido aprendiendo de memoria a lo largo de todos los trayectos de prueba que hizo por aquella misma ruta, hasta conocerla al dedillo. Cuando pasó por Lycksele, se vio tentado de parar a comprar algunos productos femeninos, pero no quiso correr riesgos innecesarios. Solucionaría aquella cuestión más adelante, si es que hacía falta. Ella moriría. Todavía no sabía cuándo, pero sí cómo: degollada. Una mujer tan hermosa no podía acarrearle nada bueno. Pero gracias a Elena, había podido traerse a Axel. Conocía su nombre porque lo había oído, pero no quién era. Tampoco le importaba.

Llegó al final de la última carretera asfaltada por la que circularía. A la izquierda, un cartel deteriorado indicaba los kilómetros que había hasta Kalvträsk y hasta la Reserva Natural de Vítbergen. Era la dirección que tomaban los pocos coches que alcanzaban aquel punto despoblado del mapa. A la derecha no había indicación alguna, pero sumergida en la profundidad de los bosques, los esperaba su casa. Faltaba media hora para las ocho. El pulso se le disparó pensando en la llegada.

El viejo Volvo XC70, con tracción en las cuatro ruedas, estaba acostumbrado a entenderse con los socavones de aquellos solitarios recorridos de tierra y piedras. Después de quince minutos largos, enfiló el último tramo del camino. A la izquierda, un cobertizo de madera color rojo les dio la bienvenida. Detrás del cobertizo, apareció la casa rodeada de pinos y abetos que se estiraban

hasta el cielo. Aparcó en la explanada que había frente a la vivienda y apagó el motor.

De repente, varios rayos seguidos electrizaron el bosque. Los truenos se encadenaron a la luz y reventaron el silencio. Un diluvio enfadado empezó a caer como si lo enviaran desde el infierno. Él continuó sentado al volante, sin ser consciente de todo aquello. Estaba muy nervioso. Llevaba meses imaginando cómo sería abrazar a solas al niño. Le urgía comprobar que el amor fluiría.

Era inevitable calarse hasta los huesos, pero aun así, corrió del coche a la casa. Entró directo a la habitación que había preparado para Axel. Retiró el nórdico y escogió un pijama azul de rayas, el mismo que el pequeño había llevado la noche anterior en su casa, en Östersund. Fue a buscar al niño al maletero. Al abrirlo, creyó que el cuerpo de Elena se movía un poco. La castigó pinchándole de nuevo.

Tomó a Axel en brazos para llevarlo a su cuarto. Al entrar, pronunció una frase que detuvo la tormenta: «Oleg, mi principito, siempre estaré contigo». Frenó el paso, paralizado por el nombre y el sentido de aquellas palabras. Se vio sorprendido por su propio llanto, más intenso que la lluvia. No entendía lo que estaba viviendo. No podía sentir por Axel lo mismo que por el otro niño. Turbado, lo dejó dormido en la cama sin llegar a ponerle el pijama. Intentó aplacar su desolación pensando que todavía no había usado la mecedora, pero en ese momento no tenía tiempo de hacerlo. Estaba seguro de que el balanceo afianzaría su vínculo con la criatura. Si era su nuevo principito, los sentimientos aparecerían con el movimiento.

Salió de la habitación y se dirigió al comedor, donde estaba la trampilla por la que se accedía al sótano. La abrió y encendió la luz con el interruptor que quedaba afuera. El otro estaba abajo, al final de la escalera. Decidió que más tarde lo anularía. Cogió una de las colchonetas que usaba para hacer ejercicio y unas mantas recién lavadas. Desapareció por el hueco de la trampilla. Bajó por las escaleras empinadas que daban a la estancia vacía de cemento y

piedra. Entre aquellas cuatro paredes solo se veían las cajas rotuladas donde guardaba sus recortes. Aunque ella no alcanzaría a tocarlas, se las llevó de allí para que no pudiera ver los rótulos en cirílico.

Volvió al coche, se cargó a Elena al hombro y la dejó en el sótano sobre la colchoneta tal y como venía, atada y amordazada. Le masajeó los brazos para aliviar el entumecimiento y se recreó en las caricias, como en otros tiempos, con otro cuerpo femenino. La tapó con las mantas, entreteniéndose más de lo necesario. Le gustó rozar aquel cuerpo de mujer, no tan delgado como el otro, pero igual de bello. Una cálida sensación lo dejó sin aliento. Preocupado, se preguntó por qué no había sentido calor humano con el niño. La duda lo sacudió, alejándolo de Elena como si representara un peligro, aunque estuviera atada y él fuera a sepultarla en un sótano.

Sacó un destornillador del bolsillo y lo empuñó mirándola fijamente para amenazar a su espíritu, drogado y dormido. Retrocedió con el puño aferrado a la herramienta sin dejar de observar a la que ahora era su Elena. También se la había robado a Nils, aunque no la necesitaría viva mucho tiempo. Rozó la pared en su retroceso. Se sobresaltó. Sin girarse del todo ni perderla de vista, anuló el interruptor que había al pie de la escalera. Subió los peldaños despacio. Cerró la trampa. Apagó la luz desde el comedor y acabó con las sombras.

La perfección de las formas de Elena lo había perturbado de nuevo, como cuando la vio por primera vez en Helsingborg. No quiso recordar aquello. Tenía que estar a solas con Axel para alejarse de sus instintos sexuales y recobrar la calma. Entró en la habitación del pequeño y se emocionó al verle la carita relajada por el sueño. Se serenó acunándolo en la mecedora. La calidez le fue llegando con la danza de cada balanceo. Una parte de la tibieza procedía del cuerpecito de Axel, pero la más grande se la enviaba un ángel desde el cielo.

—Ya estamos juntos en la mecedora, principito. —Las palabras no iban dirigidas al niño sueco.

Contempló el limpio atardecer que había dejado la tormenta entre los pinos.
Eran las ocho y media en Kalvträsk.

16. Sumando fuerzas

25 de agosto de 2016. Östersund, Suecia; Berlín, Alemania; Madrid y
Cartagena, España

A las ocho y media, coincidiendo con la puesta de sol, un helicóptero de la policía sueca sobrevolaba Östersund buscando a una mujer y a un niño. Nils Åkerman oyó el sonido de las hélices en su regreso a pie de la comisaría a casa. Aunque lo hubieran apartado del caso de su hijo, no pensaba quedarse de brazos cruzados.

La ciudad de Östersund, de algo más de sesenta y un mil habitantes, se extendía a lo largo de las vertientes del lago Storsjön, el quinto más grande de Suecia. La parte central de la ciudad quedaba enfrente de Frösön, una bella isla verde donde estaba el aeropuerto. Allí había aterrizado Elena una semana antes tras haber pasado diez días en Göteborg con una amiga española. Nils cayó en la cuenta de que la investigación policial no tardaría en convertir a la inspectora en la principal sospechosa de la desaparición del niño. Su instinto le decía que supondría una pérdida de tiempo, igual que aquellos vuelos del helicóptero.

Llegó a casa descorazonado. Buscó refugio en los brazos de Margareta. Pero ninguno de los dos encontró consuelo en el otro. Se sentaron en el sofá, con la vista fija en la pantalla de sus móviles, cada uno en su mundo. El de Margareta giraba en torno a los mensajes de apoyo que recibía de Cris. El de Nils se concentraba en releer los wasaps que había intercambiado con Elena esa misma mañana.

Elena, 10:45: Me has subido en una noria de donde no puedo bajarme. ¿Cuánto

tiempo vamos a seguir dando vueltas? Te propongo que por la tarde vayamos al lago y pongamos fin a esto antes de que regrese a España. ¿Te atreves, sueco?

Nils, 10:45: En la noria vamos los dos. Me gustan las alturas contigo. Si me dices que a ti no, voy a sentir vértigo.

Elena, 10:45: ¡Deja el vértigo!

Nils, 10:46: Voy a parar la noria para que te quedes conmigo.

Elena, 10:46: ¿Y qué vamos a hacer ahí arriba?

Nils, 10:46: Lo pensaremos en el lago.

Elena, 10:46: Vale. Te espero en tu casa con Axel.

* * *

Mientras, en la comisaría de Östersund había empezado a organizarse un gran despliegue de efectivos policiales bajo las órdenes de Erik Andersson. A todos ellos se dirigió el comisario en la sala de reuniones.

—Es el hijo de un compañero, así que os pido la mayor entrega al caso. Implicad a vuestros familiares y conocidos. Necesitamos voluntarios para la búsqueda. —Hizo una pausa—. Ella es inspectora de policía. Tendré que llamar a nuestro enlace con la policía de España. Seguramente vendrán sus propios expertos —previó—. Los pondremos a trabajar como si fueran de los nuestros, pero hablarán fatal inglés. En aquel país son un desastre con las lenguas extranjeras.

Las miradas de asombro de los policías circularon de un lado a otro de la mesa, pero ninguno hizo una sola mueca tras el comentario.

—Vamos a la distribución de tareas —prosiguió Andersson—. Ann-Marie Jonsson no tiene homicidios. La pongo al frente del equipo. No hace falta que os diga que ni una palabra a Åkerman, está apartado del caso. Pero ya lo he

dicho.

El comisario se puso en pie y alzó ambas manos para levantar el ánimo de la sala; también el suyo.

—Nils es un buen compañero. Siempre hemos podido contar con él, dentro y fuera de la comisaría. —La voz se le quebró—. Nuestra forma de ayudarlo es entregarnos al trabajo. Confío en vosotros. Ahora, disculpadme. Tengo que llamar a los españoles. Jonsson, continúa tú.

* * *

Erik Andersson no tardó en localizar al enlace de la policía española con las policías de los países nórdicos. El responsable no estaba en Escandinavia, sino en Alemania, porque se encargaba de varios países europeos. Su nombre era Antonio Martín y su cargo, consejero de Interior de España en Berlín. La llamada transcurrió en un inglés fluido, aunque aquello no desmontó los estereotipos de Andersson.

—Erik, informaré a nuestra División de Cooperación Internacional en Madrid y a la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta de nuestra Comisaría General de Policía Judicial. Si no han aparecido, estoy seguro de que nuestra comisaria principal, doña Andrea Ballesteros, me autorizará a estar el lunes en Östersund para colaborar contigo. Pondremos el caso en conocimiento de nuestra embajada.

Andersson entendió que también el gobierno de Suecia querría estar al tanto de lo que estaba pasando si la embajada de un país extranjero era informada del asunto. Se vio enredado en un sinfín de gestiones burocráticas y muy perdido en el organigrama de la policía española.

* * *

La comisaria principal, Andrea Ballesteros, licenciada en Física, era una mujer espigada que no hubiera tenido nada que envidiar a los candidatos al Premio Nobel si no hubiera abandonado su carrera tras ser abducida por la

imagen de las primeras mujeres policías en España, a finales de los años setenta. La joven Andrea cambió los cálculos por las armas y se hizo policía. Luchó contra el terrorismo de ETA y tuvo una proyección internacional que la llevó a trabajar por toda Europa combatiendo el crimen organizado. Cuando Antonio Martín le comunicó que una inspectora de policía española estaba desaparecida en Suecia, se colocó sus minúsculas gafas en la punta de la nariz e introdujo el nombre de Elena Rius i Bastida en su base de datos. Cuando obtuvo los resultados de su búsqueda, ya había focalizado todo su interés en aquella mujer de Barcelona, de treinta años, licenciada en Derecho y destinada en la comisaría de Cartagena. Marcó en su móvil uno de los tres mil números de su agenda de contactos y habló:

—Héctor, una de tus policías está desaparecida en Suecia.

Andrea Ballesteros y Héctor Leal eran viejos conocidos. Habían sido compañeros de promoción y habían compartido muchas experiencias a lo largo de tres décadas de servicio en el cuerpo; pero aquel no era el momento de rememorar batallitas. Centrarón su diálogo en acordar cómo investigarían el entorno de Rius. Ballesteros sabía que Leal colaboraría en lo que fuese. Lo que no esperaba encontrar fue la conexión de su amigo con Nils Åkerman.

—Pues ahora la cosa va más en serio, Héctor. Llama al sueco y pon a funcionar la maquinaria.

Nada más acabar su conversación con Andrea Ballesteros, Héctor Leal llamó a Östersund. Quería que Nils le informara de primera mano y ofrecerle su apoyo y la ayuda de la policía española.

17. Encadenada

25 de agosto de 2016. Kalvträsk, Suecia

Empezaba a salir del letargo con el ruido de fondo de los llantos desesperados de un niño. A duras penas podía abrir los ojos. Los párpados le pesaban tanto que se le caían solos. Sentía un fuerte dolor de cabeza y muchísimas náuseas, pero vomitar le iba a resultar imposible, porque tenía la boca tapada. La angustia la puso en alerta. Si no frenaba el impulso de aquellas arcadas moriría ahogada en su propio vómito. Se incorporó medio rota, sin poder mover los pies ni las manos. Tardó en comprender que la habían atado y amordazado. Algo que abrigaba y que olía a lavanda le cubría las piernas. Aun así, hacía mucho frío. Todo era negro. Aunque Elena se había despertado, su cuerpo seguía dormido. Un hormigueo interno la devoraba. Por un instante creyó que se estaba muriendo o que la habían enterrado viva. El pánico se apoderó de su mente y sincronizó su llanto con el del niño. Una lluvia de lágrimas le bañaba la cara y le devolvía la conciencia. Si podía llorar, no estaba muerta. Si podía sentarse, no estaba en una tumba. «¿Cuántas cosas más puedo hacer? Me estoy haciendo preguntas... Puedo pensar... puedo balancear el cuerpo», se dijo sin estar convencida de su razonamiento.

El llanto del niño se fue apagando a lo lejos. El sonido venía de arriba. «Alguien que tiene un niño me ha encerrado... ¡Santo cielo... es Axel! Estaba conmigo en el parque». Elena no sabía dónde se encontraba, pero sí de dónde venía, del parque donde llevó a Axel mientras esperaba el regreso de Nils de la comisaría. Se preguntaba quién o quienes los habían raptado. Creyó estar inmersa en una de sus habituales pesadillas.

* * *

Aquel mal despertar del niño no entraba en sus planes. No pudo calmar sus gritos y tuvo que volver a sedarlo. El silencio regresó a la casa con el sueño de Axel. La noche se le presentaba larga. Debía acomodar a Elena en el sótano. Temía el momento de enfrentarse a ella en una conversación cara a cara. Pensó en Iryna y se le endureció el alma. Abrió la trampilla, encendió la luz y bajó con un cubo en el que había puesto algunas cosas. Comprobó que ella lo miraba con pánico.

Elena gritó hacia dentro y se revolvió en un inútil forcejeo que no le sirvió para nada. Él no le prestaba atención. Ella lo escaneaba. Era alto, de espaldas anchas y brazos con muchas horas de gimnasio acumuladas. Iba con el rostro descubierto. Aquel rostro le sonaba. ¿Dónde lo había visto antes? No lo supo. Continuó examinándolo. Pelo corto y rubio, pero más oscuro que el de los suecos que ella había visto. Ojos verdes, ausentes y gélidos. Facciones varoniles, finas y bien marcadas. No debía llegar a los cuarenta. Iba bien vestido. Parecía un modelo de ropa *sport*. Pantalón tejano. Camisa de cuadros por fuera. Zapatillas deportivas de cordones. Todo a conjunto, en distintos tonos de azul. Tras el examen físico, pasó a fijarse en sus metódicos movimientos. Extrajo una botella de agua de plástico y tres manzanas del cubo. Las dejó en el suelo, sobre una servilleta bien doblada. Junto a la servilleta, colocó una toalla. Elena vio horrorizada como fijó una cadena con un candado al pilar situado en el centro de la estancia. Por instinto, ella se arrastró por el suelo para escapar de lo que venía. El gesto le salió caro. Él la empujó hacia el pilar con violencia. Le movió un poco las bridas de los pies para rodearle uno de los tobillos con la cadena y se lo ató con otro candado. Entonces, le soltó las ligaduras de pies y manos. Intuyó un intento de forcejeo y la tumbó en el suelo con una bofetada que le marcó la mano en la cara. Sacó un cuchillo enorme y afilado del interior del pantalón y se lo puso en el cuello. Le habló en un idioma del este que la inspectora no entendió. A continuación, se dirigió a ella en inglés.

—Al próximo intento, te corto el cuello y acabamos, Elena.

La soltó con brusquedad y le arrancó la cinta americana de la boca. Advirtió que, con el tirón, le había saltado la piel y le salía sangre por la comisura izquierda del labio. Le tendió un pañuelo de papel a la vez que le daba las primeras órdenes.

—Límpiate la sangre de la boca —dijo con la frialdad de una máquina—. Mantén el espacio limpio. No soporto la suciedad. Haz tus necesidades en el cubo y tápalas con la toalla para que yo no las vea.

Elena se limpió torpemente ante su verdugo. Él continuó hablando.

—Por mucho que chilles, nadie te oirá. Tienes que saber que los gritos me alteran. Es otra razón para que te mate. ¿Entiendes?

Asintió sin dejar de mirarlo a los ojos. Cuando pudo vencer el bloqueo al que la sometía el miedo, articuló el habla.

—¿Dónde está el niño? Por favor... no le hagas daño...

Las nerviosas palabras de Elena en inglés, casi no se entendieron. Aun así, percibió que él la observaba de una manera diferente y se arriesgó a seguir por ese camino. Más que su propio miedo, la mortificaba no saber dónde tenía a Axel y qué le había hecho.

—Por favor... el niño... Está enfermo... Es hemofílico. Necesita mucha atención y cuidados.

—Lo sé. Por eso está conmigo.

La respuesta del hombre desconcertó a Elena.

—Déjame verlo, por favor... Lo he oído llorar...

Él se fue retirando. Ella sabía que la escuchaba.

—Haré lo que me pidas, pero déjame estar con el niño... Puedo cuidarlo... Por favor...

Llegó arriba y cerró la trampilla. No apagó la luz.

18. Nota de voz

Del 25 al 26 de agosto de 2016. La noche de Nils en Östersund, Suecia

La luz estaba apagada en el comedor de los Åkerman. Nils y Margareta se habían recostado en el sofá. La incertidumbre por lo que podía haberle pasado a Axel aumentaba con el transcurso de las horas.

—¿Continuas despierta? —preguntó Nils susurrando las palabras.

—Claro —suspiró ella abatida—. ¿Dónde estará nuestro hijo?

—No lo sé. Andersson no parará hasta encontrarlos. Tendrán apoyo de la policía de España. Me lo aseguró Leal por teléfono.

—Si Axel hubiera estado conmigo, no hubiera pasado nada. ¿Ella le habrá hecho daño?

—No te mortifiques. Los encontrarán.

A Nils no le gustó escuchar las dudas sobre Elena. Margareta percibió el malestar de su marido.

—¿No crees que ella ha podido hacerle daño al niño?

—No. —El monosílabo se impuso en la oscuridad.

—Pero también tienes que contemplarlo —insistió Margareta—. Estaba pasando un mal momento por la ruptura con Carlos.

—No pensábamos eso cuando la dejamos a cargo de Axel. —El enfado de Nils aumentaba por momentos—. Yo sigo confiando en Elena. A nuestro hijo no le pasará nada si está con ella.

—¿Y si les han hecho daño a los dos, o han tenido un accidente?

—¡Basta, Margareta! —ordenó—. Vamos a confiar en la policía.

El inspector cogió un anorak y salió de casa. Caminó sin rumbo. Acabó sentado en uno de los bancos del parque situado junto a su urbanización, sin

sospechar que de ahí mismo se habían llevado a su hijo y a Elena doce horas antes. Fundido con la negrura de la noche, grabó en el móvil una batería de preguntas en una nota de voz:

«¿Qué ha pasado? ¿Se han perdido? ¿Han tenido un accidente? ¿Se han cruzado con un desequilibrado? ¿Robo violento? ¿Agresión sexual? ¿Asesinato? ¿Secuestro? ¿Por qué querrían secuestrarlos? ¿Terrorismo? ¿Motivos económicos? ¿Sexuales? ¿Emocionales? ¿Tráfico de órganos? ¿Quién les interesa, mi hijo o Elena? ¿O los dos? ¿O ninguno? ¿Es una venganza? ¿De quién se están vengando? ¿Por qué Elena no cogió el teléfono cuando la llamé a las tres menos diez? ¿No quiso cogerlo? ¿Ya no estaba en casa? ¿Por qué no se llevó el teléfono al salir? ¿Realmente estoy tan seguro de que ella no ha huido con mi hijo? ¿Me estoy dejando engañar por mis sentimientos?».

Nils paró de grabar, pero siguió cavilando sentado en el banco.

«Elena quería que fuéramos al lago. No pudo llevarse al niño. ¿Quizás huyó de mí? No. Ella quería estar conmigo. Yo lo notaba. La policía hurgará en todos nuestros trapos sucios. Sobre todo en los míos. ¿Por qué me enfado con Margareta porque dude de Elena? Está en su derecho. La policía también dudará de ella. ¿Acaso no tendría que dudar yo? Debo hacerlo».

Nils regresó a casa desde el parque. Se sentía agotado, pero no pudo descansar. Se permitió un llanto largo en el sofá, donde ya no estaba su mujer.

19. La voz de Leal

Del 25 al 26 de agosto de 2016. La noche de Elena en Kalvträsk, Suecia

La bombilla pelada iluminaba la estancia con un color amarillo enfermizo. La cabeza estaba a punto de estallarle. El estómago le daba vueltas. «Es urgente vomitar y buscar el interruptor», se ordenó Elena. Extendió la mano hasta el cubo, metió la cara y llegaron las arcadas. El gusto amargo del líquido verduzco que salía de sus entrañas le sabía a veneno. «Me han drogado... puedo estar teniendo alucinaciones... debo buscar el interruptor», la apremiaba su voz interior.

Examinó las cuatro paredes y lo descubrió junto a la escalera. Se puso en pie. Se agarró al pilar al que estaba atada para no desfallecer y pegó la frente al hierro. Sintió un cierto alivio en la cabeza, al presionarla contra el frío del metal. El apoyo la equilibró. Intentó caminar, pero la cadena no llegaba a la escalera. El control de la iluminación no dependía de ella. Fue consciente de que podrían dejarla a oscuras en cualquier momento. El terror la derrumbó.

«No pierda el tiempo, Rius. Ahora tiene luz. Registre el espacio». El comisario Héctor Leal se abrió paso entre el caos de su mente.

«Leal no está aquí... es una alucinación...», se dijo ella, imponiendo su voz interna a la que había imaginado para su jefe. «Voy a volverme loca». Rompió a llorar, pero Leal invadió su llanto.

«Rius, deje los lloriqueos y no pierda el tiempo. La han encerrado. Registre el espacio ahora que hay luz. No podemos saber lo que vendrá, pero sí lo que tenemos. Piense. ¿Dónde ha visto antes ese rostro?».

Elena Rius dudó de si la voz del comisario estaba siendo fruto de una alucinación o era un recurso de supervivencia que ella misma había generado.

Se aferró a esa segunda idea y empezó a estudiar lo que veía.

Se encontraba en un espacio vacío, de menos de cuarenta metros cuadrados. Las paredes estaban enlucidas con un cemento gris, que parecía haber sido testigo de todos los pavores de la soledad en el mundo. Un pilar escuálido de hierro, situado en el centro de la estancia, fingía sostenerla. Se alzaba delgado, tanto que Elena tuvo la sensación de que podría quebrarse en cualquier momento.

La escalera de madera que daba acceso al piso superior era una vieja conocida. Por ella había visto bajar y subir al hombre musculoso, apareciendo y desapareciendo por la trampilla que había en el techo. «¿Qué habrá allá arriba?», se preguntó angustiada.

Siguió analizando el espacio. En la esquina que había frente a la escalera detectó dos pequeñas rejillas de ventilación: una casi pegada al techo y otra cerca del suelo. En una de las paredes se habían construido unas estanterías de obra. No parecía que estuvieran recubiertas de polvo acumulado. Cerca del pilar había una colchoneta y mantas limpias. Junto a la colchoneta la esperaban la botella de agua y las manzanas. Se acercó a la servilleta. Estaba impecablemente doblada y planchada, igual que la toalla. El olor que desprendían los vómitos la obligó a retirarse hacia atrás. Recordó las palabras que había pronunciado su verdugo.

«Haz tus necesidades en el cubo y tápalas con la toalla para que yo no las vea».

Atemorizada por la orden, sintió la necesidad de alejar el cubo a un extremo de la habitación, tanto como le permitió la longitud de la cadena, un metro y medio, más la longitud de su cuerpo estirado en el suelo. Con la maniobra, logró colocar el cubo a más de tres metros y taparlo con la toalla. Comprobó que no alcanzaba a tocar la pared aunque alargara el brazo al máximo. No había nada más que mirar, aunque su jefe seguramente opinaría que la suya estaba siendo una inspección sesgada.

De repente, Elena notó un cansancio terrible y tuvo que tumbarse en la

colchoneta. Le dolían muchísimo las extremidades. Intuyó que había tenido las manos bastantes horas inmovilizadas tras la espalda. Aguzó el oído, pero no se oía nada. Estaba sola junto a tres manzanas. Receló de la fruta, pero no rechazó comerla por eso, sino porque no le cabía ni aire en el cuerpo. Se obligó a beber un trago de agua. Volvieron las arcadas, pero el agua se quedó dentro. Miró las paredes de su cárcel, que ya no estaba en Cartagena ni era la de San Antón. Había salido de su cómodo despacho en la comisaría y se había visto sumergida en un cautiverio siniestro.

«Comisario, estoy jodida... No sé quién me ha traído aquí ni por qué, y usted tampoco puede decírmelo... Se han llevado al niño... El niño... Ese tipo habla ruso... o algo parecido... ¡Hemos caído en manos de las mafias del este! Voy a decirles que la han cagado, que soy policía... No, mejor no... Eso no me conviene... aunque si miento y lo saben o lo descubren será peor para mí. Si lo saben ya, no tendrá sentido mentir. Si no lo saben y no tienen posibilidad de descubrirlo habré sido una bocazas... ¡Esto es una locura! Nadie me ha preguntado nada todavía... A dónde ha ido a parar mi juicio... A dónde ha ido a parar mi vida... Comisario... por qué no me habla... No me deje sola... Soy un desastre... Cómo no se va a avergonzar de mí mi familia».

Elena pensó en todas las cosas malas que podrían suceder. Encabezaba la lista que ella misma perdiera la razón. Se sentía agotada, pero no pudo descansar. Se permitió un llanto largo. Echó de menos a su padre más que nunca.

20. Los Rius i Bastida, sin Elena

Del 25 al 26 de agosto de 2016. Barcelona, España

Josep Rius no despegó el ojo de su muñeca en toda la noche, donde su Patek Philippe lo martirizaba con el control del tiempo. La infalible pieza, legada por su abuelo a su padre y por su padre a él mismo, iba a ser para el hijo que tuviera Elena. Así lo decidió Rius cuando ella nació. Y nunca había cambiado de idea a pesar de los enfrentamientos de la familia con la menor de los Rius i Bastida.

Desde que el comisario Héctor Leal lo llamó para informarle de la desaparición de su hija en Suecia, la inquietud le había hecho olvidar los conflictos abiertos con su pequeña. La noticia lo sorprendió en la Cerdanya, donde estaba pasando el verano con su mujer. Las vacaciones del matrimonio y las de sus otros cuatro hijos acabaron con aquel aviso terrible. La familia se reunió en Barcelona, en su piso del barrio de las Tres Torres. Los seis miembros del clan se sentaron en el comedor, en torno a la mesa de cristal con pies de acero inoxidable que siempre había presidido aquella sala. Era la una de la madrugada. No se moverían de allí hasta que el inspector jefe Francisco Lara viniera a primera hora de la mañana para acompañarlos a denunciar la desaparición en el complejo policial de Sant Martí-La Verneda.

Los Rius i Bastida parecían un comité de crisis. El padre mostraba una expresión sombría. A su derecha, Carme Bastida, la madre, tenía los codos apoyados en la mesa y se tapaba la boca con las manos entrelazadas. A su lado, las mellizas, Neus y Mireia, permanecían erguidas en las sillas, en pie de guerra. A la izquierda de Josep Rius, el hijo mayor, Pep, daba toques nerviosos con su pluma a una pila de folios. Y junto a él, Manel, el hermano

con quien más jugó Elena de pequeña, no se molestaba en disimular su angustia.

Manel era independentista y uno de los dirigentes de Òmnium Cultural, pero fue el miembro de la familia que menos atacó la decisión de Elena de convertirse en Policía Nacional. Tenía cuatro años más que su hermana y siempre estuvo muy unido a ella. Esa noche la sentía lejos y en peligro. Optó por no intervenir en la conversación familiar porque estaba seguro de que aflorarían sentimientos contrapuestos. Él se reservaría los suyos. Adoraba a Elena tanto como le pesaban las últimas discusiones políticas entabladas con ella. El tono autoritario de su padre lo rescató de la aflicción.

—¡Poned los móviles sobre la mesa! Los quiero siempre cargados y operativos. ¡Comprobad su estado! —Miró el Patek Philippe y siguió hablando—. Puede tratarse de un secuestro. Si llaman para pedir un rescate, lo pagaremos.

—Papá, ¿qué dice la policía de eso? —preguntó Mireia, una de las mellizas, siete años mayor que Elena.

—Si me piden dinero, lo pagaré, diga lo que diga la policía. —Rius fue taxativo.

—Todos tendremos los móviles conectados —aseguró Pep—. Puedes estar tranquilo.

—¿Qué va a ser esto, si no es un secuestro? —El abogado se desesperó—. Si hubiera tenido un accidente, ya la habrían encontrado.

—Igual ha decidido marcharse —aventuró Neus, la otra melliza—. Sabes que es su estilo y que a nosotros nos ha hecho pasar...

—No adelantemos acontecimientos —intervino de nuevo Pep para evitar que Neus encendiera a su padre—. Tenemos que intentar no perder los nervios. Solo podemos esperar.

—Esperaremos, pero no aquí —anunció Josep Rius—. Si no sabemos nada antes, el domingo cogemos un vuelo a Suecia tú y yo, Pep.

—Me parece bien —asintió el hijo.

—¿Y quién se quedará al frente del bufete? —quiso saber Mireia.

—Desde luego, no los inútiles de vuestros maridos.

—¡Josep! —Carme Bastida reprendió a su esposo con vehemencia—. No toleraré que te dirijas de esa manera a mis hijas, que también son las tuyas. Les debes respeto. Y a sus maridos también.

—Disculpadme. Estoy muy nervioso.

—¡Tú siempre estás nervioso por culpa de ella! —Neus se levantó de la silla—. En esta familia no hemos podido vivir en paz desde que se marchó para hacerse policía. Te has vuelto huraño y despiadado con todos nosotros, que nos hemos quedado aquí, contigo.

La rabia contenida de las mellizas por el favoritismo con el que su padre siempre trató a Elena acabó desatando las tensiones en la reunión de la familia, tal y como Manel había previsto en silencio.

—Siempre hemos estado unidos, papá —dijo Mireia— aunque siempre nos haya faltado Elena. El problema es tu niñita predilecta.

—¡Cállate! —Josep Rius dio un golpe con el puño en el cristal de la mesa—. No es momento de arremeter contra Elena. Si piden un rescate, lo pagaremos —sentenció—. ¡Si volvéis a hablar indebidamente de mi hija, os echaré a todos de mi casa, de mi bufete y de mi testamento!

—¡Josep, basta! —Carme Bastida puso fin a aquella espiral de violencia—. Serénate y guarda silencio —ordenó—. Y vosotras, tragaos vuestro veneno.

* * *

A las siete de la mañana, el inspector jefe Francisco Lara aparcaba en la calle doctor Carulla, frente al edificio de los Rius i Bastida. Por unos instantes, se quedó mirando el interior del inmueble, un vestíbulo de mármol blanco de aspecto frío. En los espejos, imaginó reflejada a la pequeña Elena con su arco enfundado colgado al hombro. Cada sábado, la niña acudía corriendo a su encuentro y lo saludaba de igual manera:

—¡A sus órdenes, inspector jefe! ¿Ha pensado qué historia de la policía nos

explicará de camino al club?

—Buenos días, Elena. No sé si a mis hijos les interesan mucho esas historias.

—Pero a mí sí que me interesan, inspector... Además, hoy es mi cumpleaños. Es 13 de marzo y cumplo trece años. Tiene que hacerme un regalo especial. Tiene que contarme una historia especial de la policía.

—Vale. Hablaremos de redadas.

—Estupendo. ¿Cuántos tipos de redadas hay, inspector Lara?

—Bueno, en realidad lo de «redada» es una palabra que se utiliza en novelas y películas. Para nosotros son «registros».

—¿Registros? ¿Y cuántos tipos de registros hay? ¿La policía tiene un lenguaje especial para entenderse? Quiero conocer ese lenguaje y todo sobre los registros.

La curiosidad de Elena por los temas policiales no conocía límites. Cuanto más le contaba él, más quería saber la niña. Francisco Lara interrumpió la nostalgia de esos años en los que sus hijos y Elena compartían clases de tiro con arco en el Castillo de Montjuïc y se preparó para el duro recibimiento al que creía que le sometería aquella buena gente burguesa, que siempre lo había responsabilizado del derrotero que había tomado la vida de Elena en su apuesta por hacer carrera en el Cuerpo Nacional de Policía.

Francisco Lara avisó a Josep Rius por el interfono de que estaba esperándolo en la calle. Cuando el abogado bajó, el inspector se encontró ante un hombre vencido.

—Francisco, no sabemos nada de Elena. Ayúdanos, por favor...

—Inspector, gracias por venir. —Pep acompañaba a su padre, muy preocupado—. Lo estamos pasando muy mal.

—Me lo imagino. Vamos a poner la denuncia también aquí, pero puedo aseguraros que ya se ha desplegado un dispositivo policial muy importante en Suecia y que cuentan con todo el apoyo desde España.

—¿A qué nos enfrentamos, Francisco? —preguntó el padre de Elena, angustiado.

—No lo sabemos. Pero tenéis que confiar en la policía. No se escatimarán los medios. Conozco al jefe de Elena, el comisario de Cartagena. Y también a los responsables en Madrid. Están en la máxima cadena de mando y en contacto permanente con el comisario sueco al frente del operativo.

—¿Contratar a un detective sería algo ridículo, verdad, Lara?

—Es algo humano, propio de un padre como tú, que ama a su hija. Pero tienes que confiar en nosotros. Un detective no cuenta con formación ni medios apropiados para estos casos.

—De acuerdo —asintió Rius cogiéndolo del brazo para compartir su pesar con él.

El inspector Lara no encontró reproche alguno en las palabras de Josep Rius. Se vio ante un hombre de gran talla, a la altura de las circunstancias. Lara pensó que el abogado se parecía mucho a su hija Elena y que, sin saberlo, siempre había sido el referente de la pequeña.

21. Pensando en Anatoliy

Amanecer del 26 de agosto de 2016. Kalvträsk, Suecia

Un padre y un referente para el niño sueco. Eso era en lo que quería convertirse en la nueva etapa que emprendía. Sentado en la mecedora, velaba el sueño artificial de Axel provocado por los sedantes. Aguardaba el despertar de la criatura intentando no dormirse. Él también tuvo un referente. Su mentor. Anatoliy Bogún.

1993, Odesa, Ucrania. Mykola cumple trece años, pero no lo puede celebrar. Debe limpiar los cristales de los coches en el semáforo. En casa de sus abuelos falta el dinero y él quiere ayudarlos. No encuentra fuerzas para llevar a cabo el mandato de su padre. Está llorando. Incluso en ese estado, no para de ofrecer sus servicios a los conductores.

—¡Apártate! —le gritan desde un coche.

—¡Siempre estás aquí, molestando! —otro grito.

—¡Vete a casa! —Otro coche.

—¡Todavía no tienes edad para hacer esto!

—Toma. Limpia. —Por fin, un sí.

—Aquí también, joven. —Y otro.

Mykola recoge dinero de cinco vehículos seguidos, aunque no le va a servir de mucho. Tres chicos mayores se le acercan, lo rodean y le retuercen el brazo. Lo amenazan en medio de la carretera, pero nadie acude a auxiliarlo. Le quitan el dinero y le escupen, a él y a su pánico. A duras penas puede

sostenerse en pie. Cruza la calle para sentarse en la acera. No ve que arrancan los coches. Casi lo atropellan.

Anatoliy Bogún lo sigue con la mirada desde el Mercedes que acaba de traer de Alemania. Decide que ese día reforzará su negocio con el que sabe que será un nuevo socio en el futuro, el joven del semáforo, a quien lleva estudiando algunos meses. Nunca antes lo había visto llorar. Es el momento de rescatarlo. Lo hará porque las lágrimas del chaval le han tocado el corazón, pero también porque el muchacho tiene cualidades. El olfato de Bogún para esas cosas no suele fallar.

—¡Eh, chico! —lo llama desde el Mercedes, que brilla aún más con los intermitentes puestos—. ¿Cuánto dinero te han quitado?

Mykola no contesta. Está asustado. Cree que el parpadeo de los intermitentes puede hipnotizarlo.

—¿Quieres subir al coche? —lo invita Anatoliy.

—No. Tengo que seguir limpiando.

En verdad, el chiquillo no se fía del desconocido. Anatoliy se percata y busca una alternativa.

—Vamos a hacer una cosa —le dice—. Aparco y te invito a comer ahí enfrente. ¿Qué te parece?

—Es que tengo que limpiar.

—De acuerdo. ¿Puedes limpiar mi coche? —propone.

Los ojos verdes de Mykola despiertan y brillan como el Mercedes.

—Claro, señor. Por supuesto. No le había entendido. Disculpe.

—El trabajo consiste en que comas conmigo en ese bar y que luego me limpies el coche. Te pagaré cinco veces lo que te han robado.

—No, señor, es demasiado dinero. Además, ¿cómo va a saber usted lo que me han robado?

—¡Porque voy a creer en ti!

El impacto de las palabras en Mykola es impresionante.

—No sé, señor. —Está emocionado—. Págueme lo que quiera.

—Vale. No vamos a discutir por eso. Pero primero comeremos.

—Aparque aquí. —Le indica la mejor plaza—. Desde el bar podremos vigilar el coche. Es muy caro. Pueden robárselo o rayarlo.

Anatoliy confirma las cualidades del joven con su actitud de alerta. Está seguro de que acabará siendo un buen refuerzo para el negocio. Estaciona el Mercedes y se presenta.

—Soy Anatoliy Bogún. —Le estrecha la mano—. Pero puedes llamarme Anatoliy, Tolya o Tolik, como prefieras.

—Quizás cuando nos conozcamos mejor, señor Anatoliy —dice—. Yo soy Mykola Solonenko.

Entran en la taberna y piden Golubzi, el típico repollo relleno de carne picada, arroz y puerro con salsa de champiñones. Comen en silencio, vigilándose de reojo, sobre todo Mykola. Actúa como un centinela cruzando la mirada del Mercedes a Anatoliy y viceversa.

—¿Dónde aprendiste a cuidar de ti mismo, joven?

—¿Por qué me lo pregunta, señor?

—Haces bien en no fiarte de un desconocido.

—En verdad, no me fío de nadie. No tiene que ver con usted.

—Me lo imagino. ¿Eres de Odesa?

—No. Soy uno de los monstruos de Chernóbil.

Anatoliy deja el tenedor en el plato.

—¿Por qué hablas así? —Su tono es serio.

—Es como me llamaban en el colegio. Ya no voy. —Sigue comiendo—. Estaba harto de que se rieran de mí.

—Tenemos que arreglar eso. —Bogún tamborilea con los dedos en la mesa.

—¿Cómo dice? —Mykola se fija en su mano.

—Todo a su tiempo, jovencito. Dime una cosa, ¿qué opinan tus padres de que no vayas a la escuela?

—Han muerto. Mi padre, en la central, aunque nadie me lo contó. Mi madre murió de pena, bebiendo vodka.

—¿Y con quién vives ahora?

—Con mis abuelos. Tienen una pequeña tienda en el centro, pero siempre les roban. Entran a cualquier hora y les piden el dinero a cambio de no quemarles el comercio. —Levanta la vista del plato a su nuevo compañero y baja la voz—. La mayoría de veces es la policía —aclara—. Por eso limpio coches, para ayudar en casa.

—También arreglaremos eso. —Bogún corta en seco el tamborileo.

—¿Usted lo arregla todo, señor Anatoliy?

—Todo lo que me interesa, sí que lo arreglo.

—¿Y yo le intereso? ¿Va a violarme?

Anatoliy Bogún queda consternado por las terribles suposiciones del niño y por su contundente forma de expresarlas.

—¡No, claro que no! —Es categórico en la respuesta—. ¿Qué te hace pensar esas cosas tan espantosas?

—Lo que le pasó a Yuriy. Desde entonces, está triste todo el tiempo. Solo confía en mí.

—¿Quién es Yuriy? —Bogún intuye que se va a enterar de algo que no le gustará.

—Es mi mejor amigo. Lo conocí limpiando cristales en el semáforo. Él se bajó de un coche caro, como el suyo. Casi no podía caminar. Me acerqué por si le pasaba algo. Me dijo que lo había reventado el hombre del coche. Yo creí que le había pegado, pero no. —A Mykola le cuesta seguir hablando—. Yuriy no podía sentarse. Lo llevé a casa de mis abuelos. Le preparé una bañera con sales. Tenía el ano abierto, en carne viva. Estaba sucio, lleno de semen reseco. Tiré toda su ropa y le regalé mi mejor conjunto. Me dijo que solo yo sabría lo que le había sucedido.

—¿Sabes donde vive Yuriy?

—Sí, pero no voy a decírselo.

—¿Y sabes quién le hizo eso?

—¡Claro! Eso sí se lo diré. Cuando Yuriy se bajó del coche y fui a ayudarlo,

vi la matrícula. Pasa con frecuencia por el semáforo.

—Vaya, eres un chico extraordinario. —Bogún le tiende una libreta y un lápiz—. Apúntame aquí esa matrícula.

—¿Puede arreglar eso, señor Anatoliy? —indaga Mykola mientras anota los números con una caligrafía pulcra y diminuta.

—Sí que lo arreglaré. —Mira por la ventana al Mercedes—. No lo dudes, muchacho. Lo arreglaré del todo.

—¡Yo también voy a creer en usted!

Al rostro de Mykola Solonenko se asoma la esperanza. Anatoliy Bogún lo mira como si ya fueran socios.

—Quiero que trabajes para mí. Pero para eso tendrás que estudiar.

—¿Que trabaje para usted? —La propuesta le sorprende—. Si no me conoce.

—¿Y quién te ha dicho eso? Primera lección: que tú no hayas visto a alguien no significa que ese alguien no lo sepa todo de ti.

—Tiene razón. —Lo escucha con la boca abierta.

—Llevo observándote en el semáforo varios meses. Eres desenvuelto y dices que quieres ayudar a tus abuelos.

—Sí, señor. Y a Yuriy. Por encima de todo —afirma—. No robo. Yo no robo. No soy como los militares o la policía. Soy hijo del ingeniero Igor Solonenko —declara altivo y orgulloso—. Mi madre se lo decía siempre a todos. A mí me hubiera gustado estudiar y ser como él, pero él no quiso quedarse conmigo. Se debía a la patria. Esa patria no es la mía. Mi mamaíta me enseñó a aborrecerla. Esa patria, por la que mi padre dio su vida, se olvidó de él, nos abandonó a nosotros y nos mintió a todos.

Anatoliy ve como la cara del chico se ensombrece. Está cayendo en el desamparo, pero él lo va a evitar.

—¿Nos ponemos tristes o limpiamos el coche?

—Yo le limpiaré el coche, señor Anatoliy. —Sus ojos recobran el brillo—. Podemos llevarlo al garaje de mis abuelos. Allí estará protegido y me podré entretener en los detalles.

—¡Trato hecho! —Se estrechan las manos de nuevo.

Mykola todavía no lo sabe, pero en el día de su trece cumpleaños ha encontrado un referente. En el Mercedes, de camino al garaje, le surge toda la curiosidad del mundo.

—Señor Anatoliy, ¿a usted le interesa mi patria, Ucrania?

—Sí, mucho.

—Entonces, ¿usted también puede arreglar lo que pasa aquí?

—Para eso quiero que tú estudies. El futuro de nuestro país depende de las nuevas generaciones. De chicos como tú y como tu amigo Yuriy. Estamos naciendo. Ya no somos soviéticos. Somos ucranianos. ¡Ucrania es nuestra patria!

—Sí, señor. ¡Yo me siento ucraniano! —Crece al pronunciar la frase—. Nací en Prípiat, aunque esa ciudad ya no existe.

—Bueno, has perdido una ciudad pero has ganado un país. Piénsalo bien.

—Todo lo que usted dice suena bien, señor.

—Deja de llamarme señor. Ya somos socios.

El asombro inicial de Mykola con Anatoliy deja paso a una admiración progresiva, que culmina cuando, tiempo después, descubre que el violador de Yuriy ya no podrá abusar de ningún otro niño. Su socio le dice que ha arreglado el asunto. Él no hace preguntas. Confía en el que ya es su mentor. Anatoliy jamás le fallará. Y Yuriy, tampoco. Pasarán a ser dos más uno. Para todo, Anatoliy y Mykola. Para casi todo, Anatoliy y Mykola, más Yuriy.

22. La magia de las canciones

26 de agosto de 2016. Kalvträsk, Suecia

El niño despertó de nuevo entre llantos. Resolvió que no lo sedaría más. Tenía que afrontar lo que estaba pasando.

—Oleg no lloraba —susurró—. Y tú también dejarás de llorar.

Pero las horas pasaban y el pequeño no se calmaba. Iba del lloro al sollozo, agotado. Cuando perdía las fuerzas, balbuceaba y empezaba otra vez a chillar, llamando más fuerte a su madre. Lo vio sentadito en la cama, cubierto de lágrimas y mocos. El sufrimiento le dolió más a él.

—Ahora vuelvo —le dijo con cariño.

Entornó la puerta de la habitación y fue directo al sótano. Vio como Elena se incorporaba aterrada por su presencia. Se percató de que quería disimular sus temblores apoyándose en el pilar. Él se le acercó mirándola a los ojos, como había hecho ella durante su primera conversación.

—Axel no deja de llorar, Elena —se expresó preocupado antes de pasar a utilizar un tono asertivo—. Tienes que calmarlo.

—Sí, lo haré —no dudó—. Déjame ir con él.

—No. Lo bajaré aquí. Recuerda que tu vida está en mis manos.

—Lo sé. Conseguiré calmarlo.

Ella intentó ocultar su pánico, pero supo que resultaba inútil. Estaba ante un enemigo difícil. Arriba podía haber más hombres como él, o peores. Y más mujeres y niños secuestrados. Podía estar con una mafia de trata de personas. Miles de pensamientos le cruzaron la mente en un segundo. Él pareció descubrirlos todos.

—Harás bien en tenerme miedo —le advirtió—, pero no se lo transmitas al

niño o te mataré.

—No lo haré —aseguró—. ¿Cómo tengo que llamarte delante de Axel? — Intentó escudarse en el pequeño para camuflar su ansia por saber ante quién se encontraba—. Tú conoces mi nombre y...

—No hagas preguntas. —La cortó en seco—. Solo voy a contestarte a esta porque me interesa.

Se aproximó a ella muy despacio y le examinó la comisura de la boca por donde le había saltado la piel al quitarle la cinta adhesiva. Ella aguantó la respiración y no se movió.

—Mykola —dijo al retirarse—. Así debes llamarme. Ten claro que Axel es mi hijo. No me la juegues o te arrepentirás de haber nacido.

Subió los peldaños de la escalera lentamente, como si le hubiera pesado amenazarla con tanta dureza después de decirle su nombre.

Elena se quedó petrificada ante aquel hombre que se consideraba el padre de Axel. Pensó que, quizás, aquello podría ser otro asunto de Margareta, otro asunto como el de Cris. Recordó como ella le había confesado nada más poner un pie en Suecia, que iba a separarse de Nils porque tenía un amante desde hacía más de un año, un compañero del trabajo, un profesor chileno que daba clases de español. Ese tema confundió todavía más a Elena. La confusión no le convenía. Necesitaba actuar con la mente analítica de un policía para averiguar quién era Mykola, qué tenía que ver con Axel y con los Åkerman y porqué ella estaba en medio.

Mykola apareció con el niño en pleno ataque de histeria.

—Axel... bonito —la inspectora lo llamó con dulzura y le tendió sus brazos protectores—. Ven conmigo, tesoro...

El pequeño la reconoció y se abalanzó sobre ella de inmediato, buscando su resguardo. Elena lo pegó a su pecho. Notó los latidos alterados de su corazoncito. Los fundió con los suyos, también alterados, y balanceó a la criatura de un lado a otro, como había visto hacer a Nils. Empezó a musitar una balada infantil en catalán, con un amor profundo. En esos momentos, Axel

era lo único que tenía.

La lluna, la pruna,
vestida de dol,
sa mare la crida,
son pare no ho vol...

Axel siguió llorando, pero con menor intensidad. La melodía y el cariño de Elena lo iban relajando. Ella siguió pegada a su mejilla, entonando otra canción.

Sol solet, vine'm a veure, vine'm a veure.
Sol solet, vine'm a veure que tinc fred...

Tuvo que cantar muchas canciones en catalán, echando mano del viejo repertorio de su infancia. Un alud de recuerdos la acompañaba en sus cantos. Veía a su padre sentándola en sus rodillas. Jugaba con su hermano Pep en el piso de las Tres Torres. Huía de los celos de las mellizas. Lloraba porque Neus y Mireia le rompían el arco. Su madre la consolaba. Manel, su hermano preferido, la tomaba en volandas para que bailaran la canción favorita de los dos, *La castanyera*. Elena también la cantó para el niño sueco.

Después de un buen rato, Axel dejó de llorar y se acurrucó en los mimos de Elena. Mykola se sintió cautivado con el trato que ella daba al pequeño y con la manera en que había sido capaz de controlar la situación. A Elena no se le escapó su fascinación. No lo había perdido de vista en ningún momento. Dedujo que era verdad, que a aquel hombre le importaba el bienestar del niño.

—Muy bien, Elena —la felicitó—. Voy a bajar comida para los tres —anunció—. Hazme participar en los juegos.

La inspectora se obligó a fingir una sonrisa y le hizo un gesto de despedida con la mano, moviendo a su vez la manita de Axel. Mykola contestó tímidamente, con miedo a la reacción.

El primer día en Kalvträsk resultó muy complicado. Mykola tuvo que utilizar a Elena más de lo que hubiera deseado en el proceso de adaptación del pequeño. Cuando vio cómo conseguía calmarlo con las canciones, se convenció de que había resultado un acierto traerla y mantenerla con vida en un principio. Subió y bajó unas cuantas veces las escaleras para acondicionar el espacio a las diferentes situaciones que tendrían que compartir en el sótano. Una mesa y tres sillas plegables para las comidas, juguetes, toallitas, sábanas limpias, cojines, algo de ropa infantil y alimentos.

Elena no perdió detalle de ninguno de los movimientos de Mykola. Se autoimpuso tres misiones: conseguir el bienestar del niño, generar confianza en Mykola para ir ganando terreno y estudiar a aquel hombre de quien dependían sus vidas.

Aquel día en el lúgubre sótano también resultaría muy intenso para Axel, una criatura de tres años, separada de sus padres por primera vez en su corta vida. El pequeño no se despegó de los brazos de Elena y requirió su atención y sus cuidados contantemente. El vínculo con el niño le otorgaría a Elena un poderoso rol, pero eso no le evitaría otros males.

23. Un triángulo

26 de agosto de 2016. Östersund, Suecia

El señor Åkerman acompañaba a su hijo ante dos cafés que no se iban a tomar. Nils oyó el tictac del reloj de madera tallada a mano que colgaba de la pared del comedor. Desde que era niño, lo había visto siempre en el mismo lugar. Sus antiguas manecillas seguían funcionando como el primer día. Marcaban las dos.

—¿Quieres que le dé cuerda, papá? —se ofreció recordando como el señor Åkerman solía pedírselo de pequeño.

—No hace falta. Ya lo ha hecho el cuidador.

El inspector se levantó y miró a través de la ventana, perdido en la respuesta de su padre, en el reloj y en el tiempo.

—Ya hace veinticuatro horas que no sabemos nada de ellos, papá.

—¿Qué dice la policía, hijo?

—Ha puesto patas arriba la ciudad. Vendrán a preguntarte. Di lo que tengas que decir sobre mí. Me buscarán enemigos del pasado. Ha habido muchas mujeres en mi vida. Muchos maridos de esas mujeres pueden querer vengarse del policía que se las ha follado.

Nils continuaba en la ventana, ajeno a lo grosero de su comentario. Una joven caminaba consultando el móvil. Chocó contra una bicicleta aparcada. La bici cayó. Ella dio un respingo. El inspector, otro.

—Tienes que mantener la calma. —El señor Åkerman estaba realmente preocupado por su hijo y por su nieto.

—No podemos ocultar nada, papá. Deben investigarlo todo y a todos. Si la desaparición de Axel y de Elena guarda alguna relación con mi

comportamiento en el pasado, no podré perdonármelo.

El anciano se puso en pie, sin hacer caso al dolor de sus rodillas.

—Hijo, hayas hecho lo que hayas hecho, no eres responsable de cómo actúen los demás. Menos aún de lo que le pueda pasar a mi nieto, si es que le ha pasado algo. Puede que aparezcan en cualquier momento, sanos y salvos.

—No quiero perder al niño.

La voz de Nils salía del pozo de la pena. Su padre se acercó a la ventana y le puso una mano en el hombro.

—Deja de torturarte.

—Igual están muertos, papá.

Rompió a llorar como un chiquillo. Se abrazó a su padre, invadido por los peores augurios. El señor Åkerman estaba deshecho, pero intentó alentarlos.

—Solo ha pasado un día. Serénate y piensa como policía.

—No he parado de hacerlo.

Nils se quitó las gafas, empañadas por las lágrimas, pero su visión seguía siendo turbia. Se giró para hablar con la ventana.

—Dejaré actuar a mis compañeros esta semana. Se emplearán a fondo. Vendrán refuerzos de España. Trabajarán bien. Pero si no aparecen, surgirán las frustraciones, irán retirando los efectivos y acabarán entregando el caso a un solo policía, que además llevará otros temas. Yo no pararé hasta que los haya encontrado.

El señor Åkerman sabía lo que implicaban las palabras de Nils. Lo abandonaría todo para buscar un camino que quizás no existía. No quería verlo atrapado en un laberinto sin salida. Él se sintió muy viejo y temió no poder auxiliarlo. Apeló a la fuerza de otros sentimientos.

—¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos? ¿Y tu trabajo?

—Margareta me va a dejar.

—¿Qué dices? —Al anciano le fallaron las piernas.

—No sufras por mí, papá. Estoy bien y ella merece ser feliz. Esta vez no voy a luchar por recuperarla. Tiene a otro y yo me alegro.

—¿Cómo lo sabes? —El señor Åkerman no podía creerlo.

—Soy policía —miró a su padre, inexpresivo—. Hace tiempo que lo sé. Ayer por la tarde estaba con ella en el colegio. Son compañeros de trabajo.

—¿Todo eso te lo ha explicado Margareta?

—No. Y no quiero que le preguntes nada. Vamos a dejarla tranquila. Debe rehacer su vida. Respecto a Elias, Oscar y Leo, no sé. Margareta se volcará en ellos. Yo tengo que concentrarme en Axel.

—¿Quieres venirte a vivir conmigo? Podemos compartir esto juntos. No me excluyas, hijo —suplicó—. No soy tan poderoso como tu Dios, pero también puedo ayudarte.

El inspector estaba agradecido por el ofrecimiento del anciano, pero tenía motivos para no aceptarlo.

—Tengo que quedarme en casa, papá. De allí salieron Axel y Elena. Pero vendré a visitarte. Aquí estoy cerca de algo o de alguien que me ayuda. Debes ser tú.

Dedicó a su padre una sonrisa apagada. El señor Åkerman señaló una carpeta que Nils había dejado sobre la mesa y él le mostró el contenido. Una larga lista de preguntas. El viejo echó un ojo a su trabajo.

—¿Te has planteado todos esos disparates?

—Sí. Y algunos más que tengo que seguir escribiendo.

—¿Y qué significa esto?

El anciano contempló un triángulo dibujado en una hoja. En los vértices aparecían nombres escritos.

—Es la figura con la que represento las investigaciones en marcha —le explicó—. La policía, Elena y yo.

—Has puesto a la policía en un ángulo de la base y a ti, en el otro.

—No iremos por el mismo camino. Me han excluido de la investigación, pero eso no quiere decir que yo vaya a quedarme quieto.

—¿Por qué está Elena en el vértice de la punta del triángulo?

—Porque ella es la única que tiene acceso a la clave. Axel estará a salvo

mientras esté con Elena.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nils Åkerman. Salió del apartamento de su padre y dio un paseo alrededor del lago. Rezó.

Al caer la noche, fue creciendo su inquietud.

24. El cuchillo y las patadas

Noche del 26 de agosto de 2016. Kalvträsk, Suecia

Al caer la noche, fue creciendo su inquietud. Temía que Mykola se llevara al niño. Ella lo había dormido en sus brazos, pegado a su pecho. Era la única postura en la que ambos se calmaban, respirando acompasados. Mykola se agachó. Elena intuyó que la iba a separar del pequeño. Se resistió a soltarlo.

—Por favor, deja que duerma aquí —imploró.

—No.

Cuando le quitó a Axel, ella sintió que le robaba la vida. Los vio desaparecer por la trampilla. La rabia revolvió sus instintos. Luchó para contenerse. Se tumbó bocabajo en la colchoneta y hundió sus gritos contra la espuma. Estaba desesperada.

De pronto notó su presencia y supo que había vuelto a bajar sin el niño. Levantó la cabeza y lo vio apoyado en el pilar, como una sombra acechante. Elena creyó que iba a violarla. Se puso en pie dispuesta a pelear hasta el final. La cadena no pudo sujetar su ira.

—He hecho lo que me has pedido —chilló—. He calmado al niño.

—¿Qué otra opción tenías? ¿Morir?

No consiguió amedrentarla.

—¿Por qué siempre me amenazas con la muerte? Es lo que me espera, ¿verdad? ¡Me da igual si me juras que no le harás daño a Axel! ¿Dónde está? ¡Devuélvemelo! —Se envalentonó—. Es una criatura inocente. ¿Por qué nos has traído aquí? ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Es por dinero? ¡Dímelo! ¿Qué vas a hacernos?

Por mucho que alzara la voz, el silencio de él se imponía. La oía sin

escucharla, extraviado en la furia de otra mujer a la que llegó a odiar por sus acciones, por sus ideas y hasta por existir.

—Aquí las preguntas las hago yo, Iryna.

Todo sucedió muy rápido. Sacó el cuchillo. Lo empuñó en una mano movida por el pasado. Dobló el cuello de Elena haciendo un quiebre. Le rasgó la piel. La soltó bruscamente para no mancharse con la sangre. Ella se golpeó contra el pilar. Perdió el equilibrio. Cayó al suelo. La situación la venció, pero no quiso rendirse sin arrancarle una promesa.

—Antes de matarme, mírame —exigió a pesar de que la vista y la fuerza le flaqueaban—. Júrame que nunca harás daño a Axel.

Aquella obsesión por el niño lo descolocó y lo volvió más violento. No la creía. No podía querer a su hijo. Arremetió contra ella propinándole una patada en el vientre. Interpretó que su comportamiento durante el día había sido solo un engaño, una trampa enorme, como su belleza. Le propinó otra patada aún más fuerte. Y otra. Y otra más.

—¡Nunca quisiste al niño! —Siguió golpeándola—. ¡Zorra! —Elena creyó que iba a matarla. Intentó protegerse el abdomen con los brazos—. ¡No volverás a quedarte embarazada, Iryna!

—¡Para! ¡No soy Iryna! —Elena vociferaba como podía—. ¡Eres una bestia! Un ángel como Axel no merecía acabar contigo.

Aquellas palabras frenaron en seco la paliza. Soltó el cuchillo. Se le paralizó el cuerpo. Tuvo que arrodillarse en el suelo.

—¿Qué sabes tú de mi ángel? —Se hundió en su abismo—. ¿Quién eres, mujer? —aulló enloquecido.

—Tú deberías saberlo —La inspectora hizo un último esfuerzo antes de desmayarse—. Eres tú el que me ha traído aquí... No soy Iryna...

Elena miró el cuchillo y pensó que aquel sería el último día de su vida. Mykola se abrió paso entre las sombras para verla.

—No eres Iryna... Iryna... Elena... Eres Elena... ¿Qué he hecho? —La incorporó un poco del suelo—. Elena... no voy a hacerle daño al niño...

—Entonces, puedes matarme ya.

—No.

La soltó con cuidado y trepó veloz por la escalera. Elena sintió unos escalofríos intensos y buscó cobijo en Nils. Lo escuchó llamándola con sus chasquidos deportivos. Se imaginó con él en una noria. «Lo siento, no he podido cuidar bien a tu hijo. Me han quedado tantas canciones por cantarle y tantas cosas que decirte a ti en el lago».

Elena no quería abrir los ojos, no quería que Nils desapareciera; se preparó para morir. Notó un aliento en sus labios, pero supo que aquella respiración pausada no podía ser la de su policía. Tenía encima a Mykola. Reparó en que moriría violada bajo el peso de su asesino. Un resumen de su vida desfiló por su mente como en una película. Viajó al Castillo de Montjuïc y empuñó su arco en la línea de tiro. Disparó una flecha que la llevó a la jura de su cargo en la Escuela Nacional de Policía. Carlos le preparó un vodka *cooler*. Su padre la abrazó en el piso de las Tres Torres. El comisario entró en su despacho de Cartagena. Nils la cogió de la mano y le pidió que abriera los ojos. Obedeció y vio a Mykola rebuscando en un maletín. Llevaba puestos unos guantes de látex. Elena se revolvió para defenderse del ataque que esperaba.

—Quieta, no te muevas, por favor. —Mykola se deshizo fácilmente de sus forcejeos—. Voy a curarte. Tranquila, ya acabó todo.

Su secuestrador pasó de la brutalidad más absoluta a los cuidados extremos. Con delicadeza, limpió la herida del cuello. La zona donde le había hecho el corte no presentaba problemas. Justo por eso había hincado la punta del cuchillo ahí, pero no se lo aclaró. Siempre la tendría sometida bajo su control, como a Iryna, haciéndole creer lo que él quisiera que creyera.

—Voy a aplicarte anestesia —la avisó mientras le pinchaba—. Así no sentirás los puntos.

La zona se fue insensibilizando. Elena no podía tranquilizarse, pero observó que él se concentraba únicamente en la sutura. —Lo siento —se disculpó mientras cosía muy cerca de su rostro—. Hoy me has ayudado con el niño. No

te merecías esto.

Ella permaneció muda. Los ojos de Mykola le parecieron dos llamas de fuego verde. Aunque la curara como si fuera un médico abnegado, no podía fiarse de aquel sujeto. Podía acabar violándola en cualquier momento. Sin embargo, cuando terminó de coserle la herida del cuello y le colocó un apósito, le practicó unos masajes profesionales en los ovarios. Los movimientos, respetuosos y suaves, aliviaron el dolor de Elena. Estuvo así algún tiempo, tratándola como un ginecólogo.

—Perdóname. Esto no tendría que haber pasado nunca —dijo arrepentido—. Voy a bajarte ropa limpia. Cuando te hayas cambiado, te traeré un té caliente y un calmante.

Elena no pensaba desnudarse delante de él por nada del mundo.

—Puedo quedarme con esta ropa. Además, ¿cómo voy a cambiarme? Me tienes encadenada por una pierna. —Esquivó el tema formulando preguntas—: ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres del niño? No le pegues nunca a Axel, por favor —suplicó aterrorizada—. No le pegues nunca...

Él la miró.

—Jamás le haré daño al niño. Te lo juro.

Ella le creyó.

—Si no me contradices, todo irá bien, Elena. —Empezó a recoger los instrumentos en el maletín—. Cuando baje te explicaré que sistema seguiremos para que te cambies de ropa. Porque te vas a cambiar. Está manchada y me recuerda lo que he hecho. Si me haces caso, no se repetirá jamás.

Lo escuchó angustiada, pero solo le habló de su angustia por Axel.

—Por favor, comprueba que no se haya despertado el niño con este jaleo... Lo dejaron a mi cargo... No lo he protegido...

—Te equivocas. Lo hemos rescatado de una familia monstruosa.

—No sé a qué te refieres...

Mykola ya no estaba con ella. Tardó lo suficiente para que la duda se quedara sin aclaración. Regresó con un biombo y una bolsa.

—Axel duerme —la tranquilizó mientras extendía el bastidor junto a la colchoneta—. Te daré la llave. Abrirás el candado y me la devolverás. Te cambiarás detrás de la mampara. Será tu vestuario. Yo esperaré sentado. Así lo haremos cada vez que te cambies. No sufras. No miraré —volvió a sonar creíble—. No planees maniobras para asaltarme. Si lo intentas, no te pegaré, pero tampoco te coseré el corte que te haga en el cuello y será el definitivo. — Le tendió la bolsa que había bajado—. Aquí tienes ropa masculina. Por ahora, no puedo ofrecerte nada mejor.

Elena observó atónita cómo le entregaba la llave para que ella misma se quitara el candado y la cadena del tobillo. Lo hizo y quedó libre. No supo si lanzarse sobre él y luchar o si seguir al pie de la letra sus instrucciones. Estaba confundida y temblorosa. Pensó que así no podría ni espantar a una mosca. Le devolvió la llave. Sus manos se rozaron fugazmente. Elena se colocó tras el biombo y casi se vistió antes de desvestirse, haciéndose un enorme lío con las prendas. Sintió que los ojos de él atravesaban la frágil intimidad que le proporcionaba el parapeto, pero Mykola solo controlaba sus movimientos mientras limpiaba el espacio. Cuando estuvo lista, salió. Ella volvió a encadenarse ajustando el candado, esta vez en el tobillo izquierdo, como le pidió él, porque no quería que se le hicieran rozaduras.

—Te lavaré todo eso —anunció.

Ella le dio su jersey y sus vaqueros doblados de tal manera que ocultaban las bragas. Recordó que había escogido aquella ropa para que se la quitara Nils en el lago y que, por muy poco, no había acabado quitándosela otro hombre al que no conocía, el mismo que se la llevaba manchada de sangre tras haberla atacado y curado. La situación le pareció surrealista.

Mykola regresó unos minutos más tarde con una bandeja.

—Te he traído una pastilla para dormir y un té. —Lo depositó todo en la mesa—. De nuevo, te pido disculpas por mi conducta.

Durante unos breves segundos, le acarició el pelo. Después desapareció por la trampa y la cerró. La luz no se apagó.

Elena se quedó a solas con su terror. La caricia le había dejado un frío terrible metido en el cuerpo. No sabía a quién se enfrentaba, pero Axel no estaba en el sótano. Eso era algo contrastable. Nunca antes en la vida había experimentado un vacío tan profundo como el que le había dejado la ausencia del niño. En ese estado no era nadie. Sus reflexiones la arrastraban a algo parecido a la enajenación, donde solo oía a su comisario.

«Rius, ¿qué pretende demostrar? ¿Qué hace enfrentándose a él de esa manera? ¿Quiere morir ya y no poder ayudar a Axel? ¿Qué tal jugar el papel de cuidadora sumisa? El niño le da un poder inmenso. Repase las palabras de Mykola. Le ha dicho muchas. Y sobre todo, no lo contradiga. Tómese el té y esconda la pastilla. Pida muchas y guárdelas todas. Algún día pueden hacerle falta. Convierta a Mykola en su aliado. Gánese su confianza. Y cuando la tenga, no lo eche todo a perder por su ardor guerrero de policía inexperta. Sin temple, no irá a ninguna parte. Está atada. Luche con la inteligencia. Trabaje para que él la suelte. Descubra qué hay encima de esa trampilla. ¿Quién es Mykola? ¿Quién es Iryna? ¿Quién es el ángel? Llegue a la esencia de su problema».

Elena recuperó la calma emulando el incesante parloteo de Héctor Leal. Se miró la ropa que se había puesto, un chándal caro de hombre, de menor estatura que Mykola.

25. Búsqueda frenética

2 de septiembre de 2016. La investigación en Östersund, Suecia. Ocho días desaparecidos

El grupo de investigación sobre el caso de Axel Åkerman y Elena Rius estaba convocado a una reunión en la comisaría de Östersund para hacer balance de la primera semana de trabajo. La policía sueca dio a la búsqueda máxima prioridad por estar implicado un niño de tres años, hijo de un miembro del cuerpo, y una policía extranjera. La policía española también se volcó en dar apoyo a los suecos ofreciendo el envío de sus efectivos y aportando datos sobre Elena. Desde España, se investigó la vida de la inspectora, tomando declaración a su entorno en Cartagena y Barcelona. La información se centralizó en Madrid. Andrea Ballesteros quedó a cargo de mantener un contacto directo con Erik Andersson. Los dos comisarios se comunicaban en inglés por Skype. Antes de la reunión de ese viernes, tuvieron una de sus habituales conversaciones.

—Andrea, hemos aplicado nuestro Protocolo INL para pérdidas y desapariciones, pero no hemos obtenido resultados. Tampoco ha habido llamada. Si esto es un secuestro, algo les ha salido mal.

—¿Cómo vas de medios, Erik?

El comisario sueco le explicó los efectivos implicados en la búsqueda: grupos especiales de actividades subacuáticas y rastreo en bosques, unidades caninas, personal de emergencias y muchas patrullas de ciudadanos voluntarios. También helicópteros. Para la investigación policial, Andersson contaba con un equipo de diez policías al que se había sumado un experto desplazado de NOA, el Departamento Nacional de Operaciones, y el

consejero de Interior de España, el comisario Antonio Martín. A partir del lunes, solo podría destinar al caso un par de policías.

Ballesteros vio el desánimo en la cara de su colega.

—Si quieres, dos inspectores de nuestro grupo de Homicidios y Desaparecidos pueden relevar a nuestro consejero de Interior.

—Te lo agradezco mucho.

—Erik, si los quieren y no es por dinero, tendremos que descubrir dónde los tienen retenidos.

—Eso en el caso de que interesen los dos —reflexionó Andersson—. Si no, puede haber muerto cualquiera de ellos, o ambos. Aunque si no hay cuerpo, para nosotros no están fallecidos. Hemos activado un estricto control de fronteras por tierra, mar y aire. Entenderás que contemplemos que ella se haya llevado al niño, ¿verdad, Andrea?

—¿Sin documentación ni dinero? —ironizó la comisaria principal—. Es una inspectora de policía brillante. No una estúpida sin cabeza.

—Pudo ser una huida de la vida —sugirió Andersson.

—No lo creo, pero comprendo que os planteéis esa hipótesis. Como que el padre o la madre estén implicados.

—Todos están siendo investigados. Y ya sabes lo que pasa cuando investigas, otros conflictos pueden distorsionar.

—El lunes te envió a los dos inspectores. Lo pongo todo por escrito en el circuito oficial y hablamos más adelante. ¡Ánimo, Erik!

Andersson vio cómo se cortaba la llamada en la pantalla de su ordenador. Salió de Skype con la sensación de haberse entendido bien con aquella mujer de pelo negro recogido en una cola de caballo. Fue cavilando por los pasillos mientras se dirigía a la reunión con el equipo. Cuando entró en la sala, percibió el ajetreo reflejado en un revuelo de papeles que iban y venían de unas manos a otras.

—Señores, vamos a empezar. —Paró el revuelo—. ¿Queda café?

Hizo el gesto de servirse una taza del mismo termo de siempre. No cayó ni

una gota. Resignado, desplegó su agenda en la *tablet* para repasar los pasos que se habían dado en los últimos ocho días.

—Comencemos. Jonsson, yo anuncio un epígrafe y tú haces un resumen. Si alguien quiere añadir algo, que intervenga. Empecemos con la última vez que fueron vistos.

—En torno a las doce y cuarto del mediodía del jueves, 25 de agosto, en el museo de Jamtli —apostilló Ann-Marie Jonsson—. Antes de eso, ella recogió al niño de la guardería a las doce. Varias personas los vieron subir por Kyrkgatan. Pasaron junto al museo en torno a las doce y cuarto. Los jardineros los recuerdan perfectamente. Es ahí donde les perdemos la pista. Sabemos que comieron en casa, pero nadie los vio. Nils llamó a Elena a las tres menos diez. Ella no contestó. Åkerman vio su móvil cargando cuando llegó sobre las tres y media.

—¿Qué revela el análisis del contenido del teléfono?

—Mensajes privados. Algunos de los últimos, con Nils antes de las doce. El resto, con amigos y policías. Las palabras dejan claro que ha pasado un episodio depresivo debido a la ruptura sentimental con un novio de España, un tal Carlos.

—¿Hay más novios?

—Bueno, Åkerman.

—¿Åkerman es otro novio? —Andersson se sorprendió.

—Otro algo. No sabemos. Él dice que solo son buenos amigos.

El comisario se dirigió a todos los policías de la sala.

—¿La inspectora española se ha podido querer deshacer del novio, de Åkerman y del teléfono? ¿Qué creéis?

—De Åkerman, seguro que no —atajó Ann-Marie—. Habían hecho planes para la tarde.

—¿Se ha llevado ella al niño? Y en caso afirmativo, ¿por qué? —preguntó el jefe al grupo—. ¿A qué conclusiones podemos llegar?

Se formularon reflexiones en alto.

—No conoce el país. ¿A dónde se iba a llevar al niño?

—Se marchó sin dinero y sin documentación, pero con las llaves.

—Es como si hubieran salido un momento para volver pronto.

Erik Andersson miró al consejero de Interior de España.

—Danos tu opinión, Antonio.

—Los informes policiales que llegan desde Madrid sobre Elena Rius son impecables. Las entrevistas confirman la crisis sentimental que habéis comentado, pero no parecía dispuesta a cometer una locura. Trabajó muy bien hasta antes de coger las vacaciones. La chica procede de una familia de clase alta. El padre es un prestigioso abogado. La policía de Barcelona está buscando entre sus casos, algún vengador o a alguien necesitado de dinero. Como sabéis, el padre y el hermano mayor se desplazaron a Östersund el pasado fin de semana y siguen aquí. Elena tiene dos amigos íntimos, periodistas de la televisión pública en España. Nos han pedido permiso para iniciar una campaña en redes y difundir la desaparición. Nos parece bien.

—Jonsson, ¿qué están haciendo nuestros medios? —se interesó el comisario sueco.

—Han recogido bastante la noticia. Aquí tienes un dossier con los impactos en prensa, radio, televisión e internet. Hay gente que los ha visto en Malmö y en Kiruna a la vez. Vamos locos con eso.

—¿Qué pasos dio Elena en Suecia?

—Aterrizó en Copenhague con los Åkerman el 1 de agosto, en un vuelo procedente de Alicante. Se quedó con ellos haciendo turismo en Helsingborg, hasta el 8 de agosto. Elena se hospedó en un hotel. Los Åkerman, en casa de los padres de Margareta. Del 8 al 18 de agosto, la inspectora visitó a una amiga española en Göteborg, una conocida oboísta en la orquesta de la ciudad. Los últimos días de Elena en Suecia fueron en Östersund. Del 18 al 25 de agosto estuvo en casa de los Åkerman. Nils le organizó algunas excursiones.

—¿Y qué sabemos de Nils? —Andersson carraspeó, muy inquieto.

—Nils hizo un trabajo impecable en las horas iniciales de su búsqueda

informal. Había preguntado en muchos lugares a los que nosotros llegamos más tarde. Está deshecho. Hemos repasado la lista de sus detenidos, buscando alguien que haya podido actuar por revancha. A nivel personal, atravesó un duro episodio con el alcohol y otros asuntos vinculados a relaciones sentimentales pasadas. Estamos entrevistando a las mujeres implicadas y a sus actuales parejas. Ninguna de ellas lo odia. Y entre ellos, nada que destaque. No hemos acabado.

—¿Cuántos policías se encargan de esto?

—Dos.

Erik Andersson sabía qué policías llevaban la investigación sobre Nils. Levantó la mirada hacia ellos, pero le habló a Ann-Marie.

—Asegúrate de que seamos discretos en este punto. Cada cual tiene derecho a tener la vida privada que considere. —El comisario abrió un nuevo frente—: ¿Margareta Åkerman?

—Tiene una relación extramatrimonial. Nils lo sabe. Se van a separar. Él es profesor de español, como Margareta. De nacionalidad chilena. Sin ninguna relación con mafias latinas. Lleva muchos años en Suecia. Vino siendo un niño. Los otros hijos de los Åkerman no han percibido tensiones entre sus padres. Están preocupados por Axel y adoran a Elena.

—¿El resto del entorno?

—Hemos hablado con el padre de Nils. Sus hermanas residen en Estocolmo. No tienen mucha relación. La familia de Margareta vive en Helsingborg. Interrogamos a los compañeros de trabajo. Nada a destacar.

—¿Qué resultados ha dado el peinado de la ciudad?

Ann-Marie se levantó para marcar en el mapa los lugares que se habían rastreado.

—La casa, la urbanización, los parques que frecuentan los niños, Jamtli en profundidad, aunque el museo está cerrado. —Hizo una pausa para que su resumen no sonara a carrerilla—. Cine y lugares de ocio, autobuses, taxis, estación de tren, hospital, lago y bosques. Continúan con la búsqueda en el

lago, en la isla y en los alrededores. Desde el helicóptero no hemos visto nada. Las unidades acuáticas tampoco han obtenido resultados.

—¿Cámaras?

—Captados en Kyrkgatan, donde fueron vistos a la altura del hospital; nada extraño a su alrededor. Seguimos en ello, pero no sabemos qué buscamos y lo que vemos es normal, y si no lo es, nos pasa desapercibido. Tenemos pocas cámaras de tráfico y nos pasa lo mismo que con las de la ciudad.

—¿Los perros?

—Hemos trabajado en distintas zonas. Nada claro.

—¿El negociador?

—Piensa que es una desaparición inquietante. Espera órdenes.

—Tendremos que seguir trabajando, aunque con menos medios. —Andersson decidió anunciar los refuerzos que le había ofrecido Ballesteros—. Nos van a enviar a dos inspectores de un equipo español de expertos. Te relevarían el lunes, Antonio. —Se dirigió de nuevo al grupo—: Decidme. ¿A qué nos enfrentamos?

Erik Andersson hizo la pregunta desde el desconcierto que la mayoría de los presentes compartía. La lluvia de ideas no trajo ningún buen presagio. Perdidos. Heridos. Muertos. Retenidos. Fugados los dos. Fugada ella tras abandonar al niño. El comisario atajó la tormenta de desgracias con nuevas indicaciones de trabajo.

—Seguiremos con las entrevistas al entorno. Repasad cada uno las que hayáis hecho y volved con nuevas preguntas. Ann-Marie, que se analice la lista de pasajeros del vuelo internacional en el que regresaron todos desde España a principios de agosto.

—Hay más vuelos, Erik. Para venir a Östersund, Elena tomó uno en Göteborg que hizo escala en Estocolmo. Los Åkerman regresaron desde Helsingborg en coche.

—¿Sabemos lo que hizo Elena Rius en Göteborg?

—Con pelos y señales. Se alojó en casa de la oboísta. Su marido es un

conocido psiquiatra de prisiones sueco. Visitaron la ciudad y se relacionaron con otros españoles de allí. El cónsul de España, el club de jubilados, los extrabajadores de la Volvo, profesionales y estudiantes. La inspectora destacó por su calidez. En Göteborg la aprecian mucho. Con estas mismas palabras me lo transmitió el cónsul por teléfono.

—La verdad, no parece que una mujer así haya querido llevarse a un niño, sino más bien que hayan querido llevársela a ella. —Andersson suspiró abatido—. ¿El control de fronteras?

—Activo. Que sepamos, no han salido del país.

—Pongamos más foco en eso. Centrémonos en aquello que nos llame la atención en el entorno de Nils, Margareta, el amante, Elena y el propio Axel. Averigüemos si hay problemas con alguna familia de la guardería o del colegio de los otros niños. Consultemos los contratos de alquileres recientes, por si estuvieran retenidos en una de esas casas.

Ann-Marie Jonsson pidió la palabra.

—Erik, he estudiado la lista de los casos de niños desaparecidos en Suecia durante los últimos años. No encontré demasiadas coincidencias, pero quizás deberíamos trabajar un poco más el tema.

—Bien. Tú y yo nos pondremos con eso. —Erik Anderson concluyó la reunión—. Señores, la semana que viene seremos muchos menos. A trabajar. ¡Vamos contra el tiempo!

26. El recuerdo de Magnus Stenbock

2 de septiembre de 2016. La vida en Kalvträsk, Suecia. Ocho días de encierro

La bombilla pelada fue la única compañía de Elena durante las noches de su primera semana de encierro. Precisamente por las noches, cuando se quedaba a solas con la bombilla, llegaban los momentos más intensos de sus pensamientos. Analizaba lo que estaba viviendo y repasaba los detalles de lo que había sucedido en las horas anteriores con Axel y Mykola. Él había establecido una especie de rutina que ella seguía al pie de la letra sin hacer preguntas. El niño se aseaba y dormía arriba, pero cuando despertaba, Mykola lo bajaba de nuevo al sótano y lo dejaba estar con Elena. Axel parecía estar amoldándose a ese estilo de vida, aunque lloraba con frecuencia y llamaba a sus padres. Elena no tenía reloj y medía el tiempo en función de los estrictos ritmos que Mykola marcaba para el niño. Desayuno, juegos, estudio, comida, cuentos y descanso, dibujo, merienda, más juegos y cena. Todo lo hacían en el sótano. Cuando llegaba la ducha y el sueño nocturno para Axel, la soledad y la angustia la invadían.

Mykola le había anunciado que aquella noche hablarían. Ella lo esperaba dando vueltas alrededor del pilar. Se sentía como un fantasma arrastrando una cadena en las mazmorras. Él le recordaba que alternara el tobillo en el que se ataba la ligadura de hierro para que no se le hicieran llagas con el roce. Incluso le proporcionaba vendas para que se protegiera la piel. Ella agradecía el gesto y vivía con una contradicción terrible de emociones, entre la gratitud por los cuidados y la rabia por el secuestro al que los había sometido aquel hombre que podía ser gélido y cálido. No había habido más episodios violentos y sí muchas atenciones y una exagerada pulcritud.

A Mykola le estaba resultando muy útil el papel de Elena en el periodo de adaptación del niño. Tenía claro que había sido un acierto traérsela con el pequeño y que estaba sacando un cierto rédito a su atrevimiento. Cada día notaba más cercano a Axel y eso lo reconfortaba. No se había movido de la casa en toda la semana, pero necesitaba comprar algunas cosas para ella y saber qué decían los periódicos sobre la desaparición. Hasta entonces, solo se había informado a través de la televisión que había en su cuarto. No tenía conexión a internet ni teléfono.

Desde la primera vez que vio las noticias, supo que Elena Rius era policía, sin embargo, aún no había querido preguntarle por el asunto. Aquella noche la pondría a prueba. Si le mentía, la mataría ya. Si le decía la verdad, iría a hacer las compras.

La puerta de la trampilla se abrió y Mykola bajó con dos téis en la bandeja. A Elena le sudaban las palmas de las manos. Intentó evitar que él se percatara, secándose las manos con disimulo en los pantalones. Llevaba la misma ropa que trajo de Östersund: los vaqueros elásticos y el jersey azul claro de punto. Olían a lavanda porque él los había lavado. La sangre del corte en el cuello que salpicó las prendas era solo un recuerdo lejano, como el mismo corte, que más que eso, solo fue un rasguño sometido a una cura desproporcionada con puntos que nunca fueron necesarios.

—Siéntate —le indicó señalando una de las sillas de la mesa.

Elena se situó de espaldas a la trampilla. Él abordó el tema central del diálogo.

—Dime quién eres.

La pregunta desdobló el pensamiento de Elena. Lo que no le convenía decir se le disparó a una velocidad infinita. Lo que dijo sonó lento y templado.

—¿Por qué me lo preguntas? Tú sabes quién soy.

—No ganes tiempo para pensar la respuesta. —La descubrió—. Y no mientas. Son las reglas que te impongo en nuestra conversación.

—Soy una amiga de los Åkerman.

—¿De dónde eres?

—De España. Pasaba las vacaciones aquí.

—Te vi con él en Helsingborg y en Östersund. ¿Sois amantes?

Elena entendió que los había seguido. Se sintió desnuda.

—Si nos has visto, deberías saber que no somos amantes.

—¿Ibais a serlo?

—No creo —mintió a medias—. Yo estaba a punto de volver a España cuando tú me trajiste aquí.

—¿A qué te dedicas en tu país?

El momento era clave para ambos.

—Soy policía —respondió sin titubeos, como si él fuera el detenido.

—¿Por eso proteges tanto al niño?

—Por eso y porque le quiero. El niño es lo único que tengo ahora.

—Ahora también me tienes a mí.

Se miraron. Se entendieron. Se dejaron de mirar. Se perdieron hasta que Mykola pudo retomar las preguntas.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta.

—¿A qué te dedicabas en la policía?

Elena obvió su faceta de inspectora en Seguridad Ciudadana y mencionó solo su función menos policial.

—Me dedicaba a atender a los medios de comunicación.

—¿Piensas que tu desaparición será noticia?

—La desaparición que importará más es la del niño. Si no has dejado pistas, se estará pensando que yo soy la principal sospechosa. Eso te beneficia.

—Si quieres que me confíe, no lo vas a conseguir, Elena.

—Si quieres seguir pensando por ti y por mí, adelante, Mykola. Cuando de verdad te interese lo que pienso, házmelo saber.

—En realidad, no me interesa lo que piensas —mintió.

—A mí sí lo que piensas tú. —Ella dijo la verdad.

—Buenas noches, Elena.

Se levantó y se llevó su taza de té vacía. La de ella seguía intacta sobre la mesa y estaba fría. A mitad de la escalera, él se giró y le formuló una nueva pregunta.

—¿Qué graduación tenías en la policía?

—Inspectora. Buenas noches, Mykola.

Tras el nombre, se cerró la trampilla. Toda la turbación del mundo se quedó en el sótano, encerrada en la cabeza de Elena.

«Ya sabe que soy policía... quizás ahora esté más cerca de la muerte... Cómo puede ser entonces que me sienta más cerca de él... Cómo puede ser que este hombre mire a Axel con tanto amor... Quién es».

La inspectora se contrató a sí misma imaginando lo que le diría su jefe en ese momento de debilidad.

«Rius, ¿será posible que vaya a caer en las redes de este tipo? ¿Por qué? ¿Porque es guapo y se comporta como un caballero? ¿No se acuerda de que casi le reventó los ovarios? ¿El cuchillo fue un espejismo? Ya sabe que usted es policía. ¿Usted sabe quién es él? ¡Espabile!».

En la cabeza de Mykola solo había silencio. Ella le había dicho la verdad. Podría seguir con vida todavía. Sintió alegría y empezó a echarla de menos. Se quedó mucho rato en el porche de la casa, bebiendo vodka en la mecedora, balanceándose con los recuerdos del primer día en que la vio junto a Magnus Stenbock, en Helsingborg.

Sabe que los Åkerman volverán de España el 1 de agosto y que pasarán una semana con la familia de Skåne. Margareta lo ha escrito en su diario. Se le hace difícil esperar para ver a Axel hasta que regresen a Östersund. Se desplaza a Helsingborg para estar cerca del pequeño. Sigue a Margareta y la ve con el chileno. Sigue a Nils y lo ve con ella.

No sabe nada de la misteriosa acompañante del policía. El impacto de su apariencia le sacude el ánimo. Su pelo castaño baila con el aire, igual que el cinturón de su

gabardina. Sentada en un banco, con las piernas cruzadas, alza la mirada velada por las gafas de sol hacia el guerrero de una estatua ecuestre que parece embelesarla. Él necesita saber qué personaje la hace sentir como si estuviera enamorada.

Lee la placa. «Fosterlandet åt Magnus Stenbock, snillrik fältherre, tapper krigare, ädel menniska, stor i segern, större i olyckan». Traduce. «La patria a Magnus Stenbock, genial comandante, valeroso guerrero, persona noble, grande en la victoria, mayor en la desgracia».

A él también empieza a gustarle el guerrero de la estatua.

Los sigue hasta el puerto. Cogen el transbordador que va a Helsingør. Escucha a Nils llamarla Elena. Deduce que ella es extranjera porque hablan en inglés en la cubierta del ferri. Él los contempla desde uno de los asientos de atrás. Están apoyados en la barandilla, entregados al mar. La brisa agita la tela de la gabardina *beige* de Elena. La prenda, ajustada por el cinturón, muestra unas curvas perfectas. Tiene que examinar cada parte de su cuerpo. Las piernas entrelazadas por unos pies cruzados se le antojan la cola de una especie de sirena de tierra. Ve como la sirena gira la cabeza hacia su posición. Él actúa con naturalidad, sin dejar de mirarla. Ella se quita las gafas de sol, quizás para verlo mejor. No puede porque Nils la distrae explicándole algo sobre Dinamarca. Cree que aquella hermosa Elena, de la que nada sabe, es la nueva conquista del policía vicioso. Una sensación de rechazo lo estremece. Escupe para expulsar el asco.

27. Algo sin definir

3 de septiembre de 2016. Östersund, Suecia. Nueve días desaparecidos

Los dos Josep Rius, padre e hijo, habían salido a dar un paseo por las calles peatonales de Östersund, acompañados por el señor Åkerman. Llevaban casi una semana en la ciudad, en un hotel de la calle Prästgatan, cerca del apartamento del anciano. Nils había quedado con los tres para comer en un restaurante al que había ido con Elena y Axel, y con el resto de la familia. Buscaba precisar algo, todavía sin forma en sus pensamientos.

Unas gotas de agua se atrevieron a caer del cielo, pero el aire se las llevó. Nils iba caminando al encuentro con su padre y con los Rius, cuando sonó su teléfono. Rebuscó en todos los bolsillos como si le fuera la vida en ello. Pasaba las horas esperando una llamada que le anunciara que el niño había aparecido. Una vez más, sus deseos no se cumplieron. En línea estaba Héctor Leal.

—Amigo, seguimos con vosotros. ¿Cómo estáis?

—Bastanta mal.

—Escucha, Nils. Este verano, en San Ginés, me contaste que Margareta decía que tú le perdías cosas que luego volvían a aparecer.

El inspector paró sus pasos justo enfrente de Jamtli. Notó como se le cortaba el aliento.

—Margareta está mucho nerviosa siempre. No fía de mí. Solía decir que yo cogía cosas de niños y cambiaba de lugar. Pero yo no hacía esa. Luego ella decía que yo había vuelto a poner cosas en su sitio.

—¿Y pasaba con las cosas de todos los niños o solo con las de Axel? — indagó Leal.

—Con todas, creo. Incluso uno día me acusó de haber leído su diaria. Yo no sabía ni que escribía una diaria.

—¿Podrías hablar con ella de esto? También tendríais que decírselo a Erik Andersson.

—Sí, Héctor. Voy a hablar con mía mujer y con jefe y te digo a tú.

Después de la llamada de Leal, Nils Åkerman tuvo que sentarse en un banco. Las preguntas se le agolparon en la cabeza una tras otra.

«¿Es posible que alguien haya entrado en mi casa? Si eso es así, ha sido antes de que conociéramos a Elena. ¿Alguien quiso vengarse de mí o de Margareta? ¿Por qué interesaría un diario?».

Aquellas preguntas acompañaron a Nils Åkerman hasta que entró en el restaurante Tre Rum. En la barra, lo esperaban su padre y los Rius. El inspector eligió la misma mesa en la que había comido con su familia y con Elena dos semanas antes, aunque esta vez se situó de cara a la entrada. Veía espías en todas las esquinas. Aprovechó los momentos en que los ojos de los comensales estaban puestos en la carta, para escanear el espacio. Desde cualquier lugar del restaurante los pudieron estar observando el día que estuvieron allí sin que él se percatara porque se sentó de espaldas a la puerta para dejar el rincón a Elena y a Margareta.

—Hijo, vamos a pedir.

Nils andaba muy lejos del menú.

—No vas a comer, ¿verdad? —dedujo Pep.

—Es que tengo que irme. Debo hablar con mi mujer de algo importante.

—¿Cómo podemos ayudarte, Nils? Mi padre ha pensado en enviar un detective a Suecia.

—No sé. Yo trabajaré solo. No puedo compartir esto con nadie. Y menos, con un detective.

—Papá está desesperado, Nils. ¿Crees que deberíamos instalarnos en Östersund?

Los Rius no sabían qué se hacía en un caso así, ni Nils qué decirles, pero les

ofreció su ayuda.

—Si decidís quedaros, mi padre y yo os prestaremos todo el apoyo que necesitéis. Si regresáis a España, me mantendré en contacto contigo. Tienes mi palabra, Pep.

Una hora después, el inspector salió del restaurante. A las dos de la tarde, estaba con Margareta y Erik Andersson en la comisaría, explicando aquel suceso de objetos que, supuestamente, desaparecían y aparecían en el mismo sitio pasado un tiempo: ropa y juguetes de los niños, el Factor VIII de los medicamentos de Axel, algunos alimentos... También hablaron sobre el diario de Margareta.

—Pero yo nunca he sabido que tú tenías un diario —insistía Nils.

—Margareta, ¿qué notaste diferente? —inquirió Andersson.

—Pues no sé. Es un bloc de tapas duras y encuadernación encolada y parecía que lo habían abierto más de la cuenta, forzando el lomo.

—¿Y cuándo fue eso?

—De lo del diario ya hace unos meses, en abril o mayo.

—Nils ¿puedes precisarlo tú?

—Fue a principios de mayo, Erik, seguro.

—¿Y cuándo notaste que los objetos desaparecían, Margareta?

—Quizás después de lo del diario.

—¿Os ha faltado alguna cosa?

—No, nunca —respondieron al unísono.

—¿Podéis querer estar viendo algo donde no lo hay?

El matrimonio se quedó pensando. Primero contestó ella.

—Estamos desesperados. ¿Cómo podemos saberlo?

—Yo tampoco lo sé —dudó Nils—. Inpeccionad la casa. Analizad el diario.

—Ya registramos la casa a fondo. ¿Qué quieres que encontremos después de tanto tiempo? ¿Cuánta gente ha pasado por vuestra vivienda? ¿Cuántas veces la habéis limpiado desde entonces?

Repasaron mentalmente las fiestas infantiles que habían organizado con los amigos de sus hijos y sus familias. También las veces que habían limpiado. A pesar de ello, Nils insistió agresivamente.

—¡El diario! El diario solo lo ha tocado ella y quien lo haya cogido. ¡Debes analizarlo!

—Lo haremos, Nils, tranquilízate.

—Envíalo hoy mismo a Umeå, por Dios. ¡Maldito diablo!

El inspector dio un puñetazo en la mesa. Erik Andersson le pidió que abandonara su despacho. Un poco más y hubiera salido esposado.

28. Ausencia

3 de septiembre de 2016. La vida en Kalvträsk, Suecia. Nueve días de encierro

Habían transcurrido nueve horas desde que le dijo que era policía, pero ella no podía calcular el tiempo porque no disponía de reloj. La luz del sótano siempre estaba encendida. A pesar de la desorientación que le provocaba el hecho de vivir así, Elena lo prefería. Imaginarse en aquel subterráneo encerrada, sola y a oscuras, la trasladaba a la sensación que tuvo cuando abrió los ojos allí, por primera vez, y creyó estar enterrada viva en una tumba. Para la inspectora, los ritmos del día los marcaba la rutina que Mykola seguía con Axel. Todas las mañanas el niño despertaba llorando, aunque cada vez con menor intensidad. Mykola abría la trampilla y le anunciaba desde arriba que iban a bajar.

Elena había creado su propia rutina. Su reloj interior la ponía en marcha antes de que empezara a oír los llantos de Axel. Ese reloj biológico, invisible y sin manecillas, era más preciso que el Patek Philippe de Josep Rius, y nunca le fallaba. Nada más despertar, se quitaba el jersey para no mancharlo de sudor y realizaba ejercicios de fuerza y resistencia sobre la colchoneta. Quería estar en forma para cuando se le presentara el momento de escapar con el niño. Se empleaba a fondo con las flexiones, recordando cómo las hacía con Nils en medio de sus carreras por Helsingborg y Östersund. Se lo imaginaba dirigiéndola con sus chasquidos. El extraño sonido que salía de la boca de Nils no parecía humano, sino algo similar al crujido de una rama o al golpeteo de un gran pájaro silvestre que picotea muy lento o muy rápido según el momento. El chasquido era más que una orden deportiva, era una clave

compartida, un signo de la complicidad entre ambos.

Elena finalizaba exhausta sus ejercicios diarios en el sótano. Se lavaba con una toalla, empapándola en el agua del barreño que cada día le cambiaba Mykola. Se volvía a poner el jersey y trataba de arreglar el resto de su aspecto, sin poder comprobar el resultado ante un espejo. Después acondicionaba el espacio para que él lo encontrara ordenado cuando bajara con el niño. Al acabar, se sentaba a esperarlos en una de las tres sillas de la mesa. Repasaba quién era y qué había hecho en la vida, de qué personas se había rodeado y qué podían estar haciendo esas personas para encontrarla. Era su entrenamiento psíquico.

Un día más, Elena estaba sentada a la mesa. Escudriñó la estancia tratando de encontrar algo que mejorar en las posiciones milimétricas en que Mykola había dispuesto los objetos. El sótano era cuadrado. En la distribución de los ambientes, todo giraba en torno al pilar al que ella vivía encadenada. A su alrededor aparecían cuatro zonas alejadas de la escuálida columna, todo lo que permitía la longitud de la cadena. En el ángulo más cercano a la escalera, se alineaban los juguetes de Axel. Justo enfrente tenía la cama recogida con las sábanas y las mantas dobladas encima de la colchoneta. Junto a la colchoneta se alzaba el biombo y, tras él, se ocultaban el barreño con el agua y el cubo de las necesidades fisiológicas cubierto con una toalla. Mykola lo limpiaba varias veces al día. En el siguiente ángulo del sótano, frente a la colchoneta y en diagonal a los juguetes, había una bandeja camarera con ruedas, que sostenía servilletas de papel, vasos, platos y cubiertos de plástico, agua y zumos. También, queso, fruta y galletas. Por último, en el cuarto ángulo situado frente a la escalera, se encontraban la mesa y las tres sillas.

A Elena le dio tiempo de repasarlo todo varias veces antes de que Mykola llegara con Axel. El niño iba en pijama. No lo había vestido, pero había tardado más que otras mañanas.

—Hola, cariño mío. —Estiró los brazos y el pequeño se entregó a ella—. ¿Qué tal ha dormido la cosita más bonita de Suecia? Qué pijama tan chulo,

azulito, de rayas... Vamos a contarlas.

Mykola se retiró y volvió con una ligera mecedora.

—Es para que descanses con el niño.

Dijo aquello y desapareció de nuevo. Minutos después bajó con la ropa del pequeño y una bolsa de comida para dos.

—¿Qué es esto? —preguntó Elena desconcertada—. ¿No te quedas con nosotros?

Mykola besó a Axel en la cabeza y se despidió apenado.

—Cuida a mi hijo, por favor. Si se pone nervioso puedes calmarlo con tus canciones en la mecedora.

Elena experimentó el peso de un abandono terrible y no entendió el sentimiento.

—¿A dónde vas? ¿Nos dejas solos? —Sus dudas transmitían desesperación—. ¡Vuelve! ¡Dime algo! ¡Mykola! ¡No te vayas!

No obtuvo respuesta. Él cerró la trampilla. Elena hizo callar a Axel con el dedo y aguzó el oído. Le pareció percibir una puerta que se cerraba. Esperó. Se inventó que un coche arrancaba. No pudo oírlo, pero fue así. El cuerpo se le descompuso.

Las horas a solas con Axel las pasó sumida en una inquietud espantosa. Primero intentó interrogar al niño para saber qué había arriba, pero no le sirvió de nada y eso la sacó de sus casillas. Axel todavía no había cumplido los tres años. Hablaba, pero solo en sueco, y ella no lo entendía. El niño tampoco sabía qué le preguntaba Elena en inglés o en español, pero notaba su impaciencia. Ella acabó desquiciada, y el niño, llorando, sorprendido por los gritos de Elena, que pedía auxilio. Axel se asustó y también empezó a gritar. Tras unos momentos de caos, Elena fue consciente de que aquello no tenía el menor sentido. Nadie los oía y el niño estaba aterrorizado. Luchó por serenarse e intentó calmar al pequeño. Lo consiguió con esfuerzo, recurriendo a la mecedora.

Axel se durmió y todo quedó en silencio. La inspectora mantuvo el oído en

alerta. A la mínima que percibiera un ruido, comenzaría a pedir auxilio. Las horas pasaron lentamente, de forma imprecisa y sin sonidos. Durante ese tiempo asfixiante, especuló con lo que podría pasar si Mykola no volvía.

«Podría abandonarnos... podría tener un accidente... estamos solos y reclusos aquí y yo no puedo hacer nada por el niño».

El encierro se le hizo insoportable. Y la ausencia de él, también.

* * *

El viaje se convirtió en un suplicio para Mykola. A medida que se alejaba de la casa, iba creciendo la ansiedad, apenas la podía controlar. Estuvo a punto de dar la vuelta varias veces, pero pensó que lo más práctico sería amortizar la salida para no tener que volver a abandonar la casa hasta que se marchara de Suecia con Axel. Quería llegar a Lycksele, comprar todos los periódicos que pudiera, ropa para ella y algún producto femenino. Sabía que, tarde o temprano, Elena necesitaría compresas o tampones. También tenía que llamar a Anatoliy para confirmar que todo estaba en marcha y que lo ayudaría a regresar con el niño.

La hora y media del trayecto de ida a la ciudad se le hizo interminable. Los había dejado solos y eso lo inquietaba hasta un nivel que no había previsto. Estaba seguro de que nadie se acercaría a la casa, pero a él podría pasarle algo. El niño podía caerse, hacerse daño y sangrar. No había bajado el Factor VIII porque ella no sabría pinchárselo. Se saltó un *stop*. Temió no poder frenar si se le cruzaba un alce.

Por fin llegó a Lycksele. Cargó el depósito de combustible, aunque disponía de latas de reserva en el cobertizo de la casa. De la tienda de la gasolinera se llevó algunos periódicos que ni siquiera ojeó. Al salir del surtidor, fue directo al supermercado ICA de la calle Hamngatan y resolvió el tema de la higiene femenina. Compró más periódicos y algún capricho alimenticio. No necesitaba más, porque la despensa estaba llena para los dos meses. Cuando acabó, sacó de diferentes cajeros todo el dinero que le permitieron las tarjetas. Era una

operación que había ido repitiendo muchas veces. De esa manera, había conseguido acumular bastante efectivo. Lo necesitaría para moverse con Axel en el largo viaje que emprenderían, y para pagar los sobornos de las fronteras.

La penúltima gestión de la mañana fue en una tienda de ropa y calzado. Adquirió lencería de mujer, unas zapatillas, unos zapatos y algunas prendas de segunda mano. Una le gustó especialmente, aunque también le trajo amargos recuerdos. Para no levantar sospechas en la caja, eligió tres camisas de hombre y unas toallas.

Llegó el momento de la llamada. La hizo desde un nuevo teléfono con una tarjeta prepago recién comprada, como había hecho cada vez que se comunicaba con su mentor. No sabía cómo afrontar aquella conversación para explicarle lo de Elena. Decidió ocultárselo y no involucrarlo más en sus problemas. No necesitó mucho tiempo para saber que las gestiones de las fronteras estaban en marcha. Utilizarían tráileres con conductores de confianza en los turnos adecuados. Hasta octubre no podrían precisarlo. Acordaron hablar entonces, cuando él hubiera cruzado a Finlandia con el niño. Colgó el teléfono con un malestar terrible. Anatoliy jamás hubiera aprobado su forma de proceder con Elena. Él lo sabía, pero ya era tarde para dar marcha atrás.

Salió de Lycksele y emprendió el regreso a la casa. Paró en un lago y se deshizo del teléfono, como se había deshecho anteriormente de todos los que le sirvieron para hablar con Anatoliy y acabar convenciéndolo de lo mucho que necesitaba al niño sueco. Fue liberando la angustia en el camino de vuelta. Había echado muchísimo de menos a Axel, pero también a ella. Quiso deshacerse de esa sensación tramposa y pensó que por la noche tomaría unos cuantos vodkas cuando ellos durmieran. Precisaba relajarse y pensar en todo lo malo que le sucedió con Iryna para no volver a equivocarse, aunque creía que Elena era muy distinta. Quería al niño y daría su vida por él, pero era policía.

Estaba ya ante el indicativo de los kilómetros a Kalvträsk. En menos de quince minutos aparcó en la explanada y fue directo a los tres escalones de

entrada sobre los que se elevaba la vivienda. Tropezó en el último. No atinaba a meter la llave en la cerradura. Al fin lo consiguió y se precipitó a la trampa. La abrió. Sintió una necesidad enorme de escucharlos. Intentó llamarlos calmado, pero no lo logró.

—¿Axel? ¿Elena? ¿Elena?

—Mykola... has tardado mucho...

La voz de ella lo iluminó. Bajó atropelladamente la escalera, tanto que estuvo a punto de caer antes de llegar al suelo. La vio de pie, junto al niño. No pudo evitar abrazarlos sin pensar en las consecuencias. Elena y Axel no lo rechazaron, y él se retiró perturbado. Sintió que ella estaba feliz porque él había regresado. Y así era. La emoción lo bloqueó. Ninguno de los dos sabía si lo que estaban sintiendo era real, pero durante unos instantes fugaces les dio igual y se abandonaron a la alegría.

—¿A dónde has ido? —La inspectora se esforzó por hablar serena—. ¿Por qué nos has dejado solos?

—Fui a buscarte unas cosas. Voy a bajarlas.

Mykola desapareció. Aunque pareciera increíble, Axel empezó a llorar por su marcha. Elena se horrorizó ante aquella reacción espontánea del niño. Se obligó a actuar como policía, intentando apartar el desbarajuste emocional que la dominaba. Se tocó la cicatriz del corte en el cuello y se confundió todavía más. Supo que aquel corte no fue profundo ni precisó puntos. Su voz interna la centró de nuevo en su objetivo: «Me he preparado para perseguir a secuestradores, no para ser secuestrada, pero conseguiré salir de aquí como sea».

Mykola regresó. Esta vez no tropezó al bajar por la escalera. Tendió a Elena un par de bolsas de papel marrón, sin letras impresas.

—Toma. Son cosas que necesitas, y un regalo. —Sonrió tímidamente, muy inseguro—. Gracias por cuidar al niño.

Mykola se retiró con Axel. El pequeño quiso irse con él.

Elena se quedó inspeccionando el contenido de las bolsas. Compresas,

tampones, desodorante, colonia, peine, cremas de cara y de manos, pasta y cepillo de dientes. Contó una docena de bragas, dos sujetadores, calcetines, medias, un mono negro y unos pantalones vaqueros, dos camisetas térmicas, dos jerséis gruesos y un vestido *pin-up* demasiado provocativo, de tejido brocado en terciopelo rojo. El comisario, Héctor Leal, tenía algo que decir para ponerla en guardia:

«Ha comprado ropa para un tiempo, Rius. Juegue bien sus cartas y vaya con pies de plomo. Siga aferrada al niño. Es su única protección. Cuidado con el vestido. No se lo ponga. A usted le gusta. Y a él, también».

29. El bisonte

9 de septiembre de 2016. Östersund, Suecia. Quince días desaparecidos

Los rayos campaban a sus anchas en el cielo de Östersund, abriendo paso a un batallón de truenos espeluznantes. Nils Åkerman apenas veía las líneas de la carretera del puente que cruzaba el lago hacia la isla de Frösön. Conducía fuera de sí, por el mismo trayecto que años atrás hizo muchas veces bebido. Esa noche había perdido el control, aunque no a causa de una borrachera. Su propia tormenta lo había desbordado. La vida de su hijo se le escapaba de las manos y no podía resistirlo. Cuando pensaba en Elena, le invadía un torbellino de emociones contradictorias que era incapaz de gestionar. Confiaba y sospechaba de ella al mismo tiempo. Solo se calmaba golpeando las paredes. El inspector tuvo que pedir la baja para evitar que le abrieran un expediente disciplinario. Pero estar fuera de la comisaría había empeorado su estado de nervios. Se veía muy lejos de la información que se barajaba en los despachos. Sin saber qué más hacer, se presentó en casa de Ann-Marie Jonsson. La inspectora de Homicidios sintió de todo al verlo, menos agrado.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Quieres que me echen de la Policía?

Lo arrastró hacia adentro con tal fuerza que le rasgó la camisa.

—¡Maldita mierda, Åkerman! ¿Cómo eres capaz de plantarte en mi casa, en plena noche? ¡Pueden vernos!

A Nils le importaban poco las consecuencias que pudiera tener el atrevimiento de su visita, pero había tomado precauciones. Había aparcado a dos calles de la casa y se había asegurado de que no lo sorprendieran saltando la valla.

—Nadie me ha visto —dijo sobrecogido por la violencia del empujón—.

Tienes que contarme lo que está pasando. Voy a volarme la cabeza si esto continúa así.

—Igual sales ganando. ¡Mira en qué estado te encuentras! —Nils iba sin afeitarse y con la misma ropa desde hacía días—. ¿Has bebido?

—¡Claro que no! ¿Podría ayudar a mi hijo si estuviera borracho?

—¿Y puedes ayudarlo así? Andas desquiciado por la vida.

Nils iba de un lado a otro del salón, apretando las manos contra las sienas.

—¡Margareta tiene que irse de casa! No soporto su presencia ni su trato compasivo. Quiero estar solo. —Luchaba por deshacerse de aquellas ideas para pasar a lo que le interesaba—. ¡Necesito que me cuentes lo que pasa en la comisaría, Ann-Marie! Si hay avances o alguna pista.

—Habla directamente con Andersson —lo esquivó—. Me pones en un compromiso con tu presencia aquí. Eres sospechoso, y lo sabes. Todo el mundo está bajo sospecha. No puedes meterte en mi casa como en otros tiempos. La situación es muy delicada.

Nils se dejó caer al suelo, descorazonado por la respuesta. Arrancó a llorar como si ya no tuviera nada a lo que aferrarse en el mundo. Pasó bastante tiempo perdido en los dibujos de los trenzados de la alfombra, hasta que su compañera reaccionó.

—No puedo verte tirado como un perro. Ven a sentarte al sofá.

La inspectora casi tuvo que remolcarlo. Lo vio hacerse pequeño, hundido entre los cojines de plumas. Le quitó las gafas y fue a buscarle un calmante.

—Tómatelo. Te sentará bien.

—No. ¿Qué saben del diario de Margareta?

—Si alguien lo cogió, usó guantes. No había huellas. Y sabes que una de las hipótesis que se barajan es que fuiste tú y que has escondido al niño para vengarte de ella porque está con Cris.

—Me da igual lo que se piense de mí. Que indaguen todo lo que quieran en lo que hice o dejé de hacer. Ese no es el camino y yo lo sé.

—Los investigadores de España llevan desde el lunes con nosotros. Son muy

buenos. Déjanos trabajar. ¿No confías en mí, Nils?

—Claro. ¿Qué te dice tu instinto? —Le cogió una mano.

—Que tarde o temprano los encontraremos. Y que si tú recuperas el control sobre ti mismo, podrás pensar y llegar muy lejos en todo esto. —En verdad, ese era el deseo de Ann-Marie—. Otra de las hipótesis que manejamos es que se los haya llevado alguien del entorno. Sabes que es lo habitual en estos casos. Si no has sido tú, juegas con ventaja respecto a nosotros. No perderás el tiempo.

Nils se acarició su propia mejilla con la mano de ella. La inspectora notó el tacto húmedo de su cara áspera y masculina.

—Cuánto me gustas, Åkerman, y cuánto te gustaba la española a ti —pronunció la frase vencida por sus sentimientos.

—No es momento para hablar de eso. —Besó los nudillos de su mano—. Ella no está. Y mi hijo, tampoco.

En el salón de Ann-Marie Jonsson había una barra y, sobre ella, muchas bebidas, pero Nils solo se fijó en la botella de Absolut Vodka. No era la marca que bebía Elena, porque ella no tomaba vodka sueco, sino polaco. El inspector se trasladó a Kol, la coctelería de Helsingborg donde Elena lo sedujo con la historia del bisonte que aparecía en la etiqueta de Żubrówka.

—Åkerman, este vodka me vuelve loca. ¿Sabes? Es mágico. Se destila a partir de la hierba que comen los bisontes en Bialowieza, un bosque legendario situado en la frontera entre Polonia y Bielorrusia.

—¿Has estado allí? —se interesa Nils, embriagado por los labios de Elena.

—Nunca he estado en un auténtico bosque... Aquí tenéis muchos... ¿Te gustaría perderte conmigo en uno?

Las palabras lo dejan mudo, pero Elena rompe el silencio continuando con la historia de su vodka.

—La hierba de bisonte la recogen unas pocas familias que se transmiten, de generación en generación, el secreto de dónde encontrarla en aquel bosque perdido... ¿A que es muy bonito el misterio?

—Claro. —A Nils solo le parece bonita ella, pero no se lo dice, y habla de otras cosas—. Nosotros tenemos también un vodka muy famoso, el Absolut Vodka. Se produce en Åhus, un pueblo del sur de Suecia.

Elena no lo escucha y sigue inmersa en su juego de seducción.

—Mira, Åkerman, la hierba de bisonte aporta un aroma a vainilla al vodka. ¿Quieres probarlo? —Ella le resulta más tentadora que el vodka.

—No bebo y no entiendo nada de vodka. Siempre fui de *whisky*.

—Pues dejemos el vodka a un lado y vayamos al bosque... ¿Querrías perderte allí conmigo?

—A cualquiera le gustaría perderse contigo donde fuera.

Nils dio un respingo en el sofá que sobresaltó a Ann-Marie.

—Te has quedado dormido. ¿Quieres quedarte a pasar la noche?

Él no la oyó. Estaba en otra parte.

—¡Pueden hallarse en un bosque!

—Nils, tienes que ir al médico. —Ann-Marie se preocupó al notarlo tan ausente—. No puedes seguir así.

Nils Åkerman se levantó del sofá. Clavó sus ojos en el reloj de pared de la inspectora, pero vio el que colgaba en el tabique del comedor de su padre. No supo por qué, y todavía tardaría un tiempo en descubrirlo. El viejo reloj lo acabaría conduciendo a una pista definitiva que, por aquel entonces, permanecía oculta para todos.

30. El bisonte a palo seco

9 de septiembre de 2016. La vida en Kalvträsk, Suecia. Quince días de encierro

La trampa se abrió y apareció Mykola con una botella y dos vasos. Elena identificó la bebida y no pudo creer que él la hubiera espiado hasta el punto de conocer su marca de vodka preferido. Lo vio acercarse a la mesa con elegancia. Dejó la botella en el centro con un golpe brusco. También los vasos. Se había puesto una camisa blanca impecablemente planchada, de cuello mao, con camiseta térmica debajo. Llevaba los puños remangados hasta mitad del antebrazo y dos botones desabrochados. Aunque su atractivo saltaba a la vista, Elena intentaba no mirarlo como mujer, sino como policía.

—Axel se ha quedado dormido —le dijo para que estuviera tranquila—. Vamos a celebrar.

Ella se puso en alerta.

—¿A celebrar, qué?

—Que el niño se esté acostumbrando a estar conmigo. Antes solo podía dormirse en tus brazos. Ahora también le gustan los míos. —Estaba contento—. Ven, siéntate. —Dio la orden en tono galante—. Hablaremos.

—¿De qué? —Arrastró su existencia hasta la silla.

—De mí.

—¿De ti? —La inspectora vislumbró una oportunidad para averiguar algo más de su secuestrador—. ¿Qué quieres contarme?

—¿Qué quieres que te cuente? —Rebotó el interrogatorio mientras se acomodaba para tenerla de frente.

—¿Por qué me has traído aquí?

Mykola se sinceró en la respuesta.

—Porque contemplaste la estatua de un guerrero como si quisieras estar con él a lomos de su caballo. Porque en vez de eso, te subiste en un ferri con el acompañante equivocado. Porque me miraste con unas gafas de sol parecidas a estas. —Sacó del bolsillo de la camisa las que Elena llevaba en el parque y las puso sobre la mesa—. Porque tuve que irme de Helsingborg para huir de tus gafas y de ti, pero tú insististe y volviste a cruzarte en mi camino en Östersund. —Se dio un tiempo para observarla y continuó—: Esas podrían ser buenas razones, pero no la verdadera.

—Eras tú... —murmuró la inspectora dando vueltas a las gafas, recordando su cara en la cubierta del ferri—. Entonces, ¿cuál es la verdadera razón de que me hayas secuestrado?

—No te he secuestrado —puntualizó—. Te he traído aquí porque estabas con Axel cuando llegó el momento de rescatarlo de aquellos padres despreocupados y libertinos.

—No sé por qué hablas así de los Åkerman, Mykola.

—Déjalo, Elena. Vamos a beber vodka. —Echó mano a la botella—. ¿Te gusta?

—Sí, pero no a palo seco.

—Cambia tus costumbres. —Jugó un poco con el tapón lanzándolo al aire—. Vas a brindar conmigo.

—¿Por qué quieres brindar? —dijo deslizando un vaso por la mesa para que él le sirviera la primera copa.

—Por mi patria, Ucrania. Por la Revolución del Maidán, que me ayudó a escapar de las sombras. —Le tendió el vaso lleno—. Por las cosas buenas que viví allí y por la gente a la que quiero.

—Żubrówka es un vodka polaco, no ucraniano —apostilló ella.

—Es que también soy un poco polaco, ¿sabes? Además, un amigo húngaro muy querido me regaló unas cuentas botellas antes de morir.

—Te estás marcando un farol. —Pensaba que lo iba a delatar y acabó

delatándose a sí misma—. Sabías que yo bebo Żubrówka.

—No, no lo sabía —reconoció—, pero me hubiera gustado saberlo. —La coincidencia lo abocó a sonreír de forma espontánea—. A veces, pareces hecha para mí.

Elena se desvió de aquella última frase, pero entró en su juego.

—Bueno, es igual que lo supieras o no. Brindemos por Ucrania, por Polonia y porque tu amigo húngaro descansa en paz.

—Él lo merece. Falleció a mi lado. —La sonrisa de Mykola se volvió muy triste—. Yo le debo mucho y nunca lo olvidaré.

Con las copas llegó la charla. Una vez más, Elena se sentía desubicada. Como Sherezade en *Las mil y una noches*, tenía su vida en manos de un hombre, pero no era ella quien explicaba los cuentos para salvarse. El papel del narrador se había invertido, al menos esa primera noche de vodka.

Las historias de la infancia y la adolescencia de Mykola los llevaron a Prípiat, a Chernóbil y a Odesa. Tras los relatos de la explosión en la central nuclear y de la pérdida de sus padres, la inspectora empezó a mirar a su secuestrador como si fuera el protagonista del cuadro que Pablo Torres dedicó a la policía.

«No solo eres un huérfano, como el niño de Pablo, pero también eres eso, un huérfano triste cuyo padre amado murió en acto de servicio».

—¿Por qué me miras así, sirena?

—¿Sirena? —La palabra la descolocó.

—¿Por qué me miras como si me conocieras?

—¿Acaso tú te dejas conocer?

—Te estoy contando mi vida, ¿no?

La resistencia de Elena al alcohol era alta. Aun así, bebió despacio para mantener el control de la situación mientras escuchaba como era la vida de su secuestrador en Ucrania. A media botella, llegaron al cambio de divisas en las calles de Odesa. Elena ya quería al pequeño Mykola.

1996, Odesa, Ucrania. Tiene dieciséis años y es un adolescente despierto. Su mentor lo ha conectado con la vida y le ha enseñado a anticiparse a los peligros desarrollando una mirada de mil ojos y un instinto de cazador furtivo. Durante el día, aprende las reglas de la calle. Por la noche, memoriza las lecciones del colegio con Yuriy. Ya no limpia cristales en el semáforo ni vive siempre con sus abuelos, pero a los ancianos no les falta ni el cariño ni el dinero. Él se encarga de ambas cosas. Y su mentor, también.

Mykola lleva tres años junto a Anatoliy y es su mano derecha en los negocios. Se han convertido en una sombra protectora, el uno para el otro. Trabajan en Odesa, pero se mueven por otras ciudades de Ucrania, sobre todo Kyiv, Khárkiv, Dnipró, Lviv y Drogóbych. Anatoliy viaja con frecuencia a Alemania para traer vehículos de importación, que después vende en Ucrania. Mykola todavía no puede ir con él en esos desplazamientos internacionales porque es menor de edad y hay que cruzar dos fronteras, una muy peligrosa. El joven aprovecha ese tiempo para estudiar con Yuriy. Cuando regresa Anatoliy, lo acompaña a cerrar los tratos de venta de los coches, aunque no solo se dedican a eso.

En 1996, se cumplen cinco años de la independencia de Ucrania de la Unión Soviética y el país estrena la grivna como moneda. El negocio del cambio de divisas está más revuelto que nunca. La avaricia acecha en las esquinas, pero ellos son un equipo y están preparados para moverse en un sistema de corrupción generalizada.

Anatoliy está cambiando dinero aquella mañana en Odesa, como todas las que no viaja. Se coloca en la avenida Pushkinskaya, junto al Hotel Bristol, atento a las necesidades de los clientes que entran y salen de aquel establecimiento de cinco estrellas en torno al cual se mueven el dinero y los caprichos finos. Lleva en la mano una muestra de billetes de distintos países para todo aquel que quiera cambiar dólares, rublos, grivnas o cualquier otra moneda. Aplica la comisión y cambia el capital en un lugar discreto, a una velocidad que supera la de cualquier banquero. Él no trabaja cómodo en una

oficina, sino jugándose la vida y la ganancia en un chaflán, pero se siente protegido por los ojos de su discípulo.

Mykola vigila el entorno para detectar a la competencia, a las mafias y a la policía corrupta. Los ha visto operar muchas veces. Sabe identificarlos y correr más que ellos para avisar a Anatoliy del inminente robo. Algunos días, los asaltantes van repartiéndose las presas. Mykola conoce sus hábitos tanto, que a veces se aburre esperándolos y busca clientes que quieran cambiar su dinero. Los encuentra y los lleva donde está Anatoliy, sin descuidar la vigilancia. El joven de Chernóbil es mucho más valioso que un alumno aventajado. Tiene cualidades para enfrentarse a un mundo podrido.

Con las comisiones en el cambio de moneda, Anatoliy y Mykola obtienen más dinero en un día que lo que un profesor de Ucrania gana en un mes. Les sale a cuenta correr ciertos riesgos. Pagan unas cantidades acordadas a la policía y a las mafias para garantizarse una seguridad relativa que, igualmente, ellos deben procurarse. Ese mediodía cambiará su visión del negocio porque verán la muerte desde muy cerca. Odesa se está volviendo demasiado siniestra.

Al acabar la jornada, Anatoliy y Mykola inician un paseo por la calle Derybasivska, esquivando turistas y ladrones. Se dirigen al cruce con Preobrazhenskaya. Mykola advierte el peligro.

—¡Tolya, mira aquel joven! Está cambiando dinero, como tú. Cuando acabe, ese otro va a robarle. ¿Lo aviso?

—No llegarás a tiempo.

Y así es. Nada más ordenarse los billetes, el muchacho alza la vista y tiene al tipo delante. Tras un breve forcejeo, recibe unas cuantas puñaladas y cae al suelo. La bolsa del dinero ya no está en sus manos. Mykola corre traspuesto junto al chico, que yace tumbado en la acera con los ojos vacíos de vida. Él ha visto antes esos ojos, en el último aliento de su madre. Como Lesya, aquel muchacho está muriendo.

—Debí avisarlo, Tolya. —Cree que debería haber corrido más.

—Te digo que no hubieras llegado a tiempo y hubiéramos tenido problemas.

El asesino es hijo de un general. No harán nada contra él. Tenemos que irnos —le apremia—. No quiero que nos hagan declarar como testigos en el juicio.

—Anatoliy, no podemos dejar que nuestro país se construya sin justicia. —Se marchan a paso apresurado—. Ya no somos soviéticos. La responsabilidad es nuestra. —Mykola muestra un pesar tremendo.

—Hijo, no soportaría que tú acabases muerto por dinero. Tienes que estudiar para convertirte en un buen médico o en un excelente enfermero. Es lo que te gusta. Ganarás menos, pero salvarás vidas.

—¿Cómo me has llamado, Tolya? —Lo retiene por el brazo para escuchar bien la respuesta.

—Hijo. Te he llamado así porque es lo que siento.

Mykola Solonenko, sin herencia ni pasado, se emociona con la expresión y con lo que aquello significa para él. Después de que su mundo explotara en Chernóbil, vivir le daba miedo. Pero apareció Anatoliy Bogún y desarrolló su confianza para que pudiera construirse sobre unos nuevos cimientos. Ya no teme al presente convulso de Ucrania, donde la vida tiene un bajo precio. Él valora mucho la suya y la daría por Anatoliy sin pensarlo. Lo demostrará años más tarde, cerca de la frontera entre Alemania y Polonia.

—Tolya, la vida no vale nada si no tienes por quien darla. Yo la daría por ti. Y también por Yuriy.

La fuerza de aquel vínculo, que va más allá de la sangre, ensalza el orgullo de Anatoliy Bogún por Mykola Solonenko. Con él estará a salvo en las calles y en los negocios, pero eso ya no es lo más importante.

* * *

Elena apuró un último trago de vodka y siguió en Odesa hasta que Mykola cambió el tono de la conversación y la devolvió a su lúgubre presente en el sótano.

—Me ha gustado hablar contigo, Elena. Mañana, cuando se haya dormido mi hijo, bajaré de nuevo y continuaremos. Solo si quieres. ¿Quieres?

Ella asintió con la cabeza.

—Con Åkerman también hablabas poco. —Se levantó—. No te perdiste nada con él. Sodomizaba a las mujeres. —La observó—. Yo tengo bastante más estilo. Algún día lo comprobarás.

Se retiró sin poder descubrir el terror en la mirada de la inspectora. Llevaba las gafas de sol puestas para estudiarlo mejor. Se las había colocado en un punto de la charla con ese fin. Él lo intuyó y, aun así, se lo permitió. Estaba muy guapa con ellas.

Durmió totalmente desnudo sobre su cama, con la ventana entreabierta. Dejó que el aire frío del bosque soplara sobre su cuerpo. La conversación en el sótano le había sabido mucho mejor que el vodka. No se sentía solo. Tenía al niño y, de momento, podría disfrutar de la compañía de su sirena.

Ella no durmió. Debía analizar a fondo el perfil de su secuestrador. Disponía de muchos más datos. Tenía trabajo. Necesitaba elaborar una estrategia que la llevara a ganar terreno ante aquel sujeto de mil ojos, todos verdes, pero no todos hermosos. Algunos, sí.

31. El plan de Vinyet y Xavier

16 de septiembre de 2016. Östersund, Suecia. Veintidós días desaparecidos

La vida de Nils Åkerman había cambiado más en los últimos veintidós días que en el resto de sus cuarenta años de existencia. La desaparición de su hijo le había generado una pérdida tan grande que no se podía comparar a nada de lo que había sentido hasta entonces. El inspector dejó de encontrar consuelo en la oración. No quiso recurrir a las conversaciones con Samuel, su pastor, para no tener que confesarle que entendía la ausencia de Axel como un castigo de Dios.

Margareta ya no estaba en casa. El día anterior había terminado de recoger sus cosas y las de los niños para mudarse con Cris al barrio de Odensala, en el sur de la ciudad.

—Nils, te quiero y lo sabes, pero ninguno de los dos hemos podido evitar que llegara nuestro final —le dijo antes de salir.

—Siento el daño que te provoqué. Solo puedo compensarte poniéndote las cosas fáciles —se comprometió él—. Siempre serás mi amor perdido.

—Tú fuiste mi héroe y mi bandido.

Los Åkerman vivieron el adiós como algo difícil y sencillo. El fin de una relación desgastada entre dos personas que se querían, pero no se amaban ni tenían los mismos intereses. El cierre de un ciclo. Un mal menor en medio de la desgracia de perder a un hijo.

Nils no estaba solo. Seguía ocupándose de sus otros tres niños. Contaba con el apoyo diario de su padre y con el de Ann-Marie, en la distancia. Además, desde la desaparición, muchas personas del entorno de Elena habían ido apareciendo en su vida. Primero fueron los Josep Rius, padre e hijo.

Estuvieron en Östersund hasta esa misma semana, pero los días transcurrían sin noticias y ellos poco podían hacer en Suecia. Otras dos personas del entorno de Elena sí que eran expertas en generar las noticias cuando no se producían. Ese viernes, Nils las esperaba en el aeropuerto de Åre-Östersund. De una ojeada identificó a Vinyet Miras y a Xavier Solé, los dos amigos de Elena que trabajaban en Televisión Española. El inspector llevaba un tiempo hablando por teléfono con Vinyet. La periodista se puso en contacto con él desde España. Se presentó como la mejor amiga de Elena y no tardó en ir directa al grano.

—Lo que Xavi y yo sabemos hacer son vídeos. Y lo que os proponemos, a ti y a Margareta, es que hagamos unos cuantos para moverlos en redes y que la gente nos ayude a encontrar a Axel y a Elena. Es una iniciativa personal y os pedimos que colaboréis en ella de la misma manera.

Así de claro se explicó la reportera en una de las muchas llamadas que hizo a Nils desde Barcelona. El inspector consultó con Margareta y ella estuvo de acuerdo con hacer la grabación. Vinyet y Xavier organizaron su viaje y aterrizaron en Suecia con su saber hacer, sus guiones, sus cámaras y sus focos. También con las lenguas afiladas para sacarse de encima el estrés compartiendo críticas irrelevantes. El aeropuerto de Åre-Östersund se llevó la primera. Vinyet comparó sus dimensiones con las de su terminal favorita, la T1 de El Prat de Barcelona.

—Chico, este aeropuerto parece de juguete. ¡Mira, el sueco! —Cambió el foco de su sarcasmo—. El que está junto al mostrador de los coches de alquiler. Va de intelectual con esas gafas medio redonditas.

—Joder, no es rubio —se sorprendió Xavier—. Viste como un modelo de Massimo Dutti. Con ese *look* hasta yo estaría guapo.

—No me pone nada, qué quieres que te diga. ¿Tú crees que un policía debe vestirse con tejanos, americana de paño y camisa de mil rayas? ¡No va a un desfile!

El cámara, un poco metido en kilos, sintió una envidia sana.

—A este, hasta un chándal del mercadillo le sentaría bien —dijo.

—Somos unos amargados, tío. Calla, que viene. ¿Nils?

Vinyet llamó al inspector, ante el asombro de los silenciosos transeúntes del aeropuerto.

—La gente nórdica no grita —la amonestó su colega.

—¡Nils, aquí! —insistió ella más alto.

—Hola, sí, soy yo, Åkerman. Encantado de conocerte.

Se estrecharon las manos.

—Este es Xavi. Habla inglés fatal, pero es uno de los mejores operadores de cámara de España. Sus planos darán la vuelta al mundo.

—No lo dudo. Gracias por venir.

—¿Cómo estás, Nils? —Xavier Solé lo saludó con acento británico de academia barata.

—Triste pero sereno. Gracias. Tengo el coche en el *parking*. ¿Os ayudo con el equipaje?

La periodista dejó en manos de su compañero esa fastidiosa tarea y focalizó la atención del inspector hacia el tema por el que se habían desplazado a Suecia.

—¿Has podido mirar el canal que abrimos en YouTube sobre la desaparición de Elena y de tu hijo?

—No mucho. Me resulta muy doloroso.

—Te entiendo. Nosotros estamos aquí para ayudarte. —Le puso una mano en el hombro—. Mantendremos el canal abierto y colgaremos vídeos de forma periódica hasta que los encuentren. Xavi y yo hacemos esto porque Elena es nuestra amiga y queremos contribuir, de alguna manera, a encontrarla. También a Axel, evidentemente.

Vinyet tropezó con la maleta de una anciana despistada, pero se contuvo el impropio que le hubiera soltado en España por consideración a Nils. Reanudó la marcha centrada en su cometido.

—Queremos grabar aquí, en Östersund, contigo y con Margareta y los tres

niños. Haremos varios vídeos cortos sobre el caso, para que se hagan virales. La policía tiene pocos ojos. Por eso queremos poner los del planeta entero a su servicio. Tendrás que hablar en el vídeo.

—No tengo facilidad de palabra. —Nils se mostró inseguro.

—Dirás lo que yo te escriba.

—Tía, ¿no vas un poco a saco con este hombre? —sugirió el cámara en español.

—¡Hay que espabilarlo! Estos suecos no tienen sangre en las venas. No son nada apasionados.

—Disculpo, Vinyet. Yo habla español una poca.

—Estupendo. —La periodista no se incomodó—. Es importante generar emociones para llegar al corazón de las personas. Lo haremos de forma rigurosa, no a lo *reality show*.

—Te creo —asintió Nils.

—Entonces vamos a entendernos. —Vinyet se cogió del brazo del inspector para transmitirle su apoyo.

—Iremos a casa —dijo él un poco extrañado con el gesto, nada propio de Suecia—. Como os comenté, ahora vivo solo y tengo sitio.

—Eres muy amable al hospedarnos —agradeció Xavier oculto por el equipaje tras un carro que no le obedecía.

—Es lo menos que podía hacer.

Vinyet empezó a contagiarse del cabizbajo espíritu de Nils; eso no le convenía. Soltó su brazo bruscamente, dispuesta a impulsar su ánimo como solía hacer ella las cosas, a la brava.

—Oye, tú le gustabas a Elena y a mí también me gustas. —La reportera comprobó que lo había dejado de piedra y tuvo que explicarse mejor—. Me gustas de forma diferente. No vayas a confundirte ahora. Yo te quiero para que llegues a las personas. Elena y Axel pueden ser vistos hoy, mañana o dentro de un tiempo. No podemos rendirnos ni venirnos abajo. ¿Entiendes lo que te digo?

—¡Es policía, no tonto! —Solé empezaba a estar cansado de que su compañera pusiera a Åkerman contra las cuerdas.

Tres personas, tres cámaras, tres trípodes, bolsas de baterías, focos protegidos en mochilas de viaje, el equipo de sonido y otras tantas maletas se acomodaron en el cuatro por cuatro de Nils. El vehículo quedó pequeño.

—Los de la tele somos muy aparatosos —quiso aclararle Xavier—. Yo no he traído casi nada. Igual me tendrás que prestar algún jersey.

—Su ropa no te vendrá. ¿No ves el cuerpazo que tiene el poli? Es más guapo que Carlos.

—¿Carlos era lo novio de Elena?

—Perdona. Siempre olvido que entiendes español. —La periodista salió del apuro con una lección de gramática—. Sí, Carlos era el novio, no lo novio. Está destrozado. La quería mucho, pero la engañó.

Nils conducía despacio de camino a Östersund. El paso de los minutos y la carretera se estaban haciendo interminables para sus pasajeros. Vinyet no llevaba puestas las gafas y dudó de si el cuentakilómetros marcaba ochenta, sesenta o cincuenta, pero a ella le pareció que aquel supercoche no iba a más de cuarenta.

—¿Podemos ir más deprisa? —Quiso presionar—. Me gustaría empezar la grabación hoy mismo.

El inspector se tomó un tiempo para responder.

—Voy al límite de velocidad permitido. Ya sé que vosotros conducís más rápido en España. Lo comprobé este verano con Elena en las curvas de la playa. Aquí la hubiéramos multado.

32. Más allá del deseo

16 de septiembre de 2016. La vida en Kalvträsk, Suecia. Veintidós días de encierro

Llevaban una semana tomando vodka por las noches en el sótano. Elena había contado las veces que Mykola había puesto la botella y los dos vasos en el centro de la mesa, con el golpe brusco de costumbre. Siete veces. Siete noches. Nunca se habían emborrachado ni había surgido la posibilidad de tener sexo. En las citas que Mykola imponía, solo conversaban o se observaban de reojo. Ese día, iban a pasar más cosas. Empezaron a beber callados, inmersos cada uno en su propio flujo de pensamientos. Perdían la razón de diferente manera, pero al mismo tiempo. Se temían y se buscaban en los compases de un baile entre el alcohol y el silencio. Una mujer encerrada. Un hombre perdido. Dos personas que se necesitaban por distintos motivos. Y en medio, un niño al que adoraban. Así de extraño era todo entre ellos.

Ella: «No quiero beber, o sí, no sé... Me mira... Sabe lo que estoy pensando... Qué estará haciendo la Policía para encontrarnos... Nils, dónde estás... Sácanos de aquí... Mejor bebo y olvido que me va a matar... Necesito inventarme algo para salir de este infierno... Mis padres habrán ofrecido una recompensa para quien sepa algo de mí... Papá, lo siento... No me hice Mosso d'Esquadra... igual la cagué... ¡Joder Elena, piensa en cómo salir de aquí! Él no me suelta... Soy suya... Tiene unos ojos preciosos... No quiero que me gusten tus ojos verdes... Me engañas con tus ojos... Por qué me miras así, qué quieres Mykola... Le daré una patada cuando me suelte la cadena para cambiarme y correré... A dónde voy a ir... Cómo sabes que quiero más vodka... Te metes en mi cabeza... Por qué me miras así... ¡No soy Iryna!».

Él: «Iryna, te echo de menos. Es una emoción tramposa, como tú y como mi sirena. Te confieso que me gusta. No me da asco, como tú, ni como Margareta. Ella es diferente. Quiere al niño, quizás porque es del policía sueco. Se siente atraída por él, pero nunca será suya. No tendrá suficiente vida para eso. La voy a matar el día antes de que me vaya con mi hijo del país. Tengo que convencerme de eso. Axel está enfermo. Ni una sola vez se ha caído conmigo. No tiene hematomas. No ha sangrado. Tú no lo querrías. Eras una egoísta, una mala mujer. Sé que Elena no es como tú, pero a veces te veo en ella. Pensaste que podrías tenerme a tu lado sin darte cuenta de que no me hacías feliz con tu sexo sucio. Para ti el sexo solo era semen en una vagina. Pero gracias a ello tuve a esa criatura linda a la que tú detestaste. ¡Maldita zorra! ¡Fuera, Iryna!».

Ninguno de los dos supo lo que estaba durando el silencio. La botella de vodka hizo más de un viaje de una mano a otra.

—¿Por qué decidiste hacerte policía?

La pregunta de Mykola irrumpió en la noche. El destino empezó a tejer una maniobra invisible para hacerlos añicos.

Elena hablaba.

—La culpa de que me hiciera policía la tuvo una flecha...

Él encadenaba pensamientos sin voz a sus palabras.

«¿Por qué te cruzaste en mi camino, sirena?».

—¿Te gustan los Juegos Olímpicos?

«Haces que me pierda en todos tus misterios».

—¿Recuerdas la inauguración de los de Barcelona, en 1992?

«Recordaría lo que tú me pidieras».

—¿Me estás escuchando, Mykola?

—Por supuesto. —Podía escucharla y pensar en ella al mismo tiempo—. Sitúame en los Juegos Olímpicos del 92, por favor.

—Fue espectacular. —El brillo surgió en la mirada de la inspectora—. Yo tenía seis años y estaba en el Estadio Olímpico de Montjuïc, con mis padres. Antonio Rebollo, un arquero de mi país, fue el encargado de encender el

pebetero con una flecha. La lanzó y yo seguí su trayectoria con mis ilusiones de chiquilla. Vi dibujados en el cielo, con fuego, los sueños de todos los que teníamos los ojos fijados en aquella flecha. Entonces quise ser como Rebollo, el arquero, una gran tiradora con arco que dibujara sueños en el cielo. Pedí a mis padres que me dejaran iniciarme en el deporte. Empecé mis clases en el Castillo de Montjuïc y allí me hice amiga de dos compañeros de la clase. Su padre era policía. Nos contaba muchas historias. Mis amigos se cansaban, pero a mí me entusiasmaban sus experiencias. Crecí queriendo ser como aquel policía. Y aquí me tienes, secuestrada.

—Me sé la historia de tu secuestro, si es que te sigues empeñando en que lo llamemos así. —Apuró un último trago de vodka.

—¿Hay otra forma de llamar a este encierro? —Elena también remató su vaso.

—Yo no voy a pedir dinero por ti ni ninguna otra cosa. —Se echó hacia adelante en la mesa, impulsado por un hervor interno, masculino y traicionero—. Dime, ¿qué estudiaste para ser policía? —Quiso saberlo todo de ella.

—Primero me licencié en Derecho. Luego preparé una oposición y la aprobé. Estudié dos años en la escuela de policía. Hice las prácticas en una comisaría y me quedé trabajando allí. Es donde he estado los últimos tres años de mi vida.

—Åkerman es policía en Suecia. ¿Cómo lo conociste?

—¿Acaso tú no lo sabes?

—Ella no te mencionó en su diario. —Mykola adornó el dato con un tono siniestro—. No eras una de las mujeres sodomizadas por su marido.

—¿Pero qué dices? —A Elena le afectó el tono y el comentario y se reveló—. ¡Pues claro que no!

—No te enfades. A él le gusta eso. Poner de espaldas a sus presas para embestirlas como un animal y que ellas se muevan a su ritmo hasta reventarlas. Su mujer no podía seguirlo. Se aburría con ella en la cama y buscó sensaciones más fuertes. Te mostraré algo. —Se levantó y desapareció por la

escalera.

Elena se puso en guardia, intuyendo que algo iría mal. Él regresó con unos papeles en la mano y se los tendió como si le mostrara el expediente de un delito.

—Es el diario de Margareta. —Elena vio impresas las fotos tomadas de un bloc escrito a mano—. Explica en detalle el declive de su matrimonio por el alcoholismo y las perversiones sexuales de un hombre al que no pudo satisfacer. La sueca se empleó a fondo y lo intentó, pero no supo saciar los instintos animales de tu policía.

—¡No es mi policía!

Elena tuvo que cerrar la boca para que no se le saliera el corazón detrás de la frase. Apartó los papeles con un gesto brusco.

—¿No quieres saber qué dice? —La voz de Mykola cada vez sonaba más retorcida—. ¿Quieres que lo lea en voz alta para ti? Puedo traducirlo al inglés para que descubras quién era realmente tu policía.

—No me interesa el diario de otra persona. Es algo muy íntimo. Además, yo no tengo nada que ver con eso. Conocí a los Åkerman cuando estaban de vacaciones en España. Me invitaron a su país. Por eso vine. Ojalá nunca lo hubiera hecho...

—¿Temes que si te desvelo lo que pasó, pueda desvanecerse la imagen que te has hecho de tu enamorado?

La inspectora se tomó un tiempo para contestar al reto que le planteaba la pregunta.

—Nunca podrá ser mi enamorado... Tú lo has impedido metiéndote en medio...

La afirmación paró el tiempo del secuestro.

Mykola se puso en pie y desató su deseo. Fue junto a ella. La levantó de la silla. Agarró su nuca. Se fue encendiendo. La atrajo a sus labios. Se entregó a su boca como si quisiera bebérsela. Las respiraciones se cortaron. Los alientos a vodka se mezclaron, enredados en algo muy diferente a un beso. Dos

existencias fundidas en un lugar común intransitable. Un misterio.

Durante unos segundos, Elena no supo reaccionar, engullida por el ímpetu de un sentimiento desconocido que consiguió anularla. Él la estaba haciendo suya. Se vio abocada a una trampa emocional de consecuencias imprevisibles. Empezó a resistirse. Su rechazo provocó el desenfreno de Mykola. Era la primera vez en mucho tiempo que tenía en sus manos a una mujer que le importaba. No podía controlarse. Quiso girarla y ponerla de espaldas, bocabajo, en una posición sublime para él, con la que siempre solía someter a Iryna.

—¡Ahora estás conmigo y eres solo mía! —susurraba mientras se la comía—. Eres para mí. Eres mía. Ellos ya no existen. Ni Nils ni Iryna.

Elena forcejeó tanto como pudo, pero el dominio de Mykola la doblegaba. Ella sintió que esta vez sí que iba a violarla. La lanzó contra el suelo. El golpe tumbó una silla. Se le echó encima, devorándola a bocados. En los labios. En el cuello. En los pechos. La aplastó con su peso. Elena no podía moverse, pero no se rindió. Luchó con la fuerza de sus brazos para separarlo un poco de su cuerpo hasta que consiguió escupirle en la cara. Él se retiró hacia atrás, asqueado por la saliva. Elena volvió a escupirle. No dejó de hacerlo hasta que él empezó a abofetearla sin parar en ambas mejillas, desplazando su cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué lo has hecho? —gritaba enfurecido—. ¿Por qué me has escupido? Dejó de golpearla para limpiarse la saliva con el puño de la camisa. Elena se levantó tambaleándose. La pierna que tenía suelta se le enredó en la cadena y estuvo a punto de volver a caer. Recobró el equilibrio y chilló aún más enfurecida que él.

—¡Dijiste que Åkerman sodomizaba a las mujeres y que tú tenías bastante más estilo! ¡Me mentiste, perverso! ¿En esto consiste tu estilo? ¿En forzar y pegar a las mujeres? ¡Ibas a violarme! ¡Cerdo!

—¡Cállate, Iryna! ¡Es lo que te gusta, zorra!

Mykola lanzó las sillas contra las paredes. Elena lo estaba enloqueciendo

con sus gritos.

—¡No soy tu zorra Iryna! ¡Mírame! ¡Soy Elena! ¡Me has secuestrado! Si me quieres violar, tendrás que matarme. ¡Soy policía! ¡Lucharé hasta que me revientes a golpes! No eres mejor que Åkerman, ¿entiendes? Él reventaba a las mujeres de deseo. Tú lo haces con la fuerza. ¡Estás enfermo! ¡Maltratador! ¡Actúas como un perverso! Ya no eres el niño compasivo del semáforo de Odesa. Te has convertido en un violador como el desaprensivo que destrozó a Yuriy. Mereces que te escupa. —Lo hizo de nuevo.

—¡Cállate! ¡Eso no es verdad! ¡Calla! ¡Calla! ¡No soy un violador! ¡Nunca he maltratado a una mujer!

—¡Mentira! —Elena estaba poseída por el odio y ya no le importaba su vida—. ¡Me tienes encadenada! ¡Encerrada! ¡Me has forzado! ¡Me has pegado! ¿Cómo llamas tú a eso? ¡No quiero vivir así! ¡No quiero estar contigo! ¡Eres un monstruo!

—¡Cállate! ¡Calla! —Mykola se dejó caer en el suelo, junto a la escalera. Se tapaba los oídos para no escucharla—. ¡Cállate, Elena! ¡No me llames monstruo! No me digas que no quieres estar conmigo. ¡No voy a violarte nunca! ¡Nunca! Yo no soy como Åkerman. Ni tú eres como Iryna.

El orden del sótano quedó destrozado. Todo estaba patas arriba. Las sillas, estampadas contra las paredes; la mesa, tumbada; las fotos de las hojas del diario de Margareta, esparcidas por todos lados; el alcohol de la botella, derramado sobre el cemento; el biombo y el cubo de los excrementos, volcados; la colchoneta, con las sábanas revueltas.

—No voy a violarte nunca —repitió destruido—. No podría estar contigo si tú no quieres ser mía.

Las últimas frases fueron un leve murmullo, pero Elena las oyó. Axel se había despertado con el estruendo y lloraba arriba. Mykola y Elena también lloraban. Estaban acabados. Hechos añicos.

—Todo iba bien hasta que aparecieron ellos. —Mykola solo se dirigía al cemento del suelo—. Todo iba bien. Era como un sueño... He vuelto a

golpearlo. Es lo último que hubiera querido hacer. Tengo que poner fin a esto.

Echó mano al cuchillo. Elena se vio muerta.

—¡Toma! —Se lo dio—. ¡Acaba conmigo antes de que me conviertas en lo mismo que me convirtió Iryna!

La inspectora se vio sujetando aquella enorme arma de caza sin saber qué hacer con ella. ¿Dónde estaba la llave del candado? Si él no la llevaba encima, ¿cómo se soltaría? Lanzó el cuchillo al suelo.

Callaron. Temblaron. Sudaron. Se hincaron de rodillas juntos, cara a cara, aliento contra aliento. Elena no pudo matarlo. Mykola llevaba la llave encima. Ninguno de los dos supo aquella verdad del otro. Tendrían que convivir con la duda. Nada podría salir bien a partir de entonces.

Permanecieron un tiempo quietos, escuchando los llantos del niño.

—Lo siento —susurró él.

—Y yo —respondió ella.

Axel estaba llamando a su madre, desconsolado. El llanto era cada vez más fuerte. Elena se obligó a conectar con su amor por la criatura.

—Mykola, déjame que calme al niño en la mecedora, te lo suplico. —Le hizo levantar la vista a la trampilla—. Trae a Axel, por favor. Tenemos que cuidarlo. Es nuestra responsabilidad. Olvidemos todo esto y volvamos los tres a nuestro orden.

Él la miró desde su mundo, imaginando otro muy diferente para complacerla durante un tiempo.

—Está bien, lo bajaré.

Elena se quedó a solas, sentada en la mecedora. Se balanceaba para deshacerse del dolor y de los nervios por todo lo que había pasado, pero lo que más le preocupaba no era eso. Lo terrible para ella era haberse quedado enganchada a su secuestrador y a la ambigüedad de sus sentimientos en el momento en que recibió el ansia de su deseo y haber permanecido inmóvil cuando tuvo el cuchillo. Quiso refugiarse en Nils, pero traerlo a su pensamiento no le funcionó. Buscó los recuerdos de Carlos y no los encontró.

Entonces comprendió que aquella Elena no volvería. Nunca podría ser la misma persona ni la misma mujer después de haber conocido a Mykola Solonenko, un secuestrador violento, un maltratador agresivo, un cuidador abnegado, un compañero cálido, un hombre apasionado, una mente inaccesible. Experimentó la pérdida absoluta de todo lo que había sido hasta entonces. Solo quería que el sótano estuviera ordenado y que él regresara con Axel para poder mecerlo.

Él volvió. Le puso al niño en los brazos. Se sentó a su lado en otra mecedora. Cuando los tres estuvieron juntos, llegó la paz y el silencio. Antes de dormirse acordaron cinco cosas. No más violencia. No más Iryna. No más Nils. Un nuevo orden para los tres abajo, en el sótano. Y arriba, en la casa. Para lo último, no precisaron cuándo. Tampoco cuánto tiempo duraría todo aquello.

33. Trending topic

23 de septiembre de 2016. La investigación en Östersund, Suecia. Veintinueve días desaparecidos

La desaparición de Elena y de Axel continuaba siendo *trending topic* en las redes sociales y un ítem de referencia en los medios. La gravedad del caso y la solidaridad de la ciudadanía en España y en Suecia habían tenido bastante que ver con que el tema se mantuviera vivo en los noticiarios. También los esfuerzos titánicos de Vinyet como periodista, que había hecho suya la causa de mantener un flujo de información constante sobre el suceso, utilizando su red de contactos con los reporteros españoles y estableciendo nuevas relaciones con los medios suecos.

En la comisaría de Östersund, seis policías —cuatro suecos y dos españoles— analizaban el contenido de YouTube que Vinyet y Xavier habían generado. El canal utilizaba tres lenguas: español, inglés y sueco, y prometía millones de visualizaciones. Los vídeos eran cortos y eficaces. En menos de un minuto, conseguían generar un alto impacto, como el que estaban experimentando los policías en la sala. El detalle de las lágrimas de unos ojos azules que empañaban los cristales de unas gafas se comía la pantalla y engullía al espectador. El plano mostraba la tristeza de Nils.

—Por favor, ayúdanos a traer a nuestro hijo de vuelta a casa. Solo tiene tres años y está enfermo.

El plano se abría con un *zoom* muy lento que iba dejando ver la imagen de una familia abatida. Margareta tomaba la palabra.

—Axel es hemofílico. Si se cae o se da un golpe sangra con facilidad y en abundancia. Es difícil cortar la sangre. Necesita sus medicamentos y nuestros

cuidados. Elias, Leo y Oscar cada día nos preguntan por él.

El vídeo daba paso a fotos de los tres niños jugando con Axel, mientras las voces de los pequeños explicaban lo que pasaba en aquellas instantáneas caseras.

—Yo soy el mayor, Elias. Tengo diez años. Aquí estoy con mi hermano Axel en el parque, vigilando que no se caiga con la bici.

—Nosotros somos los gemelos, Leo y Oscar. Tenemos siete años. Yo soy Leo, el del jersey rojo, y ese del jersey azul es Oscar. Aquí nos peleamos por saltar con Axel en la cama elástica de nuestro jardín. No queremos que se caiga y se haga sangre. Es nuestro hermanito pequeño.

Nils volvía a tomar la palabra en el vídeo.

—La policía y muchos voluntarios nos están ayudando a buscar a Axel, pero tú también puedes hacerlo. Este es nuestro hijo. Y esta es Elena, nuestra amiga española. Estaban juntos cuando desaparecieron el 25 de agosto. No olvides sus caras, aunque pase el tiempo.

Margareta cerraba el vídeo.

—Sin Axel no podemos ser la misma familia. El vacío que nos ha dejado es tan grande que nos cuesta seguir viviendo.

Menos de un minuto resultaba suficiente para que el espectador hiciera suya aquella historia y se llevara la imagen del niño en la conciencia. En el canal había muchos más vídeos, todos hablando de tú a tú a quien los miraba, pidiendo ayuda en la búsqueda.

—Estoy impresionado con el trabajo de los periodistas españoles —se pronunció Erik Andersson, atreviéndose a romper el mutismo del grupo—. Convirtieron Östersund en un plató de cine durante una semana. Solo ellos y los Åkerman. Y pidieron permiso para todo.

Ann-Marie Jonsson y los otros dos policías suecos estuvieron de acuerdo. Aun así, sabían que los vídeos generarían muchas llamadas que les harían perder el tiempo siguiendo pistas falsas, pero no quisieron decirlo por respeto a los dos policías españoles presentes en la sala, con los que llevaban

trabajando casi tres semanas.

El inspector Marcos López y la subinspectora María García fueron los refuerzos que Andrea Ballesteros envió a Östersund. Habían llegado a la ciudad el lunes, 5 de septiembre, y se habían integrado en el reducido grupo de investigación que Andersson pudo seguir asignando al caso.

López y García tenían mucha experiencia, tanta como desconcierto en el caso de Suecia. Después de tres semanas de trabajo en Östersund, les llegaba el momento de retirarse a la espera de nuevas pistas. Erik Andersson se dirigió a ellos para pedirles una última opinión.

—Decidme colegas, si tuvierais que decantaros por alguna hipótesis, ¿en cuál os centraríais?

—En que es una detención ilegal —contestó seguro el inspector López—. Alguien del entorno a quien no hemos sabido identificar o alguien que simplemente pasó por su lado los ha privado de libertad.

—Tampoco podemos descartar que estén muertos —sentenció la subinspectora García—. En cualquier caso, compartimos con vosotros la necesidad de seguir estudiando el entorno. Debemos preguntarnos cada día quién o quiénes pueden habérselos llevado y a dónde. Insistir en identificar a todos los vehículos que se ven por la zona norte en las cámaras.

—Las desapariciones en Suecia son muy frecuentes, pero esta es tan diferente... Una mujer con un niño... No sé, hay algo que no me encaja. —Ann-Marie Jonsson seguía dándole vueltas al hecho de que fueran dos los desaparecidos, sin vínculo aparente—. Yo pienso que solo querían secuestrar a uno, pero el otro estaba ahí y también se lo tuvieron que llevar para no dejar cabos sueltos.

—¿Y por quién te decantas, Ann-Marie? —preguntó Andersson.

—No lo sé, Erik. A veces pienso que querían al niño y otras... No sé, ella es muy atractiva.

—Hemos investigado a fondo a las víctimas. Lo sabemos todo sobre ella y sobre el niño. También sobre el entorno. Los medios se han volcado

difundiendo la noticia. Y nadie ha visto nada o se han inventado lo que han visto. —El comisario era la impotencia personificada—. Hemos peinado la zona en una búsqueda impecable. Los perros de rastreo solo dieron vueltas a las inmediaciones de la casa. Tuvieron que llevárselos en coche, eso seguro; pero esa zona es muy nueva y no hay cámaras. Las de las salidas de la ciudad por norte y sur están analizadas. La mayoría de los vehículos son suecos. Todas las furgonetas se han localizado. Nada. Y el lunes ya estaremos solos, chicos. Marcos y María tienen que regresar a Madrid.

—Pero seguiremos con el caso, Andersson —se comprometió López—. Pensaremos cada día en aportar ideas. Es una orden de nuestra comisaria principal. Repasaremos el material que nos enviéis. Programaremos reuniones por Skype. No os dejaremos solos con esto.

Ann-Marie observó cómo las miradas de los policías perdían intensidad, y su resignación ante la evidencia. La inspectora sintió que la pena por Nils la ahogaba. Lamentaba haber recibido a su amigo de malas maneras en su casa aquella noche de tormenta. Resolvió que le propondría que pensarán juntos en qué se les podía estar pasando por alto. Ayudaría a Nils en lo que le pidiera. Lo haría por él, pero sobre todo porque ella era inspectora de Homicidios y el caso cada vez le olía más a muerte.

34. Arriba

23 de septiembre de 2016. La vida en Kalvträsk, Suecia. Veintinueve días de encierro

«Me acabará matando, lo sé... El momento cada vez está más cerca... Axel se está acostumbrado a él... Acabarán no necesítandome... No sé qué hacer para conseguir que me deje salir... Todo tiene que pasar por Axel... No puedo pedirle nada que no tenga que ver con el niño... Cuánto tiempo llevo aquí... encerrada... atada... cambiándome de ropa detrás de un biombo... volviéndome loca en una mecedora... bebiendo con él... escuchando a Leal... esperando a Nils y a la policía... Ayer dije que tenía el pelo muy sucio y no me atreví a sugerir que me dejara subir a ducharme... no tengo fuerza para nada».

—¿Elena? ¿Va todo bien? ¿Qué pasa?

Estaba tan absorta en su desesperación que no se había dado cuenta de que él la llamaba desde arriba.

—Hoy podrás lavarte el pelo. ¿Te gustaría ducharte?

—Gracias. Debo tener un aspecto asqueroso.

—Es solo el pelo, pero lo solucionaremos.

Elena se imaginó lavándose la cabeza en el barreño del sótano y no pudo soportarlo más. Comenzó a idear un plan para despedirse de la vida. Se tomaría de golpe todos los calmantes que él le había ido suministrando. Ella los había ido ocultando en el interior de una compresa. Todos de golpe harían mucho efecto. Sumergiría la cabeza en el barreño cuando estuviera medio dormida y la dejaría ahí, hasta que llegara su final. De repente, cayó en la cuenta de lo que había oído: «¿Te gustaría ducharte?». En el sótano no había

ducha. La propuesta implicaba que tendría que ir arriba. Dio un brinco. Recogió la cama y ordenó el espacio, casi todo al mismo tiempo. Esperó a que él apareciera de nuevo. Y llegó.

—Buenos días, Elena. Voy a hacerte una concesión —anunció—. Hoy podrás ducharte en el baño. —Bajaba las escaleras dando instrucciones sobre cómo lo haría—. Te entregaré la llave. Abrirás el candado del pilar. Me la devolverás. Cogerás la cadena para que no arrastre y ropa limpia. Esperarás hasta que te avise. Solo entonces, subirás. Si intentas...

Elena lo tenía delante. Suavemente le acercó una mano a los labios y tapó la frase.

—Haré lo que digas —murmuró—. Quiero lavarme el pelo. Gracias.

Mykola notó sus dedos fríos en los labios, pero fue él quien tembló con el roce. Elena siguió las instrucciones al pie de la letra y quedó libre. Se aferró a la columna de hierro como si no quisiera soltarse.

—¿Qué sucede, Elena? —Mykola se puso tenso.

—¿Cuánto tiempo llevo encadenada?

—Eso no importa. —Él no sabía si creerse o no su colapso—. ¿Podrás subir la escalera?

No contestó. Permaneció abrazada al pilar.

—Dime si podrás subir la escalera —insistió.

—Sí... Dame un minuto. Me he mareado, pero me repondré.

—Esperarás aquí hasta que te llame desde arriba. Luego subirás y te acompañaré al baño. No temas. Entrarás sola. Te lo he dejado todo preparado. No hay nadie en la casa, solo Axel. No grites, o se asustará, y yo me enfadaré. No quiero enfadarme contigo, Elena. Quiero que te duches. Por la noche, te invitaré a cenar.

—De acuerdo —balbuceó—. Cuando tú me lo indiques, subiré.

Él escaló por la escalera más rápido que nunca. Elena no estaba segura de que hubiera conseguido engañarlo. Se sintió fuerte y dispuesta a escanear el mundo que la esperaba.

—¡Vamos, Elena!

Tras la orden, ella caminó lentamente, sujetando la cadena con un brazo. Se agarró a la baranda y remontó los peldaños como si le fallaran las piernas. Pero las piernas no le estaban fallando. Para eso se entrenaba cada madrugada al ritmo de los chasquidos imaginarios de Nils. La inspectora interpretaba una debilidad que solo había sentido de pensamiento, cuando se había planteado ingerir todos los calmantes hacía tan solo unos minutos.

Llegó arriba y asomó la cabeza por la trampilla. La recibió un espacio amplio. Fingió unos guiños exagerados, como si la claridad la cegara. Quería mirar a través de los párpados entornados todo el tiempo que pudiera. Vio un comedor con una mesa llena de papeles, debajo de una ventana cubierta con visillos. Había dos ventanas más en la estancia, todas con las cortinas echadas.

—Ayúdame —pidió en su simulacro.

Tendió una mano y Mykola se la tomó con cuidado. Entraron en un contacto directo y consentido. Ella tenía la piel suave. Él, un pulso firme. Por diferentes razones, los dos tardaron más de lo necesario en soltarse.

Elena estaba en la sala, con ambos pies en el suelo. Axel fue corriendo hasta ella, pedaleando en un coche de juguete. El niño la abrazó y no quiso soltarla. Ella tampoco quiso soltarse del niño.

—Entra al baño —le ordenó Mykola—. Tienes media hora.

El cuarto de aseo se hallaba al lado de la trampilla. Era pequeño, pero estaba limpio, sin objetos ni espejo. Vio dos toallas, gel, champú y un peine sobre una banqueta. La ducha y el lavabo quedaban a la izquierda. Frente a la puerta, estaba el inodoro. Encima de la taza había una ventana de madera cerrada con un candado anclado al marco y vestida con unas cortinas de color gris claro. Elena descorrió la tela y vio la cara de Mykola pegada al cristal, atravesándolo con unos ojos fieros. Del impacto, saltó hacia atrás y se golpeó con la puerta. Sintió que aquella era la mirada de un asesino y que podría matarla en el momento que se lo propusiera.

—¡Echa la cortina si no quieres que te vea desnuda!

El enfado de Mykola traspasó la ventana. Ella corrió los visillos y entró en la ducha. Con cuidado, dejó la cadena sobre la porcelana blanca. Los eslabones adoptaron la forma de una serpiente oscura que se retorció a sus pies. Se quitó la ropa nerviosísima, los pantalones y las bragas se enredaron con el reptil de hierro. Hasta que pudo desvestirse del todo, pasó una eternidad. Así lo vivió ella. Pensó en lo que había visto detrás de la cara de Mykola. Una masa de pinos. Nada más. Estaba en un bosque. Aprovechó la ducha para elaborar una estrategia, aunque no por ello disfrutó menos del agua caliente corriendo por su piel, del olor a jabón y de la maravillosa sensación de sentirse limpia. Mientras se secaba con las toallas, decidió cuáles serían las primeras palabras que le diría cuando lo tuviera cerca. Se vistió con la ropa que había subido. Se desenredó el pelo y lo llamó.

—Mykola, estoy lista.

Él no tardó en abrir la puerta.

—Discúlpame por haber descorrido la cortina —se defendió reconociendo su error—. No volverá a pasar. Gracias por haberme dejado usar el baño.

—Has tardado poco. Disponías de media hora.

—¿Puedo pasar el tiempo que falte con vosotros aquí, donde tú digas? Hace tanto tiempo que no veo la luz...

—Hoy no. Quizás otro día.

—Entonces, venid conmigo. Os echo de menos cuando no estáis. —Era cierto.

—El niño tiene que estudiar.

—¿Qué estudia?

—Ucraniano. Luego bajaremos a comer contigo.

—Has dicho que me ibas a invitar a cenar...

—Comeremos con el niño y cenaremos tú y yo, solos. Baja, por favor.

Elena obedeció. Mykola fue tras ella y volvió a obligarla a encadenarse al pilar. Sintió unos remordimientos espantosos por recluirla. Se prometió que

cocinaría todo el día para ella.

* * *

Cayó la noche en Kalvträsk, aunque eso no se veía desde el sótano. Estaban sentados a la mesa. En el centro había una botella de vino junto a una sopera. Elena llevaba el mono negro que él le trajo el día que se ausentó. Se ceñía a la cintura con una lazada, pero no se lo había ajustado demasiado para no marcar la figura. Tenía el escote de pico. Mykola se había puesto una camisa azul claro, de cuello americano fijo en los extremos, como siempre bien planchada, con los puños remangados y dos botones abiertos y con camiseta térmica debajo. Ella lo vio guapo y se alegró de que fueran a compartir una cena. Tuvo que protegerse de las malas pasadas que le jugaba la soledad, confundiéndola con aquellos ridículos sentimientos. Su encuentro no tenía nada que ver con una cita romántica.

—Antes he pensado que te pondrías el vestido rojo.

La sorprendió porque lo que dijo sonó respetuoso.

—Voy cómoda con pantalones. Son prácticos para jugar con Axel.

—Bueno. Pero algún día tendrás que ponerte el vestido.

Ella no respondió y mantuvo la vista fija en la sopera.

—He cocinado para ti la sopa más típica de mi país, la sopa Borsch. — Sirvió con cortesía—. Está hecha a base de remolacha.

Elena la probó. Era roja como la sangre, de un sabor exquisito.

—Mañana estará más buena —le explicó—. El gusto mejora cuanto más tiempo lleva cocinada.

—Me gustaría que me enseñaras a prepararla.

Él ignoró la petición y continuó con sus cosas.

—Ucrania es el mayor productor del mundo de remolacha. Esta sopa se toma en todas las casas.

—¿Por qué esta cena, Mykola?

—Estamos celebrando.

—¿Celebrando qué?

—El tiempo que llevas conmigo.

—¿Cuánto es?

—Ese detalle no importa.

—Podrías hacerme un regalo al menos...

—¿Qué quieres?

—Estar con el niño... Ver la luz junto a Axel... Esto es tan triste...

—Lo pensaré. ¿Y qué vas a regalarme tú? Me conformaría con que te pusieras el vestido y estuvieras contenta. Nada más.

—Es difícil que esté contenta. Me haces vivir encerrada y me separas de Axel. Pero tienes razón. Algún día podríamos hacernos un regalo mutuo. Tú me dejas estar arriba con el niño y yo me pongo el vestido. Podría sentarme al sol con él en una mecedora y cantarle canciones. El vestido no resultaría incómodo para eso. También me gustaría conocer tu idioma. ¿Por qué no me enseñas ucraniano a mí?

—¿Qué pretendes, Elena? Eres policía; y yo, un caso abierto.

—¿Qué pretendo? —La inspectora se dio tiempo para reaccionar tomando una cucharada más de sopa—. Pues pretendo no volverme loca, estar con Axel, ver la luz del día, darle un sentido a mi tiempo... Qué más da... Diga lo que diga, no me vas a creer.

—Que te crea o no es asunto mío. Creí los motivos por los que te hiciste policía. Y me gustó escucharlos.

—A mí me gustó que me hablaras de Anatoliy. ¿Estuviste mucho tiempo trabajando con él?

—Mucho, hasta que Iryna nos separó. Bueno, Iryna y la política.

Elena soltó la cuchara y se puso tensa al oír ese nombre de nuevo, pero esta vez Mykola le ofreció garantías de que nada desagradable iba a pasar.

—Tranquila. Iryna no puede hacerte daño ya. —Le acarició la mejilla. Ella se echó hacia atrás—. No debí comportarme contigo así aquellas dos noches. No lo merecías. No volverá a pasar. Tienes mi palabra. Me he arrepentido

cada día de todo eso.

Él frenó la caricia y continuó callado, concentrado en su plato. Elena volvió a sentirse unida a él y perdió el apetito ante lo absurdo de su torpeza emocional. Quiso entrar en su mundo, sin saber por qué.

—Mykola, mírame...

A él le pesaba la tristeza, pero acabó levantando la vista.

—Me desconciertas —dijo Elena.

Las palabras de ella lo desconcertaron a él.

—¿Por qué? —Quiso saber.

—No lo sé, Mykola...

—Tú también me desconciertas a mí, sirena.

Era la segunda vez que la llamaba directamente así.

—¿Por qué me llamas sirena?

No hubo respuesta.

—Dime al menos por qué te desconcierto yo a ti.

—No lo sé, Elena...

—¿Te gustaría hablarme de Anatoliy?

La pregunta les hizo sentirse demasiado cerca, tanto que ninguno de los dos se sintió a salvo del otro. La respuesta los llevó muy lejos del sótano.

35. Cruzando las fronteras de la vida

1998-2000. Ucrania, Polonia y Alemania

A los dieciocho años ya saben conducir porque Anatoliy lleva un tiempo enseñándoles. Mykola y Yuriy están preparados para apoyarlo en sus viajes internacionales, y se suman al negocio del mentor: compran vehículos de lujo en Alemania y los venden en Ucrania. Tienen clientes en Drogóbych, la ciudad de Anatoliy; Odesa, Kyiv y Khárkiv. Les hacen los encargos mandos militares y policiales, políticos, empresarios y comerciantes. Son los nuevos ricos del país, surgidos tras el derrumbe del comunismo y el establecimiento de la corrupción a nivel general.

—Nuestros clientes no son honrados, Tolik —repite Mykola cada vez que cierran un trato—. Su dinero está manchado con el sufrimiento de gente pobre, como mis abuelos.

—Lo sé, pero con su dinero podremos hacer que tú y Yuriy estudiéis y seáis mejores que ellos. Hay que seguirles el juego, salir adelante y ayudar a los nuestros.

En la Ucrania recién nacida, todo se puede comprar, desde un título académico hasta el veredicto de un juicio. El nuevo país lleva el soborno en sus genes. Hay que pagar un coste adicional por todo, aunque el servicio sea público: una plaza en la escuela o en la universidad, la visita al médico, las medicinas en las farmacias, la seguridad en las empresas y en los comercios... Los extorsionistas se apoderan de las calles en los pueblos y las ciudades, y obligan a las personas a vivir con miedo y en estado de alerta. Atacan cualquier casa o negocio y, a la vez, ofrecen protección a cambio de no robar, quemar o matar a las familias. Mykola lo ha vivido en Odesa con sus abuelos,

pero gracias a Anatoliy ha conseguido proteger a los ancianos de la perversión del sistema, camuflándose en el delito como un auténtico verdugo justiciero. El niño de Chernóbil, hijo del ingeniero Igor Solonenko y la enfermera Lesya, ya no existe. Mykola es ahora el nieto de dos ancianos castigados por las mafias y liberados por un mosquetero, Anatoliy Bogún, su mentor, alguien que creyó en él cuando solo era un mocoso que limpiaba coches en un semáforo. El joven Solonenko ha creado su propia ley: «Nadie por encima de los míos ni de mí», sentencia. Pronto aplicará a rajatabla sus principios.

Los viajes a Alemania son peligrosos. Anatoliy y Mykola conocen bien las rutas y los puntos negros donde acecha el riesgo. Saben que se juegan la vida en cada trayecto, especialmente en uno de los tramos de regreso, pero siguen unas normas de seguridad muy estrictas. Suelen partir siempre en miércoles o jueves desde Drogóbych, al oeste de Ucrania. Yuriy es el encargado de establecer los contactos en la frontera con Polonia y de tener buenos detalles con los guardias, aunque sus visados estén en orden. El joven lleva en coche a Mykola y Anatoliy hasta Rzeszów. Desde ahí, ambos atraviesan el territorio polaco en autobús hasta llegar a la ciudad alemana de Hannover. Todo el viaje de ida puede llevarles casi un día, pero no se les hace largo. Mykola estudia y ayuda a Anatoliy con las cuentas. El mentor planifica y desarrolla los negocios.

En Hannover cuentan con el apoyo de otros ucranianos, nostálgicos de su país, que les ofrecen alojarse en sus casas. Son momentos entrañables de charlas y brindis con vodka por el futuro, donde no faltan las críticas a los rusos. Esos encuentros ponen el calor a los viajes, aunque emplean el tiempo justo en ellos, porque no pueden entretenerse con fiestas.

El ritmo de los negocios en Alemania es intenso y les requiere estar atentos a las estafas. Tienen que consultar los anuncios de particulares de venta de coches de gama alta en todos los periódicos. Intentan hacer la compra por esa vía los viernes, porque les sale más rentable, pero a veces no hay suerte. Entonces acuden en sábado o domingo a los mercados de vehículos de segunda

mano en Hannover o en otras ciudades alemanas como Bochum, Essen y Düsseldorf. La búsqueda es agotadora. También lo es chequear el estado de los automóviles. No pueden pasar por alto el menor detalle si no quieren tener problemas con los clientes en Ucrania. Los nuevos ricos no perdonarían sorpresas desagradables en las compras. Cuando adquieren los coches, esperan al lunes en Alemania para realizar las gestiones burocráticas. Hasta que no colocan las matrículas rojas de tránsito, no pueden iniciar el viaje de vuelta a casa. Es ahí donde empiezan los peligros serios.

Otro lunes más, Anatoliy y Mykola han matriculado un BMW y un Mercedes-Benz y han atravesado Alemania, desde Hannover a la frontera con Polonia. No la cruzarán hasta el martes a las cinco de la mañana, cuando se hayan retirado los bandidos, vencidos por la espera y el sueño.

Entre las ciudades de Görlitz, en Alemania, y Wrocław, en Polonia, hay treinta kilómetros de bosque criminales, donde cualquier cosa es posible. Ese martes, los cálculos de Anatoliy y Mykola no les servirán para esquivar el asalto de tres delincuentes armados.

Anatoliy conduce primero, abriendo paso. Tiene que frenar de golpe porque hay una gran piedra que corta el camino. Mykola va detrás y casi está a punto de embestirlo. El joven entiende lo que va a pasar. Reacciona rápido y apaga las luces. Se baja del BMW y corre a ocultarse entre la arboleda. Desde su posición, ve a los tres asaltantes amenazar a Anatoliy, cada uno con un ladrillo.

—Buen coche —admira el más corpulento.

—Nosotros tenemos repetidos estos artículos. —Otro de los saqueadores levanta su ladrillo—. Son muy valiosos. Tanto como tu vida.

—El ladrillo por el coche, amigo —exige el tercero.

Anatoliy está acorralado. Tiene la piedra delante y el BMW detrás. No puede acelerar en ningún sentido. Dos de los asaltantes se han situado cada uno en una puerta. El tercero se dirige al coche de Mykola, pistola en mano.

—¡Aquí no hay nadie! —grita a sus compinches.

Un solo segundo de desconcierto basta para que Mykola salte encima del pistolero y lo apuñale por la espalda. Se hace con el arma y, sin dudar, le pega un tiro. Los otros dos atracadores corren hacia el bosque. Uno de ellos, no llega. Tres balas le atraviesan la columna vertebral, una tras otra.

Mykola se lanza a la espesura de los árboles, guiado por la fuerza de su propia ley. «Nadie por encima de los míos ni de mí», se dice interiormente mientras galopa tras una sombra.

—¡Vuelve, hijo!

La súplica de Anatoliy no puede frenar su sed de justicia. Se para en seco y escucha lo que tiene que decirle el silencio. Nada. Espera. Escucha un poco más y orienta su oído a la izquierda, en dirección a un jadeo. Empuña la pistola sin saber si quedan balas. Una hoja se mueve bajo el alba. Él apunta a una silueta y no falla. Alguien se desploma en la tierra. Mykola se acerca al cuerpo, escupe y lo remata.

—Has matado a tres hombres...

Anatoliy le habla junto al cadáver con tanto asombro como desconcierto, pero él no se arrepiente.

—Iban a matarte a ti, Tolya, y yo no podía permitirlo. —Su voz es fría—. No ha sido por los coches. La vida no vale nada si no tienes por quien darla. Yo la daría por ti. Vámonos a casa.

Anatoliy lo abraza, pero él no quiere entretenerse en el cariño. Hace señas a su mentor para apartar la piedra del camino. La quitan y vuelven a los vehículos.

—No contaremos nada de esto a Yuriy, Tolik —ordena desde la ventanilla—. Y jamás lo traeremos con nosotros. Esto es cosa tuya y mía. Debemos protegerlo.

—Estoy de acuerdo, hijo.

No quedan lamentos en el bosque cuando arrancan los coches.

Con tan solo veinte años, Mykola Solonenko ya sabe lo que es matar por defender una vida. Lo aprende al amanecer, en medio de un bosque polaco.

Hasta ese momento, solo había hecho prácticas de tiro con un arma. Ahora tiene una pistola propia para defenderse y defender a los suyos. Como la radiación de Chernóbil, siente que le ha caído del cielo. Mientras conduce, calcula lo que sacarán por el BMW y el Mercedes. Unos dos mil dólares por cada uno, si todo va bien. Mucho dinero en Ucrania.

36. Tictac

26 y 27 de septiembre de 2016. Östersund, Suecia. Treinta y tres días desaparecidos

El cielo de Östersund amaneció cubierto por un gris encapotado. El inicio del otoño vino acompañado de una lluvia fina que decidió acomodarse en el paisaje. Desde la habitación de Axel, Nils contemplaba por la ventana el exterior de su vivienda, envuelta en el verde de los pinos. Tras su separación de Margareta, el inspector se había quedado en la casa. Hospedó a Vinyet y a Xavier y se entregó a las grabaciones de los vídeos los días que los periodistas permanecieron en Suecia. Esa mañana, estaba solo ante su desgracia.

Nils había analizado lo que había sucedido en su vida desde principios de mayo, cuando su mujer empezó a recriminarle que cambiara las cosas de lugar y pensó que él podía estar leyendo su diario. Si Margareta estaba en lo cierto y él no lo había hecho, ¿quién podía haber sido? ¿Su padre? ¿Algún invitado en las fiestas de sus hijos? ¿Quién más? Aturdido por la sensación de no avanzar, decidió ponerse en marcha.

Empezó mirando afuera desde las ventanas de la vivienda, buscando definir una cara. Cuando fijó en su memoria todos los ángulos que se veían desde dentro, se puso un impermeable y salió para mirar desde el exterior por las ventanas, a diferentes distancias. Primero lo hizo con las luces del interior apagadas. Luego, encendidas. El resultado le confirmó que pudieron estar ciegos frente a miradas intrusas.

Rodeó la casa en varias ocasiones, haciendo círculos cada vez más grandes. El último lo llevó a situarse junto al parque. Desde allí, cualquiera podía

haberlos espiado con unos prismáticos sin ser descubierto. Nils siguió avanzando en la hipótesis de que alguien los hubiera observado durante un tiempo. Inmediatamente se preguntó cómo ese alguien pudo entrar en el domicilio sin forzar la cerradura. Siguiendo las acusaciones de Margareta sobre objetos que desaparecían y aparecían luego, ese alguien tuvo que entrar varias veces, quizás con la propia llave de la vivienda. Él tenía una copia de reserva en la comisaría; y Margareta, en el colegio. También su padre disponía de una copia de las llaves, pero todo ese entorno ya se había investigado.

El inspector pasó horas inspeccionando la visibilidad de su hogar. Cuando acabó, se preparó unos bocadillos de pan duro con jamón y queso y fue conduciendo a los lugares que le había mostrado a Elena la semana que ella visitó Östersund. Creía que si se movía, también lo harían sus pensamientos, y le surgirían nuevas preguntas. Estuvo en muchos sitios: Frösön, la torre de la isla, los alrededores del lago, la playa de Bynäset, la casa de verano del músico Peterson-Bergers, la torre Arctura, el estadio, el puente Vallsundsbron y Fillsta. Nils se preguntó dónde se encontraba su hijo mientras él estaba con Elena en esos escenarios. Si alguien entró en su casa, tenía malas intenciones. Su voz interior le indicaba que, quizás, siguieron al pequeño hasta encontrar la ocasión de cogerlo. Y eso pasó cuando Axel estuvo a solas con Elena. Pero ¿quién podría querer llevarse a un niño de tres años, por qué y para qué? ¿Y si aquello no tenía nada que ver con el niño, sino con un ataque sexual a Elena?

Después de pasar el día entero de aquí para allá, Nils fue a cenar con su padre. El anciano lo recibió con un saludable menú: la típica ensalada sueca de gambas, generosa en lechuga, tomate y pepino.

—Es cosa de Patrik, el cuidador. Me obliga a llevar la dieta que me puso el médico. Parezco una vaca, siempre comiendo hierba.

Nils miró la hora en el reloj de pared y se ofreció a darle cuerda, como hacía cada vez que visitaba a su padre.

—Ya lo ha hecho Patrik, hijo.

Por un instante, el inspector sintió que un extraño se había apoderado de uno

de los momentos más entrañables de su infancia, robándole el poder de contentar a su padre con el detalle de mantener en marcha aquel viejo reloj. Al pensar en ello, se le encogió todo el cuerpo.

—Papá, ¿cuánto tiempo lleva Patrik contigo? —preguntó alterado.

—Eso mismo quiso saber la policía cuando estuvo aquí. Ya les dije que desde que me obligaste a solicitar la ayuda a domicilio, hace más de dos años. Patrik es sueco y vive muy cerca, en Köpmangatan. Fueron a su casa a interrogarlo y también a la de los otros cuidadores que tengo.

La inquietud de Nils no desapareció con la respuesta, sino que disparó su suspicacia. Si esos cuidadores le habían robado un momento entrañable de su infancia, podían haberle robado también la infancia entrañable de su hijo.

—¿Tienes los contratos de tus cuidadores? —pidió muy alterado.

—Otra vez con eso. La policía ya lo ha mirado. Espera.

El anciano llevó al comedor una carpeta.

—Aquí está lo que tengo. Tus compañeros lo han mirado todo ya.

Nils leyó los tres nombres en una primera ojeada. Patrik Berg. Tina Palmgren. Linus Salom.

—¿Solo has tenido tres cuidadores?

—Los he tenido y los tengo, Nils. Siguen conmigo.

—¿Y nadie más ha estado contigo en los últimos tiempos?

—No.

—¿Seguro? ¡Piensa!

—Alguna sustitución, pero muy corta. Debe estar apuntado ahí.

Nils pasaba las hojas a una velocidad vertiginosa. Cuando acababa, empezaba de nuevo sin ver más nombres.

—¡Aquí no hay nada, papá! —gritó enloquecido.

—Me estás poniendo nervioso, hijo. La policía no insistió tanto.

—¡Por el amor de Dios, piensa en las sustituciones! —Estampó los contratos contra el reloj.

—Nils, por favor, me estás asustando. Ya te he dicho que fueron sustituciones

cortas. Un par de personas cubrieron a Patrik y a Tina hace unos meses.

—¡Los nombres no están!

—Es que fue muy poco tiempo. Recuerdo a un estudiante universitario. Y a un polaco, muy educado.

—¿Cuánto tiempo permanecieron en casa? Es importante, papá.

—El tiempo que estuvieron fuera mis cuidadores. El padre de Tina falleció en marzo. Vivía en Öland y ella viajó a la isla para el entierro.

—¿Recuerdas si Axel pudo coincidir con estos dos cuidadores?

—No lo sé, Nils. Soy muy viejo. Tú traes a los niños a mi casa. ¿No lo recuerdas tú?

—No, papá. —Se sintió muy culpable por la presión a la que estaba sometiendo al anciano—. Perdóname, lo siento.

Nils Åkerman no cenó ni durmió. Aquella noche la pasó en el comedor de su padre, con la vista pegada al reloj de la pared. A las siete en punto de la mañana estaba esperando en la puerta de los Servicios Sociales de Östersund. Una hora más tarde, la funcionaria le proporcionó los dos nombres que buscaba. Jens Åberg, de nacionalidad sueca, y Łukasz Górski, de nacionalidad polaca. Los dos sustituyeron a los cuidadores de su padre durante dos semanas. En el mes de enero, Jens Åberg. En el mes de marzo, Łukasz Górski.

Jens Åberg era estudiante de la Mittuniversitetet, en el campus de Östersund. Nils no tardó en encontrarlo en el Centro Nacional de Deportes de Invierno. El joven sueco compaginaba sus estudios con trabajos puntuales. El 25 de agosto estuvo trabajando todo el día.

Localizar en Suecia al polaco Łukasz Górski no iba a ser posible porque había regresado a su país en abril. Así se lo aseguraron a Åkerman en los Servicios Sociales. Górski había llegado a Östersund procedente de Umeå en enero y presentaba un expediente impecable. En Östersund había trabajado en dos domicilios con señoras mayores. Las dos lo evaluaron con la máxima puntuación en los cuestionarios de valoración y lamentaron su marcha. En casa del señor Åkerman, Górski solo cubrió la ausencia de una cuidadora titular,

del 14 al 28 de marzo de 2016.

El nombre de Łukasz Górski había despertado las alertas de Nils. Sin embargo, el inspector se preguntaba cómo iba a entrar en su casa en mayo si se había marchado del país en abril. En cualquier caso, hizo una lista de las personas con las que hablaría sobre Łukasz ese mismo día: las dos ancianas con las que trabajó, su padre, Margareta, los funcionarios de la agencia tributaria sueca y Hanna Söderström, de EUROPOL. Con esta última pasaría un mal trago, pero tendría que pagar ese precio por la información antes de acudir a Ann-Marie Jonsson con una teoría seria. Åkerman había perdido toda la credibilidad en la comisaría por el estado emocional en el que se encontraba. Nadie lo escucharía si no tenía algo incuestionable que decir.

37. En el porche

26 y 27 de septiembre de 2016. La vida en Kalvträsk, Suecia. Treinta y tres días de encierro

Era el cuarto día que él le permitía subir a ducharse. Mykola quería vivir de otra manera el tiempo que les quedaba en Kalvträsk. Menos de un mes. Había tomado dos decisiones. La primera, que el sábado, 22 de octubre, una semana antes de que atrasaran la hora, abandonaría la casa con Axel para marcharse de Suecia. La segunda, que ella descansaría en los bosques junto al anciano húngaro. Vivía ilusionado con la primera idea y torturado por la segunda. Una tercera lo calmaba. Ella no sufriría, ni siquiera en el momento final.

Elena no volvió a descorrer las cortinas del baño porque ya no lo necesitaba. Sabía donde estaba, en medio de la nada. Intuía que su lucha era contra reloj y seguía obsesionada por escapar con el niño. Abrazaba la esperanza de que la policía y Nils acabarían encontrándolos.

Mykola y Elena se habían convertido en dos titanes en una lucha invisible. Por debajo del vuelo de sus pensamientos, su vida en común estaba plagada de momentos cotidianos salpicados por una peligrosa atracción de la que ambos intentaban huir. Mykola le había enseñado el interior de la casa. Elena había interiorizado la distribución de la vivienda, sobre todo la ubicación de puertas y ventanas. La trampilla daba a una sala que hacía las veces de comedor y de cocina. Tenía dos ventanas, una a cada lado de la puerta principal y una tercera en la fachada lateral donde se integraba la cocina como una parte más de la estancia, a la izquierda de la trampilla. A la derecha, en la otra fachada lateral, se encontraban las habitaciones de Axel y de Mykola. En la de él había una cama, un armario grande, una televisión y un montón de cajas rotuladas

con letras del alfabeto cirílico. Cada una de las habitaciones estaba presidida por una gran ventana. Pegada a la trampilla estaba la pared del baño, sobre la que se apoyaba la puerta abatible que se levantaba del suelo y abría el hueco por el que se descendía al sótano.

Aunque los muebles de la vivienda eran rústicos y un poco antiguos, parecían colocados con un cierto gusto. Todo estaba limpio y ordenado. Mykola también le había mostrado el exterior, una pequeña explanada rodeada de bosque. Le había prometido que si todo iba bien en la casa, podrían salir algunos ratos al porche con el niño.

Elena pasó a representar el papel de compañera sumisa, siempre pegada a Axel. Su interpretación era tal que hasta ella se la creía. Los tres pasaban las mañanas en el comedor. En mitad de la sala, había dos pilares muy separados. Sostenían la cubierta a dos aguas que coronaba la casa y eran iguales al del sótano. Elena estaba encadenada a uno de ellos, el que quedaba en el espacio destinado a la cocina. Sentada a la mesa, jugaba con el niño y observaba los movimientos de Mykola. A veces le parecía muy atractivo. Entonces se aborrecía a sí misma, avergonzada por aquellos impulsos femeninos. Desde el principio se fijó en el cajón de los cubiertos porque allí estaban los cuchillos. Todos eran ridículos al lado del que llevaba él atrás, en la funda interior de su pantalón. En la mente de la policía desfilaba la posibilidad de un enfrentamiento con Mykola. La llave de sus candados iba con él, igual que el cuchillo. Elena pensaba que si lo reducía, tendría acceso a la libertad. Pero hacerlo le resultaba imposible. Él la superaba en envergadura y la triplicaba en fuerza. Su desesperación llegó hasta tal extremo que pensó en acostarse con su secuestrador para cogerlo desprevenido en el momento del orgasmo. Nunca tuvo valor porque no se veía en condiciones de vencerlo, y ella misma podía caer en su trampa.

El martes, 27 de septiembre, salieron al porche por primera vez. Se sentaron en las mecedoras mientras Axel jugaba en la explanada. Mykola se encargó de dejarle las cosas claras. Al más mínimo intento de escapar, la mataría. Pero

Elena no pensaba actuar corriendo riesgos suicidas. Su plan era pasar todo el tiempo que pudiera fuera del sótano y de la casa. Su estrategia le acabaría dando un resultado inesperado, aunque ella no lo sabía. Todo empezaría con la testosterona de Edwin José Trujillo, un biólogo colombiano, aquel mismo martes, muy lejos de la casa y de las conversaciones en el porche.

—Gracias por dejarme tomar el aire, Mykola.

—Me gusta que estés aquí.

Las últimas palabras dieron paso a un silencio tranquilo. Contemplaban a Axel montado en su coche de pedales. Elena se amparó en la ternura del momento para formular una pregunta crucial.

—¿Algún día me explicarás por qué dices que Axel es tu hijo?

—Sí. Hoy. Es mío porque me necesita tanto como yo necesitaba a Anatoliy cuando era niño. Lo supe cuando lo vi en casa de su abuelo. Tú lo has conocido en Östersund. Un par de veces fuiste a su casa con Nils.

—Sabes todo lo que he hecho. —Interpretó una sonrisa suave—. En el fondo, me halaga. —Siguió fingiendo—. Aunque sé que solo era por el niño.

—Tú estabas ahí también. —Él le devolvió la sonrisa, pero la suya era sentida, tanto como los recuerdos de la primera vez que tuvo en brazos a Axel en casa del abuelo.

El niño tose, pero su madre solo presta atención al móvil. Chatea despreocupada de sus hijos. Los hermanos empujan a Axel. El niño cae. Se golpea en la nariz. La madre grita.

—¡Mi bolso! Sangrará mucho. ¡Axel es hemofílico!

—Tranquila. —Él toma el control de la situación—. ¿Tienes algo que lo ayude a coagular? ¿Ampollas de ácido aminocaproico o de ácido tranexámico?

—No sé si me quedan. —Margareta rebusca entre sus cosas—. No llevo. ¡Qué fastidio de niños! Debéis tener cuidado con vuestro hermano. ¡Papá se enfadará!

—No te preocupes —habla sereno—. Lo solucionaremos. —Saca de su maletín unas gasas, las enrolla y las impregna en agua oxigenada—. ¿Me permites? —pregunta a Margareta, antes de coger a Axel—. Vamos a probar con esto.

Limpia la cara del niño usando compresas mojadas en suero fisiológico. Con ademanes de clínico, le introduce las gasas enrolladas con el agua oxigenada en el orificio de la nariz por donde sale la sangre. Presiona con los dedos para que el tapón frene el flujo. Como el pequeño no deja de llorar, empieza a calmarlo con cantos suaves. En unos minutos, todo pasa, menos el malhumor de Margareta. Él no necesita más tiempo para sentir un vínculo especial con aquel ángel de rizos dorados. No es su ángel, pero...

—¿Mykola?

Escucha a Elena a lo lejos.

—¿Sí? Dime.

—Te preguntaba que qué hacías en casa del abuelo.

—Trabajar. Soy enfermero.

—¿Has sido el enfermero del señor Åkerman?

—No, enfermero no, porque entré en Suecia como Łukasz Górski, un polaco sin estudios. Nunca pude utilizar mi título ucraniano de la universidad Ivano-Frankivsk. —Miró hacia el suelo, apesadumbrado—. Entré en el escalafón más bajo de la atención a domicilio, en Umeå, pero en ese empleo pude estar con personas que necesitaban cuidados.

—A mí me gusta más tu nombre ucraniano, Mykola Solonenko. —Le hizo reír con aquella salida—. Tienes una vida increíble... ¿Finalmente, Anatoliy consiguió que estudiaras?

—Sí. Él siempre me apoyó y me advirtió de que Iryna me traería problemas.

Elena se incorporó en la mecedora por si él se transformaba, pero desde hacía tiempo solo había pena en sus ojos.

—Eres tan diferente a Iryna, Elena. Por qué he tenido que conocerte de esta manera...

El porche de la casa se convirtió en un nuevo espacio de conversación para ellos. Elena iba a descubrir quién era Iryna.

38. La Revolución Naranja y la llegada de Iryna

2000-2010. Ucrania

Desde el amanecer de los disparos en el bosque polaco, Mykola convive con un peso enorme por los tres muertos que acarrea a sus espaldas, pero no tiene remordimientos. Siente que solo le pesan los muertos. Anatoliy presencia la evolución de su discípulo hacia la frialdad y el desafecto. Quiere rescatarlo de su desconexión con el mundo, conectándolo a las ilusiones por emprender un futuro diferente. Lo impulsa a estudiar Enfermería para cuidar a las personas. Es lo que hacía su madre cuando trabajaba en el hospital de Prípiat y lo que a él más le gusta.

El desafío de obtener el título de Enfermería en la Universidad Nacional de Medicina Ivano-Frankivsk le supondrá mucho trasiego entre los años 2000 y 2004, el tiempo que dura la carrera. Para poder compaginar los estudios con los negocios, debe dejar Odesa y separarse de sus abuelos. Se traslada a Drogóbych con Anatoliy, cerca de la frontera con Polonia. Desde ahí se desplaza a Alemania para continuar con los negocios; y a Ivano-Frankivsk, a ciento treinta kilómetros de Drogóbych, para estudiar en la universidad. La carrera, la carretera y los peligros se convierten en su rutina durante cuatro años, pero el esfuerzo tiene recompensas.

En 2004, Mykola se convierte en enfermero y recupera las ilusiones que había perdido entre los muertos. Por las ilusiones y por un futuro nuevo, Mykola y Anatoliy brindan con vodka entre profesores y estudiantes, en un local subterráneo cercano a la Ivano-Frankivsk, donde no se permite la entrada a rusos.

—Ahora ya tienes estudios universitarios. —El mentor se expresa con

admiración alzando el vaso—. Estás preparado para dar un salto.

—¿Un salto? ¿A dónde? Yo no pienso separarme de tu lado.

—Hijo, vivimos en Drogóbych, la tierra de Iván Frankó. Has estudiado en la universidad que lleva el nombre de un gran patriota. Como él, tú también puedes cambiar las cosas en la Ucrania que tanto amamos. ¡Brindemos por ello!

—No entiendo qué quieres decirme. —Mykola se resiste a celebrar—. ¿Qué tienen que ver nuestros sentimientos nacionalistas con dar un salto? ¿No continuaremos juntos con los negocios?

—Tendremos que aparcarlos por un tiempo —anuncia Anatoliy—. La revolución está aquí y nos necesita.

—¿Qué quieres proponerme, Tolik? Yo no soy como Yuriy. No tengo vocación política ni creo en nadie que no seas tú.

—Si crees en mí, oye lo que tengo que decirte y no pongas tanta resistencia a los cambios. No es bueno para ti ni para el país.

Mykola se encuentra muy lejos del discurso de Anatoliy porque no está hecho para la política, pero la fe ciega en su liderazgo hace que lo escuche con interés, muchos días y muchas noches. Pronto, las charlas pasan a ser en grupo y se organizan en Kyiv.

Ucrania se prepara para una nueva aventura de desarrollo incierto, la Revolución Naranja, un movimiento de protestas políticas y sociales en el que acabarán participando activamente Anatoliy, Mykola y Yuriy, apoyando al candidato de Nuestra Ucrania, Víktor Yúshchenko. La historia de todo el proceso resultará un tanto rocambolesca.

En septiembre de 2004, Víktor Yúshchenko es envenenado. A consecuencia de ello, su salud se deteriora y se le desfigura el rostro, pero se recupera y puede presentarse a las elecciones. El 21 de noviembre se celebran los comicios en Ucrania. Dos aspirantes se disputan la presidencia del país: Víktor Yúshchenko, candidato naranja de Nuestra Ucrania; y Víktor Yanukóvich, candidato azul del Partido de las Regiones. El recuento de los

votos se convierte en un escándalo. Se acusa a las autoridades de que ha sido amañado a favor del Partido de las Regiones. En las calles de Ucrania se desencadenan las protestas, invadidas por el color naranja y los deseos de cambio. El 26 de diciembre se repiten las votaciones bajo un fuerte control de observadores locales e internacionales. Yúshchenko obtiene casi el 52 % de los votos y Yanukóvich algo más del 44 %. Se inaugura la presidencia de Víktor Yúshchenko, candidato naranja de Nuestra Ucrania.

Con la victoria de Yúshchenko, pocas cosas cambiarán en el país, aunque para Anatoliy y Mykola sí que será todo muy diferente, porque tendrán que separarse. El mentor se introducirá en la política, llevándose con él a Yuriy, pero Mykola no querrá prosperar por esa vía. Su vocación es distinta.

Entre los años 2005 y 2010, durante la presidencia de Víktor Yúshchenko, Anatoliy ocupa un cargo como asesor del gobierno en Kyiv. Desde su posición privilegiada, ayuda a Mykola a encontrar un empleo en la capital, en una clínica privada de cirugía estética y plástica. Será en la clínica donde el enfermero Solonenko desarrollará una brillante carrera. Allí conocerá a la mujer que encenderá su vida y sus obsesiones.

* * *

Lo sabe todo de Iryna. Es de Khárkiv y vive lejos de su opresora familia. Comparte piso en Kyiv con otras chicas. Trabaja en un banco. Entró como empleada de ventanilla, pero demostró astucia y se convirtió en directora comercial de la oficina. Habla con muchos empresarios sobre los créditos con los que se pueden impulsar negocios en la nueva Ucrania de Yúshchenko. Uno de sus clientes es el director de la clínica de cirugía, a quien le tramitó un préstamo destinado a las obras de ampliación. Después de esas gestiones, vinieron las de la operación que le permitiría aumentar dos tallas el tamaño de sus pechos. Él la atiende en las visitas. Es su enfermero y el hombre que se va a apoderar de su cuerpo, de su alma y de sus deseos.

Cuando Iryna llama a la puerta y entra, la consulta se convierte en un edén. El

espíritu de la joven es tan frágil como el jazmín de su fragancia, pero tiene un poder infinito sobre la camilla, estirada y desnuda. Él la ve perfecta, con una hermosura que supera todos los cánones de belleza femenina. No muy alta. Sí muy fina. Pelo a media espalda, de un rubio caramelo. Ojos azules muy claros, que emiten tristes destellos de cielo. Pómulos marcados. Labios con un corazón dibujado en medio. Todo es frenesí para Mykola. La suavidad de su piel cuando lo roza, la timidez de la sonrisa con la que lo provoca, la dulzura de su voz y la amargura con la que explica su historia.

Iryna creció en el seno de una familia muy estricta. Desde niña, sus padres la obligaron a seguir una durísima formación musical para entrar en los coros estatales ucranianos de Khárkiv. Nunca lo consiguió, pero no se derrumbó por ello. Aquel no era su reto, sino el de sus padres. Iryna quería ser modelo. Cuando alcanzó la mayoría de edad, se alejó para siempre de su familia. Se instaló en Kyiv para probar suerte en el mundo de la moda, pero no triunfó. Nunca era suficientemente alta, o suficientemente delgada, o suficientemente guapa. Nunca fue suficiente para nada hasta que cogió una calculadora en el banco y volcó su talento en las operaciones financieras. Entonces fue algo, directora comercial. Nunca fue suficiente para nadie hasta que se desnudó ante un enfermero y mostró su belleza en una consulta. Entonces fue alguien, una diosa.

Hasta el día de la operación, solo se ven en la clínica. Hablan bastante en las visitas porque el doctor siempre va con retraso. Ella empieza una dieta innecesaria para coincidir más tiempo con el enfermero. Él participa del juego recibéndola cada tarde. Ninguno de los dos se atreve a dar el primer paso para ir más allá de sus encuentros profesionales, pero no pueden vivir sin verse, sin mirarse, sin olerse, sin rozarse, sin sentirse.

Llega el día de la intervención. Él la prepara para inyectarle la anestesia. No es algo que haga un enfermero, pero el doctor que dirige el centro le ha enseñado muchas tareas clínicas para adelantar trabajo. De esa manera, el médico puede atender a más pacientes y ganar más dinero; y él, más

conocimientos.

—Túmbate, por favor —pide a su ninfa—. ¿Estás nerviosa?

—Sí —contesta ella temblando—, pero no por la cirugía.

Iryna va cubierta por una bata de seda blanca que ha traído de casa. Mira a Mykola enamorada y se queda de pie junto a la camilla.

—¿Te gusto así?

Deja caer la bata y él la ve resbalar por su piel de nácar.

—Eres preciosa, Iryna. No necesitas operarte de nada.

—Mírame los pechos.

Mykola está consternado ante aquella Venus.

—Míramelos, enfermero.

Él contempla sus senos anatómicamente perfectos, redondeados en la base y de un tamaño proporcionado a su cuerpo. Los pezones miran hacia arriba y crecen ante sus ojos, excitados por el momento.

—Dime, Mykola, ¿te gusto así?

Él no encuentra las palabras para contestar.

—Ven —dice ella mientras lo atrae hacia su boca y lo hace suyo con un beso.

—Te amo —le confiesa.

Mykola no puede escapar de su embrujo ni de sus besos. La desea tanto como desconfía de sus sentimientos.

—¿Cómo puedes amarme, si no sabes cómo soy y cómo puedo tratarte? — Busca alejarla del futuro que le aguarda si se entrega a sus brazos.

—¿Desde cuándo hay que conocerse para amarse? —Iryna lo mira desde sus ojos de cielo—. Yo te amo. Quiero que me hagas tuya.

—Iryna, mi linda Iryna.

Mykola le coge las dos manos y se las besa. Ella lo impulsa a decidirse.

—Si te gusto así, no me operaré. Pero tendrás que ser mi hombre.

—Si tú quieres, seré tu hombre, pero tú tendrás que ser solo mía.

—Es lo que deseo.

—Entonces, vístete. Nadie más que yo puede verte sin ropa.

* * *

Entre 2005 y 2010, Iryna y Mykola viven, primero en pareja y luego ya casados, en un precioso apartamento del centro de Kyiv. Ellos mismos lo transforman en un piso de diseño, pintándolo y decorándolo todo en blanco, con un estilo minimalista. Ambos se entregan a una relación desbordada por las obsesiones compartidas. Los dos son personas perfeccionistas y metódicas, estrictas con el orden, la higiene y el culto al cuerpo. Cuidan su imagen y visten a la moda. Paseando por las calles de la capital, se les puede confundir con dos actores de cine. Pero su dependencia va mucho más allá de todo eso. Desde el inconsciente, el esfuerzo y el sufrimiento de la pequeña Iryna conectan con los del pequeño Mykola. Las frustraciones de la joven y su fragilidad se canalizan con la atención del enfermero. Se refuerzan el uno al otro. Su amor se lleva por delante todos sus desconsuelos.

Antes de su relación con Mykola, Iryna jamás había sido feliz. Antes de su relación con Iryna, Mykola jamás había estado con una mujer. Él la trata como a una muñeca humana. Ella se deja porque el juego la enamora cada día más. Mykola le pone diferentes tipos de crema en el cuerpo. Le pinta las uñas de las manos y de los pies. Le lava y le plancha la ropa. Llega hasta a vestirla, como si fuera su siervo, aunque en realidad, la esclava de su voluntad es ella. Iryna no percibe que vive anulada y sometida, porque sus sentimientos la ciegan. Mykola no actúa para anularla y someterla, sino como un amo que no puede hacer otra cosa más que atender y cuidar a su doncella.

Entre Iryna y Mykola todo funciona al margen del mundo. Hasta el sexo. Sus encuentros en la alcoba siguen siempre el mismo ritual. Él la contempla desnudo, sentado en el banco tapizado en blanco a los pies del lecho. Ella se queda en pie, muy quieta ante su mirada, únicamente vestida con la bata de seda. Es blanca como todo lo que hay en el apartamento. Mykola acaricia su delgado cuerpo imitando el tacto de la prenda al caer. Iryna es tan delicada que teme que se pueda quebrar con las caricias. Ella se electriza con la suavidad de sus manos. Lo ve levantarse del asiento. Espera que llegue el

beso con el que él se pasea por el contorno de sus labios mientras camina de espaldas. Iryna lo sigue atraída por su aliento, sin besarlo ni tocarlo, con los brazos estirados a los lados del cuerpo. No puede hacer nada más que dejarse llevar por su hombre a una cama de cuento, envuelta en visillos transparentes que cuelgan de un dosel. Mykola los abre para su musa. La colcha ya está retirada. Ella se tiende sobre las sábanas de raso y cierra los ojos. Nota el aire de los visillos cuando él los cierra de nuevo, para que los cerque solo la intimidad. Siente el calor de su cuerpo masculino sobre sus piernas, sobre su abdomen, sobre sus pechos... pero no nota peso, solo roce y un olor intenso a deseo.

Iryna no puede mirarlo ni ver como Mykola la recorre con una lengua húmeda que se le deshace. Tarda bastante en girarla y ponerla bocabajo, estirada de espaldas. Le aparta el pelo a un lado y se sitúa a la altura de su cintura, con las rodillas apoyadas en el colchón, una a cada lado de su cuerpo. Se deja caer sobre su espalda, rozándola con el pene erecto a lo largo de la columna vertebral. Va de arriba abajo. Primero, despacio. Luego, aumentando el ritmo. No permite que se le escapen los gemidos hasta que no puede contenérselos dentro. Cuando ella lo escucha, arquea la espalda, y entonces Mykola eyacula y la cubre de blanco, siempre por fuera, siempre en la espalda. Iryna no puede moverse hasta que él termina de retirarles el semen de la piel con las toallas húmedas que hay preparadas en un extremo de la cama. Los orgasmos de ella vienen después, tantos como quiera. Son con sexo oral practicado por una boca que la devora hasta el límite que ella pida. Solo la penetra en contadas ocasiones, porque no quiere ensuciarla por dentro, donde no la podría limpiar.

39. Lejos, pero cerca

27 de septiembre de 2016. Östersund, Suecia. Treinta y tres días
desaparecidos

El peregrinaje de Nils Åkerman tras la sombra de Łukasz Górski empezó con una incómoda llamada al número particular de la inspectora Hanna Söderström. Ella estaba sentada en la oficina de la policía sueca de EUROPOL, en La Haya. Al leer «Åkerman» en la pantalla de su teléfono, quiso estampar el aparato contra la pared. Años atrás, aquella llamada hubiese sido algo normal, sobre todo a altas horas de la madrugada. Pero un buen día dejó de aparecer el nombre en su teléfono y el hombre en su vida. Hanna se hundió como mujer. Söderström se reinventó como policía. Dos mil kilómetros de distancia la separaron de la comisaría de Krokomb, al norte de Östersund, para iniciar una carrera internacional en EUROPOL. Habían pasado cuatro años de todo aquello, pero la herida de Hanna seguía abierta.

Hanna Söderström salió a la calle alterada por la insistente vibración de su móvil. En el trayecto de la oficina al exterior del edificio de EUROPOL, se imaginó a Nils conduciendo por la E14 los veinte kilómetros que separaban Östersund de Krokomb. Lo vio entrar en su casa y asomarse a la puerta de su habitación para volverla loca con una noche de sexo anal desmedido, donde él tomaba su cuerpo sin amor.

Sentado en un banco junto al lago Storsjön, Nils hacía una llamada tras otra a Hanna intuyendo que, para ella, en el presente, él solo era un depravado del que convenía mantenerse lejos. Pensó que podría denunciarlo por acoso por esas llamadas, o por otros motivos, si es que llegaba a descolgar el teléfono y a escucharlo.

«Hanna, contéstame, por favor, por mi hijo. Ayúdame y denúnciame después, cuando encontremos al niño».

A Nils le pareció una eternidad el tiempo que tuvo que aguardar hasta que una atronadora voz femenina le respondió a gritos.

—¿Cómo te atreves a ponerte en contacto conmigo?

Nils se preparó para la dureza de lo que vendría.

—Hanna, atiéndeme, por favor. Mi hijo pequeño ha desaparecido.

—Estoy al tanto. Por eso he descolgado. No lo he hecho por ti. Como puedes imaginar, no sé nada del caso. Y si lo supiera, no te lo diría.

—Necesito que me compruebes un nombre.

—Vete a la mierda, Nils.

—Ponte en mi lugar, Hanna. Estoy desesperado. Han pasado treinta y tres días. ¿Qué harías tú si tuvieras una sospecha y no pudieras confirmarla?

—Nunca pediría ayuda a una persona a la que hubiera maltratado.

—Guarda mis llamadas perdidas y denúnciame por acoso. Así saldará mi deuda por como te traté. Pero antes, ayúdame, por el amor de Dios.

—¿Qué pretendes? Me hundiste la vida. ¿Ahora también quieres hundirme el trabajo? Usa otros contactos para tus averiguaciones.

Nils continuó directo a lo que le urgía.

—Łukasz Górski, Hanna. Es un polaco que trabajó cuidando de mi padre en el mes de marzo. Regresó a su país en abril, pero pudo haber tenido contacto con el niño. Necesito que me digas algo sobre el nombre.

—¡Sinvergüenza!

—¿Me ayudarás?

—Ven a pedírmelo a La Haya.

—Si ese es el problema, iré.

—Nils, vas a buscarme la ruina. —La inspectora empezaba a desmontarse.

—Compañera, tú sabes cómo hacer las cosas. Y yo también. No me porté bien contigo como hombre. Aparte de eso, ¿puedes acusarme de algo más? Como policía siempre te apoyé. Te entregaste a mí en la peor etapa de mi vida.

No puedo cambiar eso, pero puedo darte motivos para que me denuncies más adelante. Ahora te pido que me ayudes. Hazlo por Axel.

—¡Que imbécil eres, Åkerman! Sabes que no podría denunciarte. ¡No fui yo quien quiso que dejaras de darme por culo! Esta es la última vez que contactas conmigo, ¿lo entiendes?

—Sí, Hanna.

—Igual la que no lo entiende soy yo. Nunca aprenderé. Me haces actuar como una idiota. Qué sabes del tipo y qué más quieres saber de él.

Hanna Söderström escuchó a Nils Åkerman durante quince minutos y se comprometió a ayudarlo, por el niño y por lo extraño del caso. En el fondo, también lo hacía por él. Ambos lo sabían.

Tras aquella llamada a La Haya, Nils continuó indagando en la vida que Łukasz Górski llevó en Östersund. El inspector se presentó en los domicilios de las dos ancianas a las que Górski cuidó en la isla de Frösön. No necesitó pedir las direcciones a la funcionaria que lo atendió en Servicios Sociales antes de hablar con Hanna, porque el inspector las vio en la pantalla del ordenador mientras ella hacía las consultas bostezando. Las dos ancianas coincidieron en su relato sobre el cuidador. Un chico educado, callado, muy limpio. Servicial, atento, puntual. Con un inglés casi perfecto y un sueco aceptable. Con ambas señoras estuvo trabajando desde enero hasta principios de abril de 2016. Y a ambas les dijo que regresaba a Polonia.

A través de sus contactos en la Agencia Tributaria sueca, Nils se hizo con el historial del resto de trabajos oficiales que Górski había tenido en Suecia, todos en Umeå, atendiendo a mayores dependientes durante 2015. También supo las dos direcciones conocidas en las que había vivido. La de Östersund, en Krokomb. Y la de Umeå, en Pilgatan. En Krokomb nadie recordaba nada en especial sobre Górski. No constaba ningún vehículo ni teléfono a su nombre. El número que aparecía en sus datos en los archivos de los Servicios Sociales era de tarjeta prepago y no estaba operativo.

Nils empezó a obsesionarse con la limpieza de la vida de Łukasz Górski y

con las pocas huellas que dejaba su rastro, aunque se cuestionaba sus propias ideas, siempre muy subjetivas y encaminadas a encontrar a un sospechoso de la desaparición. Alrededor de las tres se presentó en la escuela de Margareta para interrogarla.

—Perdona que me presente sin avisar —se justificó—. Quería saber si algún cuidador de mi padre ha llamado tu atención por algo.

Margareta no esperaba aquella actitud policial de Nils.

—No sé. Siempre están en casa, con el abuelo, organizando sus tareas. ¿Por qué me lo preguntas?

—Piénsalo bien. ¿Recuerdas si alguno de ellos ha tenido alguna relación directa con Axel?

—Nils, cuando vamos a ver a tu padre, los niños revolotean por toda la casa, pero Axel suele estar conmigo, en la sala.

—En el mes de marzo, un chico polaco sustituyó a uno de los cuidadores habituales de mi padre. Volvió a Polonia. Igual, tú...

—¿Crees que se han llevado a nuestro hijo a Polonia? —Margareta se tapó la boca horrorizada.

—Tranquila. —La atrajo hacía sí con una ternura forzada para calmarla—. Es imposible. Él se fue de Suecia en abril.

—¿Sospechas de él? ¿Se lo has dicho a la policía?

—Es que tampoco hay mucho que decir. No tengo nada en firme.

—Todos los cuidadores de tu padre son amables con los niños. Les hacen bromas, les ofrecen galletas y los entretienen si es necesario. Una vez, Axel se cayó y uno de ellos me ayudó a curarlo. Otro día, Elias tiró un jarrón de tu padre y otro asistente recogió los trozos de la cerámica con él, como si estuvieran jugando.

—Ya. Ese día que curaron a Axel, ¿cuándo fue?

—A finales de invierno, creo. Recuerdo que el niño estaba resfriado. Los chicos lo empujaron sin querer. El asistente lo curó. No pasó nada más. Yo estuve con el niño en todo momento.

Nils sacó una fotocopia del número personal de Łukasz Górski, donde aparecía su foto. La había conseguido en sus gestiones esa mañana.

—¿Fue este el cuidador que te ayudó con Axel?

—Sí.

Nils vio la preocupación de su mujer en la mirada.

—Margareta, él se marchó a Polonia en abril. No tiene nada que ver con la desaparición de nuestro hijo.

—¿Entonces por qué me preguntas tanto por él? Me asustas.

—Lo siento. Sabes en qué estado me encuentro.

—Yo no sé qué más decirte, Nils. Nunca volví a coincidir con ese chico. Fue muy educado con el niño y muy limpio.

«Otra vez la limpieza de Łukasz Górski», pensó el inspector al despedirse de Margareta. «¿Por qué todo el mundo me dice que eres tan limpio? ¿Qué quieres limpiar de tu vida? ¿Pero a quién le estoy hablando, Dios mío? ¿A alguien que ayudó a mi mujer a curar a mi hijo en casa de mi padre? ¿A un inmigrante que no ha dado problemas en Suecia, que ha trabajado en Servicios Sociales y que ha pagado sus impuestos? ¿Estoy acusando de llevarse a mi hijo a finales de agosto a alguien que se marchó a su país en abril? Dios mío, cómo van a creer en mí en la comisaría... Persigo a un delincuente que yo he inventado. ¿Que yo he inventado? ¿Y si se ha inventado él a sí mismo? ¿Y si Łukasz Górski no existiera? Dios mío, ayúdame a parar mi tormento. Tengo que esperar a que llame Hanna. No tengo nada».

A las cinco de la tarde, Nils Åkerman entró en el apartamento de su padre. Patrik le abrió la puerta. Nils le mostró la foto de Łukasz.

—¿Lo conoces?

—Sí. Estuvo trabajando aquí.

—¿Qué sabes de él?

—Nada.

—Piensa un poco.

—No recuerdo nada en especial. Siempre fue puntual y cumplió con todas las

tareas. Tu padre no tuvo quejas de él.

Nils tendió la foto a su padre.

—Sí, hijo, sí. Es el polaco. Y me gustaba.

—¿Por qué te gustaba, papá?

—Porque era discreto. Siempre atento a lo que yo necesitaba, sin agobiarme, manteniendo la distancia necesaria. Lejos, pero cerca.

«Lejos, pero cerca», remarcó interiormente Nils antes de proseguir con las preguntas.

—Papá, Margareta me dijo que una vez curó a Axel tras una caída.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Patrik también lo ha hecho. Y Tina. Y Linus. Mis nietos son muy revoltosos, no se comportan como tú cuando eras pequeño.

—El anciano se percató de la enorme angustia de Nils—. Si tienes alguna sospecha, cuéntaselo a la policía. Hijo mío, deja de sufrir.

40. El poder de la casualidad

3 de octubre de 2016. Kalvträsk, Suecia

Edwin José Trujillo era un afamado doctor en Biología Botánica de la Universidad de Quindío, en Colombia, más conocido por su matrimonio con Kendry Alejandra Jaramillo, hija de una adinerada familia del eje cafetero, que por su carrera académica. Gracias al mecenazgo de su esposa, el investigador colombiano podía viajar para entrar en contacto con los ecosistemas de los bosques y visitar colecciones científicas de plantas vivas en jardines botánicos de todo el mundo. Kendry Alejandra solía acompañar a su marido en sus periplos internacionales, pero no fue el caso de la visita que el biólogo realizó a Suecia en 2016. El matrimonio acababa de tener a Sebastián, su cuarto hijo. Kendry Alejandra no quiso hacer un viaje tan largo con la criatura ni interrumpir el periodo de lactancia del bebé separándose de él durante tanto tiempo.

La mañana del lunes, 3 de octubre, el todoterreno del equipo de expedición del doctor Trujillo se había alejado bastante de la Reserva Natural de Vitbergen, en Kalvträsk. A pesar de que Edwin José siempre iba de copiloto y con la ventanilla bajada, los desplazamientos en coche con los otros cuatro miembros de su equipo solían provocarle claustrofobia. Saturado del viaje, del equipo y de tanto tiempo analizando especies en Suecia, el biólogo resolvió darse un poco de espacio. A las doce del mediodía, pidió unas horas de respiro a sus compañeros y emprendió una caminata adentrándose en la espesura del bosque.

Edwin José se sintió nostálgico. Echaba de menos sus clases en la universidad, tomar café con su suegro junto a los cafetales, estar con sus hijos

y hacer el amor con su esposa. Añoraba tantas cosas de Colombia que, por un momento, creyó estar secuestrado en aquel bosque sueco inundado de sendas y de lagos. Una pulsión sexual vino a rescatarlo de su angustia. Kendry Alejandra irrumpió en su mente con sus anchas caderas y sus pechos rebosantes de maternidad. La vio cabalgar sobre él en la cama, con su larga melena negra. Se excitó recordando su deleite mientras él le acariciaba el clítoris y le sobrevino una necesidad imperiosa de masturbarse. Edwin José buscó un lugar íntimo. Andando por un estrecho camino, se vio sorprendido en sus fantasías por un cobertizo de madera. A lo lejos, escuchó las risas de un niño. Pensó en dar la vuelta, pero cambió de idea al oír hablar a una mujer en inglés. Sin hacer ruido, se apartó del sendero y se camufló entre los árboles, avanzando en dirección a las voces. En la explanada de una casa, divisó a una familia que se divertía haciendo pequeñas carreras delante de la vivienda. Edwin José se excitó contemplando a la mujer desde su posición oculta, propia de un *voyeur* silvestre. Apartó de su imaginación a Kendry Alejandra y se bajó la bragueta del pantalón. Sin pensarlo dos veces, plantó sus ojos en los glúteos de la desconocida, ensalzados por unos vaqueros elásticos muy ajustados. Se llevó la mano al pene y comenzó a agitarlo despacio. Ella se giró, como si lo buscara entre los pinos. El gesto lo excitó aún más y aumentó el ritmo de las sacudidas. El biólogo vio como el hombre se acercaba a su mujer. Parecía reñirle por mirar a los árboles, como si estuviera celoso del bosque. Aquella actitud de dominio masculino, y la sumisión de ella, llevaron al clímax a Trujillo. Temiendo que se le escapara algún jadeo que pudiera alertar al matrimonio, Edwin José levantó el brazo izquierdo y se tapó la boca. Entonces, el semen salió del pene proyectado por un impulso irrefrenable y se esparció por la maleza. La eyaculación fue abundante; y el placer, muy intenso. Después del éxtasis, la cara de Kendry Alejandra se asomó al escenario. Avergonzado, el biólogo se acomodó el esmirriado miembro en los calzoncillos, se subió la bragueta y se alejó del lugar que lo había resguardado durante su goce clandestino.

Edwin José Trujillo emprendió el regreso junto a su equipo pidiendo perdón a Dios por su comportamiento. Aunque nadie lo hubiera descubierto masturbándose, su actitud no habría pasado desapercibida ante el Altísimo. Se sintió desprotegido. A pesar de que Kendry Alejandra estuviera en Colombia, a diez mil kilómetros de distancia, notaba su presencia en Suecia. Ella tenía un radar infalible para las infidelidades, aunque fueran de pensamiento.

Tras una larga caminata, Trujillo llegó al todoterreno. Estaba deseoso de alejarse de aquel bosque. Se instaló en el asiento del copiloto sin bajar la ventanilla y apremió a su equipo para emprender el viaje. La claustrofobia que solía sentir en el coche pareció liberarlo de un montón de sensaciones que no pudo identificar.

Entre los saltos del todoterreno por los caminos recordó algunas de las palabras de la mujer de la explanada: «Corre, Axel. Ven conmigo, bonito. No te separes nunca de mi lado, pequeño. Tú y yo siempre juntos». El botánico cayó en la cuenta de que la había escuchado hablar en español con su hijo y de que su marido pareció molesto, como cuando miró a los pinos. Trujillo se convenció de que sus cargos de conciencia le estaban haciendo fijarse en detalles espurios de la experiencia.

41. Alta tensión

3 de octubre de 2016. Kalvträsk, Östersund y Umeå, Suecia

A la una del mediodía del lunes, 3 de octubre, en Kalvträsk, Elena se dirigía al niño, mientras observaba la contrariedad de Mykola.

—Corre, Axel. Ven conmigo, bonito. No te separes nunca de mi lado, pequeño. Tú y yo siempre juntos.

—¿Por qué miras a los pinos? —preguntó enfadado—. ¿Por casualidad piensas en escapar?

—No. —Ella se sintió al descubierto y armó una excusa—. Es que a veces me gustaría pasear... Es solo eso... Disculpa...

—Cada día me pides más cosas.

—Tienes razón. Lo siento. Está bien lo que tú decidas. Me gusta jugar aquí, contigo y con el niño.

—¡No hables en español con Axel! —ordenó aún más furioso.

—Es un acto inconsciente —dijo Elena yendo a buscar al pequeño, que empezaba a asustarse tanto como ella—. No me entiende, Mykola.

—¡No lo hagas más o no saldremos!

* * *

A la una del mediodía del lunes, 3 de octubre, en Östersund, Erik Andersson echaba fuego por la boca en su despacho.

—Ann-Marie, ¿dónde está Åkerman?

—No lo sé, de verdad.

—Pero ¿sigue en Östersund?

—Tampoco lo sé. No coge el teléfono ni contesta a los wasaps. En su casa no hay nadie y su padre no sabe nada.

—¿Y la mujer?

—No lo ha visto desde que la interrogó sobre Górski.

Erik Andersson agitó una carpeta donde aparecían escritas las palabras EUROPOL e INTERPOL.

—¿Cómo ha podido tener acceso a esta información?

Los alaridos de Andersson retumbaron en toda la comisaría.

—Él lo supo primero y me alertó para que lo investigáramos nosotros. No sé cómo pudo obtener la información y te pediría que no lo sometieras a una caza de brujas.

—No pienso hacerlo, pero cuando salgamos de esta me vais a oír, tú y él. Sabe más que nosotros. Estoy seguro de que ha ido a por Łukasz Górski.

—Erik, lo conozco. Todavía no sabe dónde se esconde. Cuando lo sepa, nos lo dirá.

—Pero él irá primero.

—Nunca pondría en peligro la vida de su hijo ni la de Elena.

—¡Pero sí la suya, demonios! —Andersson plasmó su estrés en una lista de órdenes—. Quiero a toda la comisaría trabajando en esto. Reúnelos en la sala. Pide refuerzos. Llama a los españoles. ¡Que vuelvan!

* * *

A la una del mediodía del lunes, 3 de octubre, en Umeå, muchos vehículos transitaban por la ciudad. En uno de ellos iba Nils Åkerman haciéndose una promesa. Si daba con el paradero de Łukasz Górski, viajaría a La Haya y llenaría el despacho de Hanna de rosas blancas. Una vez más, aquella mujer le había respondido.

Por suerte para Nils, Hanna Söderström conocía al agregado de Interior de la Policía sueca en Polonia. Juntos investigaron el nombre de Łukasz Górski, uno en EUROPOL y otro en territorio polaco. Lo hicieron con discreción y por

empatía con el dolor de un compañero. Fue así como Åkerman supo que era un campesino dedicado al cultivo y a la recolección del lúpulo en la región agrícola situada alrededor de Lublin, una ciudad del este de Polonia, cerca de la frontera con Ucrania. El Łukasz Górski polaco aparecía como una persona en blanco, sin antecedentes delictivos, y de la que no constaban salidas del país. Los datos de su documentación coincidían con la del Łukasz Górski que había estado en Suecia. Pero la foto era diferente.

«¿Por qué no me habré fijado más en lo que no se veía en nuestro entorno?», pensó Åkerman mientras conducía dando vueltas a un sinfín de preguntas que le aturdían la cabeza. «Si te llevas a un menor al azar es por motivos sexuales o para matarlo. Si hay un plus, hay que buscarlo en el entorno. ¡Maldita mi ceguera con el maldito entorno!». Golpeó el volante con la palma de la mano. «¿Quién eres en realidad, Górski? Tú estuviste en el entorno de mi hijo y Elena, en medio. ¿Dónde los tienes? Te buscaré sin hacer ruido para que no me oigas, en Umeå. Aquí estuviste más tiempo y tejiste tus redes. ¿Por qué fuiste a Östersund?» Empezó a llorar. «Cuando llevabas dos meses y medio en nuestra ciudad, te cruzaste con mi hijo. Un mes después dijiste que te marchabas, pero no fue verdad. Nos seguiste. ¿Entraste en mi casa? Claro que sí. Hiciste una copia de las llaves de mi padre, ¿a que sí? Te apoderaste de nuestra intimidad y esperaste el momento adecuado para llevarte a mi hijo. ¿Por qué y para qué lo querías? Si le has hecho algo, te mataré».

Nils acabó enloquecido mientras circulaba por Umeå tras la sombra de Łukasz Górski. Así llevaba cuatro días, desde que Hanna Söderström desenmascarara que alguien con identidad desconocida había adoptado ese nombre para su vida en Suecia.

42. Armas de juguete

4 de octubre de 2016. Kalvträsk, Suecia. Cuarenta días de encierro

Mykola descorrió las cortinas de una de las ventanas para que pudiera entrar la luz. Era la primera vez que lo hacía desde que Elena subía al comedor. Quiso animarla con el gesto para que pudiera disfrutar de una bonita mañana de otoño durante el desayuno. Ella acababa de ducharse en el baño. Cuando salió, un bizcocho recién hecho la esperaba en el centro de la mesa. La casa lucía envuelta por hermosos colores naranjas y amarillos, que vestían la espesura de los bosques. Otra espesura inmensa invadía a la inspectora, la de una tristeza profunda por no vislumbrar escapatoria posible de aquel escondite en medio de la nada. No estaba segura de encontrarse en Suecia. Los parajes que la atrapaban podían estar ubicados en Noruega o en Finlandia. La mayoría de los productos que él le trajo al principio eran suecos, pero ¿de qué le servía saber eso? No tenía control sobre el espacio ni sobre el tiempo. Tampoco sobre el pesimismo que se había instalado en su ánimo.

—Siéntate, por favor —pidió Mykola retirándole una silla.

El humo que desprendía el café de las tazas escalaba a través de los rayos de sol que atravesaban los cristales. Elena tenía mal aspecto. Permaneció callada, sin ni siquiera dirigirse al niño.

—¿Qué te pasa? —indagó él.

—Nada.

Se echó el candado resignada a su suerte, abochornada por no haber sido capaz de rebelarse ante aquella acción de sometimiento por la que ella misma se ataba cada día a los pilares del sótano y del comedor. Estaba agotada de pensar en cómo escapar con Axel, vencida por no tener el valor suficiente

para enfrentarse a su secuestrador. Se sentía inferior. Torpe. Frágil. Estúpida. Inútil. Impotente. Deprimida.

—Come un poco —oyó decir a Mykola—. Cuando acabes, iremos a pasear por los alrededores. Igual eso te sienta bien.

Elena no contestó ni pareció alegrarse ante la propuesta. Hacía días que no podía doblegar su angustia. Aunque Mykola jamás le hablaba de sus planes, sospechaba que iba a morir pronto. Con un sentimiento de derrota absoluta, se esforzó por idear algún plan para su primer paseo por el exterior, pero las fuerzas no le respondieron. En una reacción emocional que a ella misma le sorprendió, rompió a llorar, hundida. Apoyó los codos sobre la mesa y se tapó la cara con las manos. Axel la observaba callado. Mykola percibió la congoja del niño.

—Vamos, Elena —dijo despacio poniéndole una mano sobre el hombro—. Tómate el café.

Sin saber por qué, ella lo miró como si fuera la única persona que pudiera consolarla de su desgracia. Se levantó de la silla y se derrumbó en su pecho. Notó el aroma de la loción de su afeitado y allí quiso seguir, como si no tuviera nada mejor que hacer. Mykola le acarició el pelo, desconcertado.

—Axel no puede verte así. Se pondrá triste. Después de desayunar, saldremos al bosque. Si no quieres venir, te bajaré al sótano. Tú eliges. Yo prefiero que estés con nosotros, sirena. Prueba el pastel, por favor. Lo he hecho para ti.

La inspectora tuvo que esforzarse para beber el café y comer un trozo de bizcocho. Sabía delicioso, pero la ansiedad le había absorbido el apetito. Solo podía pensar en qué podía dejar caer en el camino, a modo de rastro, en aquella salida inesperada, por si alguien pudiera encontrarlo, pero, incluso así, ¿cómo lo relacionarían con ella o con el pequeño? La pregunta la desalentó todavía más. Vio que Axel llevaba en las manos unas piezas de su juego de construcción favorito. Se sobrepuso a sus resistencias y volcó todas las piezas del juego en un lado de la mesa. Interactuó con el niño, ayudándolo

a construir un castillo. Cuando Mykola trasteaba las cacerolas de espaldas, cogió dos de las piezas y se las escondió en las bragas. Creyó que todo aquello era absurdo, tan absurdo como ella y su destino, pero se aventuró. Con gestos sibilinos, hizo que Axel le acercara un rotulador de la estantería del material de escritorio y se lo introdujo por el hueco que dejaba el sujetador entre los pechos. Dispuesta a arriesgarlo todo para no conseguir nada, aprovechó el instante en que Mykola comenzó a recoger la mesa para pedirle permiso para ir al baño. Con el corazón disparado, fingió utilizar el inodoro mientras escribía apresuradamente en las piezas dos palabras, una en inglés y otra en español. «Help». «Ayuda». Todo aquello le pareció una actuación infantil, pero no se echó atrás. Salió del baño decidida, con sus ridículas armas de juguete escondidas en la ropa interior. Volvió a colocar el rotulador en la estantería con disimulo.

Abandonaron la casa. Ella cogió en brazos al niño. Aunque parecía distraída haciendo mimos al chiquillo, tenía sus sentidos en alerta, centrados en captar los detalles de la ubicación de la casa y sus vías de escape. Atravesaron la explanada y torcieron a la derecha, donde se hallaba el cobertizo. Allí nacía y moría un camino de tierra, de apenas tres metros, por el que se entraba a la explanada y se salía de ella. La inspectora descubrió que a la izquierda de la casa solo había bosques. A la derecha, por el cobertizo, se iniciaba el único camino por el que se podía ir a pie o conduciendo hacia algún lugar desconocido. Continuaron andando por ese camino hasta que Mykola desvió el recorrido para introducirlos en los senderos que zigzagueaban entre los árboles.

—Baja al niño, ponte en medio y cógete a nosotros —le ordenó.

Fue la primera ocasión en la que los dos se dieron la mano, en medio de una escena engañosa de dominio y capitulación. El momento resultó extrañísimo para ambos. Elena se encontró apresada, sin posibilidad de soltar las piezas del juego. No quiso ponérselo fácil a su mala suerte y empezó a cantar canciones en español. Él la dejó, a pesar de que advirtió que inventaba letras

nuevas.

*Que alguien nos ayude. Estamos secuestrados
por este hombre que nos acompaña. Si puedes oírme,
llama a una comisaría. Estamos en una casa,
cerca de aquí, detrás de un cobertizo
que hay en el camino. Estamos secuestrados
por este hombre. Si me oyes cantar,
si me entiendes, llama a una comisaría.
El niño es el pequeño sueco desaparecido.*

Mykola sabía que en aquellas veredas escondidas no había nadie. Interpretó que, quizás, Elena estaría pidiendo auxilio. Sintió lástima por su fatal destino, pero no se expuso más.

—Vamos a volver.

Regresaron sobre sus pasos. Lejos de darse por vencida, la mente de Elena buscaba una manera de soltar las dos piezas de construcción antes de que volviera a estar presa en la casa. Echó mano del único argumento que nunca le fallaba. Su niño querido.

—Mykola, ¿puedo coger a Axel en brazos? Hay muchas ramas y no quiero que se arañe y se lastime.

—Vale. Cógelo.

Nunca supo cómo fue capaz de hacerlo, pero incluso con el niño en brazos y con Mykola a su lado, la inspectora se las ingenió para dejar caer las piezas en dos puntos diferentes del recorrido. Supuso que aquello no serviría para nada y que podría adelantar su muerte si Mykola lo descubría.

Cuando regresaron del paseo volvieron a la rutina. Elena, a su cadena en el pilar del comedor. Axel, a sus juegos en la mesa con Elena. Y Mykola, a los preparativos de la comida para los tres.

—¿Hoy Varényky? —preguntó ella.

—Eso es —respondió muy seco.

—Es mi menú preferido. —Y era verdad que a Elena le encantaba aquel plato ucraniano de pasta rellena.

Antes de empezar a cocinar, Mykola salió de la casa con Axel. Tardó poco en volver con las dos piezas de juguete. Las puso sobre la mesa. Cogió la mano de Elena. Se la acercó a los labios. Dejó caer un beso suave y muy largo. Ella se estremeció.

—Lo siento —dijo dominada por el pánico.

—¿No estás bien conmigo, sirena? —Continuaba con la mano de Elena entre las suyas—. ¿Qué te sobra? Dime. ¿Qué te falta? Quiero saberlo.

La inspectora se levantó de la silla y se entregó de nuevo a sus brazos, para protegerse de lo que le transmitían sus ojos fieros. Lloró mucho, como si estuviera despidiéndose de él, de Axel y de la vida.

—Perdóname —suplicó a su secuestrador apoyada en su camisa.

—No puedo culparte porque quieras escapar de mí. Perdóname tú.

Aquella convulsión emocional los sumió en un entresijo de sentimientos inescrutables. Así era su vida en Kalvträsk. Convulsión. Enfrentamiento. Emoción. Engaño y autoengaño. Poder. Cesión. Ataque. Retroceso. Duda. Lucha invisible. Derrota. Desconcierto.

Comieron.

Tomaron café.

Llegó el tiempo del balanceo.

Las mecedoras que estuvieron en el sótano habían vuelto al comedor. Mykola acunaba al niño en una. Elena lo miraba sentada en la otra.

—Desde que mi ángel está en el cielo, no he hablado de él —dijo en otro mundo—. Hoy lo necesito.

En la tarde de ese martes, 4 de octubre, el nacimiento de Oleg fue el argumento de una historia que estremecería a la inspectora y que cambiaría, radicalmente, el concepto que tenía de un hombre capaz de abducirla y convertirla en una Elena que ni ella misma reconocía.

43. La corta vida de Oleg

2010-2014. Kyiv, Ucrania

Desde que vive con Iryna, se despierta siempre igual. Abre los ojos en la cama, se gira a la izquierda y la contempla dormida, con el rostro relajado por el ritmo pausado de su respiración. Todo en ella lo aboca a una exaltación inconfesable. Su cuello esbelto, los huesos marcados de su clavícula, sus pechos a medio cubrir por las sábanas, sus manos entrelazadas sobre el vientre donde reluce el brillante del anillo en su dedo anular. Llevan casi cinco años casados, sin hijos. Mykola sigue desbordado por los sentimientos que experimenta hacia su mujer, esperando, en silencio, engendrar aquel vientre vacío. La posibilidad de que uno de los dos sea estéril lo desmoraliza. Se anima al recordar que por la tarde verá a su mentor después de mucho tiempo.

Entre 2005 y 2010, las vidas de Mykola Solonenko y Anatoliy Bogún transcurren en Kyiv por ambientes muy distintos. Mykola ha ejercido como enfermero en la clínica de cirugía y ha vivido entregado a Iryna. Anatoliy ha trabajado como asesor del gobierno del presidente Víktor Yúshchenko y ha sido señalado por los opositores e incluido en una especie de lista negra. Los cambios que llegan a Ucrania tras las elecciones generales de febrero de 2010 supondrán también un giro radical en sus destinos, porque volverán a unirse de nuevo. Los comicios enfrentan a Yulia Timoshenko, la candidata a la que apoya Anatoliy, contra Víktor Yanukóvich, el candidato del Partido de las Regiones, que se presenta otra vez a las urnas tras su derrota en 2004. En esta ocasión, Yanukóvich sí que obtiene la victoria. Su triunfo coincidirá con el declive de su rival, Yulia Timoshenko, que acabará entrando en la cárcel un

año más tarde, y con el cese fulminante de Anatoliy Bogún.

Para compartir el peso de su fracaso en la política, Anatoliy espera a Mykola en la puerta de la clínica de cirugía. Es la primera vez que se ven en meses. Quieren brindar por estar juntos y por no volver a distanciarse. Mykola piensa en un local agradable al que llevar a su mentor para tomar vodka y combatir el frío de esa inhóspita tarde en la que están a tres grados bajo cero. Escoge el bar del *business club* del hotel Ópera, una zona exclusiva a la que pocos tienen acceso.

El mayordomo del hotel los recibe con la mayor de las reverencias y los conduce por los pasillos hasta una sala privada, cálidamente iluminada. La lámpara de araña que descuelga sus patas doradas desde el techo compite en belleza con el candelabro eléctrico de cinco brazos de bronce que hay sobre una mesa redonda. A su lado, dos cómodas butacas de piel color burdeos esperan visita. Anatoliy se hunde en uno de los asientos e inicia una conversación con el mayordomo sobre los tipos de vodka que pueden ofrecerles. Mykola aprovecha el momento para recrearse en el cuerpo del candelabro, donde aparece una figura femenina semidesnuda, con los pezones despuntando sobre los pechos.

La figura está acostumbrada a tentar a todos los hombres que pasan por aquel salón. Mykola no puede evitar fantasear con Iryna. Intuye que esa noche, su mujer tendrá que esperarlo para que la haga arder en deseo, porque llegará tarde a casa. Mientras examina el candelabro, decide que la compensará por su retraso penetrándola. Ella le había reconocido que era lo que más le excitaba del sexo. Aunque lo que más le gusta a él no es, precisamente, introducirle el pene en la vagina y eyacular en sus entrañas, se consuela pensando que, tarde o temprano, conseguirá ser padre. Es lo que más desea.

El mayordomo se retira en busca del vodka que Anatoliy le ha pedido. Mykola observa a su mentor estudiar las pinturas que decoran las paredes, unos grandes lienzos que reflejan la hermosura de los paisajes de Ucrania. Cielos. Ríos. Los Cárpatos. Campos de trigo.

—Me encanta este sitio. Nunca había entrado aquí.

—Conozco al mayordomo. —Mykola baja la voz con discreción—. Vino a la clínica a hacerse un *lifting* del escroto... En los testículos, ya sabes... La intervención salió bien y así nos trata.

—Hijo mío, qué cosas hacéis en vuestro trabajo. —Ríe tapándose la boca con la mano—. ¿Un mayordomo puede pagarse eso?

—Él no tuvo que hacerlo, porque su factura la abonó la mujer de un socio de este hotel. Es su amante. Una furcia a la que le va la lujuria.

—Déjalo ya, Mykola. No quiero saber más.

El mayordomo regresa a la estancia. Coloca los vasos sobre la mesa y se recrea sirviendo el vodka, como si no quisiera marcharse de allí ni le importara que el nuevo cliente pudiera estar al corriente de sus secretos más íntimos. Anatoliy y Mykola disimulan la risa. Cuando se quedan solos, dejan escapar las carcajadas y alzan los vasos hacia la ninfa del candelabro.

—Mucho tiempo sin saber el uno del otro, Mykola.

—Es culpa mía, Tolik. He perdido la cabeza con Iryna.

—Demasiado amor no es bueno, hijo mío.

—Lo sé, pero no puedo ponerle freno.

—¿Eres feliz?

—Sí, aunque te he echado de menos.

—Yo también a ti. Y Yuriy. Hiciste bien en no acompañarnos en la política. Es un martirio mucho peor que el amor. Te atrapa en unas redes invisibles. Los que las manejan, te utilizan mientras les resultas útil. Cuando dejas de servirles, te sueltan y quedas a merced de otros tiburones. Pero cuéntame tú cómo te va con el cirujano estira escrotos.

—Bien, aunque empiezo a cansarme de tomar la tensión y de inyectar líquidos. —Levanta el vaso y prosigue mirando fijamente a su mentor—. ¿Qué vas a hacer ahora, Tolya? ¿Tienes algo para mí?

—Enfermero Solonenko, no pienso dejar que vuelvas a correr riesgos. ¡Brinda conmigo por eso!

Mykola sonríe, pero baja el vaso.

—Dime en qué andas, venga. Quiero saberlo.

—Voy a empezar con otros encargos más caros y más comprometidos, no voy a eng aarte.

—No lo hagas. Habla claro.

—Armas, hijo, armas para combatir a los rusos que han usurpado el poder con su títere, Víktor Yanukóvich. Yuriy estar a conmigo en esto.

—Me inquieta lo que dices, Tolik.

—Y a nosotros lo que acabar a pasando aquí.

— Me necesitáis?

—Yo siempre te necesito, pero no sé si quiero meterte en el asunto. Ahora llevas una vida segura. Conmigo correrías peligro.

—Mi locura por Iryna se está convirtiendo en un peligro para mí, no te creas —reconoce extraviado en su razonamiento—. Es ella, lo que dice, lo que hace, cómo me mira, lo que me pide... A veces no lo soporto. Y no viene lo único que me salvar a: un hijo o una hija. Tengo que apartarme de ella para recuperar mi equilibrio. —Sirvió más vodka—. Pero no hablemos de Iryna. Lo importante es que me vendr a bien regresar contigo y estar con Yuriy. Re r con él. Cantar. Tocar la kobza a su lado. Divertirme un poco.

— Quieres que consultemos con un médico sobre tu estado de ánimo?

—No. Puedo controlarlo. Centrémonos en los negocios. No debemos provocar una guerra, Tolik.

—Por supuesto, hijo. Pero querr as que nuestra gente pueda defenderse si la empiezan los rusos...

Anatoliy y Mykola acaban con más de una botella de vodka y renuevan su pacto para traspasar otra línea roja, esta mucho más seria que todas las anteriores. Acuerdan encontrarse al día siguiente en el mismo lugar para seguir hablando del futuro inminente.

Mykola regresa a casa ebrio. Encuentra a Iryna tumbada en el sofá, tapada con una manta. Siente tanta envidia que tiene que retir arsela y echarse encima

para cubrirla con el calor de su propio cuerpo. No puede resistirse a engancharse a sus labios y a su cuello como si fuera un vampiro y necesitara absorberla para existir. Iryna suele entonarse con los preámbulos sexuales, pero esta vez se incorpora nerviosa.

—Tengo que decirte algo, Mykola.

—¿Qué pasa? ¿Tienes la menstruación? —La mira y descubre que ha estado llorando—. ¿Y esa cara? ¿Algo va mal?

—¡Todo va mal! Todo irá mal a partir de ahora. Júrame que me seguirás queriendo, aunque me ponga gorda —suplica Iryna.

—¿Pero qué dices? Tú nunca podrás estar gorda. El vestido rojo que te traje ayer es de la talla treinta y seis y te queda suelto.

—No podré vivir sin ti, si me dejas.

—¿Por qué voy a dejarte, Iryna? He venido tarde porque se alargó mi encuentro con Anatoliy. No temas. No hay otra. Eres la mujer de mi vida. La única que ha habido. Lo sabes.

Mykola la levanta y la lleva en brazos a la cama, saltándose los protocolos del sexo que a él le gusta. Se prepara para penetrarla en una noche que prevé voraz de orgasmos para ella y algo incómoda para él. Tendrá que esconder sus resistencias para no dañarla.

—No, espera. ¡No podemos!

Iryna hace fuerza para deshacerse de los brazos de su marido y se arrodilla ante él, sobre la alfombra.

—Júrame que seguirás siendo mío —ruega entre llantos—. Tienes que garantizarme que tu amor será solo para mí.

—Basta, Iryna. Levántate y tumbate en la cama. Voy a penetrarte.

—No puedo. Estoy embarazada. ¡Llevo un feto dentro! —grita histérica—. Tendré que parir y se me descolgará el abdomen. Esa cosa beberá la leche de mis pechos. No quiero tenerlo, Mykola. ¡No quiero!

Iryna se desgañita en medio de la habitación, pero él no la escucha porque está muy lejos de Kyiv. La noticia del embarazo lo traslada a Prípiat. Se ve

padre, como su padre. Él también podrá tener un hijo para quererlo y cuidarlo, pero no lo abandonará.

—Mykola, reacciona. —Lo zarandea Iryna— Lo perderé. ¡Abortaré!

—Cállate, por favor. —Él la abraza sin fuerza por miedo a presionarle el vientre—. Tendremos al bebé. Todo irá bien. Ahora debo cuidarte más que nunca para que mi hijo nazca sano.

* * *

Anatoliy es la primera persona a la que Mykola comunica la noticia de su futura paternidad, junto con su decisión de abandonar la clínica de cirugía para centrarse en los nuevos negocios. Las ideas políticas de una Ucrania libre de la influencia de Moscú toman más sentido que nunca para él al pensar en el mañana de su hijo. Contagiado por el idealismo de Bogún, está dispuesto a apoyar a los patriotas si es necesario responder a las intromisiones de Rusia en el desarrollo de un estado independiente y cercano a la Europa occidental.

—Los rusos siempre nos han maltratado, Tolya. Nos mataron de hambre en los años treinta. ¿Quién habla del Holodomor de Stalin? Murieron millones de ucranianos porque ese criminal nos robó todas las cosechas. ¡Y nos deportó a Siberia! Luego está Chernóbil, la negación de las dimensiones de la catástrofe y el olvido de las víctimas. No podemos esperar nada bueno de Moscú. No quiero un futuro de menosprecio para mi descendencia ucraniana.

Con treinta años, Mykola Solonenko argumenta con más firmeza que nunca las dos decisiones más importantes que ha tomado hasta el momento: vivir exclusivamente para su hijo y ayudar a los que luchan por una Ucrania autónoma para el futuro de su linaje. Los peores horrores estarían por llegar.

* * *

Los meses del embarazo de Iryna se convierten en un auténtico infierno para Mykola. A pesar de que teme a todas horas por el bienestar del bebé, impide que ella acuda a la consulta del ginecólogo porque no quiere que nadie la vea

desnuda ni manipule sus genitales. Sabe que en las primeras semanas de gestación es habitual realizar una ecografía transvaginal para confirmar el diagnóstico. No puede soportar la idea de que la madre de su hijo se eche sobre una camilla, con las rodillas dobladas y los pies en los estribos, para que le inserten una sonda cubierta con un preservativo y un gel hasta casi donde está creciendo su niño. Se estremece con la imagen y decide actuar como un médico para evitar que la toquen o que ella busque apoyo y se practique un aborto. La obliga a dejar el trabajo y la encierra en el apartamento. Llega a atarla a la cama para forzarla al reposo. Iryna le confiesa que detesta esa vida y al feto que lleva en el útero. No quiere comer ni tomarse el ácido fólico ni las vitaminas.

El sufrimiento de Mykola y la desconfianza hacia su mujer lo llevan a contratar a una doula para que se quede en casa el tiempo que él debe ausentarse por motivos de negocios. Escoge para el trabajo a una vieja enfermera, perteneciente a la Iglesia Ortodoxa Ucraniana del Patriarcado de Kyiv. A pesar de la estrecha vigilancia que la anciana ejerce sobre Iryna, Mykola está convencido de que ella se las apaña para engañar a la cuidadora. Cree que fuma y bebe vodka a escondidas y que tira la comida y las medicinas por el inodoro.

El sexo es otro punto de enfrentamiento importante entre el matrimonio. Cuando Mykola regresa de sus viajes, Iryna lo provoca para hacer el amor, pero él la acusa de comportarse como una prostituta y la rehúye. Ya no siente como hombre. Solo vibra con la ilusión de convertirse en padre. Entrevé el odio y los celos de Iryna hacia el ser que crece en su interior y la considera capaz de lo peor. Incluso de suicidarse.

A finales de noviembre de 2010 nace Oleg y mueren todos los buenos recuerdos de Iryna. Mykola empieza a aborrecerla allí mismo, en la cama del hospital, recién parida.

—He dado a luz a un monstruo. Tiene dos cabezas. ¡Que se lo lleven! No soporto verlo. —Iryna grita para que aparten al niño de su lado—. Te dije que

el feto nos separaría. No me hicieron falta las ecografías para saber que estaba gestando a un engendro. Tú no quisiste que me las hiciera y aquí tienes el castigo. ¡Súfrelo! Es culpa tuya.

Mykola la escucha mirando a su hijo, una criatura deforme a la que su propia madre rechaza. El dolor de su corazón es tan grande que altera los latidos de sus sentimientos. A partir de ese instante, desconecta de su vida y se entrega a la del niño. Lo ve indefenso, en el capcito, vestido de un azul claro a juego con sus ojos ciegos. Un principito rubio como el oro, inocente, enfermo. Se acerca al bebé para envolverlo en sus brazos y protegerlo del veneno de su madre y del mundo entero.

—Hola, mi niño, niñito mío —le habla muy bajo, iluminado por un amor inmenso, el más grande que jamás ha sentido—. Soy papá, mi niño lindo. Te he esperado mucho tiempo, pero ya estás aquí, conmigo. Nadie podrá hacerte daño nunca, hijito. Tú papá estará contigo. Eres solo mío.

El pequeño Oleg Solonenko nace con un defecto del cierre del tubo neural. Lo más evidente de la afectación es una tumoración que le sobresale a nivel cervical, una especie de bulto de carne pegado a la nuca, del tamaño de una pelota pequeña. El médico explica a Mykola que el bebé, además de ser ciego, padece graves lesiones internas en el cerebro que le provocan convulsiones y una gran discapacidad intelectual, y que esas mismas lesiones le dificultarán comer y respirar. Le advierte que el niño puede morir a causa de las convulsiones o por otros muchos factores relacionados con las malformaciones.

El pequeño también tiene el defecto congénito del labio leporino, que le causa una separación en el labio superior y en el paladar. El problema conlleva dificultades en la deglución de los alimentos líquidos y sólidos. Mykola sabe que ese tipo de lesiones suelen operarse durante los primeros tres meses de vida de los bebés, pero los cirujanos no quieren intervenir a Oleg porque piensan que el niño morirá pronto. El pediatra jefe del equipo médico se muestra de acuerdo con ese parecer.

—Debe resignarse, señor Solonenko. Es una desgracia —sentencia con rotundidad, quitándose las gafas—. Al feto se le ha cerrado mal el sistema nervioso. Tiene abierto el cerebro.

—Doctor, mi hijo ya no es un feto. Es un bebé —remarca Mykola apuntando con un dedo al médico—. Como enfermero, soy consciente de lo que le sucede al niño. Lo que usted no parece saber es que él no es ninguna desgracia para mí. Yo lo cuidaré durante toda mi vida.

—Disculpe, señor Solonenko —tose, vuelve a ponerse las gafas y mira por encima de ellas—, igual no me ha entendido bien.

—Le he entendido perfectamente —continúa en tono firme—. Es usted quien no se ha expresado con corrección. Cuide los términos que emplee para referirse a Oleg.

—De acuerdo. Lo siento. Mi intención no es discutir con usted, sino ayudarle a sobrellevar esto. Permítame que le recuerde que también tiene una esposa preciosa. Debe ocuparse de ella. Es muy joven. No sería acertado condenarla a una existencia desdichada.

—¿Una existencia desdichada? ¿Acaso puede ser desdichada una existencia de entrega a un hijo amado, sobre todo si te necesita?

A Mykola lo invade un odio terrible hacia aquel médico por considerar una condena el cuidado de una criatura dependiente. Guarda en su retina la imagen del pediatra y arrincona en su memoria las palabras con las que el facultativo se ha condenado a sí mismo, sin saberlo. Se sobrepone a la ira y exige una reunión con todo el cuadro clínico para pedir varias opiniones sobre las causas que han podido generar aquellas graves discapacidades a su hijo.

Las explicaciones del equipo que atiende a Oleg en el hospital apuntan a tres motivos plausibles. El pediatra jefe aduce consecuencias sobre los efectos de la radiación de Chernóbil en Mykola. Los ginecólogos aluden a la falta de cuidados durante el embarazo de Iryna. En última instancia, todos se aferran a una fatalidad de la naturaleza humana. Para Mykola solo hay una explicación posible: el perverso comportamiento de su mujer en los meses de gestación.

Como en el caso del pediatra jefe, también tiene muchas imágenes de ella guardadas en su retina y palabras crueles arrinconadas en su memoria.

Al salir del hospital, cuidar a Oleg se convierte en la única razón de ser para Mykola Solonenko. Se separa de Iryna y deja el apartamento en el que vivían para trasladarse con el niño y con Anatoliy a una casa situada a las afueras de Kyiv. Allí pasa los días y las noches encerrado, atendiendo al pequeño y custodiando las armas con las que negocian Yuriy y su mentor. Instala un sencillo hospital en la habitación del niño y él mismo se encarga de asistirlo. Aunque los médicos le aseguran que el bebé morirá muy pronto, Oleg vive tres años y dos meses y medio; los más felices de Mykola. Cada día que puede estar con su hijo supone para él un tesoro que le regala el universo. Desafía a la muerte del pequeño con amor y una atención extrema. Durante los primeros seis meses, alimenta al bebé con leche, dándosela con jeringuilla para que no se atragante. Cuando debe cambiar a las papillas trituradas, le coloca una sonda nasogástrica, fijándosela a la cara con esparadrapo infantil que le decora con dibujitos.

—Así todavía estás más lindo, principito —le dice haciéndole cosquillas en los mofletes—. Eres una bendición del cielo. Mi angelito.

El niño jamás llora. Él tampoco llora en presencia del niño ni deja asomarse a la tristeza porque su amor la anula. Oleg le inspira tantas emociones hermosas que no hay espacio para acoger ningún sentimiento negativo. Acompaña a su hijo con su voz todo el tiempo, mientras lo alimenta, mientras lo baña, mientras lo masajea con crema, mientras lo viste, mientras juega con él y le coge las manitas, mientras lo balancea en la mecedora y lo envuelve en caricias, mientras lo duerme cantándole una nana. Y otra. Y otra. No quiere separarse de la criatura en ningún momento. No permite que le hagan exámenes médicos ni resonancias en la cabeza ni estudios en su cuerpo. Exige para su principito el respeto de su intimidad en un entorno de paz.

Solo hay dos testigos del infinito amor que siente Mykola por el niño y de la

extraordinaria atención sanitaria que le presta: su amigo del alma, Yuriy, y Anatoliy Bogún, el padrino de Oleg. De cada uno de sus viajes, regresan a casa con mucho dinero para el futuro y muchos regalos para la criatura. Anatoliy siempre trae a su ahijado una *vyshyvanka*, la camisa blanca de bordados típicos ucranianos que a él tanto le gusta.

—Míralo, es como nosotros, un patriota auténtico —dice el mentor admirado por la manera en que Mykola viste al pequeño—. Parece un hombrecito.

La habitación de Oleg está repleta de juguetes y su armario, de *vyshyvankas*. Las camisas tradicionales de Ucrania cuelgan de las perchas, colocadas por tamaños y colores.

—Vestir la *vyshyvanka* es algo especial, principito. —Mykola habla a Oleg en el cambiador, como si estuviera explicándole algo importante que debe saber—. Alguien tan especial como tú debe llevar ropa especial de nuestra patria. Esta ropita te protegerá. Te la regala tu padrino. Ha venido a vernos. ¿Lo sientes? —Anatoliy está junto a Mykola en el cambiador, tocando las manos del niño—. Nuestra *vyshyvanka* simboliza todo lo bueno del mundo, hijito: amor, salud, familia, belleza, tradición y patriotismo. Estás muy guapo con estos animalitos.

Mykola le abrocha los botones de la camisa, acariciando los bordados de la tira delantera, que dibujan ositos.

—Oleg, esto también es un oso, pero de peluche —describe Anatoliy rozando la cara del niño ciego con el muñeco de guata que le ha traído de su último viaje—. Es suave, aunque no tanto como tú. Lo he comprado en Ivano-Frankivsk, la ciudad donde estudió tu papá. —Sonríe orgulloso—. Algún día te llevaremos.

Mykola hace un esfuerzo descomunal para contener las lágrimas.

—Tolya, te debo tanto —logra decir asfixiado por la emoción.

—No más que yo a ti y al niño. Sois mi única familia.

—Cuando muera mi hijo, debes matarme, Tolya. No lo dudes. Yo ya no tendré nada bueno que hacer aquí.

—No me pidas eso, Mykola. ¿Acaso tú podrías matar a tu hijo?

—Entonces me verás hacer algunas cosas.

—Las haremos juntos, como siempre hemos hecho. Solos tú y yo, como en los bosques de Polonia. A veces, hay que hacer cosas que no son buenas.

—Tendremos que prepararlo todo para no tener problemas, Tolik.

—Lo haremos. Pero no hablemos de eso cuando tu hijo esté despierto. Disfrutemos de su inocencia.

El pequeño Oleg vive la mayor parte del tiempo en los brazos de Mykola, con algo parecido a una mueca de felicidad en la boca. El niño muere en plena Revolución del Maidán, el 14 de febrero de 2014, envuelto por el amparo de su padre en el balanceo de la mecedora que habían compartido durante más de tres años con los corazones unidos.

—Mi niño, no te vayas. No me dejes, ángel mío.

Son las últimas palabras que Mykola le dice a su hijo antes de dejarlo descansando en el cielo. Lo siguiente es el frío, el vacío, el horror, las sombras, la destrucción y una huida permanente a ninguna parte más allá de la pérdida, del dolor y de la tristeza.

44. Quién es quién

4 de octubre de 2016. Kalvträsk, Suecia. Cuarenta días de encierro

Qué se podía decir para volver al presente después del relato de la vida y la muerte de Oleg. Sentados uno junto al otro en las mecedoras, Mykola y Elena empezaron a compartir un silencio diferente. Se miraron desde una cercanía extraña y solo intercambiaron dos frases.

Ella:

—Nunca has vestido a Axel con una *vyshyvanka*...

Él:

—No. Porque Axel no es Oleg.

No se dijeron nada más. Ya no sabían quién era quién dentro de su propia historia, la que habían fabricado ellos mismos, sin quererlo, durante cuarenta días de encierro en Kalvträsk. Se sumergieron en la intimidad de sus pensamientos, hablándose sin palabras entre balanceos.

En los balanceos de ella:

«Haces que no quiera saber lo malo de ti... Y soy policía... Cómo es posible eso... Qué fue de Iryna... Qué fue del médico... Que no me lo cuentes es normal, pero que yo no quiera saberlo... Me vas a matar como a ella... como al médico... Y sin embargo me siento segura contigo... Cómo es posible».

En los balanceos de él:

«No puedo contarte todo lo que he hecho. Tú haces que distinga el bien del mal a tu manera. No debí traerte con Axel. No mereces morir. Tampoco lo merecieron ellos. Es lo que tú pensarías, pero yo volvería a hacerlo. Me he acostumbrado a tenerte a mi lado. Tú te marcharías si pudieras, y me meterías en la cárcel. No lo dudarías. Yo sí que dudo. Dudo de mí por ti».

Pasaron la tarde en el comedor, hablándose a sí mismos, sin mediar palabra, adormecidos con el suave vaivén de las mecedoras. Axel jugaba despreocupado ante ellos y Oleg los acompañaba desde el cielo. Por primera vez desearon cogerse las manos, pero no se lo dijeron. Aquel vínculo mudo los destruyó un poco más. Ninguno de los dos se reconocía ante el otro. Tenían miedo. Él lo venció.

—Quédate conmigo esta noche, Elena.

—No estarías tranquilo pensando que querría escaparme.

—¿Te escaparías?

—Sí. Y también me quedaría contigo.

—Las dos cosas no son posibles.

—Lo sé. En eso has convertido mi vida. En un imposible.

—Lo siento mucho.

—Yo también siento lo de tu hijo.

* * *

Mykola Solonenko jamás explicó a Elena Rius el final de su historia en Ucrania. Seis días después de la muerte de Oleg, el 20 de febrero de 2014, fue a cobrarse dos vidas por el fallecimiento de su hijo, las de los dos seres, para él abominables, que habían despreciado al niño. Iryna y su segundo marido, el pediatra jefe del equipo clínico del hospital. Los dos murieron en la casa donde vivían en el bosque.

Mykola Solonenko habló de aquellos dos asesinatos únicamente con Anatoliy Bogún. Con él los planeó y fingió su salida del país cuatro días antes de cometerlos, amparándose en una persecución política. Si oficialmente no estaba en Ucrania desde el 16 de febrero de 2014, sino en Polonia, nunca se le podría relacionar con las muertes. Para dejar constancia de ello, otro hombre, con la documentación de Mykola, dio vueltas por Polonia durante algunos días, registrándose a su nombre en un par de hoteles, sin apenas dejarse ver para no ser recordado.

Mykola aplicó a Iryna y al médico la pena de muerte por todos los sufrimientos que había padecido su hijo. Después de los crímenes, Anatoliy ayudó a Mykola a salir realmente de Ucrania, ya con una nueva identidad comprada, la de un campesino polaco ajeno a las mafias, desconocedor de la apropiación de sus datos para la falsificación de documentos. El verdadero Mykola Solonenko salió de su país siendo ya Łukasz Górski.

Para la policía de Polonia resultaría imposible descubrir qué red había falsificado el pasaporte, la tarjeta de identificación y el permiso de conducir del campesino polaco, porque él no sabía nada del tema.

Para la policía de Ucrania y para el resto del mundo entero, Iryna y su marido formarían parte de las víctimas que murieron durante los incidentes del Maidán, algunas torturadas en los caminos y en los bosques. Otras, en incendios.

Mykola fue dando tumbos por Suecia con su identidad polaca pensando cada día en morir hasta que se cruzó con el pequeño Axel Åkerman. Para él, aquel niño era hijo de una mujer tan libertina como Iryna, que no lo merecía, y de un hombre depravado como el pediatra jefe, incapaz de ocuparse de él. Axel nunca sería como su amado Oleg, pero él quiso convertirlo en su ángel, en un nuevo principito. Jamás podría quererlo como a su hijo. En sus planes, no contaba con aquello, como tampoco imaginaba que el destino colocaría en su camino a una mujer que cambiaría el sentido de las cosas, Elena, su sirena. Una policía.

El destino acabaría jugando a dos bandas con Mykola y con Elena. Aún faltaba por decidir de qué manera entraría en la partida Nils.

45. Un hombre escurridizo

Hasta el 8 de octubre de 2016. Umeå, Suecia. Cuarenta y cuatro días desaparecidos

La primera vez que Nils Åkerman pisó la ciudad de Umeå fue en 1996, cuando ingresó en la escuela de policía para cursar sus estudios durante dos años. De eso hacía ya unos veinte. La ciudad había cambiado mucho, a mejor; él, a peor, sobre todo en esos momentos en los que vagaba por las calles, vacío de la ilusión con la que solía pasear en sus tiempos de estudiante.

Al acabar su formación teórica, Nils patrulló a fondo por Umeå durante los seis meses de prácticas que realizó como aspirante a policía, antes de ingresar en el cuerpo. Así conoció a Margareta, patrullando por el centro. La joven estaba de vacaciones en el norte con sus amigas. A una de ellas le robaron el bolso. Margareta se acercó a Nils para pedirle ayuda y acabó pidiéndole el teléfono. Aquellos recuerdos hicieron sonreír al inspector, pero sus obsesiones se encargaron de devolverlo a la amargura con la que buscaba alguna pista sobre el paradero de Łukasz Górski. Nils llevaba varios días dando vueltas por el entorno en el que se había movido el falso polaco en Umeå a lo largo de 2015. Las largas caminatas le provocaron unas rozaduras en los talones. Sus incisivas entrevistas le descubrieron algunas cosas sobre aquel escurridizo hombre.

La dirección que Åkerman consiguió de Górski en sus averiguaciones iniciales antes de salir de Östersund, lo llevó a una casa que alquilaba habitaciones en Pilgatan, una pequeña calle del centro de Umeå. El casero, Carl Lundin, un anciano de ojos grises que parecían haberlo visto todo, recibió al inspector con un peto tejano lleno de lamparones de grasa y una

mirada avispada colmada de suspicacias.

—Así que eres policía. —Miró la placa sin interés alguno—. Yo lo tengo todo en orden. No me busques líos.

—No es mi intención, te lo aseguro. ¿Lo conoces? —Nils le mostró la foto de Górski.

—Pues claro. Uno de mis mejores clientes. ¿Ha hecho algo malo?

—Dime quién es.

—Era polaco. Se marchó de aquí a mediados de diciembre del año pasado. Nunca me dio problemas. Pagó a tiempo y no trajo a mujeres ni a hombres, que igual da para revolcarse.

—¿Qué me podrías contar sobre lo que solía hacer?

—Poco. Łukasz cuidaba a viejos. Tenía buena mano para eso. A mí me controlaba la tensión y me preguntaba con frecuencia si me había tomado mis pastillas. ¿Por qué lo investigas?

El inspector obvió la pregunta y continuó con su interrogatorio.

—¿Sabes dónde está? Debes decírmelo, Lundin.

—No lo sé, de verdad. Se fue de Umeå sin dar explicaciones, pero me pagó dos meses por no haberme avisado con suficiente antelación.

—¿Se marchó de repente?

—Pues sí, una semana antes de las fiestas de Navidad. No me comunicó los motivos y yo no curioseé. No tenía por qué hacerlo. Su comportamiento fue intachable. Solo leía. Iba mucho a la biblioteca nueva, la que está junto al río. Lo suyo eran los libros. Además, a veces no dormía aquí. Creo que tenía una novia rica y que iba a su apartamento.

—¿Cómo es eso de que a veces no venía a casa?

—Pues fácil. No venía. No dormía aquí. Ya te lo he dicho. ¿Tendría que haberle preguntado con quién echaba los polvos?

—¿Por qué piensas que tenía una relación o se veía con alguien?

—¿Y entonces para qué iba a dormir en otro sitio?

—Podía ser su turno de trabajo. —Nils lo hizo dudar para estirarle de la

lengua.

—No lo creo. Él siempre madrugaba porque trabajaba de mañanas. Nunca se le pegaban las sábanas, no como a otros holgazanes que viven del cuento del Estado, diciendo que estudian cuando solo fuman marihuana o se emborrachan.

—¿Por qué dices que esa persona con la que se veía Górski estaba bien situada económicamente?

—Porque él tenía clase. Vestía bien, no como los que llevan los pantalones rotos. No le pegaba ir con la chusma esa que abunda en Suecia. Nuestro país está en declive. La socialdemocracia no funciona. Demasiado extranjero cometiendo demasiados delitos. Y nuestros jóvenes, cada vez más vagos.

Nils Åkerman supo que no podría sacar mucho más del anciano, que se había sumergido en una crítica despiadada a los inmigrantes y a las nuevas generaciones de suecos. Se marchó de Pilgatan sin dejar su teléfono al viejo, pero él sí que se llevó su número y algunas preguntas nuevas.

«¿A dónde ibas por las noches cuando no estabas en tu habitación? ¿Te acostabas con alguien? ¿Ese alguien tenía dinero o es que tú te dedicabas a negocios turbios? ¿Negocios con niños?».

Nils cortó las preguntas en ese punto para no comenzar a desvariar. Desde Pilgatan se dirigió a pie hasta la biblioteca situada junto al río Ume. Tardó tan solo diez minutos. La biblioteca se distribuía en tres plantas contiguas del edificio, de la segunda a la cuarta. El silencio en todas era absoluto. Las estudió una a una. Finalmente se dirigió al mostrador central de la sala de lectura para adultos, la que pensó que Górski habría visitado más veces.

Åkerman escogió para su interrogatorio a la bibliotecaria más entrada en años. Ella supo que estaba ante el padre del niño desaparecido. Lo había visto en los vídeos que circulaban por las redes sociales. La mujer no pudo evitar que se le entristeciera la mirada. Amparado por la empatía y el silencio, Nils le pidió discreción y ayuda. Le preguntó por Łukasz Górski, mostrándole, casi al mismo tiempo, su placa de policía y la cara del falso polaco. La bibliotecaria centró su atención en el rostro de la fotografía. Lo reconoció

como un lector asiduo de la sala y, aunque no se conservaban en los registros del ordenador los títulos que se tomaban en préstamo, ella recordó perfectamente que estudiaba sueco y consultaba libros de Suecia y de sus ciudades. Estaba segura de que no venía desde hacía tiempo. Consultó a sus compañeros. El personal no añadió nada nuevo sobre aquel lector modélico, pero aseguró que siempre estaba solo, leyendo o escribiendo junto a los ventanales que daban al río.

Sin nada más que hacer allí, el inspector salió de la biblioteca para continuar con sus indagaciones. En la calle, recibió una bofetada de frío. No había traído demasiada ropa de abrigo, así que resolvió comprarse una prenda apropiada al clima de camino a la siguiente entrevista.

* * *

Enfundado en un elegante y cálido abrigo azul marino de Tiger of Sweden de la calle Kungsgatan, Nils Åkerman se presentó en los Servicios Sociales de Umeå dispuesto a obtener las direcciones de los domicilios en los que había trabajado Łukasz Górski en aquella ciudad del norte. Con la distinción de su porte y sus maneras policiales, consiguió que el funcionario no dudara de que la suya era una investigación oficial. Se llevó las tres direcciones metidas en el bolsillo del abrigo.

Nils empezó su periplo por los domicilios. Solo en el tercero encontraría algo digno de despertar sus alertas. Se lo proporcionó Amanda Blom, una *musher* en silla de ruedas retirada de las carreras, que había conducido durante toda la vida trineos adaptados tirados por perros. Amanda había ganado muchos campeonatos de *mushing* sobre la nieve de medio mundo. Los trofeos inundaban el salón de su casa. La mujer debía tener algo más de cincuenta años. Sus ojos, intensamente azules y pícaros, parecían ávidos de emociones fuertes.

—Siéntate, Nils. Tengo tiempo para ti. Me gustan las visitas de hombres bien plantados. Tú eres el padre del niño desaparecido, ¿verdad? Te he visto en

televisión y en vídeos de internet.

El inspector maldijo interiormente aquella popularidad no buscada, pero la asumió como parte del coste que tenía que pagar por mantener abiertos los ojos de todo el planeta, cosa que sin duda seguían consiguiendo Vinyet y Xavier, moviendo sus vídeos por la red.

—Amanda, necesito que me ayudes.

—Toda Suecia quiere ayudarte, Nils. ¿Por qué buscas a mi enfermero?

—¿Era tu enfermero? Pensaba que solo trabajaba de cuidador.

—Ese chico era muchas cosas, todas buenas. Sabía poner inyecciones y a mí me gustaba más que me pinchara él que el amargado del enfermero sueco de mi centro sanitario. Łukasz tenía más paciencia y era mucho más atractivo.

—¿Qué puedes contarme de su vida, Amanda?

—Su vida eran sus viejos, atenderlos. Y estudiar sueco. Quería conocer el país y sus costumbres. Tenía un interés real en nuestra cultura, más que otros extranjeros a los que he conocido. No me explicó nada de lo que hacía en Polonia. Solo me dijo que sufrió mucho en su país y que quería olvidarse de todo aquello. No fingía.

Escuchando las impresiones de Amanda Blom, Nils se cuestionó por qué una persona que decía haber sufrido mucho en su país había acabado regresando a él, de repente. Aparcó el razonamiento para retomarlo cuando estuviera a solas y prosiguió con la entrevista a la *musher*.

—¿Conociste a la gente con la que se relacionaba?

—Claro que no. Nunca me habló de nadie. Parecía una persona solitaria, como yo. Por eso nos entendíamos bien.

—¿Tampoco te comentaba qué lugares frecuentaba en Umeå?

—Traía libros de la biblioteca. Le gustaba mucho leer cosas de Suecia. Y pasear. A menudo visitaba el parque de las esculturas, ese donde antes había locos. Se ofreció a llevarme allí, si alguna vez me apetecía. Pero a mí ya no me apetece nada, Nils. Además, en ese parque no hay perros, solo arte moderno que no entiendo. De ese lugar sí que me habló Łukasz, ¿ves? Le

encantaba. Recuerdo que una tarde comentamos el catálogo de las esculturas que hay expuestas en el parque. Date una vuelta por allí. Vas bien abrigado. Amanda acarició el abrigo de lana de Nils, admirando su tacto y otras cosas. Pasó sus dedos por el bolsillo delantero del pecho y suspiró recreándose en pensamientos que no venían al caso.

Nils Åkerman se despidió de la embarazosa situación y de la *musher* estrechándole la mano desde la distancia. Le notó la piel de la palma excesivamente callosa y dedujo que sería del esfuerzo que debía hacer para empujar la silla de ruedas.

Cuando salió del bloque de pisos de Amanda, Nils se sintió hambriento, pero no quiso perder el tiempo y emprendió su camino hacia el parque de las esculturas. Se quedaría sin comer un día más y tendría que esperar otros tres para que un joven con ganas de charla y de tabaco se dirigiera a él y le abriera un camino firme hacia su objetivo.

46. Tabaco sin humo

10 de octubre de 2016. Umeå, Suecia. Cuarenta y seis días desaparecidos

Su único vicio era el *snus*. El tabaco sueco sin humo fue lo que hizo que se fijara en él. Nils Åkerman había vuelto a fumar su General Snus clásico de bolsitas en porciones, el de sabor más fuerte y picante. El hábito no lo había ayudado a mitigar su ansiedad, sino más bien todo lo contrario. Ni el *snus* ni sus nervios habían pasado inadvertidos ante unos ojos curiosos, que llevaban tres días pendientes de sus idas y venidas.

Sábado, domingo y lunes. Contó que aquella era la tercera mañana que observaba al policía ir arriba y abajo desde muy temprano, caminando durante horas por el parque, con las manos metidas en los bolsillos de un abrigo que parecía nuevo. De ahí se sacaba la cajita de *snus*. En sus paseos entre las esculturas, paraba a algunas personas, les mostraba su placa y les enseñaba una foto. Charlaba con ellas y luego continuaba con su marcha cabizbaja entre las obras de arte. Andaba con la vista pegada al suelo, como si no pudiera con la pesadumbre de su existencia. Lo había visto llorar varias veces y retirarse las lágrimas con servilletas típicas de hamburguesería, como las de MAX. Después se limpiaba los cristales de las gafas con ellas y las depositaba en la papelera.

Måns Ek se entretenía así en su tiempo libre los fines de semana y, también, los días laborales, observando a escondidas el comportamiento de los visitantes de Umedalen. Oculto tras los setos, los vigilaba de cerca, por si acababan necesitando su ayuda. En una ocasión había evitado un suicidio por sobredosis de droga. Incluso se había metido en medio de más de una disputa violenta con arma blanca. Måns sabía que Dios lo había convertido en una

especie de ángel de la guarda para las almas que sufrían en aquel jardín inmenso. Ya no había ningún hospital psiquiátrico, pero muchas personas que pasaban por allí vivían recluidas en su propio manicomio. Él quería protegerlas custodiándolas con una escolta discreta.

El dolor de aquel hombre lo tenía desconcertado. Había interrogado a mucha gente, pero todavía no había reparado en él, que lo sabía todo. A Måns Ek le habían enseñado a pasar desapercibido para evitar los insultos. Aunque el policía deprimido lo hubiera visto, cosa que no había sucedido, seguramente hubiera juzgado que un discapacitado intelectual no tenía nada interesante que decirle sobre ese alguien por quien preguntaba. En cualquier caso, a él le caía bien el hombre acabado. Lo había estudiado en sus dos días de fiesta. Aquel lunes, ya con el uniforme de trabajo, siguió espiándolo mientras fingía arreglar la forma de los setos con unas enormes tijeras de podar, casi más grandes que él. Decidió que esa misma mañana se dirigiría al policía, porque lo estaba viendo muchísimo más nervioso. Fumaba demasiado, más que los días anteriores. Aunque era temprano, había lanzado ya a la papelera una caja vacía de *snus* del bueno. Måns creía que su compañía podría ayudarlo a tranquilizarse un poco. Quizás si le echaba una mano en su búsqueda, él se lo premiaría regalándole algunas bolsitas de aquel estupendo tabaco.

El jardinero se acercó al *Corazón de los árboles*, la escultura de Jaume Plensa en la que tres cuerpos de bronce sentados sobre el suelo envolvían sus brazos y piernas alrededor del tronco de tres árboles, plantados formando un triángulo. Junto a uno de los árboles lloraba el hombre del abrigo nuevo. Måns avanzó hasta él.

—Disssssss disssssssculculpa, sooooyy u u uno de looo looo loss jar jar jar jardineros.

Nils Åkerman se giró sorprendido hacia la voz y descubrió a un joven de complexión frágil. La tartamudez reforzaba su aspecto quebradizo.

—Sí, dime. —El inspector dedicó una sonrisa afable a su peculiar interlocutor.

—Teee teee he visto parar a la a la a la geeente variiiiios dí díaaas.

—Sí, es cierto. Soy policía. Estoy buscando a una persona que solía venir por aquí el año pasado.

—¿Me me meee enseñañañas la fo fo fotooo? Igual yo yo yooo lo lo conozco.

—Claro, mira.

Måns Ek abrió los ojos como platos y no dudó en su respuesta, aunque sonara vacilante.

—Es eeel ami migo del dooo doc doctor Ba Ba Ba Baaaloog, Łu Łu Łuuuukasz.

Entonces fueron los ojos de Nils los que se abrieron de par en par.

Por primera vez en mucho tiempo, Nils Åkerman experimentó unas ganas irrefrenables de abrazar a alguien que no fuera Axel. Aquel jardinero podía pasar inadvertido por la vida, pero la vida no pasaba sin que él la advirtiera.

A las diez de la mañana del lunes, 10 de octubre, Måns Ek hizo una pausa en su jornada laboral para conversar con su amigo policía. Fueron caminando hasta una pastelería cercana al parque. El sol aparecía y desaparecía entre nubes mecidas por un viento suave. Ya en el local, Måns y Nils hablaron sin prisas. La paciencia, el *snus* y el café de un *fika* muy cálido consiguieron que aquella fuera una de las conversaciones más productivas en la investigación de Nils Åkerman.

Måns le explicó a Nils que uno de sus viejos conocidos, debido a sus frecuentes visitas al parque de las esculturas, era un médico húngaro jubilado y muy amable, el doctor Zoltán Balog. El médico coincidía a menudo con un enfermero polaco, que también solía pasear por el parque. Los dos se hicieron inseparables y compartieron muchas charlas ante los ojos del jardinero. Un día el doctor le presentó a su amigo polaco, Łukasz Górski, una persona tan amable y educada como Balog. Algunas veces lo invitaban a tomar café. Incluso le llevaban bollos de canela. Poco a poco, empezaron a visitar menos el parque, hasta que dejaron de hacerlo a finales de octubre de 2015. Måns no

había vuelto a verlos. Sabía que el doctor Balog vivía en uno de los edificios de fachada semicircular, situados frente a la estación central de trenes de Umeå. En alguna ocasión quiso acercarse hasta allí para interesarse por él, pero temía que le dijeran que su viejo amigo había muerto.

Aquella mañana Nils se quedó prendado del jardinero. Reconoció en él una capacidad extraordinaria para observar a las personas con una curiosidad sana y sin filtros, que lo habilitaba para captar los matices de los comportamientos.

Cuando Måns se despidió de Nils junto al parque, el jardinero tuvo la sensación de que todos los pesares de Umedalen salían corriendo detrás de su amigo policía, como si perdieran el tren. El gran Måns Ek no se equivocaba, porque Nils Åkerman conducía bastante deprisa en dirección a la estación central de Umeå. El sol se había retirado del cielo para dejar paso a las nubes y a un viento más frío. Eran las doce en punto.

47. Cuestión de olfato

10 de octubre de 2016. Madrid, España

En Madrid también eran las doce en punto. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que se encontraba realmente mareada, no a causa del intenso aroma de las fragancias mezcladas que la envolvían, sino porque se había empeñado en seguir con la mirada a una elegante mujer que caminaba dando vueltas por la perfumería pegada a su móvil. La clienta lucía una melena larga, lacia y negra, recogida en una cola de caballo muy estirada. Vestía una gabardina color berenjena a juego con sus uñas, su bolso y sus zapatos de tacón alto. Entre llamada y llamada, la señora se dirigió a ella señalando a una de las marcas de los perfumes de la estantería.

—Disculpe, Paloma, necesitaría el formato pequeño para el bolso. Gracias.

La dependienta percibió que, en tan solo unos segundos, aquella elegante mujer había sido capaz de leer su nombre en la chaqueta, de encontrar unas palabras educadas para que le buscara el producto y de seguir atenta a los detalles del asunto que trataba por teléfono.

A bergamota, violeta, rosa de mayo, iris y sándalo. Así olía la comisaria principal Andrea Ballesteros desde 1983, año en que salió al mercado Paris, el perfume de Yves Saint Laurent, casi al mismo tiempo que ella entraba en la escuela de policía. Ballesteros no se estaba fijando en su aroma, sino en la conversación que mantenía con el director general de la Policía por móvil, para explicarle los motivos de su viaje a Suecia.

—Señor, el caso está a punto de resolverse. Es cuestión de horas. Los suecos han dado con un nombre clave, un médico húngaro que puede estar actuando con el presunto secuestrador. Voy a coger el avión. Debemos estar allí para

apoyar a la inspectora o a su familia, según hayan ido o vayan las cosas. Le mantendré informado.

Ballesteros hacía tiempo en una de las perfumerías del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, mientras aguardaba la salida de su vuelo. Erik Andersson le había contado los vertiginosos progresos de la investigación. En la última fase, el trabajo de los policías que ella había enviado para colaborar con el caso, había resultado muy valioso. La comisaria principal también quiso llamar a su colega sueco desde la tienda.

—Erik, llego a las seis y media a Estocolmo. Si no me dices lo contrario, cogeré un vuelo de SAS a tu ciudad.

—¿A qué hora prevés estar en Östersund? Yo te recogeré.

—He mirado los enlaces y creo que sobre las diez de la noche. Son muchas horas por los tiempos de espera. Si hay cambios, házmelo saber y viajaré a donde me indiques.

—Así lo haré. Estamos en la recta final, Andrea, aunque seguimos sin saber dónde anda Åkerman ni qué planea.

—Tú dices que siempre ha sido uno de tus mejores policías. Confiamos en su sentido común. —Ballesteros miró el reloj—. Erik, cuando todo esto acabe, quiero estar junto a mi inspectora para apoyarla personalmente. Facilitame ese tema tanto como puedas. Te llamo desde Estocolmo.

Andrea Ballesteros colgó el teléfono con una mano mientras estrechaba con la otra la de la dependienta, en señal de agradecimiento por haberle encontrado el envase que necesitaba.

—Aquí está, señora. Sin duda, es un envase muy sofisticado.

La joven le mostró la caja precintada de la fragancia. Ambas sabían que contenía un frasco de diseño alargado en forma de diamante, de cristal grueso y transparente, con un tamaño de treinta mililitros, ideal para llevar en el bolso. Un perfume dulce para una jefa de la Policía que no fallaba en cuestiones de olfato. Empezaba la cuenta atrás en un enrevesado caso.

48. Cuenta atrás

10 de octubre de 2016. Umeå, Suecia

Eran las doce y once del 10 de octubre. Cuenta atrás en Umeå. Nils Åkerman contemplaba el espíritu de la ciudad, reflejado en el flujo de estudiantes que llegaban en tren con sus mochilas. Desde las puertas de la estación central, el inspector miró las fachadas semicirculares de los inmuebles que se alzaban justo enfrente, a ambos lados de la avenida Rådhusplanaden. Decidió entrar primero en el que quedaba a la derecha. Echó mano del *snus*, se colocó la bolsita bajo el labio superior y fue dando zancadas en dirección al edificio. La temperatura era de siete grados, pero sintió un calor asfixiante cuando leyó el nombre de Zoltán Balog en uno de los buzones de la finca.

Nils entró en el bloque intuyendo que aquel lunes estaba iniciando una carrera hacia el abismo. Comprobó que había correo acumulado. Subió a la segunda planta. Llamó a la puerta del médico. Nadie abrió. Él no se sorprendió. Preguntó a todos los vecinos por Balog. No sabían nada de él, pero sí habían visto a Górski entrar y salir del piso, solo y con el doctor. Uno de ellos informó a Nils de que Balog tenía una casa cerca de Kalvträsk y que pasaba muchas temporadas allí. El mismo vecino aseguró que no lo había visto en Umeå desde antes de las Navidades del año pasado. Górski sí que había continuado viniendo a recoger el correo, pero tampoco nadie había coincidido con él desde el verano.

Nils conocía el pequeño núcleo urbano de Kalvträsk, perteneciente al municipio de Skellefteå, donde vivían una treintena de personas. Era famoso por su reserva natural y por sus bosques. De golpe, frente a la puerta de Balog, se le superpusieron montones de imágenes encadenadas. Un médico húngaro

que ya no paseaba con su amigo polaco por el parque de las esculturas. Un apartamento en el que ya no vivía y donde pudo dormir Górski cuando no estaba en Pilgatan. Una casa en Kalvträsk, el escondite perfecto. Cada imagen lo impulsaba a bajar los escalones más deprisa y a hacerse preguntas más rápido:

«¿Dónde tiene el médico la casa? ¿Cómo puedo localizarla? ¿Qué tiene que ver el médico con la desaparición de Górski? ¿Y con la de mi hijo? ¿Y con la de Elena? De Umea a Kalvträsk hay unos ciento treinta kilómetros. Si estoy en lo cierto, me encuentro a menos de dos horas de Axel. Dios mío. ¿A quién pido ayuda?».

De repente todo aquello le pareció una locura arrolladora. Dudó entre llamar a Ann-Marie Jonsson, a Östersund, o a la comisaría de Umeå, donde no había ninguna Hanna, pero sí alguien con quien compartía un secreto oscuro. Optó por llamar a Umeå. Sentado en un banco de Rådhusplanaden, marcó el número personal de Alessio Nykvist. Eran las tres.

Estuvo una hora esperándolo en Köksbaren, el restaurante situado al pie del edificio del médico. A las cuatro, Nils vio venir al viejo policía a través del perímetro acristalado de las ventanas que rodeaban la fachada del local. Aunque había aumentado de peso, conservaba el atractivo latino en su aspecto de hombre maduro. Moreno de playa mediterránea. Pelo muy corto, rasurado a máquina. Mismos ojos negros y llenos de misterio. Misma elegancia enfundada en una gabardina de temporada. La de ese día, larga y gris marengo.

Cuando estuvieron uno frente al otro, se dieron un solo beso en la boca, fuerte y fiero. El suyo era un pacto de silencio. En décimas de segundo de una noche fatídica, Nils tomó la decisión de apoyar a Alessio callando lo que uno ocultó en la gabardina y el otro, en el uniforme. Después de aquello, a ninguno de los dos les convino que se les viera juntos mucho tiempo. En ese encuentro también optaron por una charla rápida.

—Siento lo de tu hijo, Nils. —Le ofreció *snus*.

—¿Quieres ayudarme? —Aceptó el tabaco de Alessio.

—Claro que quiero. Pide.

—Zoltán Balog es un médico húngaro que vive aquí al lado. —Señaló el edificio—. Tiene una casa en los bosques de Kalvträsk. Necesito su ubicación. Mi hijo puede estar en esa casa.

—Si eso es cierto, sería grave. No deberías ir solo, Nils.

—¿Desde cuándo tú y yo hacemos lo que debemos?

—Te acompañaré. —Se aferró a su brazo.

—No. Necesito los datos ahora. Si están allí, te lo diré.

—Salvaste mi carrera, Åkerman. Sin tu lealtad, nunca hubiera podido seguir siendo policía. —Agachó la cabeza—. Tampoco habría llegado a convertirme en comisario. Déjame que te ayude yo ahora.

—Si quieres ayudarme, proporcióname la ubicación de la casa, Alessio, rápido. Yo no salí corriendo detrás de ti ni te perseguí para protegerte. Me limité a hacer lo que me pediste. Actúa tú igual conmigo, haciendo lo que te pido.

—Dame tu palabra de que no intervendrás solo.

—Tú y yo no necesitamos darnos la palabra para nada.

Los dos policías borraron las llamadas de sus teléfonos antes de despedirse con otro beso en la boca. También fuerte. También fiero. Eran las cinco. Antes de las ocho, la localización de una casa perdida entraba en el móvil de Nils. La noche había caído en Umeå.

El tiempo que el inspector tuvo que esperar para emprender su viaje a Kalvträsk y llegar allí con la luz del amanecer le resultó un suplicio. Apenas durmió, a pesar de que le hubiera venido bien. La vigilia le obligó a pensar en lo que haría cuando se encontrara en la casa y en lo que necesitaría para poder intervenir. Se puso en marcha a las cuatro y media de la madrugada, siguiendo las indicaciones que le había facilitado Alessio. Conducía sin sosiego, llevando la vista de las líneas discontinuas de la carretera a los números del cuentakilómetros. Su hijo y Elena llevaban casi cuarenta y siete días desaparecidos. Él había sido muy lento, y rogaba al cielo para que no fuera

tarde ni se estuviera equivocando. Pensó en el reloj del comedor de su padre. En las risas de Axel. En el beso a Alessio. En el que se habían dado dieciocho años antes en medio de un registro por drogas. Y en los que quiso darle a Elena.

«Dentro de cien kilómetros estaré en Kalvträsk. ¿Quién hay en Kalvträsk? No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo si no lo investigo yo mismo? Debo tomar precauciones para que nadie me vea. No sé a qué ni a quién me enfrento. Ocultaré el coche en los bosques. Llegaré a pie hasta la casa. Averiguaré si está pasando algo en Kalvträsk que tenga que ver con mi hijo y con Elena. Si no lo hago, me volveré loco. Debí haber dejado que me acompañara Alessio. Él hubiera sido mi mejor aliado en esto, pero me hubiera impedido matar».

La confusión y los nervios lo estaban consumiendo. Puso el móvil a cargar en la toma de corriente de su cuatro por cuatro para que Google Maps no acabara consumiendo también la batería de su teléfono. Sin dejar de conducir, se aseguró de llevar encima y cargada la Makárov, la pistola ilegal rusa que había conseguido gracias a Nykvist hacía dieciocho años. Hasta entonces, no la había usado nunca. El arma había dormido en uno de los cajones de su mesita de noche, apuntando a su cabeza y a su trauma.

El inspector jefe Alessio Nykvist, hijo de padre sueco y madre italiana, siente una cierta simpatía por el joven de Östersund, quizás porque los dos practican el biatlón y aman la nieve. A pesar de que Nils Åkerman es un aspirante a policía en prácticas, ya está a punto de acabarlas para incorporarse a su primer destino. Es el compañero adecuado para su cometido.

Alessio Nykvist tiene un solo problema y ningún amigo en la policía. Esa noche puede ser una buena oportunidad para ganar tiempo para su problema y hacer un amigo en el cuerpo; o para que lo denuncien, lo pierda todo y acabe en la cárcel.

El inspector jefe Nykvist le ofrece al joven Åkerman que vaya con él esa noche de registros a uno de los locales en los que la Policía de Umeå va a intervenir. Nils está entusiasmado con la idea, aunque algo de todo aquello no le encaja. Alessio confía en el corazón y en la lealtad de Åkerman; y Nils, en todo lo que puede aprender junto a un

policía como Nykvist. Ninguno de los dos quedará defraudado con el otro, aunque su alianza los obligará a compartir un enorme peso para siempre.

La intervención en el local al que acude el equipo de Nykvist se realiza con mucha rapidez. Los policías saben lo que tienen que hacer, porque él es claro en sus órdenes. Åkerman debe acompañarlo a la parte trasera del pub, donde están las oficinas. En el despacho al que entran no hay nadie. Una vez allí, todo sucede muy deprisa.

El inspector jefe pide a Nils que eche el cerrojo de la puerta. Él cumple la orden de su superior sin cuestionarla, pero lo ve actuar de una forma extraña. Abre y cierra todos los cajones de las mesas maldiciendo y amenazando a alguien ausente.

—¿Dónde está, hijo de puta? ¡No lo veo! ¿Dónde me lo has puesto? ¡Si me has traicionado, te cerraré el local y te enviaré de vuelta a Norilsk para que te pudras entre residuos, a cuarenta grados bajo cero!

—¿Qué pasa, Alessio? —Nils está desconcertado—. ¿Qué buscas? ¿A quién le hablas?

Alessio Nykvist encuentra lo que busca en uno de los cajones. Es una bolsa de polvo blanco que satisfará su adicción durante mucho tiempo. Después saca una Makárov del mismo cajón y se la tiende a Nils.

—Cógela. Es rusa. No está registrada ni se ha disparado nunca. —Nils no puede creer lo que está oyendo, pero Alessio continua—. Mira. Va cargada con su munición. Algún día puede hacerte falta.

Åkerman entiende que sus compañeros no encontrarán nada en ese local. Lo único que hay allí es la droga y el arma que el dueño ha dejado para Nykvist como pago a su chivatazo. No está preparado para que se le derrumbe la imagen de un superior al que admira. Alessio lo ve al borde del precipicio.

—Cógela o denúnciame, Nils. Hagas lo que hagas, no me defraudarás ni tendrás problemas conmigo.

Nils no reacciona. Alessio se encoge en la gabardina. Ha arrastrado al joven al mundo de las ilusiones rotas. Se explica deprisa.

—¡Nils, atiende! Soy cocainómano. Mi mujer lo sospecha. A casa no llega el dinero. Si ella me deja, será mi final. Con esto ganaré algo de tiempo para convencerme de que

debo pedir ayuda. Mientras tanto, mis hijos podrán comer con mi sueldo.

Åkerman vive una contradicción en la que duda y duda de la duda. Se ve tendiendo una mano al inspector. No es consciente de si lo hace para ayudarlo o para hacerse con una pistola procedente del mercado negro. Cuando uno tiene lo que quiere y el otro, lo que acepta, ambos firman un pacto de silencio con un beso en la boca.

Salen de las oficinas. Nykvist grita a sus policías.

—¡Aquí dentro no hay nada!

En menos de cinco minutos, Nils Åkerman ve muchas caras del delito y participa en ellas. Tendrá que vivir con su decisión toda la vida. Con su decisión, con un arma ilegal y con miles de preguntas sobre el porqué de su comportamiento que se convertirán en neurosis.

«No fue Alessio, fui yo. Aquella noche yo rompí mi ilusión de ser un buen policía. ¿Por qué encubrí a Nykvist? ¿Por qué no lo denuncié? ¿Cuántas veces me he hecho estas preguntas? ¿Y qué sentido tiene que me las haga ahora? Pude no coger el arma, pero lo hice. Ahora la tengo y estoy dispuesto a matar».

49. Confluencia de fuerzas

11 de octubre de 2016. Estocolmo, Suecia

El doctor en Biología Botánica Edwin José Trujillo era uno de los primeros clientes en desayunar por las mañanas. A las siete y cuarto de ese martes daba los últimos bocados a una tostada de pan negro untada con mantequilla y mermelada de frambuesa. El comedor del hotel Terminus, en Estocolmo, tembló debido al movimiento subterráneo que provocaban los trenes al entrar a la estación. Sin embargo, lo que realmente originó un auténtico desconcierto en el salón fue el ritmo latino del grupo colombiano Piso 21, que cantaba su tema *Me llamas* desde el móvil de Edwin José. Kendry Alejandra reclamaba a su marido.

El botánico abandonó el comedor sofocado. Ya en el *hall* del hotel, puso el teléfono en silencio. Se sentó en uno de los sillones que había frente a la recepción y esperó unos minutos a que se le pasara el apuro. Imaginó a su mujer blasfemando contra él por no haberle contestado. Ella le estaba escribiendo por WhatsApp.

Kendry Alejandra, 1:23 (Armenia en Quindío, Colombia): Amor, ¿por qué no me lo coges? ¿Qué haces? No puedo dormir. Sebastián está malito.

Edwin José, 7:23 (Estocolmo, Suecia): Mi reina, estaba en el comedor, desayunando. No podía hablar. Esta gente sueca es muda y muy malacarosa. Lo siento. ¿Qué le pasa al niño?

Kendry Alejandra, 1:23: Muchos mocos. ¿Cuándo vuelves, amor? Te extraño, negrito.

Edwin José, 7:23: El 17 cogemos el vuelo a Bogotá. Tengo ganas de verte y de comerte entera.

Kendry Alejandra, 1:23: Oh, sí, negro.

La conversación del matrimonio subió de tono y acabó en escalada, pero por motivos muy diferentes a los eróticos.

Edwin José, 7:28: Me haces mucha falta.>También los niños. Qué importante es la familia. Y qué bonita es la nuestra.

Kendry Alejandra, 1:28: Ay, amor, sí. Fíjate tú qué penita lo de esos suecos. El otro día me enteré, de casualidad, de lo de la desaparición esa en Suecia. Qué feo es todo.

Edwin José, 7:28: ¿Qué desaparición, mi vida?

Kendry Alejandra, 1:28: La del niño pequeño y la mujer española. Llevan un mes y medio perdidos. Ay, Dios santísimo, qué les habrán hecho. Los padres están destrozados. Tienen cuatro hijos, como nosotros.

Edwin José, 7:28: No sé de qué me hablas, Kendry Alejandra.

Kendry Alejandra, 1:28: Amor, ¿qué pasa? ¿Ustedes no leen los periódicos ni ven las noticias, o qué?

Edwin José, 7:28: Acá hablan un idioma muy raro, corazón. Y nosotros siempre andamos entre plantas y árboles, tú sabes.

Kendry Alejandra, 1:29: Negro, hay un canal de YouTube con vídeos en español, que lo cuenta todo. Mira tú que la mujer desaparecida también era policía. Muy raro todo. Y pinta feísimo. Ahora te paso el enlace a ver qué te parece, amor. Podía ser uno de nuestros hijos. Qué penita. Se me parte el alma.

Kendry Alejandra envió a su marido un enlace. Para contentarla, Edwin José clicó en el vínculo y abrió el video. El biólogo se quedó paralizado al

reconocer a la mujer de los bosques de Kalvträsk, con la que había sofocado sus fantasías sexuales en un orgasmo silvestre. Volvió a darle al *play* varias veces para visionar las imágenes y asegurarse de que lo que estaba viendo era cierto. Examinó algunos vídeos más del canal y en todos ellos identificó a la mujer y al niño. Se convenció de que Kendry Alejandra tenía un radar infalible para las infidelidades, aunque fueran de pensamiento. Nunca podría explicarle la verdad de todo aquello, pero pensó que, justo en aquel momento, eso no era lo más importante.

Edwin José leyó la historia del suceso y, casi en estado de *shock*, fue a la recepción del hotel para preguntar por la comisaría de policía más cercana. En Google le habían salido varias, una en la misma estación de tren, pero él no sabía a cuál dirigirse dada la gravedad del caso. La chica que lo atendió le aconsejó que fuera a Kungsholmen, donde se agrupaban diferentes dependencias policiales y la dirección de muchos departamentos.

En media hora estaba frente a Kungsholmsgatan, 43, con el canal de YouTube abierto en el móvil. Nada más cruzar la puerta del edificio, supo que tendría que retrasar todos los planes que tenía para ese martes.

Trujillo afrontaría en una de las comisarías centrales de Estocolmo miles de preguntas de policías suecos que hablaban español o inglés. Primero tuvo que presentarse y acreditar su identidad como investigador colombiano de la Universidad de Quindío. Luego explicó su viaje, habló de la reserva natural de Vitbergen, de los bosques de Kalvträsk y de aquella excursión sin rumbo una semana antes, en la que se topó con la casa. Contó que vio a una pareja jugando con un niño. Le mostraron varias fotografías y reconoció a Elena y a Axel, igual que en los vídeos. También a Łukasz Górski. Cuando le preguntaron por qué no había hablado con ellos, el biólogo obvió el episodio de la masturbación y alegó que se hallaba totalmente concentrado en su trabajo. Afortunadamente para el pudor y los remordimientos de Edwin José, la policía sueca no incidió demasiado en aquel punto y se empleó a fondo en otras tareas.

Trujillo se vio obligado a precisar en los mapas, tanto como pudo, la ubicación de aquella casa en medio de la nada y a describir en detalle los caminos. Para la Policía de Estocolmo, en comunicación permanente con la comisaría de Östersund, era fundamental poder localizar la vivienda cuanto antes. Pero ni la Policía de Estocolmo ni la de Östersund ni la más cercana a Kalvträsk, en Skellefteå, darían con la casa antes que un solo policía ofuscado, que había emprendido su viaje desde Umeå a las cuatro y media de la madrugada. Otro policía estaba preparando ya un dispositivo de apoyo a ese hombre ofuscado. Esta vez, el comisario de Umeå, Alessio Nykvist, no pensaba defraudar al inspector de Östersund, Nils Åkerman.

Una confluencia de fuerzas policiales se dirigía a Kalvträsk desde distintas ciudades. Allí esperaba oculta otra fuerza invisible.

50. La Makárov irrumpe en la explanada

11 de octubre de 2016. Kalvträsk, Suecia

El estado mental de Nils Åkerman no resultaba el más apropiado para emprender una operación de rescate. Sin embargo, a eso le acabarían llevando sus solitarios pasos. Desde que salió de Umeå hasta que llegó al pequeño núcleo urbano de Kalvträsk, el inspector había conducido alrededor de dos horas por la carretera 364, sumido en un torrente de reflexiones tóxicas.

A las seis y media de la mañana del martes, 11 de octubre, la soledad y el silencio habituales reinaban en los inmensos bosques sobre los que se asentaba la minúscula población de Kalvträsk. El termómetro del cuatro por cuatro de Nils marcaba una temperatura exterior de cero grados. Pequeños copos de nevisca se deshacían sobre los cristales del coche o acababan acariciando el suelo antes de diluirse. La suavidad de su baile y su compañía apaciguaron algo los nervios del inspector, porque la nieve siempre lo sosegaba.

Atravesó el centro de Kalvträsk. Dejó atrás la iglesia, una pequeña gasolinera y la tienda en torno a la cual se agrupaban unas pocas casas. Siguió avanzando por la carretera bajo un cielo nublado que se resistía a despertar. A ambos lados del asfalto solo había árboles que no se acababan nunca, como en cualquier otro paisaje del norte de Suecia. Pasó de largo el desvío de la Reserva Natural de Vítbergen, que quedaba a la izquierda. Continuó conduciendo más de quince kilómetros hasta el punto donde la calzada giraba a la derecha, en dirección a Mårdsele, Malträsk y Lycksele. Era el único sentido que indicaban tres letreros deteriorados, dos de ellos escritos a mano. Nils no giró. Siguió recto y se introdujo en el bosque, donde el asfalto se

convertía en un camino agreste de tierra que serpenteaba entre pinos, abetos y abedules. Por él se accedía a la propiedad del médico húngaro.

Nils Åkerman aguardó la llegada de la luz del amanecer apartado a un lado de la vía. A las siete y veinte despuntó el alba y prosiguió su recorrido por el bosque con los faros del coche apagados. Había unos ocho kilómetros hasta la casa. Aún se encontraba a bastante distancia cuando perdió la cobertura del teléfono. Soltó unos cuantos improperios y se sintió todavía más solo. A menos de dos kilómetros de su objetivo, decidió aparcar en una improvisada cuneta. Se bajó del vehículo y se distribuyó por los bolsillos lo poco que traía: una linterna, pilas, unos guantes, una ganzúa y el móvil cargado, pero sin cobertura. En el pantalón llevaba la Makárov a punto. Se colgó unos prismáticos al cuello y se echó por encima un impermeable de camuflaje con capucha. Antes de emprender la marcha, le dio unas cuantas patadas a las ruedas del coche. Se sentía muy impotente sin teléfono. Con el pie dolorido a causa de su inútil arrebató, echó a andar dejándose devorar por la frondosidad de los árboles.

En Umeå, había tomado la precaución de descargarse en el móvil la configuración del mapa que le describía la ruta hacia la propiedad del doctor Balog. Gracias a ello, pudo consultarla sin conexión a internet. Aunque se había estudiado el itinerario y seguía al pie de la letra las indicaciones que veía en la pantalla, en más de una ocasión temió perderse. Frente a sus ojos se desplegaba un laberinto de senderos poblados por una vegetación salvaje, que parecía propia de otro mundo. En ningún momento se apartó de la vía por donde había venido conduciendo. Cuando calculó que estaba cerca de la vivienda, aumentó el sigilo. No tardó en divisar un cobertizo rojo. Inmediatamente, abandonó el camino de tierra y continuó camuflado en el bosque. La nieve caía, pero no cuajaba en la tierra, así que todo seguía siendo marrón, verde, naranja y amarillo. No se fijó en esos matices, ni echó cuenta de que una serpiente quiso saludarlo. Algo parecido a un zorro se le cruzó sin demasiadas buenas intenciones, pero el inspector estaba concentrado

únicamente en no hacer ruido al caminar y en mirar a todos los lados, sin bajar demasiado la vista al suelo. No oía voces ni ningún otro sonido que pudiera guiarlo, pero tampoco lo necesitó, porque tras una masa redondeada de árboles atisbó una explanada y, en ella, la casa. Pasaban las ocho menos diez de la mañana.

Nils agarró los prismáticos y enfocó en escorzo a su objetivo. Comprobó que las puertas y las ventanas de la vivienda estaban cerradas, aunque supo que había luz dentro porque se filtraba por las rendijas de las contraventanas. Inquieto, examinó el espacio exterior, una planicie rectangular. El ancho medía algo más de veinte metros. La parte más larga, de unos treinta metros, iba desde la puerta principal de la casa a los pinos de enfrente. Las fachadas laterales y trasera de la vivienda quedaban a unos cinco metros de los abetos y los pinos. Solo había una entrada y una salida, por el cobertizo. Diez minutos duraron aquellos cálculos, porque a las ocho en punto comenzó a llorar un niño. Nils andaba entre los árboles cercanos a una de las fachadas laterales, a poco más de cinco metros de esos lamentos. Eran inconfundibles para él. Era su hijo. Axel estaba vivo y él estaba resucitando con su llanto. Creyó en Dios más que nunca. La alegría se apoderó de su espíritu y le hizo recuperar la esperanza de poder superar la experiencia más traumática de su vida y de enterrar con ella todos sus conflictos pasados.

El tiempo empezó a dar un primer giro en Kalvträsk marcado por los lloros del triste despertar de Axel y las lágrimas de felicidad de Nils. El inspector se aproximó a la ventana de la que procedían los sollozos del niño. Aguantó la respiración con la Makárov en la mano. Pronto todo enmudeció de nuevo. Tuvo que pasar una hora de silencio absoluto hasta que, a las nueve, apareció en el porche Łukasz Górski. Estaba solo. Desde uno de los laterales del llano, Nils lo tenía a doce metros de distancia. Pensó que podría dispararle con acierto, pero no sabía si había más gente en el interior de la casa que pudiera hacerle daño a su hijo ni cómo encajaba el médico húngaro en todo aquello. Se estremeció al pensar que podrían haber matado a Elena. Varias veces alzó

la vista al cielo buscando a su aliado, en una lucha infernal por mantener la calma.

Observó a Górski con una ansiedad galopante. Jamás lo había visto en persona. Allí estaba, examinando el entorno. Solo. En pie. Inmóvil. Aseado. Afeitado al uno con estilo y bien vestido, con unos vaqueros y un anorak azul marino por el que asomaba una camisa de cuadros. Cambió el foco de los prismáticos de los cuadros de la camisa a sus ojos. Górski miraba en todas direcciones. Pasados unos minutos, regresó adentro. Nils advirtió que abría las portezuelas de las dos ventanas de la fachada principal, pero no descorría las cortinas. Transcurrió un tiempo largo, interminable, insoportable, insostenible para el inspector. No sabía qué hacer, si explorar el entorno o esperar nuevos movimientos. La nieve cesó y las nubes desaparecieron. El sol tomó su espacio en el cielo. A medida que se estiraba la mañana, la temperatura ascendía, de los cero a los cinco grados, calculó Nils.

Tras dos horas de pensamientos erráticos, el inspector perdió la cabeza del todo. A las once, Łukasz Górski volvió a salir al porche: primero con una mecedora; y luego, con otra. Lo que Nils vio después de aquello le paralizó el corazón y la razón. Axel salió corriendo de la casa a los brazos de Górski y él lo vistió de besos. Después, los dos volvieron a entrar y Elena apareció con ellos, cogida del brazo de Łukasz, como si fuera su mujer y le perteneciera. Una escena protagonizada por una familia feliz en la explanada hizo el resto para que se fraguara una desgracia.

En diecisiete años de servicio en el cuerpo de la Policía sueca, Nils Åkerman había intervenido en todo tipo de operaciones y, además, contaba con su propia experiencia, sus oscuros secretos y su turbio pasado. Pero lo que creyó estar viendo ese día en Kalvträsk traspasó todos los límites de la perversión que él había conocido. Łukasz Górski tenía a Axel y a Elena, y los tres se divertían juntos y parecían muy unidos. El niño había crecido y ella no presentaba mal aspecto, aunque estaba más delgada. El falso Łukasz actuaba como un padre cariñoso y un verdadero marido. Ajustaba el abrigo del

pequeño para protegerlo del frío y apartaba el pelo de Elena de sus mejillas con caricias más delicadas que la brisa del viento. A Nils se le partió el alma intentando dar sentido a todo aquello. Un profundo dolor lo condujo al desenfreno:

«¿Qué está pasando aquí? ¿Elena se ha fugado con este hombre y con mi hijo? ¿He perdido la razón? No. No es ninguna alucinación. ¡Maldita sea! Estoy en Kalvträsk, en la finca del médico húngaro. ¿Dónde está Zoltán Balog? ¿Por qué está Górski en su casa con mi hijo? Es mi hijo, mi hijo Axel. He sido un estúpido y un necio. ¡Canallas! Sois unos seres despreciables». Aquella endemoniada interpretación de los hechos lo transformaba. «¿Por qué habéis traído a mi hijo aquí? ¿Cómo has podido hacerme esto, Elena? Os mataré. Os mataré a los dos. Dios mío, he estado ciego. Margareta me lo dijo. Elena podía haberse llevado al niño, pero yo no quise creerlo. ¿Qué hago? ¿A quién disparo primero? Debo esperar a que mi hijo esté alejado de ellos».

El silencioso juicio de Nils corría por el abismo más deprisa que los ruidosos parloteos de Axel por el llano. El pequeño reía rebosante de salud y de vida, y su padre lloraba hundido en el sufrimiento y la paranoia. El niño saltaba, inocente, de un lado a otro, junto a Górski y a Elena. Si se cansaba, uno u otro lo cogían en brazos y los tres se abrazaban. La escena se alargaba y se alargaba como en un plano secuencia de cine y se hacía insufrible a los ojos de un Nils enloquecido. El inspector se dejó caer en la maleza, derrotado por la vida. Lo habían apuñalado con lo que más podía dañarlo: la pérdida de su hijo y la traición de una mujer con la que pretendía vivir algo limpio y nuevo. Empuñó el arma cargada para decidir a quién disparar en primer lugar: si al delincuente o a la que veía ya como su cómplice. Bordeó una vez más los árboles, siempre de cara a la puerta, siempre apuntándolos. Se situó a la derecha de la casa, a unos siete metros de la fachada lateral, donde estaban jugando. A esa distancia no fallaría el disparo.

—¡Llegó tu final, maldita arpía! Tú morirás primero.

El tiempo empezó a dar un segundo giro en Kalvträsk, marcado por la pistola

Makárov que había irrumpido en la explanada. Axel se puso justo en la línea de tiro de su padre. Nils reparó unos segundos en las risas de su hijo antes de que el niño echara a correr de nuevo más lejos, hacia el cobertizo. Entones reorientó el arma a su blanco y deslizó el dedo para apretar el gatillo. Dudó un poco, lo suficiente para que Elena fijara la vista en los pinos desde donde Nils iba a matarla con un cartucho ruso 9×18 milímetros Makárov. Las ironías del destino quisieron que la salvara de un tiro certero su secuestrador ucraniano, echándola al suelo con un empujón violento.

—Te he dicho muchas veces que no mires al bosque. No puedes escapar de mí, ¿lo entiendes, Elena?

—No te enfades, Mykola. No quiero ir a ningún sitio.

—¡No te creo! Sigues pensando en huir.

—No es verdad. Lo siento...

—Me tienes hartado con tus disculpas.

—Pero es que siento confundirte y disgustarte. Tienes que creerme. Ya no soporto las tensiones entre nosotros... Me destruyen...

—No quiero discutir contigo. O haces lo que te digo o te quedarás atada en la casa.

—No me digas eso, por favor...

—Sabes que no debes contradecirme.

—No te contradigo... Siempre hago lo que tú me pides...

—Porque no tienes más remedio.

Nils bajó el arma, temblando ante aquellos gritos en inglés y ante su propio desequilibrio. ¿Había estado a punto de cometer el mayor error de su vida? No lo sabía. No podía entenderlo. Permaneció agazapado entre la maleza, mirando como Górski acorralaba a Elena y la amenazaba con palabras y gestos agresivos. Muerto de pánico, fue comprendiendo que una mujer inocente se encontraba entre dos verdugos. Desesperado, se llevó la pistola a la sien. En los bosques de Kalvträsk, se escuchó un chasquido. Axel lloró llamando a papá.

51. Teatro y vida

11 de octubre de 2016. Kalvträsk, Suecia

Los llantos de Axel y los chasquidos de Nils sonaban a la par en los bosques de Kalvträsk. Mykola centró su atención en el niño y lo aupó para calmarlo; la pelea que había presenciado lo había puesto nervioso. Elena se levantó del suelo y siguió atenta a los sonidos que se oían tras los árboles, como ramas que se partían o pájaros que picoteaban. Nils había puesto el seguro a la Makárov y permanecía oculto entre los pinos, emitiendo chasquidos para alertar de su presencia a Elena. Aquella fue la rocambolesca alternativa que encontró el inspector a suicidarse apretando el gatillo, después de haber estado a punto de matar a una mujer inocente.

Elena sabía que aquellos sonidos no procedían de la naturaleza, sino que salían de la boca de Nils. Los hubiera reconocido en cualquier lugar porque los llevaba incrustados en el cerebro. Había hecho flexiones al ritmo que marcaban en su cabeza todos los días de su encierro.

«Nils, es Nils... Ha venido, sí... Ya no estoy sola... La Policía... qué hará la Policía, debe haber venido con él... Podremos salir de aquí... Cuánto han tardado, dónde miro... cómo hago entender a Nils que sé que es él, qué hago para que Mykola no lo note... Él lo advierte todo... aunque esté pendiente del niño... Cuánto quiere al niño... el niño... mi niño... tengo que protegerlo si hay un tiroteo... No oigo nada que no sean los chasquidos... Igual no son los chasquidos de Nils... Sí, claro que sí... Oigo otro... Dónde puede estar situada la Policía... Tengo que ponerme cerca de Axel por si hay tiros... No quiero que disparen a Mykola... Otro chasquido... Me debería dar igual que le disparen... ¿Y si Nils está solo? Dónde está la Policía... No hay Policía...

No puedo saberlo... no puedo».

A pesar del estrés mental y de la enorme inquietud que sentía, el ingenio de Elena empezó a dispararse, impulsándola a dar unos pasos estafalarios. Fue entonces cuando el tiempo dio un tercer giro en Kalvträsk, esta vez, marcado por el ritmo de La Lupe en *Puro teatro*, una de las canciones preferidas de su padre, que ella había escuchado desde niña en el piso de las Tres Torres. La letra de la canción irrumpió, silenciosa, en los caóticos pensamientos de la policía para guiarla en una interpretación magistral.

...Mintiendo

Qué bien te queda el papel

Después de todo parece

Que esa es tu forma de ser...

La Lupe convirtió la explanada de la casa de Kalvträsk en un escenario imaginario para Elena, donde Mykola, sin saberlo, era su compañero de reparto y Nils, su público. La inspectora no esperaba aplausos, sino conseguir informar a Nils a través de sus diálogos con Mykola, de cuál era la situación real.

—Disculpa, Mykola, discúlpame... Sé que tengo que obedecerte. Jamás me escaparé de aquí. Te lo juro... Soy una estúpida... A veces pienso que hay animales salvajes entre los árboles y me da miedo. Es un gesto instintivo. Mi vida te pertenece. Está en tus manos. Lo sé. Lo he aprendido durante todo este tiempo.

Mykola escuchaba las explicaciones de Elena, sosteniendo a Axel en brazos. Receló del envoltorio de palabras con el que venía acompañada la excusa de los animales.

—No me encierres en el sótano, te lo suplico —prosiguió—. No puedo vivir a oscuras, bajo tierra. Haré lo que me pidas. Quiero estar con el niño y contigo, Mykola.

—Cálmate. Estás histérica. No debemos alterar más a Axel.

Nils dejó de respirar al oír el nombre de su hijo de los labios del desconocido que lo había secuestrado y al que Elena llamaba Mykola. Continuó atento a lo que ella quería transmitirle. Era consciente de que había reconocido sus chasquidos y de que intentaba darle información sobre lo que pasaba en la casa.

—Es que no soporto que te enfades conmigo. Hemos estado tanto tiempo aquí, tú y yo, Mykola Solonenko y Elena Rius, solos con Axel. ¿A dónde voy a ir? Sí, ya lo sé. No te fías de mí porque soy policía. Pero ¿qué puedo hacer? Eres tú el que va armado con un cuchillo y el que me ata a un pilar. Tienes mi palabra de que no me escaparé. Si quieres, cuando salgamos, puedes ligarme a tu brazo con la cadena.

Mykola seguía desconcertado con la verborrea de Elena, pero no pudo evitar sonreír con la ocurrencia de que la enlazara a su brazo. En ningún momento detectó que ella, en realidad, se estaba comunicando con Nils, como tampoco sospechó que el inspector se encontraba situado a unos metros, emitiendo chasquidos. A Elena le daban alas aquellos chasquidos, Mykola volaba en las dudas con las disculpas de Elena, y Nils permanecía estrellado en el suelo al comprender que había estado a punto de matar a la mujer que había protegido a su hijo todo el tiempo de su secuestro.

El tercer giro del tiempo en Kalvträsk continuaba en espiral hacia un terreno desconocido para los tres protagonistas de un acto trágico. Para Elena, había llegado el momento de seducir a Mykola con la intención de alejarlo de la casa y que Nils pudiera rescatar al niño. Al menos, ella lo hacía por esa razón sin intuir lo que vendría durante y después de la escena que estaba interpretando. Impulsada nuevamente por La Lupe, se lanzó al vacío escuchándola de nuevo en su cabeza. La cantante cubana solo cantaba para ella en Kalvträsk.

*...Lo tuyo es puro teatro,
falsedad bien ensayada,
estudiado simulacro...*

Jugándoselo todo con su estrategia, Elena Rius comenzó con su interpretación suicida, sin saber que se estaba entregando a sus sombras, sus propias sombras, y que jamás podría volver a ser la misma mujer.

—Mykola, siento mucho que discutamos y que el niño se altere. Yo... necesito hablar contigo... Es importante para mí... ¿Qué te parece si después de comer salimos a pasear un rato, cuando Axel duerma la siesta? Si quieres, puedo ponerme el vestido rojo. Aún hará sol.

—¿Pasear? —La repentina propuesta de Elena activó todas sus alertas—. ¿Por qué quieres salir de la casa sin Axel?

—Porque las tardes de otoño son preciosas aquí —se expresaba con un tono de ensueño—. Tengo que decirte algo... algo que es mejor decir en un entorno especial. El sótano es muy lúgubre, y arriba está el niño. Para esta conversación quisiera estar a solas contigo.

—¿Qué pretendes, Elena? Esa cursilería no es propia de ti. —Mykola empezó a sospechar de ella—. Ya he tenido bastante con el numerito de los animales salvajes. Vamos adentro.

—Espera, Mykola, espera. —La inspectora necesitaba más tiempo para acabar de informar a Nils—. Es que tenemos que hablar... ¿No lo entiendes?

—¿Qué es lo que tengo que entender exactamente? Estamos todos los días juntos. Podemos hablar en cualquier momento sin salir de la casa.

—Quiero estar contigo sin molestar al niño. Nadie va a venir. Además, no iremos lejos. Podemos dar una vuelta corta. Tenemos que quitarnos las máscaras de esta relación enfermiza en la que hemos caído.

Elena pudo inventar cualquier otro argumento para dar una explicación a la salida que estaba proponiendo, pero de las sombras de su inconsciente emergió justamente aquello. Y era cierto, no como lo de su miedo a los animales salvajes. No temía a ninguna fiera de Kalvträsk, porque se había acostumbrado al acecho de un lobo de Ucrania.

—Hay que poner palabras a las cosas —dijo Elena en un error de cálculo, sin saber si hablaba para Nils o para el lobo.

—Poner palabras a las cosas —repitió Mykola acercándose a ella con pasos cortos para dejarle caer un susurro al oído—: ¿De qué sirve poner palabras a las cosas que no tienen sentido? La vida no me ha dado permiso para amarte, y yo lo acepto.

El roce de sus labios y las tres frases que pronunció a continuación y que solo Elena escuchó casi la anularon. Lo vio levantar la vista al horizonte, por encima de los pinos, y quiso atraparlo al vuelo.

—¿Adónde quieres ir, Mykola? ¿Ahora eres tú el que piensa en escapar de mí? ¿Temes mirarme? ¿Para eso tampoco te da permiso la vida?

Él contestó pidiendo cuentas al universo.

—¿Qué es lo que está pasando aquí?

Sin esperar respuestas, se apresuró a zanzar el asunto volviendo a centrarse en el niño.

—Axel va a coger frío. Tenemos que entrar, por favor.

Elena se estaba desdoblado. Quería ceder para no perturbar más a Mykola, pero no podía retirarse de la explanada sin acabar de avisar a Nils de los peligros que corrían ella y el niño.

—Vale, entraremos. Pero antes escucha lo que tengo que decirte. —Adoptó un tono de desesperación—. ¡Se me está acabando el tiempo! ¿O acaso piensas que no sé que tarde o temprano me matarás? Solo quieres a Axel. Lo quieres para ti. Por eso te lo llevaste. Yo no te intereso. Puedes atarme, amordazarme y encerrarme, como cuando me trajiste aquí. Puedes maltratarme o matarme, porque los dos ya sabemos que no vas a violarme nunca. Yo solo quería que hiciéramos algo bonito. Un paseo al atardecer, tú y yo. Nada más. Se nos acaba esto...

Las últimas palabras de Elena sonaron mezcladas con unas lágrimas forzadas para la ocasión, aunque no tuvo que forzarlas tanto como hubiera querido. Mykola no sabía qué pensar. Algo le olía mal, pero no identificaba exactamente qué. Empezó a sentirse inseguro fuera de la casa, pero temía encerrarse dentro con Elena. Pensó en adelantar su muerte y en escapar esa

misma noche con el niño para huir de Suecia y de ella.

—No necesitas montar un número para llamar mi atención —concluyó taxativo—. Todo este tiempo me has gustado justamente porque no has actuado así. No quiero dejar solo a Axel. Podemos hablar en el salón mientras el niño duerme. Lo hemos hecho otras veces. ¿Qué es lo que ha cambiado ahora?

—Pues que ahora yo quiero hablar de mis sentimientos. También necesito que me aclares lo que me has dicho antes, eso de que...

—¡Basta ya! —sentenció—. ¡Entra!

Mientras se retiraban, la Lupe acabó de cantar para Elena.

...Perdona que no te crea. Me parece que es teatro...

Eran las doce cuando Mykola cerró la puerta de la casa. Señaló la trampilla y ordenó a Elena que bajara con el niño. Ella cogió en brazos a Axel y descendió por la escalera, muy inquieta. Él los siguió, callado. Ya en el sótano, hizo un gesto en dirección al biombo.

—Ponte el vestido rojo —ordenó—. Si quieres, buscaremos palabras para las cosas que no tienen sentido. Tú siempre cambias mis planes. Estoy acostumbrado a eso. —Respiró hondo—. Nunca debí traerte aquí. Fue mi primer error. Luego cometí muchos más. Todos contigo. Pueden salirme caros. Lo sé. Lo intuyo. —Caminaba sin parar, cada vez más nervioso—. Cuando estés vestida, subiremos a comer. Luego tomaremos café y hablaremos.

El telón cayó para Elena con un resultado del todo inesperado. Había conseguido informar a Nils, pero no que Mykola cediera a alejarse de la casa. En cambio, ella se había situado en una posición muy peligrosa dentro de su propio juego.

Tuvo la sensación de que su puro teatro se le había vuelto en contra. Había confundido más que nunca a su secuestrador y eso no parecía bueno. Ella también estaba confundida. Las frases que Mykola le había susurrado solo para sus oídos empezaron a darle vueltas en la cabeza. Ya nunca saldrían de ahí.

Se puso el vestido pensando en su color. Rojo sangre. No oía a la Policía.

52. Sí, pero no

11 de octubre de 2016. Kalvträsk, Suecia

Los vio desaparecer abatido por la angustia. Cuando se cerró la puerta de la casa, Nils tuvo que arrodillarse en la maleza, consternado por todo lo que había pasado. No le respondían ni el corazón ni la cabeza. El secuestrador tuvo todo el tiempo a Axel en brazos y él temió por la vida de su hijo. Aquel miedo lo había neutralizado. Permitted que Elena corriera un altísimo riesgo sin intervenir porque no fue capaz de dar un paso. Dudó si su actuación había sido la correcta y pensó en lo que hubiera hecho otro policía sin implicación en el caso. Tomó conciencia de que no estaba en condiciones de actuar con eficacia y de que podía perjudicar al niño y a Elena. Se sintió culpable y avergonzado por su cobardía. Un tábano se estampó contra su oído, harto de sus flagelaciones. El impacto del insecto consiguió hacerlo reaccionar. Enfocó con los prismáticos a las dos ventanas de la fachada principal. Las cortinas seguían echadas. No había luz en el interior ni se percibían movimientos. Tampoco oía voces ni sonido alguno. Buscó el móvil en todos los bolsillos. Tardó mucho en encontrarlo, a pesar de que lo tanteó varias veces. Dio una vuelta alrededor de la explanada. Hizo distintas fotos de la casa, de la posición de la chimenea en el tejado y de la entrada a la planicie por el cobertizo. Tuvo que repetir la mayoría de los disparos porque las imágenes salían borrosas a causa de la inestabilidad de su pulso. Fijó la vista en la puerta y se dejó vencer por un llanto algo extraño.

«¿Qué hago, Dios mío? Guíame. Guíame de nuevo, como cuando has impedido que matara a Elena o que yo mismo me volara la cabeza. Dime qué debo hacer. Márcame el camino».

El inspector se alejó de la explanada con sigilo. Cuando estuvo suficientemente retirado de la casa, comenzó a galopar por el bosque en dirección al coche. Necesitaba cobertura. En la carrera, propia de un atleta en forma para disputar el *Svensk Klassiker*, se obligó a pensar como policía.

«Están secuestrados. Tengo que pedir ayuda. Para preservar la integridad de los rehenes hay que diseñar una operación de rescate y emplear efectivos especializados. Ahora sé que están aquí y que están vivos. He investigado como padre. Dios me ha ayudado a eso. No he hecho nada ilícito. El Señor lo ha evitado».

Intentando imponerse a su desequilibrio con un mantra acelerado en el que nombraba reiteradamente a Dios, Nils se repetía las mismas frases para convencerse de que era lo correcto. Trotaba por los caminos del bosque, arañándose la cara y las manos con las ramas de los árboles.

«Mykola Solonenko. Mykola Solonenko», repetía.

Se había grabado el nombre en el alma. También la expresión de Elena cuando le hablaba. El inspector no solo vio miedo. También percibió otras cosas. A él jamás lo había mirado así, tan al borde de todo y de nada. No le gustaba aquello. Y no sabía por qué. Había algo encriptado, poderoso, entre ellos dos que no lograba descifrar. Una fuerza invisible. Quiso creer que aquellas sensaciones solo eran fruto de su estado de nervios.

La casa trataba de engullirlo como un agujero negro. Tuvo que luchar para distanciarse del lugar. Llegó al coche y lo puso a volar en dirección a la carretera. El móvil se conectó a la red un poco antes del cruce en el que el camino se convertía en asfalto. Enseguida supo qué número debía marcar. Pasaban algunos minutos de las doce y media.

—Alessio, tienes que ayudarme. ¡Están aquí! Łukasz Górski es Mykola Solonenko y tiene secuestrado a mi hijo y a la policía española.

—¿Mykola Solonenko? Siempre vas por delante de nosotros, Nils. No sé cómo lo haces. Eso te ayudará a meterte en menos líos si me escuchas y haces lo que yo te diga a partir de ahora. —Nykvist pasó a utilizar un tono asertivo

de manual policial—. ¡Se acabaron las carreras de llanero solitario!

—Alessio, no es momento de reprimendas. ¡Tienes que ayudarme!

—¡Nils, atiéndeme! —Los gritos de Alessio Nykvist pudieron oírse del norte al sur de Suecia—. ¡Lo sabemos casi todo! Estoy de camino. Voy conduciendo. Me queda media hora para llegar a Kalvträsk. Los de Östersund también están viniendo. ¡Llámalos y cúbrete las espaldas! He intentado avisarte, pero siempre saltaba el buzón de voz. No hagas tonterías, Nils. Esta vez tienes que confiar en mí. No voy a fallarte.

—Lo sé, Alessio. Lo sé. ¿Puedes hablar?

—Voy solo en mi coche, pero me sigue un batallón de policías de Umeå. Algunos van por aire a la zona en dos helicópteros. Escucha, Nils. ¡Escúchame! Tenemos poco tiempo para enderezar esto.

—¿Enderezar qué? No te entiendo.

—Un biólogo colombiano vio a tu hijo y a la mujer en la casa hace unos días. Los reconoció esta mañana en los vídeos de internet y se presentó en la comisaría central de Estocolmo. Desde entonces, todo el cuerpo se ha movilizado para resolver el caso. La orden viene de lo más alto. Incluso en la Policía española se ha montado un buen revuelo. Muchos quieren apuntarse el tanto y dar ruedas de prensa para salir en la televisión y ganarse un ascenso. Siento hablarte así, pero tienes que esperarme sin hacer nada o te buscarás la ruina.

—Alessio, escúchame tú también a mí. Ese tipo va armado con un cuchillo. No sé si tiene algo más dentro de la casa. Amenaza a Elena. ¡Por Dios santo! Es violento y quiere llevarse a mi hijo.

—Espérame donde estés, Nils. Haz un esquema de lo que sabes. Si has visto la zona, dibújala en un plano. Debes proporcionar toda la información que puedas a la policía. Los agentes de Skellefteå que conocen esos bosques deben estar por allí, dando vueltas por el terreno, pero no pueden intervenir hasta que llegemos nosotros con las fuerzas especiales de Umeå.

—¿Quién está al mando de todo esto, Alessio?

—Pregunta mejor quién no está al mando. —El sarcasmo de Nykvist se juntó con su ansiedad por controlar las acciones futuras de Nils—. ¡Haz lo que yo te diga, Åkerman! Mi objetivo es que no tengas problemas y puedas vivir el resto de tu vida feliz con tus hijos. Dirígete exclusivamente a Erik Andersson con lo que acordemos tú y yo ahora. Tu carrera depende de él. ¿Entiendes?

—Sí...

—¿Vas armado?

—Estoy de baja. Sabes que me han retirado la SIG Sauer reglamentaria. Pero sí, voy armado.

—Bien. Pues tendremos que arreglar eso.

—Alessio, he estado a punto de cometer una locura...

—¿Has disparado? —Nykvist cruzó los dedos.

—No... no...

—¿Alguien sabe que vas armado?

—No.

El comisario de Umeå suspiró aliviado y prosiguió con sus argumentaciones.

—Pues, atiéndeme. ¡La policía va a resolver el caso con éxito! Y tú y yo vamos a cerrar definitivamente lo que pasó hace dieciocho años. Me devolverás el arma y serás libre de nuevo. ¿Dónde estás, Nils?

—Junto a los indicativos a Kalvträsk y Lycksele, justo donde empieza el camino de tierra que llega a la casa del médico. Hay ocho kilómetros hasta allí. Pero no he visto a los policías de Skellefteå.

—Ya, pero eso no significa que ellos no te hayan visto a ti. No quiero pensar en lo que pasaría si la policía te viera con esa condenada pistola.

—Haré lo que tenga que hacer, Alessio.

—¡Maldita cabezonería la tuya! No te muevas de donde estás. ¡Es una orden! Pon por escrito la información que tengas de los accesos a la vivienda y del secuestrador. Llama a Andersson. Cuéntaselo todo. Viene de camino con tus colegas, los que han llevado todo el tiempo la investigación. Cuando yo llegue, me devolverás la Makárov. Luego dejarás intervenir a la Policía. ¿Me

has entendido?

—Pero entonces, ¿no me dejarás ir contigo a la casa?

—Sabes que no puedes estar allí. Intervendrán muchos policías, Nils. Lo harán bien y rescatarán a tu hijo y a la chica.

—No sé, Alessio...

—Pero ¿qué es lo que no sabes, maldición?

—Es mi hijo...

—¿Quién diablos te crees que eres? ¡Deja trabajar a tus compañeros si quieres que esto salga bien! ¡Y haz lo que yo te diga! En menos de media hora estaré contigo. Tienes ese tiempo para llamar a Andersson y poner por escrito lo que sabes.

—Alessio...

—¡Åkerman, espérame!

Esta vez el grito de Nykvist pudo oírse en toda Escandinavia.

—Está bien. Haré lo que me dices. Te esperaré.

Nils Åkerman volvió a sentir que estaba frente a su ídolo, el comisario Alessio Nykvist, un policía de raza que había hecho equilibrios con el delito sin acabar estrellado. Pensó que él debería seguir su ejemplo, pero aquella mañana, en Kalvträsk, supo que no podría. No le devolvería la Makárov porque la quería. Y esta vez sí que estaba tomando la decisión libremente. Aquel hombre de dos nombres. Aquellos besos a su hijo. Aquellas caricias a Elena camufladas con apartarle el pelo de la cara. La expresión de ella ante su secuestrador. Lo que se dijeron y no se oyó. ¿Cómo iba él a defenderse de todo eso si lo necesitaba? La Makárov regresaría a Östersund y seguiría en la mesita de noche, durmiendo a su lado. Quizás algún día tendría que despertarla. Por el momento, la ocultó en uno de los recovecos de su cuarto por cuatro, bajo el asiento en el que iba anclada la sillita de Axel.

53. Galimatías de tiempos

11 de octubre de 2016. A Kalvträsk, Suecia

El equipo de Erik Andersson iba de camino a Kalvträsk en una furgoneta de la Policía sueca un poco destartalada. En el vehículo viajaban nueve policías: seis suecos y tres españoles. Todos sabían que el dispositivo para el rescate que se había puesto en marcha esa mañana era impresionante y no dependía de ellos. La voz cantante de la operación la llevarían las fuerzas especiales de Umeå. Los mandos al frente de la intervención habían fijado la hora del asalto a la casa con un margen amplio: entre las dos y las ocho de la tarde de aquel martes, 11 de octubre. Todavía no se había llegado a un acuerdo sobre si intervenir con o sin luz solar.

Para Andersson, que el biólogo colombiano Edwin José Trujillo hubiera identificado al niño y a la inspectora en una de las comisarías de las dependencias centrales de la Policía en Estocolmo, no había hecho más que poner el acento en lo exagerado del operativo. Los ojos del mundo entero posarían su mirada en Suecia para conocer el desenlace de una historia que había conmocionado a muchos corazones. Las altas esferas, políticas y policiales, no querían fallos en la última fase. Se dieron órdenes desde la dirección de la Policía para no actuar precipitadamente, sin haber estudiado antes toda la información aportada por las distintas comisarías implicadas en el asunto.

Desde el departamento de la máxima autoridad policial se pidió también que se evaluaran diferentes maneras de abordar la intervención con la mayor seguridad posible. Importaba la eficacia del rescate, pero también la estética de las formas en la resolución de un caso que estaba dando la vuelta al mundo

desde el canal de YouTube abierto en España.

Toda aquella cautela ayudó al equipo de Andersson a llegar a Kalvträsk antes del asalto, porque les proporcionó un tiempo muy valioso para realizar el viaje. Cuando Estocolmo llamó a Östersund, a las ocho y media de la mañana, para informar del testimonio del biólogo colombiano, Erik Andersson y Andrea Ballesteros reunieron al grupo de investigación y pusieron rumbo a Kalvträsk. Estaban a casi cuatrocientos kilómetros de la casa, con mala combinación de vuelos, y el helicóptero de Jämtland averiado, pero el comisario sueco echó mano de los únicos vehículos que no fallaban nunca: las furgonetas más anticuadas de la policía. Antes de la una y media estarían en el lugar de los hechos, preparados para cooperar. Se habían ganado a pulso estar presentes allí después de atar bastantes detalles de una trama compleja, aunque eso no era lo más importante para ellos. Los policías de Östersund solo querían entregar al niño a su compañero Nils Åkerman, y los policías españoles, apoyar a la inspectora Elena Rius en un país extranjero.

En el trayecto a Kalvträsk, los nueve policías miraban el reloj casi de forma continua en su avance por la carretera. Un montón de conversaciones cruzadas por teléfono en español, inglés y sueco, habían convertido la vieja furgoneta policial en una oficina que bien podía entenderse como réplica de la torre de Babel. Sin embargo, cuando Erik Andersson vio la llamada entrante de Nils Åkerman en su móvil y lo anunció al resto, el silencio se impuso *ipso facto*.

—¡Åkerman, conseguirás volverme loco! Llevamos días buscándote a ti también.

Una metralleta auditiva empezó a disparar datos nuevos en el oído del comisario.

—Erik, lo siento. Escúchame. Tengo una información importante que transmitirte. Hace media hora que los he visto en una casa. ¡Están vivos! Łukasz Górski tiene a mi hijo y a Elena. Su nombre verdadero es Mykola Solonenko. Habla en inglés con ellos. Es violento y tiene un cuchillo.

—¿Qué dices, Nils? No puedo seguirte.

—¡Mykola Solonenko! ¡Łukasz Górski es Mykola Solonenko! Así lo llama Elena. Se lo he contado ya al comisario Alessio Nykvist, de Umeå. Tú comunicabas.

—Nils, Nils, Nils... Qué voy a hacer contigo... —Andersson estaba tan enfadado como vencido por el empeño y la osadía del inspector—. Llevamos sin dormir casi una semana. ¿Qué te crees que hemos estado haciendo mientras tú dabas vueltas por el mundo a lo Phileas Fogg? No te aparté de la investigación por gusto. ¡No podía hacer otra cosa!

—Lo sé, Erik. Hiciste lo que debías, pero yo no podía quedarme quieto, esperando. Todos hemos caminado en la misma dirección, desde distintos puntos. Tengo que contarte lo que sé y lo que he visto.

—Tú diste con Górski, pero a partir de ese momento, tendrías que haberlo dejado, Nils. ¡Cuéntame lo que sabes y quítate de en medio de una vez por todas!

Nils Åkerman facilitó a Erik Andersson todos los detalles del acceso a la explanada y una descripción minuciosa del cobertizo y de la casa. Le envió las fotos que había tomado y la ubicación de la vivienda. En la furgoneta, los nueve policías volvieron a recrear el ambiente de la torre de Babel para transmitir toda esa información a los equipos especiales que preparaban el asalto a la casa.

El equipo de Östersund también había conseguido dar con el paradero de Łukasz Górski gracias a un incansable trabajo realizado hasta esa misma mañana. La intuición de la subinspectora de Madrid, María García, tuvo mucho que ver con la obtención de los primeros resultados. Acompañada por dos colegas suecos, María García se obstinó en recorrer todo Krokom, el municipio donde vivió Górski en Östersund, preguntando por él a todos los vecinos. Sobre todo insistió en saber si alguien recordaba el vehículo que conducía el falso polaco. No habló con los quince mil habitantes que tenía el municipio, pero sí con los suficientes hasta que consiguió tres respuestas coincidentes: un Volvo blanco XC70.

Aunque Łukasz Górski no tenía ningún coche registrado a su nombre, supuestamente conducía aquel modelo clásico de Volvo. La misma María García visionó de nuevo las cámaras de salida de la ciudad por la zona norte, buscando ese tipo de vehículo entre todos los que circularon de doce y media a tres y media el jueves, 25 de agosto. Encontró más de diez. Investigaron todas las matrículas. Una de ellas correspondía al Volvo de un anciano de ochenta años, extranjero. Y sobre Zoltán Balog volcó su instinto la subinspectora española, un médico húngaro residente en Umeå y con casa en Kalvträsk.

Los avances en las investigaciones de María García y de sus dos compañeros suecos se cruzaron con los de Ann-Marie Jonsson y Marcos López. Ann-Marie había lidiado con la compañía a la que pertenecía el número del móvil prepago de Łukasz Górski. El teléfono no estaba operativo desde finales de abril de 2016, pero la compañía tenía la obligación de guardar los datos de las llamadas y de los mensajes de los últimos doce meses. Pudieron remontarse hasta principios de octubre de 2015. Durante ese periodo se habían registrado algunas llamadas, muy pocas, desde Östersund, Umeå y Lycksele. Incluso desde el núcleo urbano de Kalvträsk se había contactado con un taller de reparaciones de automóviles de Skellefteå.

Las conexiones de María García y Ann-Marie Jonsson se sumaron a las del uso de las tarjetas de Zoltán Balog. De ese punto estuvieron pendientes Marcos López y otros dos compañeros suecos. Grandes sumas de dinero se habían ido retirando desde mayo en cajeros de distintas ciudades, las mismas desde donde se hicieron llamadas, más una diferente, Helsingborg, en agosto, coincidiendo con los días de vacaciones que los Åkerman pasaron allí con la familia de Margareta.

Aquella misma mañana, la ubicación que Edwin José Trujillo había dado de las víctimas en la casa de los bosques de Kalvträsk avaló las averiguaciones de Östersund.

Desde las once de la mañana de aquel martes, 11 de octubre, mientras Nils

Åkerman observaba por primera vez en mucho tiempo a Axel y a Elena junto a Łukasz Górski, el falso polaco también empezó a estar perseguido por toda la maquinaria de la Policía. Había retenido ilegalmente, durante cuarenta y siete días, a un niño sueco y a una policía española. Las horas de su delito parecían estar contadas. Quizás también las de él, según cómo transcurriera la intervención de los cuerpos especializados en rescates.

Todo estaba por decidirse aún en Kalvträsk. Hacia la casa se dirigían muchas fuerzas policiales. Sin embargo, otra más poderosa permanecía oculta en la vivienda. Esa fuerza, invisible y desconocida para la Policía, acabaría uniendo el trágico destino de Mykola y Elena. A los dos les esperaba algo muy diferente a la vida. Un cuento sin final feliz, protagonizado por un lobo estepario que acabaría atrapando a una sirena de tierra. O quizás sería al contrario. O quizás y viceversa.

54. El lobo y la sirena

11 de octubre de 2016. Últimas horas en Kalvträsk, Suecia

Iban vestidos con prendas de colores y de tejidos diferentes. Elena, con el vestido rojo de terciopelo, de estilo *pin-up*. Mykola, con una camisa blanca de nailon, muy bien planchada. Y Axel, con su pijama azul de felpa a rayas, preparado para dormir durante mucho tiempo.

A las doce y media terminaron de comer y empezaron a tomar el café. Como era habitual en sus rutinas, lo hicieron en el salón de la casa, pero con todas las contraventanas cerradas y la luz encendida, al calor de los troncos que ardían en la chimenea. Mykola llevaba varios días quemando papeles ahí, hipnotizado por el crepitar de la leña en las llamas. Las cajas rotuladas en cirílico habían desaparecido, igual que las pilas de dossieres de la mesa y del armario, con sus planes de salida de Suecia. El fuego lo purificaba todo. Los recuerdos más dolorosos. Los propósitos más perversos. Las huellas de los delitos más desmedidos.

El final se le echaba encima. Lo presentía. Por eso decidió sedar al niño, para que estuviera tranquilo y no presenciara ninguna escena que pudiera traumatizarlo. Había llegado el momento de matarla y dudaba más que nunca de su capacidad para poder hacerlo. Ella no había hecho nada para merecer morir, pero no podía continuar más así; teniéndola sin tenerla. La manera en la que se habían conocido y lo enrevesado de su destino hacían imposible un futuro común. En el fondo, era lo que él quería. Tenerla. Como al niño.

Elena, con su cabeza fría de policía y su corazón cálido de mujer, lo había cambiado todo. Intuyó que algo así sería posible el día que la vio por primera vez en Helsingborg, cuando no sabía ni quién era. Al contemplarla junto a Nils

Åkerman sintió rabia y celos. Estaba convencido de que, tarde o temprano, el inspector le arruinaría la vida, como a tantas otras mujeres bellas. En la cubierta del ferri, con las aguas del estrecho de Öre de fondo, la miró como si fuera una sirena de tierra que ya no podría caminar ni nadar nunca más libre, porque el hombre al que había embelesado con sus cantos la abocaría a la desgracia. Entonces, no imaginó que él mismo acabaría escuchando sus canciones y conviviendo con ella, observándola, descubriéndola, abocándola a una desgracia mayor. Veía en Elena a una mujer que no había encontrado su espacio en la vida. Una mujer que necesitaba alejarse de los estándares establecidos porque ninguno la definía. Ni siquiera el de su vocación. Ser policía. Así la entendía y así se lo dijo cuando la tuvo delante con el vestido rojo, el que le compró en Lycksele pensando en Iryna. Pero ella no se parecía en nada a Iryna, porque representaba para él un hermoso enigma de lo femenino que iba mucho más allá del deseo sexual y de las tentaciones. Para Mykola, Elena era la única obsesión que podía equilibrarlo.

Una sirena de tierra, una mujer que no había encontrado su espacio en la vida y que necesitaba alejarse de los estándares establecidos porque ninguno la definía. Nadie antes la había descrito de aquella manera tan exacta ni la había hecho sentir tan cerca del abismo y tan lejos de la realidad, atrapada en la soledad de un mundo estepario, atraída por el alma de un lobo humano. Elena había estudiado a fondo el síndrome de Estocolmo y podía identificar, claramente, que su relación con Mykola no seguía los patrones de nada parecido a ese problema. Muchos psiquiatras y psicólogos dudaban de que existiera, aunque todos aplicaban a las víctimas tratamiento psicológico. Incluso fármacos. Ella no se curaría con recetas de palabras ni de medicinas. Tampoco estaba enamorada de Mykola, porque la emoción que aquel hombre le despertaba era mucho más fuerte que el enamoramiento, y terriblemente peor. Una especie de adicción al sinsentido y al vértigo, a mirarlo a los ojos durante horas sin tener nada razonable que decir ni que hacer más allá de beber vodka, en silencio. Él la había enseñado a caminar de puntillas por la

cuerda floja, permaneciendo erguida al filo de lo imposible, sin doblarse. Cualquier experiencia vivida hasta conocerlo le parecía ridícula y fútil. No podía imaginarse en los brazos de un hombre como Carlos ni cumpliendo las órdenes de un comisario como Héctor Leal. Quizás solo la oscuridad de Nils podría rescatarla, pero ahora, lo que compartía con el inspector de Suecia estaba contaminado por Ucrania y por la historia de Mykola Solonenko, un lobo de ojos verdes que se dejaba acariciar por su mano sin poder atacarla. Un lobo que aullaba herido. Así se lo dijo al verlo con Axel sedado en la mecedora. Como también le dijo que el niño sueco nunca podría sustituir a Oleg, su ángel, su único principito.

Lloraron mucho rato, callados. Hasta el silencio, que al principio los distanciaba, ahora parecía estar uniéndolos de una manera peligrosa. Era la fuerza de una despedida. Iban a separarse para siempre. Una fuerza invisible tomaba sus cuerpos en lucha contra el tiempo. La fuerza invisible del enigma, del sinsentido y del vértigo se impuso en su última conversación.

—Tengo que matarte, Elena —declaró entre balanceo y balanceo mirando al fuego para escapar de lo que había dicho y de lo que había experimentado al decirlo.

—Lo sé. —Ella también miraba al fuego.

—Si no soy capaz de matarte, tendré que morir yo —murmuró.

—Las cosas podrían ser de otra manera, Mykola.

—¿Cómo?

Desde la mecedora, él plasmó su impotencia en la entonación de aquellas cuatro letras. Elena permanecía sentada a la mesa, junto al pilar al que estaba encadenada, entregada al destino.

—Hablemos de ello sin prisas ni amenazas —pidió.

A la casa empezaban a llegar policías que no se oían ni se veían. Ella no podía saberlo. Él, tampoco. Ganar tiempo era el objetivo de Elena Rius. Perderlo, el de Mykola Solonenko. La cuenta atrás ya no dependía de ellos.

—¿Qué le has inyectado al niño?

—Tranquila. Es solo un sedante infantil. —Acarició los rizos rubios de Axel—. Jamás le haría daño a una criatura.

—¿Quieres que el pequeño viva? —Ella quiso asegurarse de algo de lo que ya estaba convencida.

—¿Cómo eres capaz de preguntarme eso?

Elena oyó la pregunta y, quizás también, los imperceptibles sonidos que se estaban produciendo alrededor de la casa. Se puso en pie y se acercó a su mecedora tanto como le permitió la longitud de la cadena.

—Mykola, el niño es nuestra responsabilidad —declaró rotunda—. Tenemos que protegerlo por encima de nuestras propias vidas.

Mykola se levantó bruscamente con Axel dormido en los brazos. Quizás también percibió algún sonido extraño procedente de fuera. Sobre todo, sintió algo extraño en ella.

—¿Qué es lo que está pasando, Elena? —preguntó desconcertado—. ¿Quién hay aquí?

—Es la Policía.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué me he perdido?

Diez agentes de las fuerzas de Operaciones Especiales de la Policía sueca estaban preparados para entrar a la vez, pegados a las paredes exteriores de la casa, junto a la puerta y a todas las ventanas. Otros treparon al tejado. Algunos más vigilaban los alrededores. El despliegue policial había envuelto la explanada. Además de las fuerzas de asalto, el equipo de apoyo se había situado en el perímetro para controlar mejor la situación. Gracias a Nils Åkerman, sabían que solo había un hombre en la casa con la mujer y el niño.

—¡Mykola, tenemos que dejar que Axel salga de aquí! —ordenó Elena sin contemplaciones—. Esto ahora es cosa tuya y mía. Él tiene que vivir. No podemos ponerlo en peligro. ¡Se acabó! Déjame ofrecer al niño a cambio de tiempo.

—¿Tiempo para qué? —Él no parecía inquieto—. ¿Para despedirnos?

—No. Para que negociemos tú y yo.

—¿Cómo puedo negociar con una mentirosa? —Su decepción era inmensa—. Yo creía en ti y tú me has engañado. Sabías que estaban aquí. Algo pasó antes en la explanada. Quisiste alejarme de la casa y del niño.

—Mykola, ¿de qué quieres acusarme? —Un sentimiento de culpa empezó a corroerle las entrañas—. Ibas a matarme, pero nadie lo sabe.

—También lo dijiste fuera —recordó él—. Si hablabas para que alguien te oyera, te encargaste de dar toda la información completa.

—Lo que dije pudieron ser solo mis suposiciones, y así lo podré argumentar ante los tribunales. Lo que digo ahora, solo ante ti, es que estoy dispuesta a negociar con un asesino.

—¡Todavía puedo matarte!

La amenazó desenfundado el cuchillo, pero ella no se inmutó.

—¡Guarda eso, o no podré ayudarte! —espetó contrariada—. ¿De qué te va a servir matarme si ya no podrás escapar con Axel de aquí? Déjame entregar al niño a cambio de tiempo.

—Siento decirte que no representas a la Policía sueca. —Él no cedía—. No puedes ofrecerme nada. Además, yo no quiero nada ya. Y menos, de ti.

—Yo sí quiero algo. Y tú puedes dármelo. Me lo debes...

—¿Qué quieres?

—Liberar a Axel... Vivir y que tú vivas...

—No me reclames deudas absurdas. Deberías suponer que yo ya no quiero vivir ni negociar con una embustera.

—¿Qué crees que diría Anatoliy si estuviera aquí y te escuchara? —No hubo respuesta—. Te sacó de un semáforo y de las sombras de los muertos de Polonia. Te quiso y ayudó a tus abuelos. Estuvo a tu lado y al lado de Oleg hasta el final. A él sí que se lo debes todo. ¡Lo buscaré! —prometió—. Lo traeré a donde estés. Nadie puede impedírmelo.

—No es suficiente para mí, Elena —confesó aquello sabiendo que sus días y sus sueños habían acabado—. Si no me hubieras traicionado, me habría entregado a la Policía por ti. ¡Te lo juro por mi hijo muerto!

El juramento enterró en vida a Elena, pero no se dejó vencer.

—¡Escúchame, Solonenko! Una persona como tú, que supo tratar de aquella manera a Oleg, también debe albergar buenos sentimientos. La memoria de tu hijo. La protección a Yuriy. El amor a Anatoliy. Cómo me has mirado aquí, en tantos momentos... Déjame que entregue a Axel. Estoy dispuesta a firmar un pacto contigo si sacamos al niño de aquí. Pediré que nos den tiempo y hablaremos.

Encerrados en la casa, no podían saber que un negociador se había colocado en un lugar visible, blindado por medidas de seguridad, ni que cada uno de los francotiradores se había establecido en sus posiciones estratégicas. El personal sanitario de dos ambulancias también ocupó su puesto. Los vehículos policiales y las furgonetas franqueaban el camino. Hubo una sola orden emitida a través de un gesto. ¡Dentro! Los golpes llegaron a la vez desde todas las puertas y ventanas.

—¡Guarda el cuchillo! —ordenó agitada.

Él lo hizo.

—¡No disparéis! —clamó Elena en inglés—. ¡Vamos a entregar al niño! ¡No disparéis! ¡No hay nadie más aquí!

Los agentes ocuparon el interior de la casa y el sótano, equipados con armas largas de precisión y armas cortas de refuerzo. También portaban gases lacrimógenos y paralizantes.

—¡Deja a Axel en la mecedora, Mykola, y abrázate a mí! ¡Corre!

Tras recibir un golpe, Mykola se desplomó en el suelo casi al mismo tiempo que le arrancaron al niño de sus brazos.

—¡No le disparéis! —pedía Elena desesperada lanzándose al suelo—. ¡El niño está sedado, pero está bien! Él lo ha cuidado todo el tiempo. —Lloraba—. Acércate a mí, Mykola... Acércate.

El sonido de las hélices de los helicópteros planeaba sobre el tejado a dos aguas de la casa como la muerte sobre sus dos cuerpos. Un enjambre de órdenes retumbaba a su alrededor.

—¡Mostrad las manos! —gritaban los policías— ¡Levantad las manos por encima de la cabeza!

De alguna manera, ellos consiguieron aislarse de todo aquello. Estirados uno sobre el otro, en el suelo, con la boca de cada uno pegada al oído del otro, tuvieron poco tiempo, el suficiente para compartir algunas frases que, por segunda vez aquel día, solo ellos dos oyeron.

—La vida no vale nada si no tienes por quien darla, Solonenko. Ahora ya sabes que yo la daría por ti.

No fue lo único, pero sí lo último que dijo Elena echada encima de Mykola. Luego él se giró y se puso sobre ella.

—Antes de matarte, me habría entregado o habría muerto yo. Nunca hubiera podido hacerte daño, sirena. Recuerda siempre las tres frases que te he dicho esta mañana. Son ciertas. Perdóname y cuida a Axel, por favor.

Tampoco fue lo único que Mykola confesó a Elena, pero sí lo último. Después, todo pasó muy rápido. Los disparos ensordecieron la despedida y llegó la sangre. Mucha sangre corriendo sobre una camisa blanca y un vestido rojo.

**TERCERA PARTE: LO QUE SE SABE Y LO QUE
NO**

55. En el cementerio

Poco tiempo después. Kyiv, Ucrania

«Bienaventurados los muertos, que tienen su propia casa», leyó en uno de los accesos a Báikove, el famoso cementerio de Kyiv, monumento histórico nacional de Ucrania. Cuando estuvo dentro, se dirigió a los celadores y preguntó en inglés por la tumba que buscaba. Llevaba escrito el nombre en cirílico. Uno de los trabajadores le facilitó algunas indicaciones y se ofreció como guía, pero su compañía no le hubiera resultado de ayuda. Necesitaba la soledad de forma imperiosa.

La mañana amaneció con dos grados de temperatura y amenaza de lluvia. Los inconvenientes del clima no iban a suspender la cita que había concertado. Fue avanzando entre las sepulturas con pasos mustios. Acariciaba con la mano un botón, el mismo que siempre llevaba encima, como si custodiara un código secreto. Jugaba con él en el bolsillo del abrigo, aferrándose a lo único material que le había quedado de aquel instante. El botón de su camisa, que consiguió arrancarle antes de que lo despegaran de su cuerpo. También conservaba el vestido rojo, manchado con su sangre. El resto de lo que vivió en Kalvträsk solo eran recuerdos que se mezclaban en su cabeza, desordenados por la confusión y el sufrimiento. Vivía entre esos recuerdos callados. Jamás hablaba de ellos, excepto cuando tuvo que poner palabras a algunos en sus declaraciones ante la Policía y los fiscales y los abogados y...

Frenó aquel pensamiento para que no intoxicara sus otros recuerdos, los que le pertenecían exclusivamente a ellos. La mesa. Las sillas. Los vasos. El vodka. El golpe brusco. La transformación. Los insultos. La amenaza. La lucha. Los golpes. El cuchillo. La sangre. El miedo. Las curas. La ternura. La

locura. Las conversaciones. Los balanceos. Nunca supieron medir todo aquello ni hablarlo ni reconocerlo. Las cosas terribles y las hermosas ocurrieron en silencio.

Caminaba por el cementerio de Kyiv como si deambulara por los bosques de Kalvträsk, pero sin ser acechada. Se sintió desprotegida hasta que dio con la lápida. Parecía acostumbrada a encontrar la paz junto a su huésped. Vio el nombre y su apellido, muy diferente en ucraniano. Tuvo que arrodillarse sobre la hierba y las piedras, vencida por el peso de todos los muertos que la envolvían en la parcela, pero hundida solo por uno. Dejó que fluyeran sus lágrimas. Bajo el cielo de Ucrania, más que en ningún otro sitio, podía ser honesta consigo misma. Le urgía dar un espacio a su infierno, un espacio libre de juicios y consejos inútiles que no la beneficiaban.

Miró al cielo. Cerró los ojos. Soltó el botón. Sacó la mano del bolsillo. Temblorosa, acarició cada una de las letras de su apellido con las yemas de los dedos, como si fuera ciega y tuviera que leerlo en braille. Allí estaba.

Солоненко.

Le gustaba verlo escrito en relieve con las letras del alfabeto cirílico. Volvió a acariciarlo con los dedos. Estuvo perdida en Solonenko hasta que oyó unos pasos. Supo que era él, pero no alzó la vista ni se incorporó del suelo.

—¿Elena?

Ella quería mirarlo, sentirse cerca de su calor humano, llorar en su hombro, contarle lo que estaba viviendo, y pedirle ayuda, pero no podía hacerlo. La tumba engullía su mano y momificaba su cuerpo.

—¿Elena, estás bien?

Anatoliy Bogún se agachó a su lado. Los dos permanecieron algún tiempo junto a la lápida. Mudos. El cielo les envió una tenue llovizna. Elena sacó un pañuelo del bolso y limpió las letras de la losa, una a una. Cuando acabó, levantó la mirada y se encontró con el mentor y con su tristeza.

—Si estás aquí, es que te permitió conocerlo. —Fueron las primeras palabras que Anatoliy le brindó con admiración.

Elena lo sintió cerca, como si fuera un viejo amigo.

—Muy poco —contestó depositando una única rosa sobre la inscripción del nombre.

Se pusieron en pie y echaron a andar por el cementerio.

Elena y Anatoliy tenían muchas cosas que contarse y pocas horas para hablar. Parte del tiempo lo pasaron transitando entre los sinuosos senderos del cementerio. Cuando la lluvia empezó a caer más fuerte, Anatoliy le propuso ir a otro lugar.

—Aquí vas a coger frío, Elena. Sabes que a él no le gustaría.

El mentor notó que, con aquella frase, el corazón de Elena había dado un vuelco.

—Las mantas con suavizante a lavanda... Ni el primer día que me encerró permitió que pasara frío...

Anatoliy empezó a querer protegerla.

—¿Dónde te apetece ir, querida? Puedo quedarme contigo hasta que salga tu vuelo.

—Al hotel Ópera, Tolya —dijo sin vacilar—. Vamos a aquella sala del hotel Ópera donde os conducía el mayordomo... La del candelabro. Llama a Yuriy. Que venga con nosotros.

—Vaya, entonces sí que llegaste a conocerlo bastante bien.

Elena se cogió de su brazo y no añadió nada más.

Estaba naciendo un vínculo en el cementerio.

56. Entre las nubes

De Ucrania a Suecia

Se acomodó en uno de los estrechos asientos del avión. Llegaría a Suecia alrededor de las diez de la noche, después de una jornada demasiado intensa. La compañía Ukraine International Airlines la llevaría de Kyiv a Estocolmo en tan solo una hora y media. Había pasado el día con Anatoliy y con Yuriy, en una especie de misión secreta, la de sus propios asuntos. Disponía de otro día para volver a transformarse en la mujer que todos veían. No le iba a resultar fácil después de su paso por Ucrania. Tenía por delante una larga velada para beber vodka en el hotel de Estocolmo. A la mañana siguiente, visitaría la sede de la Embajada de España en Djurgården, pero solo se acercaría a su exterior. Andrea Ballesteros le había hablado de una interesante propuesta para acabar destinada, justamente, en la embajada. Debía pensarlo con calma. No merodearía por los alrededores del edificio para meditar sobre su futuro en la Policía, sino para recorrer uno de los muchos paseos que Mykola Solonenko dio en la isla verde durante los primeros días de su llegada a Suecia.

«No sé por qué sigo tus pasos o por qué los pasos me llevan a ti... No sé si voy a poder yo sola con todo esto... Tú dirías que sí... que sí que puedo... que ya nunca estaré sola si no quiero... Nunca estaré sola y sí lo estoy... Así es todo siempre contigo... Estás y no estás... Vienes a mi cabeza y te vas de ella... Vienes y vas, como venías y te ibas del sótano... Bajabas y subías la escalera arrastrando mi esperanza detrás de ti... Tolya estará a mi lado... me lo ha dicho... acercándome a una parte de lo que eres para que te comprenda y todo sea más fácil en mi vida... Pero yo ya no tengo una vida... Soy dos personas diferentes en un mismo cuerpo... Cómo puede ser posible... Quién

va a comprenderme... Ver a Tolya no será suficiente para acarrear este peso... Como no lo era para ti... Me lo dijiste en Kalvträsk... Cuánto puede llegar a quererte Anatoliy... No puede dejar de hacerlo aunque no apruebe tus comportamientos... Quién podría aprobarlos... Quién podría comprenderte... Quién va a comprenderme a mí... Tengo que esconder todo esto o me encerrarán... Dónde esconder todo esto... Cómo hacerlo... Cómo vivir así... Buscaré un psiquiatra lejos de la Policía... lejos de lo que soy sin ti... ¿Acaso hay psiquiatras especialistas en sirenas de tierra?... Qué sentido tiene lo que hago... lo que digo... cómo vivo... Sinsentido... Vértigo... siempre conmigo ese vértigo... Desde que te cruzaste en mi camino no hay sentido para mí... Solo vértigo».

Tuvo que frenar los disparos de su voz interna para no acabar perturbada. Antes de que el personal de vuelo los obligara a desconectar los móviles, se obligó a sí misma a conectar con la realidad consultando WhatsApp. Allí se encontró con la angustia de Nils Åkerman. Se alivió al pensar que en los mensajes no se veía la diferencia horaria entre los países, porque cada uno los recibía en su hora local. Eso la ayudaría a ocultar su paradero. Tendría que mentir una vez más a Nils. Así se estaba construyendo la relación entre ellos, como en su día con Carlos, sobre mentiras. Los dos encubrían cosas, pero también compartían una imperiosa verdad. Cuando estaban juntos, sus vidas eran más normales. Elena se centró en la inquietud de Nils, dejando a un lado la suya propia.

Nils, 15:15 (Östersund, Suecia; 16:15 en Kyiv): *Hej älskling.* ¿A qué hora llegas mañana a Östersund? Te esperamos con muchas ganas. Sobre todo yo.

Nils, 16:15: Eip! Toc. Toc.

Nils, 17:30 (Östersund, Suecia; 18:30 en Kyiv): ¿Enfadada por algo?

Nils, 18:30 (Östersund, Suecia; 19:30 en Kyiv): ¿Elena? ¿Qué pasa? No me hagas esto otra vez. Dime algo, por Dios santo.

Elena, 19:45 (Kyiv, Ucrania; 18:45 en Östersund): Nils, perdona. Estaba en una reunión y no podía atender el teléfono.

Nils, 18:45: No me hagas más esto, Elena. Si vas a estar incomunicada, dímelo antes. Sufro mucho.

Elena, 19:45: Lo sé. Lo siento. ¿Vas a enfadarte tú?

Nils, 18:45: No. Me asusté, eso es todo. Sabes que no llevo bien tus ausencias cuando no me contestas y no sé dónde estás.

Elena, 19:46: Vale. Ya está.

Nils, 18:46: No quiero controlarte, pero tampoco quiero que me hagas sufrir innecesariamente. Llevas todo el día sin dar señales de vida.

Elena, 19:46: Está bien. Tienes razón. No quiero que discutamos. Ahora no, por favor. No es buen momento. No me agobies. Necesito espacio.

Nils, 18:46: ¿A qué hora llegas mañana a Östersund? ¿Vienes, no? ¿Puedo preguntar o eso también te agobia?

Elena, 19:46: Me agobia tu actitud. Si la cambias, vendré.

Nils, 18:46: Hecho.

Elena, 19:46: Ese Nils me gusta...

Nils, 18:46: ¿Qué Nils?

Elena, 19:46: El escueto.

Nils, 18:46: Vale. ¿Vienes?

Elena, 19:46: Sí.

Nils, 18:46: Estupendo. ¿A qué hora?

Elena, 19:46: Quiero hacer unas gestiones en Estocolmo. Cuando acabe, cogeré el avión. Te aviso. ¿Qué tal los niños? ¿Y Axel?

Nils, 18:46: Tengo que enrollarme para contestar la pregunta. No puedo ser escueto. No te voy a gustar.

Elena, 19:47: Jajaja. ¡Para, Nils! Cuéntame de los niños.

Nils, 18:47: Los tengo aquí pegados porque saben que hablo contigo. Te han hecho un regalo. Bueno, dos. Pero uno está en el horno y no puedo enseñártelo. Mira este...

Elena recibió un vídeo de Nils con sus cuatro hijos. Le habían preparado una diadema de flores secas y se la enseñaban a la cámara todos a la vez, estirando los cuatro del aro. Allí estaban los chiquillos, peleándose. Y allí estaba su niño, su niño bonito, Axel. Elena rio con las travesuras de los críos y volvió a sentirse libre.

Elena, 19:49: Jajaja. Son maravillosos. Tú también...

Nils, 18:49: Entonces, tendré que hablar menos y mandarte más vídeos.

La auxiliar de vuelo le pidió amablemente que apagara el móvil o lo pusiera en modo avión. La alegría de Elena se desdibujó al leer su nombre en el uniforme. Iryna.

—Disculpe, estamos a punto de despegar. No se moleste demasiado conmigo. La auxiliar interpretó el pavor de su rostro como un enfado horrible. Elena se apresuró a dar explicaciones.

—No... yo... lo siento... lo siento... es el nombre... me ha recordado... a...

—¿Iryna? —preguntó la joven señalando la placa identificativa que llevaba en la camisa—. Es un nombre muy común en Ucrania.

—Ya...

Elena se acurrucó en el asiento de la ventanilla, envuelta en escalofríos. El cielo le pareció un manto negro tejido para cubrir el luto. Cerró los ojos intentando dormir. No lo consiguió, y acabó, como siempre, rememorando su pesadilla.

Está echada en el suelo, debajo de él, sin querer soltarlo. Lo sujeta por la tela del pecho de la camisa, aferrada al tejido manchado. Necesita mantener su aliento cerca para escucharlo. Los policías le hablan. La llaman por su nombre, pero ella no reacciona. No va a permitir que lo aparten de su lado. Todavía tiene muchas cosas que decirle. Cuatro sanitarios le anuncian que deben trasladarlo. Ella se engancha a la tira de los botones de su camisa blanca, desabrochada hasta la altura del corazón. Consigue arrancarle uno. Es muy pequeño. Lo aprieta fuerte en la mano para que no se le escape y, entonces, se le escapa él. Se lo llevan. Quiere salir corriendo detrás de la camilla, pero no puede porque continúa encadenada al pilar. La cara de una mujer de pelo negro azabache aparece frente a ella. La escucha hablar en español. Es policía.

—Todo ha pasado ya, Elena. Axel está bien. Estamos contigo. Somos tus compañeros de Madrid. Aquí tienes a Marcos y a María. Y yo, Andrea. Todo irá bien, compañera.

Elena siente que tiene un hada delante.

—¿Eres inspectora como yo, Andrea?

—He sido inspectora como tú, sí. —Le echa un brazo por encima—. ¿Cómo te encuentras? Dime, ¿estás bien?

—El niño... el niño... mi niño bonito...

—Axel está bien, Elena.

—¿Y él? ¿Dónde está él? ¿Dónde se lo llevan?

Elena intenta salir de la casa, pero no puede avanzar. Mira a la cadena. Mira a sus compañeros policías. Mira a la puerta y a las ventanas. Están destrozadas.

—¿Ha muerto, verdad? —pregunta desconsolada—. ¿Ha muerto? Dímelo, Andrea.

—Cálmate. Estas a salvo. Y el niño, también. Todo pasó.

—Les dije que no dispararan —chilla—. ¡Os dije que no dispararais! —Mira con odio a los policías—. ¡Os lo dije! ¿Por qué habéis disparado? ¿Por qué?

Elena arremete contra un batallón de cuerpos uniformados.

—¡Tranquila, Elena! —ordena Andrea Ballesteros—. Es mejor que ahora no digas nada más. Debes mantener la calma tanto como puedas.

—No tenían que disparar... No tenían que hacerlo...

La comisaria principal se gira para dar una orden.

—¿Alguien piensa soltarla o procedo yo misma? —Unos cuantos policías se apresuran a obedecer—. Todos a la vez, no. Decidan antes quién se encarga y actúen con delicadeza y eficacia, como saben hacer.

—Usted no es inspectora, Andrea —dice Elena al escucharla.

—Qué más da lo que sea. En estos momentos, por encima de todo, soy tu compañera. ¿Puedes andar?

—Sí. Estoy bien, jefa.

Desde el martes, 11 de octubre de 2016, la comisaria principal Andrea Ballesteros estuvo pendiente de Elena y de su futuro. Unas veces desde cerca, como aquel día en Kalvträsk. Otras, desde la distancia, en su despacho, donde tendrían su próximo encuentro en Madrid, en la División de Cooperación Internacional del Cuerpo Nacional de Policía.

Muy a su pesar, Elena Rius i Bastida se había convertido en una pequeña heroína, tanto en España como en Suecia. Había sobrevivido a un secuestro y había protegido a un niño. Los exámenes físicos y psicológicos posteriores a su liberación salieron más o menos bien. Hablaba perfectamente inglés y mantenía vínculos emocionales en Suecia. La policía de España tenía planes para ella bastante lejos de Cartagena. Y de Madrid. Con aquel pensamiento más cercano en el tiempo acabó su pesadilla. Con aquel trabajo, que ella no había pedido, se acercaría también a él y a sus recuerdos.

Continuó acurrucada en el asiento, escuchando música con el móvil en modo avión, incomunicada del mundo. Escogió las letras de El Pescazo, empezando por *Castillo de Arena*. Se dormiría con el final de la canción.

...Yo sigo escuchándote

Despierto esperándote

Y duermo inventándote...

57. Un té con Andrea Ballesteros

Al año siguiente. 18 de enero de 2017. Madrid, España

Fue a Madrid conduciendo en su Golf desde la comisaría de Cartagena, donde llevaba dos meses reincorporada al trabajo. Llegó una hora antes de tiempo a la reunión con Andrea Ballesteros. Aprovechó para comer algo en el hotel Ilusión, justo enfrente de la sede de la División de Cooperación Internacional, en Pío XII, una amplia avenida de aspecto desolado, a pesar de su intenso tráfico. El camarero del comedor, muy joven y con síndrome de Down, se acercó a su mesa con la carta del menú. A Elena le encantó el espíritu de aquel chico de sonrisa limpia. A pesar de que no le cabía ni el aire en el estómago, se obligó a pedir un plato de sopa. Había adelgazado siete kilos desde que salió de la casa de Kalvträsk. Era bastante alta y ya se empezaba a ver demasiado flaca. El trasiego de viajes por los aeropuertos y sus secretos no la ayudaban a llevar una vida tranquila, aunque ella ya había renunciado a la calma. Vivía a caballo entre España, Suecia y Ucrania, con dolor de cabeza, angustia y nervios. Todo eso iba bien oculto dentro de Elena, como las cartas, los mensajes y sus visitas a Kyiv. Sin embargo, las ojeras y la pérdida de peso la estaban delatando.

Acabó la sopa y se fue directa al baño a vomitar. Se espantó al verse en el espejo, impotente ante su declive. Se lavó la cara y se puso el uniforme para su cita con Ballesteros, a pesar de que no hubiera resultado necesario. La ropa de la Policía la protegía de su caos mental. Guardó en la maleta los tejanos y el jersey que traía y se quedó únicamente con la *tablet* en las manos. Destapó la funda. Pulsó el botón de inicio. Marcó su código de desbloqueo: 2508, el día de su secuestro. Fue directa a las notas y entró en una que tenía contraseña.

La introdujo y accedió al archivo que explicaba su vida actual. Una lista de fechas asignadas a trayectos de viajes entre dos ciudades que iban variando, donde apuntaba los medios de transporte que había utilizado, la hora de salida, la hora de llegada y el motivo del viaje. Escribió los datos de su encuentro con Ballesteros. Cerró la *tablet*. Volvió a mirarse al espejo. No se vio tan mal. Aquella mujer seguía siendo su hada. Solo con pensar en ella mejoraba su estado de ánimo y su semblante.

En Madrid lucía un sol espléndido, impropio del invierno al que estaban acostumbrados los policías alemanes que alargaban la pausa del café, para retrasar su entrada al Encuentro Europeo de Policías organizado por la División de Cooperación Internacional. De allí no había salido en todo el día Andrea Ballesteros. La suya había sido una jornada muy ajetreada. Se la había pasado atendiendo personalmente a las autoridades del encuentro y discutiendo por teléfono con muchos de los comisarios e inspectores jefes españoles que tenía repartidos por medio mundo. También estaba recibiendo multitud de llamadas desde todos los puntos de España, de inspectores jefes e inspectores interesados en las plazas de oficial de enlace y agregado de Interior que se habían convocado ese año. La mayoría preguntaba por la vacante de Francia, en París, pero nadie se interesó por la de Guinea Conakry, que también figuraba entre las ofertadas. La comisaria principal no intervenía para nada en la resolución de aquel asunto, ya que los puestos salían a concurso público, pero Ballesteros sabía que lo de actuar como policía en el extranjero junto a la Torre Eiffel solía anular el entendimiento de sus policías. Cuando Elena entró por la puerta de su despacho, apartó su malhumor y la orquídea que acaparaba su mesa y se centró en ella.

—Elena, bienvenida. ¿Cómo estás?

—Bien, jefa. Gracias. ¿Usted?

—Que pronto me devuelves las preguntas.

La inspectora agachó la mirada medio sonriendo.

—Voy tirando, Andrea. Contenta de estar aquí.

—Eso me ha sonado más auténtico. —Se estrecharon la mano—. ¿Qué tal si no nos mentimos?

—Jefa... disculpe... yo...

—Me expresaré mejor —la interrumpió para suavizar lo que había dicho—. ¿Qué tal decirnos siempre la verdad en lo que nos contemos tú y yo, aunque callemos algunas cosas?

—Lo que usted me pida me parecerá bien.

—Llámame de tú.

—Bueno, eso no. Hágame alguna concesión, mujer. —Rieron las dos.

Andrea Ballesteros sirvió té sin preguntarle si le apetecía, aunque realmente a la inspectora le apetecía cualquier cosa junto a aquella comisaria principal. Sobre todo, té verde. Ballesteros entró en materia, sosteniendo su taza por el asa, con pulso firme.

—Verás, Elena, he hablado con tu jefe, Héctor Leal, gran amigo mío, como sabes. Un poco disgustado lo tengo, pero piensa como yo. —Bebió y soltó la taza—. Dice que los de Madrid siempre le quitamos a los buenos. Y tiene algo de razón. Incluso así, está de acuerdo con lo que voy a proponerte.

—Usted dirá —Elena empezó a sentirse a gusto en la charla.

—Héctor Leal y yo creemos que Cartagena se te ha quedado pequeña después de todo lo que has vivido en Suecia y de lo bien que lo has llevado. —Ballesteros tosió intencionadamente. Rius también tosió—. Vamos a entendernos, Elena. Las toses quedan entre nosotras. Y la respuesta que me des a las dos preguntas que voy a hacerte, también. Tienes mi palabra.

—Te escucho, Andrea. —Reforzó la firmeza de su expresión asintiendo con la cabeza y tuteándola.

—¿Llevas bien lo que pasó en Suecia?

Elena contestó con rapidez.

—Profesionalmente me afecta poco, porque el trabajo me ayuda. Personalmente lo llevo como puedo, pero acabaré llevándolo bien. Quiero trabajarlo desde la privacidad, a mi manera. Tengo mis propios métodos.

—Bien. ¿Te ves en Madrid preparándote para dirigir tu carrera a un perfil internacional y acabar destinada como policía en un país extranjero? ¿Suecia, por ejemplo?

—Sí.

—Pues, entonces, existe la posibilidad de que te vengas aquí a formarte. — La comisaria principal empezó a explicarse sin rodeos—. Nuestra propuesta es que vayas cogiendo experiencia como investigadora. Tienes un año por delante para espabilarte en el grupo de Homicidios y Desaparecidos. Allí contarás con el apoyo de Marcos López y María García. Han hablado maravillas de ti. Nos contaron que a pesar de las dificultades que habías tenido y lo mal que lo habías pasado, fuiste capaz de relatar, pormenorizadamente, todo lo que había ocurrido en Kalvträsk. La policía sueca también nos lo ha transmitido así. Defendiste la vida del niño, anteponiéndola a la tuya propia. Demostraste mucha generosidad.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi lugar, Andrea.

—Bien, pero estamos hablando de ti. Nosotros no queremos desperdiciar la posibilidad de formar a personas como tú, con futuro en el cuerpo. Tendrás que ganártelo, por supuesto. Ya sabes que aquí no regalamos nada. Además, somos un poco interesados. Eres inteligente. Hablas idiomas. Tienes habilidades sociales, capacidad para aprender y ganas de trabajar. Con eso es fácil ir labrándose un porvenir prometedor.

—Yo no sé qué decir... Estoy muy agradecida por la oportunidad.

—En la vida lo que prima es la resiliencia, Elena. Superar los problemas y salir adelante. —Ballesteros tiró de filosofía barata—. Aquello pasó. Tú tienes que pensar en tu futuro. Puedes tener uno excelente en la Policía. — Aparcó la filosofía para pasar a la acción, el terreno donde mejor se movía—. Si estás de acuerdo, te presentaré al comisario jefe de la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta. Él te dirá lo mismo que yo. Debido a las circunstancias especiales que hemos compartido, me ha permitido que te adelante la propuesta, en confianza.

—Muchas gracias, jefa.

Una cadena seguida de mensajes que entraron de golpe por WhatsApp pusieron a bailar el móvil de Andrea Ballesteros en la mesa.

—Es insoportable. —Suspiró la comisaria principal mirando de reojo a la pantalla del teléfono—. Se han convocado las nuevas plazas. París está vacante y andan como locos tras ella. Llevo todo el día así.

—Lo siento. Imagino que a veces podemos resultar un tostón. —Elena se Hermanó con sus compañeros.

La comisaria leyó por encima los mensajes a través de sus minúsculas gafas y, ya sin lentes, volvió a la realidad de la inspectora.

—Elena, para ser oficial de enlace en el extranjero debes adquirir más experiencia y más conocimientos. Tendrás que asesorar a la Policía de otro país, coordinar unidades españolas de distintos temas: terrorismo, drogas, trata de personas, asesinatos...

—Estoy muy verde en todo eso, lo sé, pero puedo espabilarme.

—Esa es la actitud. Nadie nació sabiendo.

—Me parece muy interesante lo que me propone. Acepto el reto.

Elena tendió la mano a Ballesteros. La comisaria principal aprovechó el momento para retenerla por la muñeca.

—Elena, si alguna vez quieres hablar de algo de lo que pasó, pasa o pasará en Suecia, estaré aquí, disponible.

—Si alguna vez tengo que hablar de ese tema con alguien, será con usted, Andrea. No lo dude. De momento no es necesario, pero gracias por sus palabras, de verdad.

Ballesteros se puso en pie, dando por concluido el encuentro.

—Estás muy delgada —dijo medio en serio, medio en broma.

—En Madrid engordaré. Me han dicho que aquí preparan un cocido excelente.

—Cierto. —Rieron—. Esperamos verte por aquí a finales de mes. Ponte de acuerdo con Héctor en el día. No lo disgustemos mucho más, pero que no se

duerma en los laureles y que no te retenga demasiado.

Andrea Ballesteros acompañó a Elena Rius a la puerta hablando del tiempo y de los cuidados de las orquídeas. La suya, preciosa y de color violeta, se imponía a la sobriedad del despacho. Aunque procedía de una floristería de Madrid, el encargo se había hecho desde muy lejos. Erik Andersson envió aquel detalle a su colega. Andrea no mencionó esa información a Elena. No fue necesario para que la inspectora lo descubriera, porque en lo primero que se fijó al entrar fue en el nombre escrito en la tarjeta.

58. ...

Dejó de hablar. Se cerró al mundo. Hacía lo que le pedían, sin oponer resistencia. Todo menos pronunciar ni una sola sílaba. Le trajeron un paquete de cien folios y un bolígrafo de plástico. Escribió las doscientas caras del papel en la primera noche. Entonces se sintió a su lado y supo que aquel era el camino para alcanzarla. Ella había emprendido otro muy peligroso para cumplir su palabra. No estaban juntos, pero cuando escribía, sentía que sí lo estaban. Tardó muchos días, muchas tardes y muchas noches en redactar la primera hoja. Usó centenares de folios para ensayar el texto en borradores que nunca estaban bien del todo. Una madrugada, las palabras, las comas y los puntos encajaron y surgieron las frases exactas. Pasó las siguientes horas sin dejar de moverse, caminando arriba y abajo de la estancia, memorizando el contenido. Tuvo que esperar un tiempo hasta que llegó el primer mensaje, transmitido de forma oral. Trajeron más paquetes de folios y empezó de nuevo. Continuó dentro de su hermético mundo, escribiendo solo para ella. Ya iba por la tercera carta. Tres meses. Tres cartas.

59. Cerrando puertas

27 de enero de 2017. Murcia, España

Llevaba el folio doblado en el bolso, protegido en el sobre donde había hecho un largo viaje para llegar hasta ella. No podía ir a ningún sitio sin aquellas palabras. Eran su medicina.

Entró en la coctelería. Lo primero que hizo fue fijarse en los botones de la camisa de Carlos. Metió las manos en los bolsillos del abrigo buscando el de Mykola. Encontró el vacío. Se le atropelló el entendimiento pensando que lo había perdido. Comenzó a cachearse histérica. El botón no estaba. Carlos salió de la barra, molesto.

—¿Qué te pasa, Elena?

—¡Déjame, no me toques! —gritó contrariada, apartándole el brazo de golpe—. ¿Dónde está? ¿Dónde lo he metido? No puedo haberlo perdido... No puede ser... Tengo que llevarlo encima...

Se quitó el abrigo. Rebuscó por el interior del forro. Se palpó los bolsillos de la rebeca mirando en todas direcciones como si alguien la estuviera observando. Tenía la mandíbula desencajada. Carlos casi se alegró del final de su relación con aquella mujer perturbada a la que no reconocía.

—Está aquí... —Hablabla sola—. Aquí lo tengo... Lo tengo en la mano... Sí...

El pequeño botón apareció en uno de los bolsillos delanteros de su pantalón. Solo cuando lo tuvo apretado en el puño, pudo volver a conectar con la realidad.

—Lo siento, Carlos... Siento haber entrado de esta manera en tu coctelería... Buscaba la llave de la taquilla donde guardo mi pistola... Nunca sé donde la

pongo...

—No deberían dejarte ser policía en esas condiciones.

Ella lo miró retadora.

—No siempre estoy así.

Él también la retó.

—No me interesa como estés. ¿A qué has venido, Elena?

—A despedirme —dijo la inspectora con voz estable.

—Eso ya lo habías hecho en Cartagena. Me dejaste, ¿acaso no recuerdas nuestra conversación en el restaurante chino?

—Sí. No estuve bien aquel día.

—Hoy estás peor.

Elena entendió que aquello no saldría como había previsto.

—Carlos, me voy a Madrid por un tiempo. Luego me iré más lejos.

—Yo me quedo donde siempre he estado. —Señaló la barra dedicándole un *desaire*—. Pero divorciado, gracias a ti.

—Lo decidiste tú.

—Lo hice porque te quería.

—Yo no te lo pedí.

—¿Quieres algo más, Elena? Tengo trabajo.

—Quiero acabar bien contigo y desearte lo mejor.

—Yo a ti no.

El barman la condujo hasta la puerta del local.

—Adiós.

Fue la última palabra de Carlos.

—Adiós.

Fue la última palabra de Elena.

Salió de la coctelería del que había sido el primer amor de su vida sin sentir absolutamente nada por él. Recordó su anterior encuentro, el que tuvieron meses antes, cuando ella regresó después de su secuestro. Se reunió con Carlos para concluir aquella relación muerta. Él había abandonado a su mujer,

esperando iniciar una vida junto a Elena porque la amaba tal y como era antes de marcharse. La persona que volvió de Suecia le pareció muy distinta. Nerviosa. Inquieta. Oscura. Demacrada. Irónica. Agresiva. La advirtió de lo que percibía. La vio tomar más vodka que nunca en la charla de su ruptura. La cita tuvo lugar en Cartagena, en un ambiente nada íntimo, el del restaurante chino que había junto al piso de la inspectora en la calle Luciano Martínez Roca. Los propietarios casi lo cerraron para ella. Le pusieron una botella de Żubrówka con dos vasos en el centro de la mesa. Solo bebió Elena. Habló mucho, siempre en clave, como si se expresara para que alguien la escuchara desde lejos.

La forma de poner punto y final a su historia de amor con el barman en aquel restaurante le pareció un despropósito. Por eso quiso arreglarlo antes de marcharse a Madrid, yendo a despedirse de él a la coctelería de la calle Vinader, donde iniciaron su romance en Murcia dos años antes. Buscaba cerrar aquella puerta con suavidad, pero el segundo intento le salió peor. Sería el último. No le importaba. Tenía el botón.

Caminaba por las calles de Murcia diciendo adiós a las esquinas. Con cada paso se sentía un poco más libre. Iría a casa a leer de nuevo las tres cartas. Lo haría en su terraza, frente a los muros de la cárcel de San Antón, a solas con el vodka. Respiró feliz. No había peso en su alma. Se iba a Madrid, la capital de los vuelos. Desde allí estaría más cerca de sus destinos habituales. Las cosas irían mejorando.

60. Adiós a Miss Cataluña

30 de enero de 2017. Cartagena, España

Las últimas horas de la inspectora Elena Rius i Bastida en Cartagena le parecieron inmerecidas. Allí se encontraba ella. En la que había sido su comisaría. Lluvia de aplausos. Avalancha de cariño de sus compañeros. Un apretón de manos de Héctor Leal que casi le abrió la muñeca. Miss Cataluña cerraba así una etapa de su vida.

Jamás olvidaría aquel momento. No supo qué hacer para no echarse a llorar y defraudar a su jefe en aquella última escena de emoción exacerbada. Detuvo las lágrimas fijando la mirada en uno de los cuadros que había en la entrada de la comisaría, donde le estaban diciendo adiós.

Década de los noventa. Día de la Policía. Toledo. Paseo de Merchán, entre la Puerta de Bisagra y el edificio del hospital de Tavera. Agentes a caballo desfilan con orgullo en el día del cuerpo. A Elena no le hubiera importado ser uno de aquellos jinetes. Sintió tantas cosas ante el cuadro que casi podría decirse que nació de nuevo.

La inspectora se acercó al comisario Héctor Leal. Saltándose los protocolos de la jerarquía, lo abrazó delante de toda la plantilla. El estruendo de silbidos y aplausos le sirvió para camuflar una verdad.

—Comisario, sus palabras me acompañaron en el sótano y me hicieron recordar lo que soy. Una policía inexperta. Siempre le llevaré conmigo. Gracias.

—Rius, déjelo ya que va a conseguir ablandarme, y eso no le conviene. — Leal tenía un nudo en la garganta—. Vaya directa a Madrid sin entretenerse más de lo necesario. No quiero que Ballesteros me llame y me diga que la he

retenido hasta en la despedida.

Héctor Leal estaba feliz. Elena Rius, también.

Antes de iniciar su viaje, la inspectora se hizo un selfi junto a otro cuadro, el que más destacaba en las paredes de la comisaría. El huérfano que Pablo Torres pintó en honor a todos los niños huérfanos que dejaron policías fallecidos en actos de servicio. Era el lienzo preferido de Elena. El que más la emocionaba. Y el que más profundamente sentía.

61. La rosa

14 de febrero de 2017. Madrid, España. Kyiv, Ucrania. Östersund, Suecia

Hizo la llamada desde su nuevo destino, el Complejo Policial de Canillas, en Madrid, donde estaba ubicada la Comisaría General de la Policía Judicial. Habló dando una vuelta por las afueras del recinto, a la hora de la pausa del café del equipo. Disponía de poco tiempo, porque en la Unidad Central de Delincuencia Especializada y Violenta, los descansos solo eran suspiros. Elena estaba escuchando a Vasyl, el celador del cementerio de Báikove.

—Puse la rosa en la tumba, como cada mes. Ya le he enviado la foto.

—La he visto, Vasyl, muchas gracias. Te hice el ingreso.

—No es necesario que me pague por esto.

—Pero quiero hacerlo. Quiero que mantengas muy bonita la parcela. Que sea la más cuidada de todo el cementerio. Que la lápida esté siempre limpia. Muy limpia. Y con flores. Muchas flores.

—Elena, es la tumba más cuidada, créame. Yo me encargo de eso.

—Te creo. Nunca olvides poner la rosa cada 14 de febrero, por favor, Vasyl.

—La pondré.

Elena regresó al despacho echando una ojeada a los mensajes acumulados en su teléfono. Se comunicó con dos personas. Primero, Nils.

Nils, 8:30 (Östersund, Suecia): Hoy es el día de los enamorados.¿Es cursi decir: «Te quiero»?

Elena, 12:05 (Madrid, España): No. Dilo.

Nils, 12:05: *Älskar dig.*

Ella no pudo decirlo porque sus emociones fueron transitando a otro espacio, mientras enviaba una foto a Anatoliy Bogún.

Elena, 12:05 (Madrid, España; 13:05 en Kyiv):[foto]

Tolik, 13:06 (Kyiv, Ucrania; 12:06 en Madrid): Elena, gracias. Lo que haces es increíble.

Elena, 12:06: Lo hago porque lo siento. Me aferro a lo más lindo de mi secuestro.

Tolik, 13:06: No tengo derecho a pedirte que uses una palabra diferente a *secuestro*.

Elena, 12:06: ¿Me sugieres otra?

Tolik, 13:06: Preguntaré.

Elena, 12:06: Bien. Un abrazo, Tolik.

La inspectora Elena Rius i Bastida llegó al Grupo de Homicidios y Desaparecidos tranquila y con ganas de seguir aprendiendo. Se concentró en el trabajo y se olvidó del mundo. Solo era policía. Había engordado un kilo con los cocidos. Estaba bien.

62. Cartas y mensajes

12 de mayo de 2017. Madrid, España

Eché una ojeada a los asientos de la puerta de embarque. Escogió el que quedaba más lejos del resto de viajeros. Se acomodó de cara al mostrador de entrada a la pasarela. No había comido, pero tenía alternativa. Un zumo nada natural, dos cruasanes de chocolate y tres grageas de vitaminas. En cuatro minutos, despachó el asunto. El vuelo de Norwegian a Estocolmo saldría con retraso. El tiempo le vino bien para desconectar de la clase magistral que había recibido esa misma mañana. El análisis de asesinatos camuflados como suicidios. Se esperaba de ella que fuera capaz de identificar un caso así. Ya llevaba casi cuatro meses en el grupo, progresando, y algún tiempo más, adaptándose a lo esquizofrénico de su existencia. No padecía pérdida del contacto con la realidad, sino que se había perdido en su realidad, leyendo cartas. Dudó si hacerlo en el aeropuerto, con tan poca intimidad, pero no pudo resistirse a releer, por enésima vez, la primera misiva que recibió de él. Se sumergió en el mundo que compartían.

Vivo para escribirte y seguiré viviendo solo si tú me lees. No te sientas obligada a hacerlo. Eres libre, como siempre debió ser. Pensar en lo que quiero decirte es lo único que me importa. Ocupo todo mi tiempo en escoger las palabras exactas que voy a plasmar en el papel. Esta hoja será el resultado de todos aquellos pensamientos que han conseguido acabar en mi mano sin perderse en un extraño camino, el que toman las horas que paso dando vueltas a las ideas que planean sobre mis obsesiones. Mi única obsesión, ahora, eres tú. A veces creo que todo lo que me ha ido pasando a lo largo de la vida ha sido para llegar hasta ti. Tú eres un final y un principio, aunque todavía no sé

bien de qué.

Esta carta hará un largo viaje para acabar donde estés. Tú también hiciste un viaje muy largo para cumplir tu palabra. Buscaste a Anatoliy, como me prometiste en Kalvträsk, y vino hasta aquí. Está conmigo, sí, pero mi querido mentor ya no puede salvarme. Eso ya no es suficiente para mí.

La grandeza de tu gesto y su hermosura hablan por ti. Citaste a Tolik en el cementerio. No podía creerlo cuando me lo estaba contando. Con mi niño, mi niño muerto. La verdad más grande de mi vida, Oleg, mi ángel. La rosa que depositaste sobre su nombre en la tumba abriga a mi hijo cada noche en su cuna de piedra. Así lo siento. Ya no hace frío para él. Hacía tanto frío aquella noche en la que me lo arrancaron de los brazos, Elena... Tenías que ser tú, una mujer inocente que ha protegido a Axel de un demente como yo, quien viniera para abrigar a mi principito cubriéndolo con una flor. No puedo expresarte lo que ha supuesto en mi mundo de obsesiones ese gesto. No puedo, Elena. Quiero, pero no encuentro las palabras. Y las siento. Te juro que las siento, pero no sé escribirlas. El gesto me vence y me vuelve analfabeto.

Desde la muerte de Oleg, el 14 de febrero de 2014, solo he hablado una vez de mi hijo. Fue en Kalvträsk, contigo. Después de eso y de lo que te dije el último día en la casa, quizás ya lo haya dicho todo. Quizás hubiera sido mejor morir allí, sobre tu cuerpo. Aunque entonces no hubiera podido saber que mi amado hijo tendría el calor y la compañía de una rosa. Ahora ya lo sé. Estoy preparado para irme con él.

Existo en silencio porque no tengo nada que decir que pueda entenderse aquí. Ni siquiera yo puedo entenderlo. Necesito un interlocutor para ello. Un único interlocutor. Mi final y mi principio. Tú. Imagino que hablo contigo. Imagino que me escuchas y me interpelas, que me das la razón y me contradices. Te imagino combatiendo mis obsesiones con tu rotundidad. Te imagino fuerte y sin miedo. Te veo ante mí, tratándome de tú a tú, y es maravilloso.

Deseo que leas esta carta y que seas tú quien dicte mi futuro. Lo demás serán meros trámites burocráticos que darán forma a mis años. Pero, más allá de la forma está el fondo, y el fondo para mí es tu sentencia. No voy a pedirte nada. Si quieres seguir leyéndome, viviré. Será el principio. Si no, significará que ha llegado mi final. En

cualquiera de los dos casos, habrá sido hermoso conocerte. Muy hermoso.

Cuida de Axel, Elena. Haz que asocie los recuerdos de Kalvträsk solamente a ti. Y perdóname, sirena.

Perdóname, por favor.

Todas sus cartas acababan con aquellas tres palabras. «Perdóname, por favor». Las respuestas de ella empezaron siendo mensajes breves. A esa primera carta contestó:

Cada noche bebo vodka a palo seco, como en Kalvträsk. Esta noche lo hago leyendo tu carta. Espero la siguiente.

Tras el mensaje, llegaron más cartas. Mykola Solonenko las escribía en cirílico y las destruía hasta conseguir la versión definitiva. Las redactaba en su celda, donde estaba ingresado en prisión preventiva. Cuando conseguía dar forma al texto final de una carta, memorizaba el borrador y también lo destruía para no dejar rastro. En las visitas de su abogado, volvía a escribirlo de nuevo en inglés. El letrado sacaba las cartas del centro en su maletín, junto al resto de documentos confidenciales de la defensa de su cliente. Luego se las entregaba a Anatoliy Bogún. Y el mentor, a Elena, personalmente y sin testigos, para no comprometerla con aquella locura. Así lo propuso Mykola. Anatoliy siempre se llevaba de la inspectora un mensaje oral, que comunicaba en sus visitas a Solonenko. Ella los guardaba apuntados junto a las cartas. Guardaba cada carta con el mensaje de respuesta. Habían pasado siete meses desde que se separaron en Kalvträsk. Elena tenía seis cartas. Ese viernes, 12 de mayo, recogería la séptima en Estocolmo, en el aeropuerto de Arlanda. También entregaría el séptimo mensaje de respuesta. Empezó a escribirlo en la *tablet*.

Nos veremos en el juicio. No es el lugar ideal para un reencuentro, pero así de extraño es todo entre nosotros. Trabaja con tu abogado y tu psicólogo. Prepárate para afrontar ese momento. Si no me defraudas, te doy mi palabra de que...

La voz del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas anunció de manera cansina: «Último aviso a los señores pasajeros del vuelo Norwegian...». *La única pasajera despistada dio un brinco. La voz continuó sin alterarse: «Embarquen urgentemente por la puerta número...».*

Elena mostró su documentación al personal de embarque. Sonrió a las cuatro auxiliares de tierra, sintiendo que tenían algo en común, ser de tierra, aunque ella era una especie extraña. Una sirena.

63. Celos emergentes

Del 12 al 15 de mayo de 2017. Östersund, Suecia

Nils Åkerman tenía la sensación de que luchaba contra un enemigo que era capaz de burlar a Dios. Hubiera preferido que los policías de las fuerzas especiales de Umeå hubieran disparado a matar a Mykola Solonenko, pero no fue así. Aunque en el clímax de su intervención, los agentes se equivocaron interpretando la escena que estaban viendo en Kalvträsk, supieron cómo actuar. Dispararon para reducir al delincuente cuando creyeron que acabaría atacando a Elena, al verlo estirado sobre ella, en el suelo. Quién hubiera podido entender que secuestrador y secuestrada se estaban despidiendo con un pacto acelerado. Posteriormente, ni Mykola ni Elena revelarían ese punto en sus declaraciones. El expediente acabó resumiendo el episodio en una frase: «Ante la confusión del momento, se realizaron dos disparos en el hombro del supuesto agresor para salvaguardar la integridad de la mujer».

Nils vivía convencido de que debió matar a Solonenko él mismo, cuando lo tuvo delante en la explanada, aunque entonces habría sido él quien hubiera acabado en la cárcel. Intuía que Elena le escondía cosas. Él también le había ocultado que estuvo a punto de matarla en Kalvträsk. Por suerte, el pequeño Axel estaba al margen de todo aquello. Los controles pediátricos y psicológicos del niño resultaron satisfactorios. Solo había algo extraño en su comportamiento. A menudo, escribía su nombre en cirílico, Аксель, cantando una melodía desconocida. Margareta supo tratar el hecho con naturalidad, supervisándolo desde la distancia, pero Nils se desquiciaba.

El fin de semana que Nils y Elena pasaron juntos en Östersund a mitad de mayo, se vio salpicado por múltiples tensiones. Axel siempre quería estar

pegado a Elena. Lo prefería a jugar con sus hermanos, y ella se desvivía con el pequeño. Corrían por el jardín, saltaban en la cama elástica y se divertían como dos criaturas. Elena cantaba. El niño reía. A Nils le gustaba, pero en alguna ocasión se sintió excluido de su lenguaje. Uno de los días, mientras él preparaba la comida, Axel empezó a dibujar con Elena en la mesa de la cocina, entonando la melodía que asociaba con la escritura del nombre en cirílico. Nils se giró y descubrió las letras y la sonrisa de Elena. Entonces supo que ella había vivido la escena antes y que, como el niño, no la recordaba como un momento infeliz. Los celos lo vencieron y se vio dándole un bofetón a su hijo. El pequeño arrancó a llorar. Elena se levantó y le propinó otro bofetón a Nils con tal virulencia que le saltaron las gafas al suelo.

—¡Si vuelves a hacerle daño al niño, te denunciaré!

La inspectora cogió a Axel en brazos y salió de la casa. Quiso huir con un niño que no era su hijo. Percibió lo enrevesado de la situación y tomó el control como hacía en su secuestro, disimulando sus nervios con las canciones.

Nils se disculpó millones de veces por su comportamiento. Elena no pudo empatizar con él. «Mykola nunca hubiera pegado a mi niño bonito», pensaba por dentro sin escuchar a Nils. Por la noche, cuando acostaron a los chiquillos, la pareja salió al jardín.

—Prométeme que nunca más le pondrás la mano encima a Axel —pidió Elena muy seria.

—Te lo prometo. Dime tú qué canta —exigió él.

—Una nana de Ucrania. Колискова Баю бай.

Nils escuchó en los labios de Elena algo parecido a *Kolyskova Bayu-bay*. Alucinó con la dulzura de su voz y la expresión de su rostro.

—¿Ahora resulta que sabes ucraniano? —indagó el inspector desde el asombro para dar paso al rechazo—. ¿Le gustaba eso al niño?

El retintín de la pregunta encendió el arrebató de Elena.

—¡Nils, lo dejamos claro! No hablaríamos más de lo imprescindible de lo

que pasó en la casa. Te he contando todo lo que dije a la Policía. Puedes tener acceso a mi expediente para comprobarlo. Sabes cómo hacerlo. No te he ocultado nada de lo que aparece en él. El resto son detalles muy dolorosos. A mí no me hacen bien —continuó herida—. Creo que los médicos te han dicho que Axel está perfectamente. Dejará de cantar y de escribir su nombre en cirílico. Cuanta más importancia le des, más grande harás el problema. En vez de reñirle, abrázalo cuando eso pase. Juega con él. Cántale en sueco. Es lo que hace su madre, y funciona.

—Lo siento, Elena. Estoy muy alterado porque se acerca el juicio.

—¡Van a condenarlo!

—Lo dices enfadada. —Los celos lo devoraban de nuevo.

—Eso es lo que percibes tú. ¡Mi enfado es contigo! Cumplirá la condena que le impongan por lo que hizo, no por tus elucubraciones. Pasó lo que pasó, pero nos trató bien. ¡No hay mucho más que añadir! El resto son pormenores que nos van a destrozar. ¿Quieres saberlos? —La inspectora se lanzó por un tobogán de justificaciones airadas—. Le cantaba al niño y le enseñaba ucraniano, pero jamás le pegó ni le alzó la voz y él también le hablaba en sueco. Me tenía atada a un pilar, pero quería que me cambiara la cadena cada día para que no tuviera rozaduras y, cuando se sintió seguro, me dejó salir al aire libre en su compañía. Lo más importante para mí es que siempre me permitió estar cerca de Axel. Lo que hizo Mykola fue horrible, pero nos trató bien. Lo he dicho mil veces y es lo que seguiré diciendo en el juicio. Si vuelves a pegar a Axel, no tendrás ninguna oportunidad conmigo. Ninguna, Nils. ¿Lo has entendido?

—Este no va a ser un buen fin de semana. —El inspector se cubrió la cara con las manos, anulado por las palabras de una mujer que se le escapaba—. No sé cómo lo hago, pero acabo estropeando lo que más me importa. Puede sonarte a tópico, pero es la verdad.

—Eres humano —dijo Elena acariciándole las entradas del pelo—. Para aquí y podremos reconducir lo que ha pasado. Mi vínculo con Axel es muy

estrecho. Entiéndelo. Él es tu hijo. Te llama «papá» y te quiere. No puedes iniciar un paseo por senderos oscuros, Nils.

—Sácame de ellos...

Lograron apartarse de las sombras cogidos de la mano bajo la noche luminosa de la primavera sueca. Tardó poco en venir el deseo a intentar enmendar lo que ya no tendría arreglo.

Hicieron el amor con una pasión medida. Durmieron poco, como poco duró el sosiego. Nils se levantó primero y fue a preparar el desayuno. Elena dio unas cuantas vueltas más. Se despertó aturdida, sin saber dónde se encontraba. Creyó que era la cama de su piso de Madrid. Estiró el brazo a la derecha, buscando la mesita. Tiró del segundo cajón, donde guardaba los analgésicos. Tanteó con los ojos cerrados y palpó algo metálico. Una pistola. No podía ser la suya. Se incorporó de golpe. Entendió que estaba en Östersund y que esa era la mesita de Nils. Miró el cajón abierto y vio el arma. No era la SIG Sauer de la Policía sueca. Cogió la pistola. La observó extrañada. Oyó un resoplido. Alzó la cabeza. Tenía a Nils encima.

—¿Qué es esto?

«¿Acaso tú vas a contarme todo lo que pasó en Kalvträsk?», pensó el inspector sin decírselo, antes de mentirle.

—Es un hierro que me regaló un comisario. —Le quitó la Makárov de las manos—. ¿Queda feo que te diga que no deberías tocar mis cosas?

—Sí, sobre todo si te refieres a un arma y me lo dices con esa mirada desquiciada.

—Puedo contarte la historia. Durante un tiempo me atormentó, pero ya no es el caso. Los traumas se superan.

—¿Debo conocer esa historia, Nils?

—¿Debo conocer yo la de Kalvträsk, Elena?

—Esto no va a salir bien, Åkerman.

Se levantó cubriéndose con la sábana para vestirse. Él se la arrancó de golpe.

—¡No te tapes cuando estés conmigo! Me excitas y haces que quiera volver a follarte.

La lanzó al colchón. Quiso saciar sus instintos. La puso bocabajo. Elena no escuchaba sus palabras de deseo sino las de Mykola desde Kalvträsk: «No te perdiste nada con él. Sodomizaba a las mujeres. Yo tengo bastante más estilo. Algún día lo comprobarás».

La inspectora utilizó todas sus fuerzas para deshacerse del peso de Nils Åkerman, revolviéndose a gritos.

—¡Suéltame! No te atrevas a sodomizarme. ¡Odio el sexo anal!

Nils se quedó inmóvil, suspendido en la excitación.

—Pero ¿qué dices, Elena? Yo nunca haría eso contigo... Mis hijos están en casa. Te suplico que no chilles.

—¿Entonces qué pretendías? —dijo con el horror en los ojos y con la mano en la boca—. ¿Acariciarme la espalda? Ese no es tu estilo...

—Por Dios santo, Elena. Hacemos el amor en todas las posturas posibles.

—Pero nunca me has forzado, Nils...

—¿Te he forzado ahora, Elena? Dímelo.

—No...

—¿Entonces? ¿Qué pasa aquí?

—Dímelo tú. ¿Qué coño significa esa pistola?

Nils se sentó junto a ella y le relató su historia en Umeå de hacía dieciocho años, pero omitió la segunda parte de lo que pasó en Kalvträsk.

—Ahora cuéntame tú porque creíste que iba a sodomizarte —inquirió alertado.

—No sé, me lo pareció...

«Él leyó el diario de Margareta y tú lo sabes», se dijo Nils antes de volver a dirigirse a ella intentando que la situación no se les fuera aún más de las manos.

—Elena, lamento mucho todo esto, de verdad.

—Yo también. Creo que debo volver a España. Puedo adelantar mi regreso.

—No, te lo ruego. No te vayas. Hablemos con calma, te lo suplico.

—Vale, pero no en la cama.

—De acuerdo.

La Makárov lo vio todo desde la mesita. Mykola Solonenko, no pudo verlo. Se preparaba a conciencia para no defraudarla. Esperaba el día en el que Elena cumpliera su segunda promesa. La que le trasmitió a través de Anatoliy en su mensaje.

64. Cita con Lacan

18 de mayo de 2017. Madrid, España

Elena dedujo que debía de ser la última paciente de la tarde. Hacía poco que había comenzado la terapia. Era uno de sus espacios íntimos, donde se preparaba para lo que la esperaba. Las visitas siempre empezaban con las mismas dos palabras.

—La escucho.

—El juicio es la semana que viene. No estoy nerviosa por eso, sino por lo que vendrá después. Todo en mi vida ha cambiado desde que apareció él, doctora. Pero no quiero hablar de él hoy, sino de Nils, porque no nos van bien las cosas. Y necesito que me vaya bien con Nils o habrá ganado él. Quiero hablar de Nils, pero sale él. Quiero hablar de mi trabajo como policía, pero sale él. Quiero sentirme libre y no puede ser, porque está él. Y si hablo de él fuera de aquí, solo escucho que lo van a condenar a muchos años de cárcel. Me dicen que es un delincuente, un secuestrador, un tarado, un loco. Y yo lo veo así, pero también lo veo de otras muchas maneras, como Tolya. Y esas otras muchas maneras vencen al hecho de que sea un delincuente mucho peor de lo que todos creen. No quiero hablar de él... y hablo... Hablo de él conmigo misma porque no quiero escuchar lo que me dicen... porque todo eso no lo explica para mí... Y me paseo por el mundo con sus cartas... Y le contesto con mensajes... Y luego estudio tipos y tipos de homicidios... Y juego a tener una familia con Nils... Pero es que yo quiero tener una familia y no me entrego. No puedo. Nils lo intuye. Y lo destrozo con mi manera de actuar. Saco lo peor que lleva dentro. Con Nils está mi niño... Axel... mi niño bonito... Él me pidió que lo cuidara... Tengo que hacerlo... Quiero hacerlo...

Lo echo tanto de menos cuando no lo tengo en mis brazos... Y también lo echo de menos a él... Nadie me mira como él... Y yo necesito que me miren así... ¿Estoy muy mal, verdad, doctora?

La psiquiatra no contestó. Parecía una pared más de la consulta. Su silencio consumía a la inspectora. Lloraba. Se secaba los ojos con los pañuelos de papel que había junto al diván. Le enseñó el botón. Luego lo apretó.

—Es suyo... Para qué lo digo... Cuántas veces lo he dicho ya... Lo aprieto para sentir que soy fuerte. Que esto no podrá conmigo. Y es mentira... Lo aprieto para que no se me escape mi lobo... Y eso también es mentira... No sé por qué aprieto el botón que le arranqué cuando los policías me lo arrancaron a él de encima... Era mío. No tenían que llevárselo. Era mi lobo... mi secuestrador. Yo tenía derecho a gritarle, a amenazarle, a escupirle, a pegarle, a abrazarle, a hablarle, a negociar con él, a lo que me diera la gana. Era yo la que lo había aguantado una eternidad y la que conocía su vida. Tenía derecho. Pero no, se lo llevaron... Y yo me quedé con mi vida rota... Mi vida ya no sería como antes de que apareciera él. Lo supe en cuanto salí libre de la casa...

Nuevo silencio. Nuevo llanto. Este más largo. Más desesperado. Guardó el botón y levantó la pierna derecha.

—Cada día me la cambio de tobillo. —Señaló una fina pulsera de eslabones de plata que llevaba en el pie—. ¿Por qué lo hago? No lo sé, pero me siento bien al hacerlo. Dígame qué me pasa, doctora. Hábleme, por favor... —se expresó irritada—. ¿No va a decir nada?

—Yo no estoy aquí para hablar cuando me lo pida ni para decirle lo que le pasa. Debería saberlo. Usted ha elegido esta terapia.

Elena se trataba en Madrid con una psiquiatra de prisiones que, además, ejercía en su consulta privada como psicoanalista de la escuela de Jacques-Marie Émile Lacan. La doctora Suárez escuchaba a sus pacientes casi sin intervenir en el discurso. El silencio, los deslices, las equivocaciones en las palabras que decían y los sueños que tenían eran momentos donde el

inconsciente se mostraba en términos de deseo, con un lenguaje poderoso y auténtico.

—Doctora, la he escogido a usted porque no quiero que nadie me diga lo que tengo que hacer para sentirme bien y porque mi decisión es no tomar ni un solo medicamento. Tomo vodka, como él, y sé ponerle límite.

—¿Límite al vodka o a él?

El silencio duró diez minutos, pero a ella se le hizo corto. Acabó contestando.

—No sé... Lo que voy a hacer no está bien. Y voy a hacerlo.

A continuación, contó a la psiquiatra la decisión que había tomado en una sola frase. Con la palma abierta de la mano, le indicó que no quería oír sus comentarios y cambió de tema.

—Nils me atrajo desde el primer día. Su aspecto de hombre maduro, serio, policía... Su mujer, Margareta, casi me gustó más que él. Una mujer llena de vitalidad y alegría, todo lo que a mí me faltaba, sin complejos ni problemas. Los niños eran divertidos. Me encantaba estar con aquella familia de gente extraña. Me ofrecieron ir de vacaciones a Suecia. Dudé, pero me dejé arrastrar por la alegría de Margareta. Me vino bien esa excusa para huir de Carlos, como en su día huí de mi familia...

Volvió a extender la palma de la mano por si la doctora decidía dejar caer alguna de sus incisivas apreciaciones. Quiso reforzar la idea de que ella decidía de qué se hablaba en su terapia y cuándo. Quiso hasta manejar a la psiquiatra. Evidentemente, no pudo. La doctora Suárez se reservaba un momento estelar para intervenir.

—Nada más aterrizar en Suecia descubrí que aquel matrimonio estaba acabado. Pude haberme apartado de ellos y marcharme a Göteborg, con Montse, la esposa del psiquiatra sueco que me ha recomendado que venga a su consulta. Pero no, me quedé con los Åkerman. Y me quedé más con Nils, porque Margareta no estaba para nadie que no fuera Cris. Carlos se iba diluyendo. Nils lo diluía y me atraía cada día un poco más. Y quise hacer el

amor con Nils para que ya no fuera Carlos el último hombre de mi vida. Era solo otra excusa. Quería hacer el amor con Nils porque quería, y punto. Se lo insinué en un wasap. Me hubiera acostado con Nils aquella misma tarde. Pero no pudo ser. Él me hizo una vulgar llave mata león, tan de moda entre los atracadores de chinos en polígonos industriales. Me hizo esa llave que yo tanto había estudiado en los vídeos y ensayado con mis compañeros. Me dejó fuera de juego con esa llave. Me drogó y me llevó a Kalvträsk, con Axel. Estuve encerrada cuarenta y siete días, atada a un pilar, viviendo tantas cosas... mirándolo... observándolo... estudiándolo... igual que él a mí... Salí viva, sin un solo rasguño, sin haber sido violada, ni maltratada, más o menos... porque sí que hubo momentos desagradables y violentos entre nosotros, sobre todo al principio, pero luego aquello se iba pareciendo cada día menos a un secuestro. Lo era y no lo era. No sé cómo explicarlo... No sé... ¿Síndrome de Estocolmo? Yo no tengo eso, doctora. Lacan se reiría de la etiqueta. Es un delincuente. Me retuvo. Quizás, hasta me hubiera matado y se hubiera llevado al niño. Pero no lo hizo. Y es que yo sentía que no podía hacerlo. Y que la causa era yo. Jamás hablamos de eso, menos el último día. Solo necesitó tres frases para resumir lo que pasaba. Aquellas tres frases van a todas partes conmigo...

—Tres frases... —La psiquiatra arrastró las palabras para que Elena continuara por ese camino.

—Sí, tres frases. Son mías. Él las dijo solo para mí y no las compartiré con nadie. Son nuestras. Solo tuyas y mías. Me las creo. Siento que son ciertas y me hacen querer ser justamente eso... Sus tres frases...

Hizo una pausa. Bebió agua. Un sorbo corto de un vaso ancho.

—Cuando creí que estaba muerto, el desgarró me partió en dos. Minutos después, mi compañera subinspectora me dijo que no, que solo estaba gravemente herido. Yo me alegré y me rompí en dos del todo. Me alegré de que Mykola Solonenko siguiera en mi vida. Y en ese momento supe que las cosas no me irían bien. Porque la desesperación que sentí cuando me dijeron

que había muerto y la alegría posterior fueron emociones demasiado intensas. Y no era normal que yo estuviera sintiendo eso. Lo sabía. Y no lo podía decir porque lo que tocaba era estar aturdida, aferrarme a mis compañeros policías, arrojarme a los brazos de Nils, pedir que viniera mi familia, refugiarme en ella cuando vino... Estar agradecida a Vinyet y a Xavier... Nada de todo aquello me consolaba, doctora. Nada... Pero lo hice, aunque yo solo quería verlo. Verlo vivo. Y no podía. No podía. En vez de eso tuve que declarar y contar algunas de las cosas horribles que había hecho en la casa.

—Cosas horribles en la casa —remarcó la doctora Suárez.

—Sí... En la casa... De su pasado hablé poco, como le prometí estirada en el suelo en Kalvträsk. Dije que era un huérfano de Chernóbil, que creció con sus abuelos en Odesa, que estudió Enfermería en Ivano-Frankivsk, que trabajó en una clínica de cirugía en Kyiv, que tuvo un hijo muy enfermo, que se divorció de su esposa al nacer el pequeño, que lo cuidó él solo y que el niño murió a los tres años... Nada más... Me callé que es un asesino... Aunque yo, realmente, no sé si lo es ni quiero saberlo... De esas dudas mías no hablé... Ni de las certezas. Le prometí que jamás mencionaría a los tres muertos de los bosques de Polonia. Y no lo hice. Aquello sucedió hace diecisiete años y pudo ser en legítima defensa. Para qué decirlo... Hablé a la Policía de lo horrible que fue raptar a un niño... Aunque lo tratara como a un hijo muy querido, se lo robó a sus padres. ¿Iba a llevárselo? No me lo dijo. No puedo estar segura. Retener a una mujer para acabar matándola... Aunque jamás lo hiciera... No, eso tampoco me lo dijo...

—¿A qué mujer retuvo? —preguntó la psiquiatra.

Lloró mucho. El silencio acabó con ella.

—A mí, claro... No quiero seguir hablando... Ya sé que es un delincuente... Lo que no sé es por qué yo no puedo condenarlo... No puedo...

—¿Es usted jueza?

—No...

—¿Qué es usted, Elena?

—Policía.

La respuesta fue muy rápida. La siguiente pregunta sonó muy tarde y muy lenta.

—¿Es algo más, además de policía, Elena?

Hubo otro silencio interminable, que no acababa. Finalmente, la inspectora susurró para que nadie la oyera.

—Mujer... Soy la mujer perfecta para... —Elena no quiso acabar la frase—. Vamos a dejarlo aquí, doctora.

Ella misma dio por concluida la visita, utilizando las palabras habituales de su psiquiatra.

Se levantaron. Ninguna de las dos dijo nada más.

Días después de aquella consulta, Elena Rius recibió la llamada de la doctora Suárez. La psiquiatra le comunicó su decisión de no tratarla más.

—Lo siento. Su caso entra en conflicto con mi ética y mi código deontológico. No puedo atenderla.

«Es porque te apoyo», pensó Elena dirigiéndose a su lobo invisible.

La inspectora se sintió absolutamente sola en el mundo.

65. A su manera

2 de junio de 2017. Umeå, Suecia

Escuchaba a su mentor en la visita, pensando en ella.

—Mykola, la Policía ha preguntado por ti en toda Ucrania. Los suecos han insistido en que se busque hasta encontrar algo, y los nuestros se han visto obligados a ponerse las pilas. Me acaban de pasar el expediente de la investigación definitiva.

—¿Tengo que preocuparme?

—En absoluto. No hay nada contra ti. Estabas en un hotel de Polonia aquella noche del Maidán, ¿recuerdas?

—¿Podría delatarme la persona que utilizamos para suplantarme?

—Imposible. Murió de un infarto. —Solonenko lo miró alarmado—. Tranquilo. Pasó en un hospital, delante de un batallón de médicos. Pero ha sido una suerte para ti. Por lo demás, nada. La persecución política está clara. Estabas conmigo. Y yo con Timoshenko. Hay constancia en tu pasaporte de que saliste del país el 16 de febrero, después de enterrar a tu hijo.

—¿Ella jamás te pregunta por lo que pasó en Ucrania?

—No. No quiere saberlo. Solo le interesa entenderte y no perder la cabeza con esto que le estás haciendo.

—Yo no quiero perjudicarla, pero la quiero conmigo.

—Lo haremos a su manera, ¿me oyes? Haremos lo que ella diga.

—Me parece bien.

—Yo estoy de acuerdo con ella, ¿entiendes, Mykola?

—Sí.

—Nunca estuve de parte de Iryna, pero sí que estoy en el bando de Elena. La

protegeré.

—Aquí no hay bandos. Yo siempre estoy contigo, Tolya. Haré lo que tú me digas. Iremos los tres a una y Elena marcará el camino. Jamás podría hacerle daño a ella.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí. Es mi sirena. Es para mí.

—No es tuya. No te pertenece. Tiene una vida que debes respetar.

—La única vida que me interesa es la que vive conmigo. Si tiene dos, conseguiré que se quede en la que yo le acabaré ofreciendo. Ella sí que me pertenece, porque esa acabará siendo su elección.

—Te esperan años de cárcel.

—Tarde o temprano, saldré.

—Incluso así, ella puede no escogerte.

—Lo hará.

—Si vuelcas tus obsesiones en ella la...

—Anatoliy, por favor. —Lo hizo callar, dolido—. Esta vez será distinto. Debes encargarte de que no me acerque al precipicio. Eres mi familia. Lo único que tengo. Tú y los recuerdos de Oleg. No voy a fallar, pero tú tienes que creer en mí.

—Claro que creo en ti, pero ella es libre, Mykola. Puede querer apoyarte ahora, pero no querer tener nada más que ver contigo.

—Eso no va a pasar. Debes vivir muchos años para ver la escena final. Para ello, también tenemos que cambiar tu vida. Estás viejo.

—No te entiendo.

—Vente a Suecia, cerca de mí. Vive tranquilo, a mi lado, esperando mi salida. Acompáñala con el peso de todo esto. Entretanto montando un negocio. O varios. Ganamos bastante dinero aquellos años. Y tú has ganado mucho más mientras yo me he echado a perder la vida aquí.

—¿De qué me estás hablando? ¿Qué negocio vamos a montar con esta gente sueca tan estricta? Si es legal, nos van a comer los impuestos. Y si no lo es,

acabaremos los dos en la cárcel, pero separados. Suecia es un país serio y reacio a los chanchullos.

—¿Has leído a Stieg Larsson? Él no pensaba lo mismo.

—No lo he leído, pero he visto las películas. Es un pasado de vueltas.

—A mí me gusta. ¿Estás seguro de que todos los suecos son serios y reacios a los chanchullos?

—¡Claro que no!

—Aquí viven muchas personas que no son de Suecia, Tolik. Me han contado que las cárceles están llenas de nacionalidades de todo el mundo. Cuesta encontrar un sueco que sea interesante para nosotros, pero ya le he echado el ojo a uno. Nos servirá.

—¿Nos servirá? ¿Para qué? ¿Qué estás tramando? Tienes el juicio encima y ya estás pensando en cometer otros delitos. ¿Cómo nos va a salir algo bien con esa actitud?

—¿Sabes algo de sellos, Anatoliy? —preguntó con elegancia.

—Nada.

—¿Te interesa?

—En absoluto.

—Se gana mucho dinero. Y es un delito con clase.

—Pero ¿a qué estás dedicando tu tiempo? ¿Quieres convertirme en filatélico?

—Te pega.

—¿Tan pasado de moda me ves?

—Anatoliy, tuviste años gloriosos, pero has envejecido. Es culpa mía. Te he dado un disgusto enorme.

—¿Cómo puede ser que estés de buen humor? El juicio es el lunes. Me ha dicho tu abogado que el fiscal no es de los peores. Aun así, te van a caer un montón de años.

—Eso no me gusta —frunció el ceño—, pero estaré en una cárcel sueca —se resignó—. No es como las nuestras.

—A ver si vas a sentirte afortunado por estar en prisión.

—No, Tolya. Es la consecuencia de un mal cálculo. Pero ese mal cálculo me la ha traído a ella. Sus canciones. Sus mensajes. Su promesa...

—Este juego vuestro, no sé, no puede salir bien, Mykola.

—Lo de ella, déjalo en mis manos. Tú ponte al día con los sellos. Recluta a parte de nuestro equipo. A los que quieran venir. Prepáralos. Que venga Yuriy. Lo quiero aquí.

—¿Y qué les ofrecemos? No tenemos nada interesante para ellos.

—Pero lo tendremos. Empezaremos con un restaurante ucraniano. Aquí, en Umeå, con Yuriy. Y otro, contigo, donde esté la cárcel a la que me envíen. Ganaremos mucho dinero con esos y con otros negocios y lo enviaremos a nuestra patria. Formaremos a los jóvenes del equipo para que trabajen en las reformas de Ucrania. Nos debemos a nuestro país. Trabajaremos por los nuestros desde Suecia. Los suecos temen a los rusos. Eso nos beneficia.

—Restaurantes y sellos... —Anatoliy movía la cabeza de un lado a otro, superado por la extravagancia—. ¿Dónde vamos con eso?

—Tengo más cosas pensadas, Tolya... Elena será la primera en lucir uno de nuestros negocios.

—¿Elena? ¿Qué va a lucir Elena? Estás muy mal.

—Dime que no tiene los ojos verdes más hermosos que jamás has visto, Tolik. Y su mente... Esa mente extraordinaria que me cambia y me vuelve loco y cuerdo y un poco bueno.

Anatoliy Bogún esperó para contestar hasta que estuvo seguro de lo que quería decir.

—Tú también tienes una mente extraordinaria y mira dónde estás, hijo. Debéis andar con cuidado. Ella es buena del todo. No pertenecéis al mismo mundo.

—Construiremos uno solo para los dos, como en Kalvträsk.

66. Estrangulada

2 de junio de 2017. Barcelona, España

Escuchaba a su padre en el coche, pensando en él.

—Elena, no puedes continuar así, vas a la deriva. Hacerte policía fue una locura. Formas parte de un cuerpo represivo. Esa actitud no va con tu estatus social. Tenías que haber sido abogada. Eres una Rius i Bastida. Encima, hacerte policía nacional y no mosso d'esquadra. Un contrasentido más de los muchos que acumulas en tu vida. Nuestro país camina hacia la independencia y tú eres policía del Estado español.

—Me ahogas, papá. —Bajó la ventanilla—. No deberías haberme traído tú... Para y déjame aquí mismo. —Estaba desesperada—. Es mejor, de verdad. Es mejor que no siga escuchándote.

—Pero debes hacerlo, hija mía. —Josep Rius conducía por la Gran Vía en dirección a la Ciudad de la Justicia—. No tenías bastante con tanta contradicción, no. Tenías que prepararte para ir a trabajar en el país donde te secuestraron. Tenías que enamorarte del padre del niño. Un hombre con un divorcio a sus espaldas y cuatro hijos. ¿No ves que siempre vas a contracorriente?

El abogado Josep Rius no sabía lo peor. En aquellos momentos, su hija preferida solo quería estar escondida en Kalvträsk, balanceándose en una mecedora junto a un asesino.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —La furia de Elena se disparó—. ¡No me digas lo que tengo que sentir! Es contraproducente. Refuerza lo que siento.

—Elena, eres una mujer madura, no una quinceañera. Das alas a los

sentimientos que tú quieres sentir. No tiene nada que ver conmigo. Te he dado todo el amor del mundo, más que a ninguno de tus cuatro hermanos. Tu madre te ha querido. Te ha cuidado. Te hemos proporcionado una educación. Podrías haber disfrutado de una prestigiosa carrera. —El letrado se explicaba dando golpes al cambio de marchas con la mano abierta—. Siempre te hemos querido tener cerca, en casa, pero tú siempre has querido estar fuera de ella. Tanta inteligencia desperdiciada en esa cabeza de chorlito. Debes ir al psiquiatra. Estás peor que el psicópata que te raptó.

Elena vivió aquella última frase como un ataque a Mykola que no estaba dispuesta a consentir. El semáforo se puso en rojo. Ella alcanzó su límite. El Audi de Josep Rius frenó y se estampó contra su amenaza.

—Papá, nunca más vuelvas a expresarte en esos términos o no me verás jamás. ¡Él no es un psicópata! Tiene empatía y conciencia sobre lo que hace, por muy mal que esté lo que haga. Parece que tú no.

Salió del coche y cerró la puerta sin dar portazo. Indicó a su padre que bajara el cristal de la ventana y se dirigió a él en tono grave.

—Seguiré siendo policía nacional. Si todo va bien, trabajaré en Suecia. Nunca te gustarán mis parejas ni la vida que llevaré. —Se fue retirando del vehículo caminando de espaldas sin dejar de hablar—. Puede que a mí tampoco me gusten tus maneras, el bufete de la familia, vuestra forma de funcionar, las movidas políticas... Pero siempre te querré y respetaré tu forma de pensar.

—Hija mía, no te vayas. —Josep Rius estacionó a un lado de la Gran Vía y fue tras ella, ajeno al altercado circulatorio que estaba ocasionando—. Hablemos de esto en casa.

—No te pido que estés de acuerdo con mis decisiones ni con lo que haga, papá —dijo tomando impulso para alzar la voz—. ¡Te exijo que me dejes vivir en paz! Lo haré a mi manera.

—No me hagas esto, hija. —Su pequeña se le iba.

Los coches pitaban al Audi parado a un lado de la calzada con las luces de

emergencia.

—Voy directa contra un muro. Y lo sé. Lo hago porque me da la gana. Aunque me haya querido pagar una de las terapias más caras del mercado para saber por qué actúo como actúo, si soy sincera no me importa el porqué de las cosas. Todo lo que me pasa es apasionante. La vida a su lado me apasiona. Cada día más.

—¿Por qué un policía sueco? ¿Por qué?

—¡No es policía! No quieras saber lo que es. ¡Y no es sueco! Tampoco quieras saber de dónde es. —Estalló en carcajadas limpias, cómplices de su locura—. Yo ya no puedo vivir como una persona normal, si es que hay personas normales en tu mundo. En el mío, no existen.

—Elena, no te reconozco. No merezco que me hables así. ¡Cállate!

—No me callaré. ¡No! No soy normal. Nunca lo fui. No hago lo que debo ni lo que se espera de mí. Ya no se lo podré decir nunca a la doctora Suárez porque ni siquiera ha querido tratarme.

—¡Hija! —La agarró con fuerza por los brazos para no perderla, pero ya era demasiado tarde para todo.

—Adiós. —Se deshizo de las manos de su padre—. No me llaméis. Después del juicio, me iré de vacaciones. No te diré el destino. Es otro de mis secretos. Tengo muchos. Ninguno de ellos te gustaría, papá. —Hizo una pausa en su alegato final y lo miró con ternura—. Aunque no te lo creas, te quiero y me importas, pero no te pertenezco. A ti, no.

Echó a correr hacia los juzgados. Corrió desbocada a los edificios de la Ciudad de la Justicia en busca de su fiel compañera de carrera, su señoría la jueza Laia Martí. Ella la prepararía para el juicio y le adelantaría la posible sentencia. Laia llevaba un mes analizando el proceso con el abogado al frente de la defensa de Mykola Solonenko. Tuvo que estudiarse el Código Penal sueco en inglés. No le representó mayor problema. Por algo fue la número uno de su promoción y obtuvo plaza de jueza a la primera.

67. Lincesa y Lulú

2 de junio de 2017. Barcelona, España

La totalidad de los órganos judiciales de L'Hospitalet de Llobregat y la mayor parte de los de Barcelona estaban ubicados en la Ciudad de la Justicia. Evidentemente, el caso de Mykola Solonenko no se resolvería allí, sino en el juzgado sueco competente de la ciudad de Skellefteå, donde Elena Rius tendría que presentarse a declarar la siguiente semana. No obstante, en la judicatura catalana, la inspectora contaba con una de las pocas aliadas que tenía en el mundo de sus sombras: Laia Martí.

Tras el enfrentamiento con su padre, Elena acabó deambulando entre los edificios del complejo judicial, haciendo tiempo para serenarse antes de subir al despacho de la jueza. Aquellos mamotretos de ventanas contiguas se le antojaron auténticas cárceles. La inspectora se descompuso al imaginarse trabajando entre esos bloques, atrapada en el futuro que su familia había soñado para ella.

Más de cien salas de vista y ciento cincuenta juzgados se integraban en las modernas instalaciones judiciales. Elena sabía adonde iba. Pasó el control de seguridad, subió a la planta de Laia y fue al mostrador de su juzgado. El funcionario que la atendió le pidió que la esperara en su despacho. Minutos más tarde, entró la jueza con su toga de quinientos euros pagados de su propio bolsillo. Venía de un juicio cargada de expedientes. Los dejó en la mesa y abrazó a Elena.

—Niña, no sé cómo vas a poder soportar esto ni voy a preguntártelo. —Soltó la toga y echó mano de un floreado bolso de Ted Baker—. Aquí dentro llevo tu caso. Prefiero explicártelo en el apartamento. Te invito a comer. Podemos

esperar allí a Vinyet.

Al cabo de media hora estaban en el piso de Laia junto a Lincesa y Lulú, dos gatas blanquísimas de angora, con el iris azul transparente. La jueza instaló a la inspectora en el comedor con las felinas y con sus apuntes sobre los delitos y las condenas previsibles para Solonenko en Suecia. Ella se retiró a la cocina para preparar su menú preferido. Ensalada de primero. Huevos fritos con patatas de segundo. Y tiramisú de postre. Comieron viendo a Vinyet Miras en la televisión, interviniendo en directo desde la Plaça Sant Jaume, en las noticias del mediodía. A las cuatro, la periodista llamó al interfono de la puerta. A las cuatro y cuarto, las tres amigas estaban tomando café con una cucharada de chocolate en polvo.

Laia Martí era una jueza metódica, perfeccionista y humana. Para ella, detrás de cada caso solo había personas que tenían un problema. Vinyet Miras era una periodista asertiva, directa y dura. Para ella, detrás de cada persona había una historia, no siempre admirable ni buena. Solo con esas dos amigas, la inspectora Elena Rius había hablado de su relación con Mykola Solonenko. Laia no la juzgaba. Vinyet manifestaba virulentamente sus críticas.

Un expediente. Dos gatas. Tres amigas. La más decidida apartó a las mininas del sofá con sendos bufidos y agarró la carpeta del expediente. Pronto encontró una lista de seis delitos con los nombres escritos en español, inglés, sueco y ucraniano.

—Podrías haberlos escrito también en catalán, joder —protestó Vinyet—. Es tu lengua materna.

Comenzó a locutar los delitos como si estuviera presentando un informativo en la radio.

—Detención ilegal. Falsedad documental. Usurpación de estado civil. Estafa. Allanamiento de morada. Medidas ilegales con cadáver. Habla, Laia —apremió la periodista agitando los papeles—. No tengo ni idea de todo lo que implica lo que has escrito aquí. ¿Qué le va a caer a este? —Miró a Elena—. Él no me gusta ni un pelo, y lo sabes. No quiero fingir. Esta vez la has cagado

de verdad, tía.

La jueza se puso en pie para romper la tensión y comenzó a caminar como si se expresara para un jurado popular.

—Voy a intentar resumir cómo vemos las cosas.

—¿Vemos? —puntualizó Vinyet para despejar sus dudas.

—Sí, vemos. Petró Sayenko, el abogado de Mykola y yo hemos trabajado juntos.

—¡La Virgen Santa! —exclamó la periodista exasperada—. ¿Tú también relacionándote con la Europa del Este? El asunto va adquiriendo tintes de trama internacional.

—Vinyet, por favor, déjate el sarcasmo para tus batallas con las cámaras y los políticos —exigió Laia—. No sé si te has fijado en que Elena no lo está pasando bien.

La inspectora parecía al margen de las disputas. Laia Martí hizo una pausa solemne y empezó su exposición de forma templada.

—Mykola no tiene antecedentes penales. Para establecer la condena, se tendrán que entender todos los hechos que han ocurrido. Su forma de actuar no responde a la de un delincuente cualquiera. Como muy bien has leído, hay seis delitos, algunos continuados en el tiempo. Y voluntad de cometerlos. También la confesión de todos ellos y una actitud de arrepentimiento. Muchas pruebas no están claras.

—Vamos al grano, Laia. —Vinyet no estaba para florituras—. Los años que tú crees que le van a echar al prenda.

—En el derecho penal sueco existe un principio que no está establecido en ley, sino que es un concepto de la jurisprudencia, y que los tribunales utilizan para poder imponer una condena por varios delitos —aclaró la jueza—. Según este principio se aplica una condena normal por el delito más grave, entendiendo por «normal» la condena adecuada al caso individual del acusado. Por el segundo y tercer delito más grave se aplica la mitad de la condena normal. Por el cuarto y quinto más grave se establece un tercio de la

condena normal y...

—¡Corta, hostia! ¡Años!

—¡No puedo con tu impaciencia, Vinyet! —Laia estaba empezando a perder los estribos—. ¡Las penas no son una ciencia exacta! Hay fiscales que favorecen al acusado. Otros se ensañan. —Posó la mirada en sus gatas para recuperar el tono suave de su discurso por deferencia a Elena—. El delito más grave de la lista es el de la detención ilegal de dos personas durante cuarenta y siete días. La cosa empeora porque uno de los retenidos era un niño. Según el Código Penal de Suecia, la condena para este tipo de detención ilegal, porque hay otro más grave, oscilaría entre uno y diez años de prisión por cada una de las víctimas. Es un margen muy amplio. El testimonio de Elena será crucial para fijar la pena. El «buen trato», entre comillas, parece indiscutible. No hubo agresión física ni sexual y sí cuidados. No hay secuelas. Teniendo en cuenta estas circunstancias, para mí sería justo una condena total de entre seis y nueve años, de dos a tres por Elena y de cuatro a seis por el niño.

—¡Cojones, nena! —Vinyet se volvió hacia la inspectora—. Y acabamos de empezar.

—¿Qué más, Laia? —Elena ignoró a Vinyet.

—Otro delito serio es el de la falsedad documental, que concurre con el de usurpación de estado civil más uso ilegítimo de documentos de identidad ajenos durante dos años y siete meses. Una misma conducta da lugar a más de un delito, pero aquí creemos que se le va a condenar por el delito paraguas del cual dependen los otros. El de falsedad documental. Usó los datos de otra persona en documentos con su propia foto. Él tuvo que facilitarla. La falsedad está más que probada. Nos moveremos en una horquilla de seis meses a dos años.

Elena Rius se levantó del sofá impulsada por una ansiedad creciente. Las gatas la siguieron hasta la cocina como si tampoco pudieran digerir lo que oían. Las tres regresaron pronto al salón con la misma inquietud y un vaso de agua.

—¿Quieres que continúe, Elena?

—Sí, por favor. Está todo bien —dijo sin convencer ni a las gatas.

La jueza prosiguió su exposición.

—Respecto a la estafa, es decir, el dinero que Mykola fue sacando de las cuentas del médico húngaro... Bueno, este es un punto muy complejo. Su abogado peleará para que no le impongan condena, pero realmente no sabemos qué puede pasar. Veréis. Han tenido que investigar la muerte del doctor Zoltán Balog. Solonenko lo enterró en el bosque como el anciano pidió por escrito. Se procedió al levantamiento del cadáver y a realizar la autopsia por si había sido asesinado, pero los resultados evidenciaron la muerte natural. Antes de fallecer, Balog dejó a Solonenko trescientas mil coronas en efectivo, unos treinta mil euros. Hay un extracto que demuestra que el médico retiró el dinero. Mykola no se lo gastó. Estaba en la casa. Durante los cinco meses previos a la detención ilegal, él sí que sacó con las tarjetas de crédito del doctor doscientas mil coronas más, casi veinte mil euros. No aparecen familiares ni herederos de Balog. Así que la estafa, para mí, es al estado sueco. Solonenko tenía una carta manuscrita, firmada por el doctor, donde le da acceso a sus cuentas y le facilita las claves de las tarjetas. La encontró la Policía en el registro. En la carta deja claro que Łukasz Górski fue su único amigo en Suecia y que lo acompañó durante el último año de su vida con una entrega que jamás había visto. Es algo a favor de Mykola y genera dudas sobre si realmente hubo estafa como tal. Yo siempre digo que *In dubio pro reo*, en caso de duda, a favor del reo, pero no sabemos. La pena máxima son dos años, aunque ya iríamos por el cuarto delito más grave, así que creo que apuntarán a mínimos aquí, como en el delito de medidas ilegales con cadáveres. Para el último, habrá solo multa.

—¿El último? —quiso saber Elena.

—Si demuestran el allanamiento de morada, o sea, que Solonenko entró a la casa de los Åkerman, como le acusan, pues pagaría una multa. Pero no hay pruebas contundentes.

—Dinos qué calculáis tú y el abogado del este como condena global —resopló Vinyet realmente agotada—. Nos has puesto la cabeza como un bombo.

—Entre ocho y diez años. ¿Contenta?

—No. —Vinyet se esforzó por sonar empática, pero no lo consiguió—. ¿Y qué le espera a Solonenko en la prisión? —preguntó observando el rostro de Elena que parecía encerrada en su propia cárcel.

—El sistema penitenciario sueco funciona muy bien —aseguró la jueza—. Las penas están orientadas a la reeducación y a la reinserción social de «los clientes». Así llaman a los reclusos. Les hacen un acompañamiento individual. Cada tratamiento es personalizado y depende de si el convicto quiere o no cambiar de vida.

—¿Te crees esa propaganda bobalicona? —cuestionó la periodista, saturada de lidiar con la publicidad institucional en las noticias.

—Sí. Las cárceles nórdicas tienen muy buena reputación.

Eran cinco en el mismo sofá, tres amigas y dos gatas. Cuatro achuchaban a Elena dando cabezadas entre las frases de un breve diálogo.

—¿Por qué se fija en tipos indeseables con problemas, señorita?

—¿Y quién dice que se ha fijado en Solonenko, periodista redicha?

—¿Vives en los mundos de Yupi, Laia?

—¿Por qué eres siempre tan borde, hija?

—Porque no me sale un ruso guapo sin problemas.

—A mí tampoco. Solo me invitan a cenar jueces aburridos.

—Mykola es ucraniano, no ruso —murmuró Elena—. Su patria es Ucrania. No os confundáis con eso, por favor. No nos gusta.

Aquel plural se impuso a todo.

68. Tres sentencias en Suecia

Estaba convencida de lo que haría. Entró decidida a la sala. Lo vio de espaldas. Pasó a su lado. Subió al estrado. Evitó mirarlo. Contestó las preguntas con calma. En paz. Tranquila. Salió de allí tal y como había entrado. Sin el botón. Ausente.

Sufría por haberla arrastrado a su infierno. Sintió su llegada. Notó el aire de sus pasos. Mantuvo los ojos cerrados mientras ella ocupó el estrado. La escuchó detallar muchas verdades que lo favorecían entre algunas mentiras que, de no decirlas, le hubieran perjudicado. Quiso tenerla eternamente en sus brazos. Cuando se marchó, apretó el botón que horas antes estuvo en su mano.

Se colocó en el mejor ángulo de la sala. Los observó y supo que se le escapaba algo. Como en Kalvträsk, quedó horrorizado. Dos veces eran muchas para ver lo mismo. El disparate cobraba forma. Elena y aquel tarado compartieron mucho más que un secuestro. Él se encargaría de destrozar lo que hubiera entre ellos. Deseó matarlos.

Anatoliy Bogún permaneció atento a Nils Åkerman en el punto ciego de su ángulo. Advirtió el peligro. Recapitó sobre el modo de neutralizarlo. Si la situación se torcía, tendría que acabar con el inspector.

Hubo una única sentencia escrita. Laia Martí no se equivocó demasiado. El mentor se había encargado de que Mykola Solonenko tuviera el mejor

abogado. No fue número uno de su promoción, pero estudió en Uppsala y conocía los entresijos del sistema judicial de Suecia. Petró Sayenko, hijo de padre ucraniano y madre sueca, supo negociar con el fiscal una condena a la baja.

69. El triángulo: Elena Rius i Bastida. Desdoblada

Paseaba sin rumbo por el centro de Madrid, dando vueltas a los últimos acontecimientos que se habían producido en el trabajo. La nueva jefa del Grupo de Homicidios y Desaparecidos la había felicitado por su intervención en el caso de un mensajero de Pozuelo de Alarcón que había descuartizado a tres chicas. La actuación de la inspectora, experta en hacer teatro, resultó clave para confirmar la hipótesis de la culpabilidad del sospechoso. Las tres víctimas eran asiduas compradoras de Amazon. Elena Rius acreditó que los domicilios de las muchachas figuraban en la ruta de reparto de un mismo conductor. Muchas otras pruebas apuntaban a él. Ella solo consiguió una más con sus peculiares métodos interpretativos. Hacerse pasar por una periodista americana, seductora y locuaz pudo ser una ocurrencia un tanto estrafalaria, como era su vida, pero le sirvió de excusa para preguntar al presunto homicida por varias direcciones. Tuvo el tiempo suficiente para camelárselo e invitarlo a unas cañas. En medio de una charla distendida en el bar, la falsa periodista sacó el tema de las jóvenes fallecidas, explicando que escribía un artículo sobre los crímenes. Cuando leyó la tensión disimulada en el rostro del repartidor y escuchó un pequeño cambio en el tono de su voz, estuvo segura de que era él. La inspectora salió de la tasca con sus huellas y con su ADN. El asesino no debió ir al baño, porque al regresar no encontró ni su cerveza ni a su acompañante. No la vería más. Ni en el bar. Ni en la calle. Ni en el juicio. Ni en la cárcel.

Elena Rius crecía como investigadora por días. Estaba preparada para afrontar cualquier situación de peligro con una frialdad que no parecía humana. Era capaz de hablar con un tipo que violaba a las mujeres y las

descuartizaba, manteniendo una imperturbabilidad muy superior a la del criminal, fingiendo ser cualquier cosa menos policía.

Desdoblarse. Representar diferentes papeles. Convertirse en otra persona. Escanear hasta descubrir los secretos del otro. Esos eran sus puntos fuertes según sus superiores, pero ella no veía mérito en su actitud. Había aprendido a la fuerza en su secuestro.

Elena pensaba en el repartidor de Pozuelo de Alarcón y en su lobo de Ucrania caminando por las calles de Madrid, bajo un calor sofocante. Quiso refugiarse del ardor del verano en El Retiro. Accedió al parque por la entrada de la Puerta de Alcalá y se sentó junto al estanque artificial. Sus aguas cumplieron la función de proporcionarle un bello escenario para la lectura.

«Protocolo para el Oficial de Enlace del Cuerpo Nacional de Policía en el Extranjero». Antes de dar comienzo a la farragosa lección, buscó en el bolso su tesoro y su tormento máspreciado. Las cartas que Mykola le había escrito mientras permaneció en prisión preventiva y los mensajes orales con los que ella le había contestado a través de Anatoliy. Por la noche lo quemaría todo en casa bebiendo vodka, para esforzarse en poner fin a aquella locura. Dudaba si podía llegar a hacerlo. Reía de su duda.

Varias barcas de remos conducidas por turistas torpes se deslizaban en el paisaje de fondo. Empezó a leer sus propios mensajes, relajada por las barcas, inquieta por su promesa, consciente de su doble vida. La lucidez que estaba consiguiendo a golpe de lágrimas y de autoterapia la serenaba. Cumplir su promesa, también. Las barcas iban y venían. Ella leía sentada en los escalones, junto a la estatua ecuestre de Alfonso XII.

Mensaje en respuesta a la carta de noviembre:

«Cada noche bebo vodka a palo seco, como en Kalvträsk. Esta noche lo hago leyendo tu carta. Espero la siguiente».

Mensaje en respuesta a la carta de diciembre:

«Me he comprado dos mecedoras para hablar contigo. No siempre te digo cosas bonitas».

Mensaje en respuesta a la carta de enero:

«He aprendido a hacer la sopa Borsch. Tú no quisiste enseñarme».

Mensaje en respuesta a la carta de febrero:

«Canto cuando nadie me escucha. Imagino que lo hago para ti en español y que no me riñes».

Mensaje en respuesta a la carta de marzo:

«Cuando tardo en dormirme, enciendo la luz. Es una bombilla pelada y amarilla. Nunca vienes a llamarme».

Mensaje en respuesta a la carta de abril:

«Estamos haciendo el idiota. Fiódor Dostoyevski es uno de mis escritores favoritos. Tú apuntas maneras».

El mensaje en respuesta a la carta de mayo era algo diferente al resto. Contenía la promesa:

«Nos veremos en el juicio. No es el lugar ideal para un reencuentro, pero así de extraño es todo entre nosotros. Trabaja con tu abogado y tu psicólogo. Prepárate para afrontar ese momento. Si no me defraudas, te doy mi palabra de que iré a visitarte a la prisión donde cumplas tu condena, como me has pedido».

El día del encuentro se aproximaba. Sería la semana siguiente, en la isla de Kuling, en Skellefteå, donde se encontraba la cárcel en la que Mykola Solonenko cumpliría su condena definitiva, en la costa noreste de Suecia. El centro era nuevo y un tanto especial, como él y el resto de reclusos escogidos para sus programas de reinserción.

«¿Quién eres cuándo estás conmigo, aunque sea en la distancia? ¿Quién eres cuándo quieres estar sin mí?».

Esas fueron las dos preguntas que Mykola le formuló en una de sus últimas cartas. Elena sabía las respuestas. Se las contestaría en la cárcel, en una visita organizada con discreción por sus respectivos terapeutas. Dispondrían de privacidad. Así lo pidieron ambos. Se les había concedido.

70. El triángulo: Nils Åkerman. Situado

Tras la sentencia del juicio a Mykola Solonenko, comprendió que aquel hombre siempre sería su rival, aunque se pudriera entre rejas, pero no estuvo dispuesto a dejarse vencer por su mayor enemigo: él mismo. Se anticipó a su derrumbe y pidió ayuda.

«Da igual donde hayas caído. No existe ningún lugar de donde Dios no te pueda sacar».

Con aquellas palabras que el pastor Samuel le había dicho en uno de los bancos de la iglesia, Nils Åkerman inició el camino hacia su recuperación. Después de haber sentido la imperiosa necesidad de matar a Mykola y a Elena por segunda vez en su vida, comenzó un nuevo proceso de rehabilitación junto a su consejero espiritual, no para salir del alcoholismo, como años atrás, sino para no sucumbir al mundo del delito.

A pesar de los muchos errores que había cometido, él no era un asesino, sino un hombre con valores que quería seguir aspirando a ser un buen policía. Conocía sus propias debilidades y contaba con la fuerza de Dios y con la guía del pastor Samuel. Había recuperado a Axel. Tenía cuatro hijos extraordinarios. Una familia para compartirla con Elena. Algo muy poderoso. Sobre aquellos pilares empezó a construir un nuevo discurso para alejarse de todo lo que implicaba la Makárov.

Conducía su cuatro por cuatro escuchando el *Wish you were here*, de Pink Floyd. Regresaba de la comisaría de Umeå, donde había entregado la pistola ilegal a Alessio Nykvist. Sin besos en la boca. Sin dudas.

Deshacerse del arma. Ir a la iglesia. Pasar tiempo con Samuel. Cerrar la puerta de Kalvträsk con los misterios de Elena dentro. Respetar sus ausencias.

Contrarrestarlas con su presencia. Estar en su vida como confidente de lo que ella quisiera, como policía sueco que podría apoyarla en su carrera, como padre de cuatro hijos que la adoraban. Ser su más firme apoyo. Aspirar a convertirse en algo más para ella algún día. Centrarse en su trabajo. Acompañar a su padre. Dar cuerda a su reloj. Taparse con las sábanas de Ann-Marie. Ese estaba siendo su camino.

«La verdad os hará libres».

Había leído millones de veces el versículo del libro de Juan del Nuevo Testamento. Tantas como había escuchado de Samuel otra frase: «La mentira os esclaviza».

Nils conquistaba su liberación cada día un poco más con una nueva forma de estar en la vida. Olvidaría a Solonenko. Pediría matrimonio a Elena para compensarla con lo que él sabía que la inspectora anhelaba: una familia y paz para centrarse en su trayectoria internacional como policía. Rezaría mucho por todo aquello. Y mantendría su fe en que las cosas saldrían bien.

Llegó a su destino. Aparcó justo delante de la casa de Ann-Marie Jonsson. No necesitó llamar a la puerta. Llevaba las llaves. Ella lo estaba esperando en la cocina, con la mesa puesta y sin ropa. Cenaron desnudos, excitándose por momentos. Acabaron en la cama, compartiéndolo casi todo. Entre ellos jamás habría mentiras.

—No me quieres, Nils. —Le tendió la vaselina—. Pero me da igual.

—Ponte de lado y dobla las piernas, nena. —Se colocó pegado a su espalda y le introdujo dos dedos pringosos en el ano—. Ella tampoco me quiere, pero mientras te tenga a ti, a mí también me dará igual.

—¿Cómo debería sonarme eso, truhán?

—Debería sonarte muy bien. Y debería hacerte dudar. A lo mejor sí que te quiero.

—No como a ella. —Se derretía con el delicado baile de sus dedos.

—Esto no es una competición. —Åkerman mordió su espalda—. Sácala de nuestro sexo —ordenó encendido—. Aquí ganas tú. No te muevas.

La penetró hasta llegar al éxtasis.
Ann-Marie también lo alcanzó.

71. El triángulo: Mykola Solonenko. A por todas

El centro penitenciario de Framtiden se encontraba en Kuling, una isla bañada por las aguas del golfo de Botnia, perteneciente a Bureå, la pequeña población del municipio de Skellefteå situada a ocho kilómetros del aeropuerto. La prisión se había convertido en la nueva casa de Mykola Solonenko. El tiempo allí transcurría muy deprisa cuando se encargaba de sus tareas, y muy despacio si pensaba que el único sentido que tenían sus días era esperarla a ella.

Consumía los bolígrafos. Devoraba los paquetes de folios. Experimentó un gran cargo de conciencia al pedir más papel para continuar escribiendo. Se ofreció a realizar trabajos extras adicionales a los que ya hacía para compensar al centro por el gasto. Quiso colaborar en uno de los quehaceres más pesados, limpiar las instalaciones de la cocina, pero le dijeron que no era necesario y que podía escribir tanto como quisiera sin preocuparse por el coste. Resolvieron el asunto concediéndole el uso adicional de un ordenador sin acceso a internet en una sala de estudio individual. Le pareció un premio inmerecido y se negó a aceptarlo si no le asignaban una labor de voluntariado con la que pudiera corresponder a la altura del gesto. Lo que le pidieron le resultó sorprendente. Escuchar las historias que necesitaban contar los otros reclusos y escribirlas para quien lo quisiera. No tardó en tener cola de encargos.

En general, a los presos de Framtiden les gustaba hablar con el ucraniano del hijo muerto. Así se referían a Mykola entre ellos. Él se esforzaba para no comportarse como un líder ante los convictos. Precisaba de tiempo para sus propios escritos y para desarrollar los negocios que llevarían a cabo Anatoliy y Yuriy por toda Suecia. Pero el ordenador le resultaba un tesoro. No podía

fallar a la dirección de la cárcel en lo que se le había solicitado. Su estrategia consistía en actuar para que le necesitaran, en superar las expectativas del interno perfecto. Quería ser el mejor activo dentro de aquellos muros. Hacer méritos. Ganar tiempo al tiempo para salir cuanto antes de aquel infierno de cemento rodeado de agua, molinos y viento, donde no podía estar cerca de ella.

Faltaban doce horas para verla. El encuentro tendría lugar a puerta cerrada. Primero en presencia de los terapeutas, el psicólogo de él y el psiquiatra que la acompañaría a ella. Si todo iba bien, después podrían estar a solas un rato. No sabía cómo pasar aquellas doce horas. No dormiría ni estaría tranquilo. Por suerte, la suya era una celda individual, como todas en esa cárcel y como en la mayoría de prisiones suecas.

Los centros penitenciarios en Suecia se clasifican en tres niveles, del uno al tres, según la gravedad de los delitos y la severidad en el grado de internamiento y en las medidas de seguridad y control. Framtiden, una prisión de tipo dos recién construida para reclusos con gran talento, era uno de los últimos proyectos desarrollados por el sistema penitenciario sueco como prueba piloto para nuevos programas de reinserción. Mykola no creía en nada de todo aquello, pero se encargó de esconder muy bien lo que pensaba para conseguir lo que quería: hacer suyo el entorno carcelario para burlar cuanto antes su sentencia. Afuera le esperaban muchas cosas que estaba organizando. Una vez más, se armó de fachada y de paciencia.

Elena encajaba en todo aquello de manera diferente. La había escogido como compañera. Él no sabía ir más allá de sus obsesiones, pero quería aprender a hacerlo a su lado. La quería para él. También quiso a Axel y lo tuvo, pero en medio apareció su sirena. No supo calibrar que la inmensidad de sus sentimientos hacia Oleg le haría imposible establecer cualquier otro vínculo igual con otro niño. Con Elena fue distinto. Su vínculo se fue construyendo segundo a segundo, en un sentido contrario a su trato con Iryna. Jamás podría convertirla en una muñeca humana. La sentía como una mujer hecha para él.

Él, que era un asesino, se movía con la inspectora en un terreno desconocido y de reto constante. Estaba obsesionado con Elena, y lo sabía. Trabajaba cada día en sus escritos para darle una forma equilibrada a aquella obsesión. Se lo diría. Le pediría ayuda.

Se imaginó junto a ella a lo largo de los próximos años. En la cárcel. En la cama. En sus salidas de prisión. En los restaurantes de Anatoliy y Yuriy. Se imaginó presentándola a sus equipos, sobre todo a las chicas que traería de Ucrania. Ella sería el referente para las muchachas. Ningún hombre las sometería. Aquella lección la enseñaría su mujer policía, la que jamás se amedrentó ante un secuestrador y supo vencerlo sin más armas que las de su propia inteligencia. La admiraba. Era perfecta.

Echó mano al bolsillo. Allí estaba lo que le había traído Anatoliy. Pensó en pedir permiso a la dirección de la cárcel para llevar la pieza encima esa noche y entregársela a ella al día siguiente, pero supo que no se lo darían. Así que se arriesgó. El mentor entró por la tarde a la visita con aquello puesto y él se las apañó para regresar a la celda de la misma manera. Tenía que dárselo a Elena sin intermediarios. Tenía que ver su cara. La pieza tenía que convertirlos en uno, aunque no estuvieran juntos. La magia de Ucrania no le fallaría.

«Mañana será mía. Soy afortunado», se dijo.

Tarareó en su celda *Lucky you*, de The Lightning Seeds, la canción favorita de uno de los compañeros que le había contado su historia, un *hacker* obeso que desvió los fondos de un banco suizo a las cuentas de ONG distribuidas por todo el mundo. Lo hizo escuchando al grupo inglés desde su cuchitril en una de las pocas casas que había en Åneset. El *hacker* cumplía condena en Framtiden haciendo ejercicio y dieta. No tenía acceso a un ordenador, pero sí disponía de todo el tiempo del mundo. Había perdido veinte kilos y había leído muchos libros. Ninguno financiero. Solo se le permitía devorar novelas.

—Me recuerdas al personaje de una de esas tontadas que leo, Solonenko —le había dicho el *hacker*.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué va? —Mykola se interesó en el argumento.

—Un follón impresionante donde nada es lo que parece.

El *Lucky you* del *hacker* también se había convertido en la canción de Mykola. Y The Lightning Seeds, en su grupo. Se estiró en la cama. Miró al techo. Había un fluorescente. Pensó en la bombilla de Kalvträsk y se estremeció.

«No estuvo bien, pero qué hermoso fue tenerla solo para mí y verla con Axel».

72. Paripé

Elena Rius entró en la cárcel de Framtiden acompañada por el doctor Jens Malm, un conocido psiquiatra de prisiones en Suecia, que trabajaba como asesor del gobierno en el diseño de los programas de reinserción de instituciones penitenciarias. El acceso de la inspectora al contacto resultó bastante sencillo. Jens Malm estaba casado con Montserrat Prats, una amiga de la infancia con la que Elena había ido al colegio y había aprendido a brucear en las clases de natación. Montse era oboísta en la orquesta de Göteborg. Vivía en Suecia desde hacía siete años, los mismos que llevaba casada con Jens. Elena lo conoció durante los días que pasó con ellos en su casa las vacaciones de aquel pasado mes de agosto, antes de que Mykola se cruzara en su vida, en Östersund. Todo eso quedaba ya muy lejos en el tiempo.

Mykola la esperaba en una de las salas privadas de visitas junto a Kalle Berg, el psicólogo que lo atendía en la cárcel. Su nerviosismo era mayúsculo. Pidió permiso al terapeuta para caminar por la sala. Berg estuvo de acuerdo. Valoraba la sinceridad de Solonenko cuando no podía controlar sus emociones, y le apoyaba con la complicidad de su empatía. Se oyó un pequeño ruido tras la puerta. Inconscientemente, Mykola se colocó en la pared más alejada de la entrada. Fijó la vista en el pomo. Lo vio girarse. Cerró los ojos. Respiró hondo. Apretó la pieza que llevaba en el bolsillo y la escuchó dirigirse a los terapeutas.

—Gracias por facilitarnos este encuentro y por acompañarnos.

Él percibió su aplastante seguridad y se sintió muy pequeño.

—Abre los ojos, Mykola. Estoy aquí. Mírame.

Obedeció. Después de muchos meses, cruzaron sus miradas de nuevo,

conectando con la desesperación del día del asalto a la casa. Se quedaron un rato quietos, examinándose en silencio. Elena llevaba puesto un vestido rojo, muy ceñido a la cintura. Mykola, el uniforme de verano de la prisión, recién planchado por él mismo. Pantalón y camiseta de color gris, con escote de pico y con el cuello y el borde de mangas con una franja azul marino.

Primero aparecieron las lágrimas de él. Aquel no era el vestido que le trajo de Lycksele, pero era de color rojo y de estilo *pin-up*. Luego, las de ella. Nunca antes lo había visto sin camisa. No podría arrancar ningún botón de aquella camiseta. Los dos quisieron sonreír, pero no pudieron, porque justo en ese momento, los terapeutas indicaron la silla que debían ocupar en la mesa.

Se sentaron de frente, igual que en el sótano, pero en diagonal. Elena junto a Malm; y este frente a Mykola, flanqueado por Berg. Ambos se habían preparado para aquel encuentro con su psiquiatra y psicólogo. Se comportaron tal y como se esperaba de ellos. Todo fue un gran paripé. Los cuatro ocupantes de la sala hablaban el mismo lenguaje políticamente correcto. El verdadero, solo llegaría cuando estuvieran a solas, como en Kalvträsk. Y, por fin, lo estuvieron.

73. El talismán

Partieron de una posición de desafío. En pie. Distanciados. Con semblante serio. Fueron acercándose el uno al otro con pasos cortos. Pronto estuvieron de frente, manteniéndose la mirada y el aliento contenido. El vínculo entre ellos se manifestaba sin testigos.

Él habló primero.

—Perdóname.

Ella le acercó los labios al oído.

—Vamos a decirnos lo importante así, para que no puedan oírnos —susurró señalando a la placa de los intercomunicadores que había en la pared de la sala de visitas—. No me fío de ellos... ni de ti.

—Yo tengo que empezar diciéndote lo mismo, Elena. Y no me importa que ellos lo oigan. —Entornó los párpados y dirigió el silabeo a su cuello—. Perdóname, por favor.

Aquella expresión, que tanta veces le había repetido, dio paso a un vaivén de murmullos.

—Ibas a matarme.

—Te lo dije en Kalvträsk. Nunca hubiera podido hacerlo.

—Ibas a llevarte a Axel.

—No estuvo bien. Por suerte, tú lo impediste.

—No sé qué hiciste con Iryna y con el médico.

—Temí contártelo todo. Pero si quieres...

—¡No! —Acercó los labios más a él—. No deberías confiar en nadie. Ni siquiera en mí. No es tu estilo. Además, no quiero saberlo. A cambio, dime qué quieres tú.

—Tenerte. Tenerte solo para mí. —Hizo ademán de rodearla por la cintura, pero se contuvo—. Eres mi única libertad posible.

—Tú me has robado mi vida y te has convertido en mi cárcel —anunció con rabia—. Esas tres frases que me dijiste...

No pudo acabar porque él las estaba repitiendo.

—Amarte sin tenerte será mi castigo. Eres la mujer perfecta para mí. El todo y la nada de mi futuro incierto.

Recitó aquellas tres frases con el mismo tono que usó en la explanada el último día del encierro, antes de obligarla a entrar en la casa. Como aquel día, permanecieron en pie, invadiéndose. Continuó hablando Elena, con más susurros y más rabia.

—En tus cartas, me preguntaste quién era cuando estaba contigo, aunque fuera en la distancia. Y también, en qué me convertía cuando quería estar sin ti. Pues bien. Soy yo cuando estoy contigo y una trastornada cuando me empeño en escapar de ti, porque no puedo. Sigues ahí, acechándome, haciéndome sentir tu presa.

Se separaron un poco para poder mirarse a los ojos. Mykola acarició su pelo. Elena no supo cómo reaccionar. Los dos necesitaron cambiar de tercio para resituarse en su historia.

—¿Quieres que nos sentemos? —Él señaló a la mesa con la elegancia habitual de su gesto—. No puedo ofrecerte vodka.

—Deja de cortejarme y dime qué hacemos aquí. —Se sentó en la silla que le había retirado, como solía hacer en Kalvträsk.

—¿No te gusta que te corteje?

—No. Eres un secuestrador. No va contigo.

—Soy más cosas, inspectora.

Él sonrió y se le iluminó el talante. A ella le fascinó su sonrisa y su afeitado al uno. Tuvo que ladear la cabeza para no caer en la coquetería.

—No se puede decir que te rindas a la primera de cambio, Mykola —arremetió contra él, enfadada con ella misma—. ¿No haces terapia en la cárcel

para que te arreglen la cabeza? Si continúas así, vas a llevarte por delante la mía...

—¿Crees que mi cabeza tiene arreglo? —preguntó muy serio, con la mirada clavada en sus pechos—. Yo sí. —Se retiró hacia atrás para dar a entender que respetaba su espacio y su cuerpo—. Solo tú me la puedes arreglar.

—Soy policía. Ya sabes cómo arreglamos nosotros las cosas, aunque yo lo haya hecho a medias contigo... Errores de principiante...

—Tú y yo lo hemos hecho todo a medias, Elena. Me has conocido amenazándote. ¿Has imaginado cómo seré entregándome a ti?

—Yo no quiero tu entrega, Mykola. Lo nuestro no es una relación de amor. ¿Es que no te das cuenta?

—Lo nuestro no empezó como una relación de amor, sirena. ¿Acaso estás segura de cómo puede evolucionar?

—Sí. Mal.

—Sabes que me encantan los retos, quiero desafiarte a ti y al pesimismo.

—Lo de Kalvträsk fue una pesadilla para mí —se expresó rotunda.

—Lo lamento, de veras, pero no podemos cambiarlo. —Lo escuchó como estaba, apesadumbrado—. Aquello es el pasado —continuó alzando la vista al techo—. Afortunadamente, lo dejamos lejos.

—Pero tú insistes en continuar en mis días, Solonenko. —Quiso poner distancia nombrándolo por el apellido, sin embargo, esa forma de dirigirse a él los sedujo más—. ¡Es de locos! —añadió ella al percibirlo—. Vivo en la esquizofrenia, entre tu mundo y el mío.

—Espero acabar con eso, Elena.

—Tendrías que desaparecer.

—O tú quedarte conmigo.

—¿Acaso piensas que podríamos tener suerte en algo de lo que hiciéramos?

—Hasta ahora la hemos tenido.

—¿Cómo puedes decir que hemos tenido suerte? Estás encerrado en la cárcel y yo, rechazada hasta por una psiquiatra con la que quise hacer terapia para

sacarte de mi cerebro. Ni una psicoanalista lacaniana quiere escuchar las estupideces que me haces sentir.

—Tienes clase hasta para hacer terapia, aunque no la necesitas, porque yo no soy tu problema, sino tu destino. Respecto a la suerte... Ahora estoy en la cárcel, pero contigo. ¿Se puede decir que es mala suerte? Por si insistes en lo de ser supersticiosa... —Rebuscó en el bolsillo—. He encargado diseñar algo para ti. Espero enterrar tu pesadilla con lo que vivas a partir de ahora a mi lado.

—¡Yo no te quiero, Mykola! —Lo rechazó con convencimiento—. Estoy aquí porque me he enganchado a lo que fuiste para mí. Un desafío a mi vida.

—No te creo. —Él sonó más convencido—. Estás aquí para llevar puesto esto en tu dedo.

Le mostró un anillo de oro blanco semiabierto en el que lucía un ámbar puro. La hermosura del amarillo miel y el enigma del insecto que contenía la resina parecían capaces de cegar mucho más que el sol del cielo. Le tomó la mano y le puso la sortija en el anular izquierdo.

—Perfecto —dijo admirado por el encaje.

—No pienso llevar un anillo tuyo. —Estaba molesta con él y admirada con la hermosura de la joya—. ¿Qué parte de lo que he dicho no has entendido?

—Tranquila. No soy como Åkerman. No voy a pedirte matrimonio. Es un talismán.

—¿Un talismán?

La admiración de Elena dio paso a la extrañeza. Miraba el insecto atrapado en el ámbar. Miraba a Mykola. Miraba a la mesa. Él la miraba solo a ella.

—Un talismán, sí, Elena. Si lo llevas, nos dará suerte a los dos, aunque no estemos juntos. Como ves, es semiabierto.

—¿Por qué? —A ella le pareció absurda la pregunta que había formulado, tan absurda como la emoción que sentía con aquella pieza misteriosa en su dedo.

—Es semiabierto porque nunca más estarás encerrada conmigo. Eres libre —calló para que hablara un poco el silencio y continuó—: Te miré durante

cuarenta y siete días. Te miraba y tú me cambiabas por momentos. Quise ser otra persona. Ahora puedo serlo porque mandas tú.

—¿Cómo sabes que Åkerman me ha pedido que me case con él?

—Resulta fácil. Actúa como un hombre previsible.

—¿Y tú quién te crees que eres para juzgar a nadie? —Se levantó bruscamente de la mesa y fue hacia él provocada por su engreimiento—. No podrías ni hacer el amor conmigo de una manera normal. Tus traumas no te lo permitirían. También eres previsible.

Lo provocó sin miedo, atacando sus debilidades más íntimas. Él se puso en pie y la cogió fuertemente por los brazos, excitado por su altanería.

—¡Te equivocas! —se rebeló—. ¡Me preparo cada día mentalmente para poder estar dentro de ti y que los dos disfrutemos con ello! Es lo que más deseo —siguió revelando sus secretos—: Yo quiero ser normal contigo. Te quiero para mí. Es sencillo. Mi obsesión eres tú. No voy a ocultártelo, como no te ocultaré que estoy trabajando para superarlo y para poder amarte al margen de mis obsesiones. —La apretó más, atrayéndola hacia sus labios, que estaban ardiendo—. Dame un beso —le exigió— y luego vete con el talismán puesto o me matarás con tu desprecio. Si quieres, este será nuestro final.

Todo llegó a la vez. El beso, interminable, intenso, auténtico. El tropiezo. La caída. El calor. El fuego. La tentación. El desafío. El deseo. La necesidad de saciar el hambre y la sed. En aquel encuentro, el talismán se encendió entre sus cuerpos.

—¡No quiero que este sea el final, Mykola! No quiero porque empezarán de nuevo mis tormentos. Lo sé.

—Entonces, no luches y sé mía.

—¿Qué has hecho para que no pueda quitarme el anillo...? —dijo intentando no escucharlo.

—Volcarme en ti para ser yo con una mujer.

Estaban estirados en el suelo, de lado, pegados uno al otro.

—Hay algo más en este anillo. Magnetiza la mirada...

Elena contemplaba su mano hipnotizada por la belleza de la joya.

—Llevas puesto un ámbar de Ucrania —dijo Mykola, rozándole la mejilla con la respiración mientras se explicaba—. Es el primero de los que entrarán a Suecia para que muchas mujeres y muchos hombres tengan una segunda oportunidad en la vida y hagan grande a mi patria.

Parecía hablar en clave, pero no pretendía hacerlo. No había tiempo para más aclaraciones. El altavoz de la sala se impuso entre ellos.

—Diez minutos para el final de la visita.

Continuaron en el suelo, sin moverse, torturados por la tiranía del anuncio.

—Esto se acaba, Elena, pero podría llamarte todos los días desde aquí.

—¿Quieres seguir controlándome en la distancia, Mykola?

—No. Quiero que tú necesites que viva pendiente de ti.

—No voy a necesitarlo —sentenció como si así pudiera vencer su dependencia—. Puedes llamarme si lo necesitas tú.

—En esta cárcel podrías visitarme cada día.

—Todavía vivo lejos.

—Pero serás policía en Suecia, ¿verdad?

—Sí.

La situación dio un vuelco. Ella se puso abajo. Él, encima sin dejar caer su peso. Usaron el roce desesperado como única arma contra la separación que iba a producirse de nuevo, como en Kalvträsk.

—Yo te pido que vengas, Elena —declaró desde la humildad—. Necesito llamarte y necesito verte. Te facilitaremos los desplazamientos. Anatoliy está al cargo. Y Yuriy te cuidará. Ya está en Umeå. Pondré a mi equipo a tu servicio. A Petró, Andriy y a las chicas: Oksana, Katya, Galyna... Nos volcaremos en ti, para que nunca estés sola. Conmigo tendrás una familia ucraniana. Todos te ayudaremos a ser una buena policía. De delincuencia, algo entendemos.

—Pero ¿qué dices? —Tuvo que reír al verlo ilusionado como un niño pequeño, diciendo tonterías—. Vas a estrellarte con esos planes, Mykola.

—No lo creo.

—Lo nuestro no es amor, Solonenko. —Otra vez quiso poner distancia de engañosos sentimientos—. Tú estás obsesionado conmigo; y yo, enganchada a ti. Los dos estamos enfermos.

—Me da igual cómo quieras explicar lo que somos, sirena. No hará más grande o más pequeño lo que ya tenemos. Es nuestro. Y no tiene nada que ver con un secuestro.

—Mis amigas dicen que tengo síndrome de Estocolmo.

—Entonces, ¿yo qué tengo? Tú eres libre. Y yo, tu prisionero.

Silencio.

Hubo un último beso de entrega y renuncia.

Fue el más largo. El más auténtico.

Mykola y Elena estaban desafiando otra vez a su destino, en una habitación cerrada. No se habían desnudado ni habían tenido sexo. Ella se llevó el cordón de su pantalón y él se quedó el botón del vestido. El ámbar vio como se los arrancaron el uno al otro, para no arrancarse la ropa. La adicción que existía entre ellos los atrapó aún más en el sinsentido. Su atracción se manifestó en besos largos. Intensos. Indomables. Insaciables. Puros. Ciegos. Devastadores. Tan profundos como perversamente perecederos.

Cuando Elena se marchó, la cárcel recluyó a Mykola en una soledad infinita. Cuando estuvo en la calle sin él, la vida encerró a Elena en Mykola. Las aguas del Báltico que rodeaban el centro penitenciario de Framtiden pudieron escuchar la amenaza de una voz rota.

—Esto no acabará así. ¡Desgraciados! Convertiré vuestras vidas en un infierno. No necesitare mataros. Vosotros mismos querréis morir.

Nils Åkerman había seguido a Elena Rius hasta la isla de Kuling para comprobar que iba a encontrarse con Mykola Solonenko. Solo lo supieron los tres molinos del parque eólico de la isla. Allí se alzaban, formando un triángulo, imponentes hasta el cielo, con sus aspas girando con el viento.

¿Qué sucedería en aquella historia? ¿Quién la estaba escribiendo? ¿Mykola

desde la obsesión? ¿Elena desde su desdoblamiento? ¿Nils desde la neurosis?
¿Otros asesinos? ¿O todos ellos?

Pronto lo contarían los molinos y el viento...

Agradecimientos

A algunas las tuteo y a otras las llamo de usted. Con todas siento la misma cercanía y admiración. Son las personas que forman parte de mi extensa red de fuentes de información en España, Suecia y Ucrania. A ellas me dirijo en estos agradecimientos como si estuviéramos compartiendo una de tantas conversaciones que nos han vinculado a lo largo de muchos años de trabajo. Gracias por tantas entrevistas, tantos correos electrónicos y tantos wasaps en los que he recibido datos valiosísimos para construir los argumentos de mis novelas. *La mecedora* es tan mía como suya.

A todos los miembros de la Policía Nacional que me han prestado su tiempo y su experiencia. Mi reconocimiento a su formación y a su labor diaria. Gracias a Antonia Mena por todo lo que me ha aportado.

A todos los miembros de la policía y de los servicios penitenciarios de Suecia que se han tomado interés en mi obra. Mi agradecimiento por su atención y por todas las puertas que me han abierto.

Gracias a Henning Mankell por la huella que ha dejado en esta lectora.

Gracias a Maribel Riaza por apostar por esta historia.

Gracias a Eva Olaya por el minucioso trabajo que ha hecho con esta novela. Los personajes de *La mecedora* no podían haber caído en mejores manos.

Gracias a Fernando Laguía por escucharnos, a Aure Farran por leernos y a Esther Herranz Gelde por haberse cruzado en nuestro camino.

Gracias a Ucrania y a Vasyl Tomenkov por tanto y tanto...

Y, claro, gracias a ti, que das sentido al reto que nos ha unido. Ya estás aquí. Lo hemos conseguido. Cuidado que no te vean...



Anna Hernández (Cartagena, 1970) es licenciada en Periodismo por la UAB. Este es su debut literario, pero Anna lleva contando historias de alto impacto en radio y televisión desde hace más de veinticinco años. Ha dirigido Cataluña sin barreras, en Onda Cero, presentado el espacio Mundo social, del programa Herrera en la Onda, y Para que veas, en RNE-Radio 5. Desde hace cinco temporadas recorre el país como reportera de España Directo, de La 1 de TVE, donde elabora reportajes sociales sobre historias de superación.

Poniendo su bagaje periodístico al servicio de la ficción, Anna Hernández ha establecido una extensa red de fuentes de información en España, Suecia y Ucrania, que, junto a sus continuos viajes, la han llevado a construir unos personajes que atrapan por su realismo. Mykola Solonenko, Elena Rius y Nils Åkerman la han convertido en escritora. Ahora ella los presenta al mundo en **La mecedora**.

Índice

[Sobre este libro](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[PRIMERA PARTE: LO QUE SE VE](#)

[1. Cosas feas](#)

[2. Con Dios](#)

[3. Inspectora](#)

[4. Interés inconsciente](#)

[5. Tacones lejanos](#)

[6. Vodka cooler](#)

[7. Nosotros](#)

[8. Hematomas](#)

[9. El diario](#)

[10. El huérfano de Pablo Torres](#)

[11. El otro huérfano](#)

[SEGUNDA PARTE: LO QUE NO SE VE](#)

[12. La partida](#)

[13. Perseguido por la escalinata](#)

[14. Desconcierto](#)

[15. Trampilla y balanceo](#)

[16. Sumando fuerzas](#)

[17. Encadenada](#)

[18. Nota de voz](#)

[19. La voz de Leal](#)

[20. Los Rius i Bastida, sin Elena](#)

[21. Pensando en Anatoliy](#)

[22. La magia de las canciones](#)

[23. Un triángulo](#)

[24. El cuchillo y las patadas](#)

[25. Búsqueda frenética](#)

[26. El recuerdo de Magnus Stenbock](#)

[27. Algo sin definir](#)

[28. Ausencia](#)

- [29. El bisonte](#)
- [30. El bisonte a palo seco](#)
- [31. El plan de Vinyet y Xavier](#)
- [32. Más allá del deseo](#)
- [33. Trending topic](#)
- [34. Arriba](#)
- [35. Cruzando las fronteras de la vida](#)
- [36. Tictac](#)
- [37. En el porche](#)
- [38. La Revolución Naranja y la llegada de Iryna](#)
- [39. Lejos, pero cerca](#)
- [40. El poder de la casualidad](#)
- [41. Alta tensión](#)
- [42. Armas de juguete](#)
- [43. La corta vida de Oleg](#)
- [44. Quién es quién](#)
- [45. Un hombre escurridizo](#)
- [46. Tabaco sin humo](#)
- [47. Cuestión de olfato](#)
- [48. Cuenta atrás](#)
- [49. Confluencia de fuerzas](#)
- [50. La Makárov irrumpe en la explanada](#)
- [51. Teatro y vida](#)
- [52. Sí, pero no](#)
- [53. Galimatías de tiempos](#)
- [54. El lobo y la sirena](#)
- [TERCERA PARTE: LO QUE SE SABE Y LO QUE NO](#)
- [55. En el cementerio](#)
- [56. Entre las nubes](#)
- [57. Un té con Andrea Ballesteros](#)
- [58. ...](#)
- [59. Cerrando puertas](#)
- [60. Adiós a Miss Cataluña](#)
- [61. La rosa](#)
- [62. Cartas y mensajes](#)
- [63. Celos emergentes](#)
- [64. Cita con Lacan](#)

[65. A su manera](#)

[66. Estrangulada](#)

[67. Lincesa y Lulú](#)

[68. Tres sentencias en Suecia](#)

[69. El triángulo: Elena Rius i Bastida. Desdoblada](#)

[70. El triángulo: Nils Åkerman. Situado](#)

[71. El triángulo: Mykola Solonenko. A por todas](#)

[72. Paripé](#)

[73. El talismán](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Índice](#)

[Créditos](#)

Título: *La mecedora*

© Anna Hernández, 2019

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: abril 2019

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2019: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.